This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER
HN NRTA 0

Phil 4322.1

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE BEQUEST OF

JAMES WALKER
(Class of 1814)

President of Harvard College

"Preference being given to works in the Intellectual and Moral Sciences"

P. 113221

LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS,

POR

DON LUIS VIDART,

CAPITAN DE ARTILLERÍA, INDIVIDUO ELECTO
DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,
SECRETARIO DE LA SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
DEL ATENEO DE MADRID, ETC., ETC.

MADRID.
IMPRENTA EUROPEA,
58.--HUERTAS.--58.
1866.

2M2-2501

LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

A LA MEMORIA

DE MI BUEN PADRE

EL SEÑOR DON BRUNO VIDART.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

En las páginas de este libro solo se encontrará lo que su título ofrece: algunas indicaciones bibliográficas acerca de la filosofía española. Verdad es, que con frecuencia esponemos nuestra opinion sobre los sistemas filosóficos que citamos; pero estas observaciones críticas solo se apoyan en nuestro individual criterio, y están muy distantes de guardar el enlace necesario para constituir un verdadero juicio histórico, en vista de los antecedentes y consiguientes de las doctrinas que examinamos.

Por otra parte, nosotros pensamos que hoy por hoy, es casi imposible escribir la historia general de la filosofía española. La bibliografía y las monografías de los escritores y de las escuelas filosóficas, son siempre los materiales de que se forma la historia

científica, y estos trabajos preliminares aun están muy atrasados entre nosotros. Sin embargo, no es difícil señalar tres periodos en que puede considerarse dividido el movimiento filosófico de nuestra pátria; á saber: 1.° Desde Séneca (siglo I) hasta fines del siglo XVI; 2.° Desde esta última época hasta el advenimiento al trono de Castilla de la dinastía de Borbon (siglo XVIII); y 3.° Desde principios del siglo XVIII hasta nuestros dias. En el primer periodo la filosofía española influye poderosamente en la civilizacion europea por medio de los escritores hispano-romanos (Séneca, Columela, Hygino etc.,) la escuela cristiana de Sevilla, las rabínicas de Córdoba, Toledo y Barcelona, el misticismo de Avempas y Tofail, el eclecticismo de Averroes, el sinténtico sistema de Raimundo Lulio y los reformistas del renacimiento (Luis Vives, Gomez Pereira, Foxo Morcillo, Huarte, etc.) En el segundo periodo la filosofía española permanece estacionaria, rechazando toda doctrina nacida en tierra estranjera, y como necesaria consecuencia, es casi olvidada en el movimiento intelectual de la moderna Europa. Por último, al sentarse en el trono de San Fernando un nieto de Luis XIV, la filosofía francesa consiguió traspasar los Pirineos; y en pos de las doctrinas de Descartes y Gasendo, aparecieron en nuestra pátria las de Bacon y Locke; y sucesivamente las de Voltaire, Condillac, De-Maistre, Cousin, Kant, Krause, Sanseverino y todos los pensadores que mayor séquito alcanzan en la presente edad histórica. Así, con relacion á la cultura general del mundo, puede decirse, que la filosofía española es, en su primer periodo,

influyente; en el segundo, ni influyente ni influida; y en el tercero, influida.

Vamos á concluir, pues tal vez traspasamos ya los límites de una advertencia preliminar. El propósito que nos guia al dar á la estampa este volúmen, es presentar reunidos algunos datos que se encuentran esparcidos en muchas obras y revistas, creyendo que este trabajo no será de todo punto inútil, si contribuyese á llamar la pública atencion sobre la historia científica de nuestra pátria, y estimulase á otros escritores, no á seguir nuestras huellas; sino á corregir los errores, que ciertamente no faltarán en estos lijerísimos estudios.

El ilustrado crítico D. Juan Valera ha afirmado que «nuestra carencia de laboriosidad y nuestra falta de espíritu filosófico pasan ya por axiomas en boca de propios y estraños:» y aun ha llegado á decir, que: «Quizás tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sábios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sábios no son de despreciar. Quizás tendrá que venir á España algun docto aleman á defender, contra los españoles que hemos tenido filósofos eminentes. ¿Qué habria en esto de nuevo, cuando el Sr. Bohl de Faber (1) sostuvo, treinta ó cuarenta años há, una polémica con los literatos españoles de entonces, para demostrarles que Calderon era un buen poeta?» (2)

---

(1) Erudito aleman, que vivió muchos años en España y cuyos trabajos sobre nuestra literatura no son tan conocidos cual de justicia merecen.

(2) *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros dias*, por D. Juan Valera, de la Real Academia Española. Tomo II, página 50.

Procurando evitar, hasta donde alcancen nuestras fuerzas intelectuales, que lleguen á realizarse los justos temores del escritor diplomático, el amor á la pátria que revela esta empresa servirá de escusa á los vacios que se encuentren en el modo y la forma en que por nosotros ha sido llevada á cabo.

Hemos coleccionado en un apéndice siete artículos críticos referentes á varias obras filosóficas, históricas, políticas y literarias, que pueden servir para dar alguna noticia acerca de las diversas tendencias que hoy dominan en el movimiento intelectual de nuestra pátria, juzgando que esta coleccion no aparecerá inoportuna, si se tiene en cuenta la idea general que nos ha guiado en la publicacion del presente libro.—L. V.

Madrid 6 de Agosto de 1866.

ÍNDICE.

Págs.

Dedicatoria..... VII
Advertencia preliminar..... IX
PRIMER ESTUDIO.
Apuntes sobre la historia de la filosofía en la península ibérica..... 1
SEGUNDO ESTUDIO.
Breves indicaciones sobre el estado actual de la filosofía en España.—Introduccion..... 129
I. El eclecticismo..... 131
II. El espiritualismo creyente..... 148
III. Iniciadores del hegelianismo..... 166
IV. El krausismo..... 174
V. Una digresion necesaria..... 184
VI. Direcciones individuales..... 188
VII. Revistas científicas y libros omitidos... 200
VIII. La tradicion científica de España..... 205
IX. Historiadores de la filosofía..... 220
X. Conclusion..... 233
APÉNDICE.
El cristianismo y las doctrinas democráticas.. 241
La idea de la fuerza en la edad moderna..... 260
Una carta y un artículo..... 281
El escolasticismo renovado y el armonismo de Krause..... 303
Algunas consideraciones sobre la filosofía de la historia..... 328
Del movimiento científico en Cuba..... 357
Un poeta artillero..... 384

ALGUNAS ERRATAS IMPORTANTES.

Página 2, línea 2, dice, siglo XIV, debe decir: siglo XVI.

Página 30, línea 1 de la nota, dice, Maimonides y Aristoletes, debe decir: Maimonides y Avicebron.

Página 76, línea 2 de la nota, dice, *Historia del derecho natural*, debe decir: historia del derecho internacional.

Página 204, línea 23, dice, de D. Nieto Serrano, debe decir: del Dr. Nieto Serrano.

Página 257, línea 27, dice, el derecho debe ser, debe decir: el derecho positivo debe ser.

Página 303, línea 20, dice, D. José Fernandez Elías, debe decir: D. Clemente Fernandez Elías.

Página 342, línea 3, dice, forjan un ideal del derecho, debe decir: forjan un ideal abstracto del derecho.

PRIMER ESTUDIO.

APUNTES

SOBRE

LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

EN LA PENÍNSULA IBERICA.

I.

Reinaba há poco tiempo entre propios y estraños la errada opinion de que la península ibérica no habia producido ningun gran filósofo, y que si por maravilla se encontraba algun escritor científico en la pátria de Cervantes y Camoens, sus doctrinas solo eran la representacion de una inteligencia aislada y de ningun modo el sazonado fruto de una elaboracion intelectual propia de nuestra nacionalidad en sus manifestaciones y caractéres históricos.

La decadencia de los estudios filosóficos en

España y Portugal, á contar desde fines del siglo XIV, y la proverbial pereza de los hijos de esta península que desatienden y hasta olvidan sus mas legítimas glorias, tales eran las causas que podemos llamar interiores del grave error que pasaba plaza de axioma incontrovertible cuando se trataba de historiar, aun por los mas doctos, la significacion científica de las naciones europeas.

Causas generales, y por lo tanto de mayor alcance y trascendencia, habian tambien contribuido al estravío de los juicios históricos en la cuestion que ahora nos ocupa.

La brillante aureola de gloria que rodeó las obras de Bacon y de Descarte, casi desde el primer momento que vieron la luz pública, hizo olvidar el estudio de todas las manifestaciones científicas que les habian precedido, y el materialismo francés del pasado siglo, ridiculizando todas las doctrinas de la católica edad media, llegó á considerar el estudio de la historia como asunto baladí é indigno de ocupar las inteligencias esclarecidas por las enseñanzas enciclopedistas. ¿Quién se hubiera atrevido á recordar los nombres de nuestros moralistas Pedro de Luna y Diego de Valera, de nuestros místicos Avila y Granada, y de nuestros escolásticos

Lulio y Sabunde, sin temer las burlonas sonrisas de los profundos discípulos de Condillac y de Voltaire?

II

La filosofía novísima ha reconocido la necesidad de la tradicion, que es la memoria de la humanidad, para realizar la idea del progreso. La filosofía novísima vé claro que el empirismo del *Novum organum scientiarum* y el psicologismo del *Discurso sobre el método,* no son suficientes para resolver todos los problemas científicos, y por una reaccion justa y razonada busca en la lógica y en la ontología, menospreciada durante largos años por desatentados novadores, los únicos diques indestructibles que pueden detener el fanatismo de la razon objetiva, cuyo término es el materialismo escéptico y el opuesto fanatismo de la razon subjetiva, cuyo término es el idealismo dogmático.

Hábiles conocedores de esta nueva direccion del espíritu científico los Sres. Laverde Ruiz, Valera, Cuevas, Sanz del Rio, Campoamor, Canalejas, Azcárate, Arnau, Monescillo y Rios Portilla, han consagrado algunos de sus

trabajos literarios á recordar los nombres venerandos de muchos sábios españoles y portugueses, dignos de figurar á la par de los mas renombrados pensadores y filósofos estranjeros. Han hecho mas; han probado que la península ibérica tiene una historia filosófica propia, una sucesion de escuelas en las cuales, si dominan algunas veces los elementos de las naciones estrañas, siempre se hallan modificados por la peculiar índole de nuestro carácter nacional.

III.

¿Dónde debe comenzarse el estudio de la historia de la filosofía ibérica?—Esta cuestion, que es la primera que se ofrece despues de hallarse cierto de la existencia de dicha escuela filosófica, la resuelve atinadamente el señor Canalejas en su artículo *Del estudio de la historia de la filosofía española*, publicado en el segundo tomo de la *Revista Ibérica*, diciendo:

«Si en efecto el génio de una raza y de un pueblo se encuentran indicados así desde los primeros instantes de la vida histórica, como desde los primeros de su arte, segun sostiene

el Sr. Amador de los Rios; si en los poetas hispano-romanos existen ya rasgos característicos del arte español, debemos seguir el mismo camino, y colocar al frente de la filosofía española el nombre de Lucio Anneo Séneca, con tanto mayor motivo, cuanto que Séneca es quizá el autor que ha influido mas en nuestra cultura intelectual, y creemos no pecar de estremados si, hablando de escuelas españolas, decimos que en nuestra cultura figura á la par de Aristóteles, y quizá influye mas que Platon. Séneca ha creado el sentido moral de nuestro pueblo; así en el último período de la edad media, como en el siglo XVII, y aun en el XVIII; sus doctrinas corren de libro en libro, y su nombre se recibe con acatamiento religioso.»

Séneca nació en Córdoba, siendo hijo de Marco Anneo Séneca y de Helvia, ambos españoles. El año de su nacimiento, segun infiere Liberto Fromogondo, siguiendo las conjeturas de Justo Lipsio, fué el mismo que el del Salvador del mundo. Parece que abrazó el cristianismo, pues Tertuliano, cuando le cita, dice: *Senecam sœpe nostrum*, y San Gerónimo no usa restriccion alguna, y le nombra *Senecam nostrum*; sin embargo de esto, muchos críticos modernos juzgan que no abandonó el paganismo,

fundándose en que las teorías que sostiene en sus obras no se hallan conformes con las enseñanzas católicas. Así es la verdad; las ideas morales que forman el espíritu de las obras del filósofo español solo pueden considerarse como un estoicismo puramente gentil, que comienza á iluminarse con los primeros resplandores del pensamiento católico. No es, pues, de estrañar la inmensa influencia que las obras de Séneca han ejercido en la civilizacion ibérica, que la austeridad de las doctrinas de Zenon se conforma bien con el altivo carácter nacional del pueblo de Viriato, y así es que la popularidad de su nombre ha llegado á convertirlo en proverbio, y personas que no saben lo que es ciencia, suelen decir para calificar un varon eminente: «sabe mas que Séneca»; y para señalar el paroxismo de la vanidad: «se cree un Séneca.»

IV.

No es solamente el insigne filósofo cordobés, llamado con fundamento por el catedrático don Federico de Castro (1) «el mas grande de los

(1) Juicio crítico de la *Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* del Sr. Azcárate, por el catedrático de metafísica en la universidad de Sevilla D. Federico de Castro, publicado en la *Revista Ibérica.*

filósofos provinciales del imperio romano»; no es el nombre de Séneca el único que puede presentar la España de los cinco primeros siglos de la iglesia católica; algunos otros pensadores florecieron por aquellos tiempos, aun cuando sea menor su celebridad, como tambien son mas pequeños sus merecimientos científicos.

Marco Fabio Quintiliano, nacido en Calahorra á principios del siglo I, escribió unas *Instituciones oratorias*, obra que puede considerarse como una verdadera estética literaria, y por lo tanto hoy debe ser contada entre el número de las especulaciones filosóficas.

El gaditano L. J. Moderato Columela, que vivia en el año cuarenta y dos de nuestra era, es el autor de un magnífico tratado de agricultura, titulado *De re rústica*, en el cual se adelanta en muchos puntos á todos los conocimientos de sus contemporáneos. Segun Plinio, escribió tambien una obra sobre los sacrificios antiguos por los bienes de la tierra. Columela sostiene en todos sus escritos las doctrinas pitagóricas, cuya profundidad y verdadero alcance aun está siendo objeto de grandes controversias entre los críticos é historiadores del pensamiento filosófico.

El diálogo entre el emperador español Adria-

no y el estóico Epícteto, que se halla en la *Biblioteca griega* de Juan Alberto Fabricio, impresa en Hamburgo el año de 1726; las teorías pitagóricas del valenciano Cayo Junio Hygino; los notables escritos de Anneo Sereno, á quien Séneca llamaba *nostrum Zenonem*; todos estos nombres y doctrinas muestran claramente el gran desenvolvimiento científico de España durante la época de la dominacion romana.

V.

Entre los primeros doctores católicos se cuenta el insigne obispo de Córdoba Osio (256) (1) que presidió, como legado del papa San Silvestre, el primer concilio general de Nicea. «Todos los autores contemporáneos, dice el señor Arnau en su *Reseña histórica de la filosofia en España*, hacen grandes elogios del modo como desempeñó aquel eminente puesto, y ponderan la elocuencia y vigor con que refutó los errores de Arrio; él fué quien formuló el *Simbolo niceno*, que con la adicion hecha por el sínodo de

(1) Los números entre paréntesis al lado de los nombres indican los años en que nacieron los escritores á quienes aquellos corresponden.

Constantinopla es el que profesa la Iglesia católica.»

Claro está, que siendo Osio un eminente teólogo conocia los sistemas filosóficos que precedieron al nacimiento del catolicismo, y consagraba á su estudio la constante atencion que se requiere para la mayor inteligencia de la verdad revelada. Osio tradujo uno de los diálogos de Platon, el *Timeo*, lo cual hace suponer con fundamento la preferencia que daba al discípulo de Sócrates sobre los demás filósofos de la gentilidad, conforme en esto al comun pensar de los escritores cristianos de su época, que siempre vieron en la teoría platónica de las ideas algo semejante á la relacion del Verbo divino con el mundo, segun el Evangelio de San Juan y las enseñanzas de San Pablo.

Todos los escritores que se han ocupado de la historia de la Iglesia prodigan al obispo cordobés grandes y singulares elogios. San Atanasio dice «*Pater episcoporum magnus Osius:*» Florez le llama: «grande entre los grandes:» y el P. Miguel José de Maceda, esclama: «*Hosius vere hosius*» aludiendo á la significacion griega de la palabra *hosio*.

Osio murió, teniendo ya mas de cien años, en el de 257.

VI.

Las escuelas gnósticas tuvieron tambien su representante en nuestra pátria. El famoso heresiarca Prisciliano, nacido en Galicia á mediados del siglo IV, uniendo el maniqueismo y la antigua cábala de los judios, formó una doctrina sincrética que en poco tiempo adquirió gran número de sectarios entre todas las clases de la sociedad, como lo prueba el haber sido elevado á la dignidad de obispo de Avila por la aclamacion de los fieles, segun se prevenia en la primitiva disciplina de la Iglesia católica.

En el año de 381 se celebró un concilio en Zaragoza, donde se condenaron terminantemente los errores de Prisciliano, y tres años mas tarde se reunió otro concilio en Burdeos, el cual anatematizó de nuevo los fundamentos heréticos en que se apoyaban sus teorías.

El emperador Máximo, cediendo á las sugestiones del obispo Itacio, dictó una sentencia arbitraria é injusta, en virtud de la cual fueron degollados Prisciliano y algunos de sus sectarios mas principales en Tréveris, el año de 384. Estos lamentables sucesos fueron orígen de la

secta de los *itacianos*, que consideraban que la Iglesia debia emplear el hierro y el fuego para esterminar las heregías, doctrina que fué solemnemente condenada por varones que han sido canonizados, y hasta por los santos Pontífices, como contraria á las enseñanzas del divino Maestro, que solo opuso la palabra recta á la palabra torcida, y que venció con la resignacion del sacrificio la tiranía de la fuerza.

VII.

Llegamos á la edad media. En tres períodos cuyas diferencias son bien marcadas, puede considerarse dividida la vida científica de la península, durante esta época histórica. Comprende el primer período desde el reinado de Ataulfo (414) hasta el de D. Rodrigo (710); el segundo desde la batalla del Guadalète (711) hasta la decadencia del poderío de la media luna en la península ibérica, que puede fijarse en la toma de Sevilla por San Fernando (1248); y el tercero desde esta última fecha hasta el renacimiento de las letras, despues de la toma de Constantinopla por los turcos (1453).

En la España visigoda, que forma el primer período, se presenta la notable figura del dis-

cípulo mas querido de San Agustin y San Gerónimo, el filosófico historiador Orosio, (1) nacido á fines del siglo VI, segun algunos autores, en Braga, y segun otros, en Tarragona. La obra mas célebre de este escritor en su historia universal titulada *Moesta Mundi*, que comprende desde principios del mundo hasta el año de 416, en la cual se propuso destruir el error de los paganos, que sostenian que desde la venida de Jesucristo era mayor el número de calamidades que afligian á los mortales.

Se atribuyen tambien á Orosio una apología del libre albedrío contra Pelagio, y un escrito dirigido á San Agustin sobre los errores de Apolinario y de Orígenes. (2)

(1) El aleman Teodoro de Mörner publicó en Berlin el año de 1844 una monografía destinada á dar á conocer la vida y obras de Orosio. ¿Cuándo habrá en España autores que escriban trabajos histórico-críticos sobre nuestros antiguos teólogos y filósofos y lectores que hagan posible la publicacion de estos trabajos?

(2) La historia universal de Orosio se conocia generalmente bajo el título de *Ormesta*, cuya verdadera significacion era motivo de grandes dudas. El ilustrado historiador de la literatura romana, F. Schoell, dice que dicho título debe tener su origen en que algun copista ignorante convirtió en una sola palabra la abreviatura del nombre del autor y principio del título de su obra. Es decir: *Or. Moesta Mundi*, se trasformó en Ormesta.

Orosio es conocido vulgarmente con el prenombre de Paulo, que no le dió jamás ninguno de los escritores de su tiempo, lo cual parece trae su origen de que habiendo visto en las portadas de los antiguos códices: *P. Orosius*, indicando *Presbiter Orosius*, hubo de inferirse sin mas averiguaciones que la P. era la inicial de Paulus; y de aquí el error de los modernos escritores.

VIII.

Sabido es que la heregía arriana era la creencia dominante entre los visigodos. Luchando pues contra los errores anticatólicos de los monorcas y de los mas poderosos magnates, escribieron los prelados españoles que vivieron en los siglos V y VI de nuestra era gran número de obras, que en su mayor parte han desaparecido casi por completo. Solo han llegado hasta nosotros algunos escritos de Liciniano, Justo y Apringio, que vienen á dar una idea, aunque no cabal ni del todo bien sistematizada, de la gran agitacion intelectual que en aquel entonces reinaba en la península ibérica.

Como filósofo, Liciniano es el mas notable de los tres escritores que acabamos de mencionar. Su epístola al diácono Epifanio, en donde se defiende la espiritualidad del alma con gran copia de razones, es una obra digna de ser meditada, sobre todo por sus teorías psicológicas, que, segun nuestra opinion, constituye una de las mas importantes manifestaciones del pensamiento en el desenvolvimiento científico de la civilizacion europea.

Entre los escritores españoles de la época

que ahora reseñamos, tambien merece ocupar un puesto distinguido el obispo San Martin Dumiense, pues aun cuando nacido en tierra estraña, pasó casi toda su vida en nuestra pátria, combatiendo la heregía arriana é ilustrando con singular ciencia y doctrina los mas profundos problemas teológico-filosóficos. Se conservan del obispo Dumiense su celebrada obra *Fórmula vitæ honestæ*, el tratado *De moribus*, que forma parte de la biblioteca de los PP., y otros tres tratados titulados: *Pro repellenda jactantia, Exhortatio humilitatis* y *De pascha*, de los cuales existen copias en la Biblioteca Nacional de Madrid.

IX.

Todas las obras que dejámos nombradas pueden considerarse como una preparacion científica, cuyo sazonado fruto vino á producirse en los pensadores que componen la ilustre pléyade que se conoce bajo el nombre de escuela de Sevilla, y que es verdaderamente la primera manifestacion sistematizada de nuestra ciencia nacional. Detengámonos á considerar el orígen,

desenvolvimiento, decadencia y desaparicion de esta famosa escuela, cuya significacion, segun nuestro juicio, no se ha avalorado en todo lo que realmente merece.

El célebre arzobispo San Leandro puede considerarse como el fundador de la escuela de Sevilla. Nació San Leandro en Cartagena, á principios del siglo VI; subió á la silla episcopal de Sevilla el año de 579; desterrado por el arriano Leovigildo para castigar su constante defensa de la fé católica, pasó á Constantinopla, centro á la sazon de los recuerdos de la cultura griega y de la elaboracion científica de los Santos Padres. Cuando Recaredo I abrazó el catolicismo, San Leandro regresó á España, y promovió la celebracion del tercer concilio de Toledo (589), terminado el cual, pronunció una elocuente homilia, que se halla en la coleccion de los concilios. De este modo comenzó la escuela de Sevilla, cuando desaparecia para siempre la heregía arriana, como señal de perdurable alianza entre la fé y la razon de los pensadores españoles.

Se conservan de San Leandro, además de la homilia ya citada, varias *Oraciones* sobre el salterio y el *Oficio gótico de San Vicente.*

X.

Muerto San Leando el 601, sucedióle en la silla episcopal de Sevilla el doctísimo San Isidoro, que es sin duda alguna el mas grande de los pensadores que forman la escuela sevillana, y quizá uno de los mayores sábios que ha visto el mundo, si se tiene en cuenta el atraso científico de la época en que le tocó figurar. No son exagerados los elogios que le tributaron sus contemporáneos: antes bien crece su fama conforme pasan los siglos, porque la crítica descubre nuevos y grandes merecimientos en el santo prelado de Sevilla.

Si Braulio decia que no habia ciencia que le fuese desconocida, si Elipando le llamaba lucero de Occidente, si San Gregorio el Grande esclamaba al concluir de leer una de sus cartas: —*¡Ecce alter Daniel, ecce plus quam Salomon hic!* en nuestra época el Sr. Eguren (1) dice que «San Isidoro es una hermosísima figura que la historia ha colocado sobre un magnífico pe-

(1) Memoria sobre los códices que existen en los archivos eclesiásticos de España, del Sr. D. José María de Eguren.

destal para que sea objeto de la veneracion de los hombres hasta el fin de los siglos;» y el señor Bravo y Tudela (1) afirma que reunia en su persona «la elevacion de Platon, la conciencia de Aristóletes, la erudicion de Orígenes, la severidad de Gerónimo y la santidad de Gregorio.»

San Isidoro de Sevilla floreció á fines del siglo VI y principios del VII, presidió el concilio cuarto de Toledo y murió el 4 de abril de 636. El año de 1580 se publicó en Paris una edicion completa de sus obras por Mr. Margorin de la Bigne; en 1602 apareció otra nueva edicion, tambien en Paris, y en 1618 otra tercera en Colonia por el P. Santiago de Bruel, religioso de la abadía de *Saint-Germain-des-Prés*; y por último, en 1802, D. Faustino de Arévalo publicó en Roma una cuarta edicion corregida con notable esmero.

Entre las producciones de San Isidoro merece singular mencion el libro de las *Etimologías*, obra cuya influencia en la filosofía de la edad media está definida con decir que sirvió de testo á Alcuino para formar los estractos que hacia aprender en la córte de Carlo-Magno, como

(1) *Historia de la elocuencia cristiana*, por D. Antonio Bravo y Tudela, abogado del ilustre colegio de Madrid.

atinadamente ha observado el Sr. Arnau en su *Reseña histórica de la filosofía en España.* (1)

El octavo concilio de Toledo, verificado el año de 652, llamaba á San Isidoro «el sábio de un siglo y el ornamento de la Iglesia,» añadiendo que si era el último de los Santos Padres por el tiempo, no lo era por la doctrina, y que lo que aparecia aun mas admirable es que su ciencia hubiese sido tan eminente aunque Dios le hubiera hecho nacer en el fin de los siglos.

XI.

No tan grande como S. Isidoro, aun cuando digno de especialísimo estudio, es San Julian, tercer arzobispo de este nombre que ocupó la silla de Toledo, el cual ha dejado gran número de obras, y cuyos méritos esplica doctamente

(1) Oigamos lo que dice el presbítero D. Fernando de Castro, catedrático de história universal de la Universidad de Madrid, acerca de San Isidoro: «Así como hablar de los concilios de Toledo es caracterizar religiosa y políticamente los tiempos visigodos, así hablar del doctor de las Españas es caracterizarlos literariamente. Porque San Isidoro fué en su tiempo el sábio, no solo de España, sino de Europa, ya que no por su originalidad, al menos por una erudicion tan universal y enciclopédica, que puede decirse que sabia todas las ciencias, que hablaba todas las lenguas, que conocia odas las artes y razonaba discretamente segun la espresion de la escritura «desde el cedro hasta el hisopo.» Testimonio

el Sr. Amador de los Rios en su *Historia crítica de la literatura española,* diciendo: «Poeta, orador, historiador, filósofo y teólogo, recorre con igual brio todas las sendas abiertas por sus maestros, y reflejando como ellos la luz de las letras sagradas y profanas, recoge en todos los terrenos envidiables laureles:... ya interprete y concuerde las santas escrituras, ya defienda contra los judíos la integridad del dogma y las sagradas profecías, ya, en fin, revele y esplique los misterios de la eterna vida, bosquejando con vigoroso pincel el portentoso cuadro de la resurreccion de la carne.»

San Julian presidió los concilios toledanos XII, XIII, XIV y XV; su obra mas notable es la titulada *Prognosticorum, sive de origene mortis humanæ; de futuro sæculo et de futura vitæ contemplatione, libri tres;* murió el 8 de marzo del año 690.

---

elocuentisimo de su saber es el libro de las *Etimologías* donde definiendo, describiendo é historiando, comprende la gramática y la filosofía, la botánica, la medicina y los instrumentos del arte de curar, la teologia racional y revelada, la metalurgia y la idumentaria, y desde el arte militar y la horticultura hasta los espectáculos y juegos gimnásticos y hasta los oficios mecánicos de su tiempo. Todo el saber erudito de la antigüedad se encierra en semejante libro, que vino á ser como la obra de texto de las escuelas de la edad media, dentro y fuera de España.» (Castro, *Caractéres históricos de la Iglesia española*, discurso de recepcion en la Real Academia de la Historia.)

XII.

Despues de S. Leandro, S. Isidoro y S. Julian, los tres luminares mayores de la escuela sevillana, esta aun continúa inspirando á escritores de segundo órden, entre los cuales merecen nombrarse S. Eugenio y S. Ildefonso, arzobispos de Toledo, Tajon, obispo de Zaragoza, que hizo un viaje á Roma de órden del rey Chindasvinto en busca de un ejemplar completo de las obras de S. Gregorio el Grande, Valerio, abad de S. Pedro de Montes, que escribió varios tratados teológicos morales, y por último San Braulio, obispo de Zaragoza, que corrigió algunas equivocaciones del tratado de las *Etimologias*, estos son los últimos representantes de la ciencia española, cuyos adelantamientos fueron atajados por la irrupcion de los árabes que, segun la opinion mas probable, tuvo lugar el año de 711.

La influencia de los estudios filosóficos se dejó bien pronto conocer en las manifestaciones de nuestra vida histórica, pues el *Fuero-Juzgo* que por entonces se publicó, es la obra legislativa

mas perfecta de todas las que aparecieron en aquellos siglos de hierro. (1)

XIII.

Reseñada ligeramente la historia de la escuela filosófica de Sevilla, y apuntada la causa esterior que vino á producir su casi completa desaparicion; réstanos determinar su verdadera significacion científica y la influencia que ha ejercido en el movimiento general de la filosofía europea; para lo cual tendremos que establecer algunos principios sobre los elementos que forman el conocimiento humano, que sean como la base y necesario fundamento de nuestro juicio en el caso concreto y particular de que ahora venimos ocupándonos.

El hombre cree, piensa y siente; estos tres elementos forman necesariamente la base de toda su ciencia.

---

(1) «Sabido es, dice el Sr. Castro, que la ley del *Fuero-Juzgo*, redactada por los filósofos de la época, esto es, por los obispos, lleva ventaja á todas las legislaciones contemporáneas, por la humanidad de su derecho penal, por haber derogado el personal y el de raza, y porque abunda en ideas generales y en teorias de derecho público cristiano, ajenas completamente del carácter y costumbres de los bárbaros.» (*Caractéres de la Iglesia española*, discurso leido por el presbítero D. Fernando de Castro al ingresar en la Real Academia de la Historia.)

En toda investigacion racional entra un elemento de fé. Sin creer el hombre que puede alcanzar el conocimiento de la verdad, no sería posible el que llegase á alcanzarle; y tengan en cuenta que esta creencia está comprendida en la definicion de la fé, pues no es otra cosa que creer lo que no se ha visto. La fé es el elemento sobrenatural de nuestros conocimientos, y no se trate de combatir que lo sobrenatural forme parte, en cierto sentido, de la ciencia racional, pues debe advertirse que el mismo nombre de sobrenatural nunca podrá indicar sobre-racional, ni mucho menos contra-racional.

Despues de la facultad de creer, aparece en el hombre la de pensar en los fundamentos de su creencia; pues la fé en el absurdo ha sido siempre, es y será, al absurdo de la fé.

Pero creer y pensar son facultades que solo ponen al hombre en relacion con Dios y consigo mismo; una tercera facultad, que es la sensacion, sirve para hacerle conocer la existencia de los hechos esternos que, aun siendo pasajeros y transitorios, encierran un elemento permanente y eterno, que viene á ser pensado y á formar parte del conocimiento racional.

Hé aquí, pues, cómo la fé, el pensamiento y el hecho, vienen á constituir la síntesis de la ra-

zon, tomada en su sentido subjetivo-objetivo ó absoluto; razon sobre la cual nada hay, y por esto ha dicho un santo doctor: cuando el hombre se equivoca, no hace un acto de razon.

XIV.

Los tres elementos del conocimiento racional que dejamos mencionados, se presentan en la historia de la filosofía representados por tres escuelas: el sobrenaturalismo, que solo se apoya en la fé: el idealismo, que se funda en el pensamiento subjetivo: y el materialismo, que solo vé la verdad en la esperiencia objetiva.

Enfrente de estos tres sistemas, que todos son escépticos porque niegan una parte de la verdad, se presenta un escepticismo que pretende ser absoluto, fundándose en la nada y dudando de todo.

Las inteligencias mas privilegiadas que ha visto el mundo han tratado siempre de conciliar los tres elementos que forman la ciencia humana; y este es el origen de los muchos sistemas que se han sucedido bajo el nombre de sincretismo, eclecticismo y armonismo.

XV.

Lo que jamás habian conseguido realizar los filósofos mas grandes de la gentilidad; lo que hoy es humo, que se desvanece cuando tratan de reducirlo á fórmula científica lós pensadores racionalistas de la docta Alemania; conservar la fé sin negar la idea; poner en su verdadero término la importancia del elemento eterno de la idea sin negar el hecho; y contrariamente, afirmar el valor real de la esperiencia esterna sin destruir la actividad de la inteligencia y sin reducir á la nada las sublimes anticipaciones de fé; esta fué la obra maravillosa realizada há diez y nueve siglos por los primeros santos padres de la Iglesia católica, sin duda alguna ayudados por la gracia de Aquel que todo lo puede, de Aquel por el cual es todo lo que es.

San Justino, San Clemente de Alejandría, San Agustin y tantos otros varones eminentísimos, fundaron un espiritualismo creyente, ante cuya luz son pálidos reflejos las enseñanzas de Sócrates, Platon y Aristóteles; ante el cual son sombra de sombras los fastuosos sistemas con que hoy pretende ufanarse el racionalismo contemporáneo.

XVI.

La muerte es en el órden físico la condicion necesaria para la trasformacion de la vida en una existencia superior, y del mismo modo la decadencia de una doctrina es en el órden intelectual ley necesaria para un renacimiento posterior bajo nueva forma y mayor trascendencia científica.

Las profundas doctrinas ontológicas de los Santos Padres que florecieron en los cinco primeros siglos de la Iglesia, siguieron la ley general de toda ciencia humana, si bien jamás han podido llegar hasta el absurdo sus consecuencias mas torcidas, por el espíritu de la verdad revelada, que constantemente ha guiado las meditaciones de todos sus continuadores.

La escuela sevillana es, segun nuestro juicio, el primer paso de la decadencia del espiritualismo creyente, pues sustituye á las robustas teorías ontológicas que forman el espíritu de los primeros Santos Padres, las débiles construcciones psicológicas que son el necesario puente entre el ontologismo que afirma la realidad tran-

sitoria en el ser que permanece, y el nihilismo que pretende fundar el ser permanente tan solo en esos hechos que pasan, y cuya condicion esenciàl es mudar y desvanecerse.

Los primeros Santos Padres, si creen con fé, tambien discurren con entendimiento poderoso y sienten con varonil energía; los pensadores de la escuela de Sevilla, sin negar la razon ni el sentimiento, quizá conceden á la fé subjetiva mayor círculo que el que científicamente y de derecho le corresponde.

Así pues, en nuestro sentir, los filósofos de la escuela sevillana marcan la necesaria transicion entre los métodos ontológicos de los primeros padres de la iglesia, y los métodos puramente lógicos, y por lo tanto idealistas, de la filosofía escolástica.

De notar es que el psicologismo creyente de la escuela sevillana fué el precursor del escolasticismo, cuya desaparicion se realizó por medio del psicologismo escéptico de la escuela cartesiana: y que este, á su vez, es el orígen de las modernas doctrinas alemanas, que son un idealismo escéptico, así como el escolasticismo es con frecuencia un idealismo creyente.

XVII.

Como ya hemos indicado, el desenvolvimiento científico de la escuela de Sevilla, fué detenido antes de que pudiesen producirse en España sus lógicas y naturales consecuencias, por la invasion de los árabes, realizada, como todos saben, en el reinado del infortunado D. Rodrigo.

Los cristianos, que no quisieron doblar sus frentes ante el yugo africano, se refugiaron en las montañas de Asturias y entre las ásperas cordilleras de los montes Pirineos para pelear, sin tregua ni descanso, contra la poderosa grandeza de los soberbios conquistadores. No era posible que en los primeros tiempos de la guerra de la reconquista floreciesen en la península los estudios filosóficos entre el fragor de los combates y la desesperacion de contemplar perdida la independencia de la pátria.

Sin embargo, en el siglo VIII se presenta la heregía de Félix, obispo de Urgel, y de Elipando, arzobispo de Toledo, los cuales sostenian que Jesucristo era el hijo adoptivo del Eterno Padre, pero no su hijo unigénito, segunda persona de la Santísima Trinidad, segun lo esplica la

Iglesia católica. En medio del oscurantismo de aquellos tiempos, los prelados españoles se dedicaron á combatir estas teorías, dando señaladas muestras de no vulgares conocimientos en las doctrinas filosóficas del gnosticismo y de la escuela neo-platónica.

XVIII.

Saldriamos de los estrechos límites que consienten estos ligeros apuntes si hubiésemos de reseñar menudamente el gran movimiento científico de nuestra pátria en la tierra dominada por los árabes durante los siglos IX, X, XI y XII.

Los mas ilustrados críticos contemporáneos, así franceses como alemanes, reconocen y proclaman la suma importancia y alta significacion científica de las escuelas rabínicas de Córdoba, Toledo y Barcelona, ensalzan con entusiasmo esos siglos de oro de la cultura arábiga que comprenden los reinados de Abd-er-Rahman III, Al-Haken II, Hixem II y la regencia de Almanzor.

Pero antes de ocuparnos de las especulaciones filosóficas de los árabes y judios españoles, habremos de mencionar la escuela muzárabe de

Córdoba, en la cual se conservaron durante algun tiempo las tradiciones de las enseñanzas isidorianas, arrostrando la intolerante persecucion de los sectarios de Mahoma. El abad Samson es sin duda alguna el pensador mas notable entre los muzárabes cordobeses.

Se conserva de este docto prelado su *Apologético* contra Hostegesis, que habia sido absuelto por los obispos de los dominios musulmanes, á pesar de la dudosa ortodoxia de sus doctrinas teológicas. El abad Samson floreció en el siglo IX de nuestra era.

XIX.

Grande es el número de los escritos filosóficos, y muy trascendentales las teorías de los judios españoles que formaron las ya citadas escuelas de Córdoba, Toledo y Barcelona. El catedrático don Severo Catalina, en su libro titulado: *La verdad del progreso,* sostiene que los modernos sistemas racionalistas que mayor séquito alcanzan tienen su orígen en la filosofía judáica, y apoya esta opinion en la autoridad de Mr. Adolfo Franck, el cual dice así en sus *Estudios orientales,* ocupándose de la cábala:—«No tememos asegurar que el principio de la

doctrina filosófica que reina hoy casi esclusivamente en Alemania, y hasta las espresiones consagradas como fórmula por la escuela de Hegel, se hallan entre las tradiciones olvidadas que intentamos dar á luz.» Veamos los fundamentos en que se apoyan estos juicios, por lo que toca á los sistemas filosóficos que espusieron en la edad media los judios españoles.

Dos obras señalan los críticos como las mas importantes y de mayor trascendencia científica entre las especulaciones judáicas de los siglos medios, la *Fuente de la vida* del célebre Salomon ben-Gabirol, (Avicebron) y el *Guia de los estraviados* del aun mas célebre Moisés ben-Mayemon (Maimonides). Nos ocuparemos sucesivamente de ambos libros y de sus autores. (1)

XX.

En las obras de Guillermo d'Auvergne, de Alberto el Grande y de Santo Tomás de Aquino se leian algunos estractos de las opiniones

(1) ¡Maimonides y Aristóletes! esclama Mr. Franck, dos nombres que no ignora ningun filósofo cristiano del siglo XIII, y en derredor de sus teorías parece que giran las mas importantes discusiones de este periodo del pensamiento humano, de esta época tan creyente en la religion como ávida de saber en las esferas de la ciencia.» Frannk, *Estudios orientales.*

emitidas por un escritor de reconocido mérito llamado Avicebron en dos tratados filosóficos que se citan bajo los nombres de *Fons vitæ* y de *Librum singularem de verbo Dei agente omnia.* Estas obras no se encontraban en parte alguna, y respecto á su autor se suponia que era un árabe español que habia escrito poco antes de la época en que floreció Averroes. Tal era la opinion generalmente admitida entre los historiadores de la filosofía, cuando hace algunos años fué encargado Mr. Munk del arreglo y clasificacion de varios manuscritos hebreos que existian en la Biblioteca Imperial de Paris. El insigne orientalista empleando esquisito celo en el desempeño de su cometido, tuvo la dicha de encontrar entre los citados manuscritos unos estractos del libro de Avicebron titulado: *Fuente de la vida*, que aparecian hechos por el judío Schem-Tob ben-Falaquera.

Continuando Mr. Munk en sus investigaciones bibliográficas, halló poco tiempo despues una traduccion en latin del libro completo de Avicebron en la cual se veia comprobada la exactitud de los estractos que se hallaban en el manuscrito de Schem-Tob.

Posteriormente el doctor Seyerlen ha encontrado en la biblioteca de Mazarino otro manus-

crito donde se halla tambien la obra completa de Avicebron, que durante largos años habia sido orígen de contínuas dudas.

Por último, el año de 1859 se publicó en Paris un libro en cuya portada se leia: *Estractos metódicos de la* Fuente de la vida *de Salomon ben-Gabirol, traducidos al francés de la version hebráica de Schem-Tob ben-Falaquera y acompañado de notas críticas y esplicativas, por Mr. Munk, miembro del Instituto.*

El mismo autor en sus *Misceláneas de filosofía judáica y arábiga* y Mr. Adolfo Franck en sus *Estudios orientales,* se han ocupado con gran estension de la vida y obras de Avicebron. Nuestra tarea se reduce, pues, á condensar sus noticias literarias y biográficas segun lo exige la peculiar índole de estos ligeros apuntes.

XXI.

Salomon ben-Gabirol (Avicebron) nació en Málaga por los años de 1025, estudió en Zaragoza, que era á la sazon uno de los principales centros de la cultura española, y segun aparece probable, su muerte hubo de acaecer á fines del siglo XI.

Para juzgar las doctrinas de Avicebron tene-

mos que atenernos solamente á su obra titulada: *Fuente de la vida* ó *Fuente de la sabiduría*, que parece ser una misma, aun cuando con estos dos nombres diferentes se halla citada por los autores escolásticos del siglo XIII. Avicebron habia escrito tambien un libro que completaba la doctrina espuesta en la *Fuente de la vida* que llevaba por título: *Origo largitatis et causa essendi* (1), pero este libro ha desaparecido y hasta ahora han sido inútiles todas las investigaciones que se han llevado á cabo con el fin de encontrarle.

Las doctrinas contenidas en la *Fuente de la vida* pueden reducirse á tres partes principales: primera, la teoría aristotélica sobre la forma y la materia: segunda, la concepcion alejandrina acerca de la creacion por medio de las emanaciones, reducida á los límites del universo visible: tercera, la tentativa de levantar un Dios personal, una teodicea creyente, sobre una metafísica puramente panteista.

Para venir á la unidad fundamental, que toda filosofía intenta hallar, Avicebron empieza por decir que el espíritu, lo mismo que la na-

(1) Mr. Franck presume que este libro debe ser el mismo que cita Guillermo d'Autvergne bajo el título: *Librum singularem de verbo Dei agente omnia*, del cual ya hicimos mencion nosotros al comenzar estos apuntes sobre Avicebron. (Véase: Franck, *Estudios orientales*.)

turaleza, tiene forma y materia; y por este camino llega á encontrar un principio único, donde puede decirse que se hallan virtualmente toda materia y toda forma. De aquí, la doctrina de la creacion por emanaciones sucesivas de esta unidad primera, y parece natural que la idea de un Dios-todo sea el término final de esta série lógica. Sin embargo, no sucede así: Avicebron se detiene antes de llegar á la concepcion panteística y proclama un Dios personal, incomprensible dentro de las condiciones que habia espuesto en su sistema cosmogónico.

XXII.

¿Qué valor científico tiene la doctrina filosófica de Avicebron? Segun nuestro juicio, este pensador vislumbró el problema fundamental de la ciencia, el ser y sus atributos, aun cuando solo de un modo parcial y reducido á un concepto segundo, la materia y la forma. Por esta causa la teoría de Avicebron es principalmente idealista, y segun ha observado un crítico estranjero, quizá la *Fuente de la vida*, fué la inspiracion que produjo á fines del siglo XII y principios del XIII los sistemas resueltamente

panteistas de Amadeo de Chartres y de David de Dinant.

Pero si recordamos la época en que se escribió la *Fuente de la vida*, si tenemos en cuenta los obstáculos que en aquel entonces se oponian á toda investigacion filosófica, no aparecerán exageradas las siguientes frases con las cuales termina Mr. Franck la monografía de Avicebron que se halla en sus *Estudios orientales*. Despues de esponer y juzgar la doctrina contenida en la *Fuente de la vida*, dice así:

«Tal es considerado en su enlace interior uno de los mas célebres sistemas de filosofía que han aparecido, no solo entre los judíos del siglo XI, sino tambien entre los cristianos y los árabes.»

«Este sistema coloca á Avicebron en un puesto separado de sus contemporáneos y de sus sucesores. Avicebron se distingue de los escolásticos propiamente dichos, y así es, que estos le consideran como un adversario, un novador peligroso, una inteligencia rebelde que se atreve á contrariar la doctrina, ó que destruye bajo una forma encubierta la autoridad de Aristóteles. Avicebron tambien se distingue de los averroistas que le sucedieron en el estadío de la ciencia, pues defiende con energía la libertad como una perfeccion de la existencia, y sostiene la

personalidad de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Sin duda que considerando tan solo los elementos de que está formado este sistema, nada tiene de original. La doctrina de las emanaciones pertenece á la escuela de Alejandría, que á su vez la habia tomado del Oriente, para reunirla con las teorías de Platon y Aristóteles. La idea de un Dios personal y creador, de una voluntad soberana, omnipotente, que no es solo el orígen, sino la causa efectiva de todos los seres, se halla en el fondo de todos los dogmas y de todas las tradiciones bíblicas. Pero la tentativa de reunir y conciliar estos dos principios no ha sido jamás realizada, antes ni despues de Avicebron.»

Pasemos ya á ocuparnos del autor del *Guia de los estraviados*.

XXIII.

Moisés ben-Mayemon (Maimonides), nació en Córdoba el 30 de Marzo de 1135. Estudió y cultivó á la vez la teología, la filosofía y la medicina. Temiendo la intolerancia y el fanatismo de los árabes españoles, pasó á Fez, de aquí á San Juan de Acre y despues á Jerusalen; por último, se estableció en Egipto, y por la intervencion y buenos oficios del ministro Al-Fadhel fué

nombrado médico del sultan Saladino, en cuya córte llegó á adquirir Maimonides notable influencia y consideracion estremada por su gran ingenio y profundísima ciencia.

Hechas estas ligeras indicaciones sobre el hombre, ocupémonos del escritor. ¿Cuál fué el problema que se propuso resolver Maimonides en *El guia de los estraviados*? Hé aquí cómo contesta á esta pregunta Mr. Emilio Saisset en su artículo titulado *Maimonides y Spinosa*, publicado en la *Revue des Deux-Mondes*, del 15 de Enero de 1862:—«El problema que Maimonides se propuso fué el mismo que un siglo mas tarde trataron de resolver todos los mas grandes doctores cristianos; la conciliacion de la sabiduría divina, representada por la Biblia, con la sabiduría humana, encarnada en Aristóteles. Maimonides, en este sentido, es el precursor de Santo Tomás de Aquino, y *El guia de los estraviados* anuncia y prepara la *Summa Theológicæ*.» (1)

(1) El gran mérito de Maimonides está reconocido por todos los modernos críticos é historiadores de la filosofía. «Considerado Maimonides como escritor, dice Mr. Franck, puede colocarse entre las mas grandes inteligencias del siglo XII y entre los que han ejercido una influencia mas señalada en las ciencias filosóficas.» (Franck, *Estudios orientales*.)

Tambien se tributan grandes elogios á Maimonides en la noticia sobre su vida y escritos de Cf. Geiger, publicada en Breslau el año de 1850.

Mr. Renan en su libro: *Averroes y el averroismo*, considera á Maimonides como el mas importante entre los pensadores de las escuelas judáicas de la edad media.

XXIV.

Conformes con la primera parte de la apreciacion de Mr. Saisset, no lo estamos tanto en la segunda, sino bajo cierto concepto que ahora esplicarèmos. Verdad es que Maimonides se propone concordar la fé bíblica con la razon aristotélica, pero lo hace subordinando la fé á su personal criterio, negando la verdad de las enseñanzas de la fé allí donde se ofrece alguna duda á su razon; diferencia muy notable entre el filósofo judío y el santo doctor católico, que siempre buscó el acuerdo de la fé y la razon en la idea primera y superior de Dios, que todo lo comprende, y que todo lo abraza.

Sin embargo, dado que *El guia de los estraviados* se separa del juicio estrecho del pueblo judío, que siempre ha pretendido tomar las enseñanzas bíblicas segun su letra, y no segun su verdadero é inmortal espíritu, bajo este concepto, y solo bajo este concepto, puede encontrarse alguna relacion entre la obra de Maimonides y las de los doctores católicos que han tratado de armonizar la fé y la razon, la religion y la ciencia.

Respecto á la opinion recientemente sostenida

por Mr. Cousin, de que las teorías de Maimonides son el orígen del sistema de Spinosa, contra los que siguen creyendo que su fundamento se hallan en las doctrinas de Descartes, y repiten aun el dicho de Leibnitz: «el cartesianismo es un espinosismo corrompido», solo diremos algunas breves palabras, que no pretendemos imponer como un dogma, pero que nos parece que encierran una idea verdadera.

En el fondo el error tiene que ser solo uno, como la verdad solo es una. En toda especulacion filosófica, como en toda obra humana, hay parte de verdad y parte de error. En la nunca interrumpida elaboracion científica, la parte de verdad de una obra sirve de fundamento y orígen de las obras siguientes en que predomina la verdad; y contrariamente, la parte de error es orígen de nuevos y mas trascendentales errores. El subjetivismo de Spinosa, que no dice como el antiguo panteismo griego, todo es Dios, sino por el contrario, Dios es todo, con el fin de convertir mas pronto y mas claramente en Dios la idea del pensador, resume en sí la errónea concepcion de la sustancia que esplicó Descartes y el gran predominio dado al criterio individual de *El guia de los estraviados*.

XXV.

Despues de la gran estension que nos hemos visto obligados á dar á nuestros juicios sobre Avicebron y Maimonides, nos limitaremos á citar, como los nombres mas ilustres de los filósofos rabínicos, los de Jehudá Halevi, Aben-Ezra, José ben-Caspi, Abraham Bibago, Bahía ben-Joseph, Schem-Tob, Aben-Tibbon, Abravanel, y pasaremos á ocuparnos de las teorías filosóficas de los árabes españoles. (1)

Considerar la fé sobrenatural como el único fundamento de todas las verdades conocidas, es una de las teorías filosóficas que hemos indicado como primarias y fundamentales. Pero para afirmar la revelacion religiosa, hay dos caminos en-

(1) Entre las obras de estos autores se citan principalmente en las historias de la filosofía la que compuso hácia 1140 Jehudá Halevi (Abraham ben-David ha-Levi) titulada: *Cosri* ó mejor *Khozari*, donde se presenta la cábala como el camino seguro de llegar á la verdad, y la que escribió Bahia ben-Joseph bajo el nombre de: *Los deberes del corazon*, en la que se sostiene la superioridad de la moral práctica sobre la especulacion científica.

El escritor José Gugenheimer publicó en Hamburgo el año de 1850 una monografía del primero de los autores que acabamos de citar.

El libro de Halevi ha sido traducido al latin por Buxtorf y al español por Jacob Avendaño. Algunos críticos lo consideran, como el orígen de las investigaciones bíblicas del célebre Aben-Hezra destinadas á contrariar los sueños de la cábala que tanto preocupaban á los judíos españoles de aquella época.

teramente opuestos y ninguno acertado. Negar la razon y sostener que la letra del texto escrito por el enviado de la divinidad es el esclusivo fundamento de toda la ciencia humana; ó por el contrario, decir que la razon individual en su punto mas elevado llega á confundirse con la razon universal, con la razon divina, y puede decirse, que hasta con la esencia misma de Dios. El primero de estos sistemas bien podria llamarse materialismo sobrenaturalista y análogamente el segundo, idealismo sobrenaturalista.

Un filósofo árabe de la edad media, el célebre Al-Gacel (1038), escribió un libro titulado: *Destruccion de los filósofos*, destinado á demostrar la radical impotencia de la razon humana y la absoluta necesidad de recurrir á la letra del Corán para hallar la verdadera ciencia; libro que puede considerarse como una clara manifestacion de la primera escuela sobrenaturalista que ahora acabamos de indicar. La gloria de haber contrariado esta doctrina pertenece á los árabes españoles. Veamos en qué forma. (1)

(1) La influencia de la cultura arábiga de los siglos medios sobre la civilizacion europea ha sido negada complemente por algunos escritores fanáticos, y por esta causa dice Muratori en la disertacion XLIV de las *Antigüedades italianas*: «nosotros solo al oir el nombre de los árabes ó sea sarracenos» concebimos horror á aquella nacion y la imaginamos siempre cruel, inmunda, infiel é ignorante. De otro dictámen

XXVI.

Como una protesta contra la tendencia materialista de las teorías de Al-Gacel se presenta la escuela idealista y creyente fundada en el siglo XII por los árabes españoles Avempas y Tofail, (1) los cuales afirmaban que los sentidos solo pueden dar noticia de lo transitorio y perecedero, y que por lo tanto la razon debe prescindir de estos medios de conocimiento y reconcentrándose en lo íntimo de su ser llegar á la verdad por intuicion maravillosa y de todo punto infatigable.

Avempas desenvolvió sus teorías fundamentales en una obra titulada: *Régimen del solitario,*

---

fueron nuestros mayores que siempre estimaron su literatura.»

El famoso astrónomo Bailly, en ódio á la civilizacion cristiana, exajeraba los méritos de la cultura arábiga y decia que: «Las naciones de Europa divididas y ocupadas por espacio de muchos siglos en destruirse, despues de haber envejecido en la barbarie solo fueron iluminadas por la invasion de los moros y por el arribo de los griegos.»

Por último Mr. Renan en su libro *Averroes y el averroismo* afirma que: «La introduccion de los textos árabes en los estudios occidentales divide la historia científica y literaria de la edad media en dos épocas enteramente distintas.»

(1) Avempas nació en Zaragoza á fines del siglo XI y murió el año de 1138. Tofail nació en Guadix en el primer tercio del siglo XII y murió en Marruecos en 1185, asistiendo á sus funerales el rey Almanzor, lo que prueba la estimacion que entre los árabes alcanzaba el estudio de las ciencias filosóficas.

en que se propuso hallar la *conjuncion* entre la inteligencia *pasiva* (humana) y la inteligencia *activa* (divina).

Tofail fué discípulo de Avempas, y bajo los mismos principios que su maestro escribió un libro titulado: *El hombre de la naturaleza ó el filósofo instruido por si mismo,* que ha merecido grandes encomios del ilustre Leibnitz, y del cual dice un erudito historiador, que es la obra mas filosófica y de mas exacta y sublime doctrina de cuantas escribieron los filósofos árabes.

El libro de Tofail es conocido tambien bajo el título de: *El filósofo autodidáctico,* y ha sido traducido al hebreo, al latin, al holandés, al inglés y al aleman. No ha sido traducido al español: Tofail nació en España. (1)

XXVII.

Enfrente del idealismo creyente de Avempas y Tofail se presenta el sistema ecléctico fundado por el gran pensador Averroes (1126) (2) que,

(1) Juzgando el mérito de *El filósofo autodidáctico,* dice Mr. Renan: «De todos los monumentos de la filosofía arábiga quizá es el único que puede ofrecernos un interés mas que histórico. (Renan, *Averroes y el averroismo.*)

(2) El gran poeta florentino considera al filósofo Averroes como una de las mayores lumbreras de la humana ciencia y exclama:

Averrois ché 'l gran comento feo.

(Dante *Divina comedia, El infierno,* canto IV.)

admitiendo la coexistencia de la idea y del hecho, del pensamiento y de la sensacion, como reductibles en último término á un principio superior, ponia muy en duda la validez de las creencias instintivas, llegando á sostener que una misma proposicion puede ser verdadera en filosofía y falsa en teología, sin duda alguna con el fin de salvar esta doctrina de la nota de heterodoxia que tan fácilmente pudiera aplicársele.

Averroes estableció una division entre el alma individual que solo conocia lo fenomenal y transitorio, y el entendimiento que como facultad general, es lo único que puede elevarnos al conocimiento de lo universal y de lo invariable, teoría que tiene gran semejanza á la distincion que hoy enseñan algunas escuelas alemanas entre la inteligencia, facultad falible é individual, y la razon, facultad infalible y universal, puesto que la constituye la verdad en Dios y la suma de todos los juicios acertados del indivíduo y de la humanidad.

El P. Fernandez Cuevas en su *Historia philosophia ad usum academicæ juventutis* comprende en la escuela averroista, á los filósofos árabes Ali-ben-Ragel, Ali-Albucacen, Iben-Arabi é Ibnu Saigh, todos nacidos en tierra española y

cuyas obras tenian gran celebridad entre los escritores de la edad media.

Há poco tiempo el célebre Mr. Renan publicó un libro titulado *Averroes y el averroismo*, donde son juzgadas las doctrinas del filósofo español con gran ciencia y erudicion, si bien deslucidas estas dotes por el vacilante criterio de su autor, que en esta, como en todas sus obras, sigue la teoría de que toda verdad es relativa, ó lo que es lo mismo, que el afirmar y negar al propio tiempo es el modo de no caer en el error, en lo cual no va descaminado, pues el que emite dos juicios tiene mas probabilidades de acertar que el que solo emite uno, si bien acontece lo mismo en las probabilidades de equivocarse.

XXVIII.

Entramos en el tercero y último período en que hemos considerado dividida la vida científica de la península ibérica durante la edad media. Despues de la toma de Sevilla, realizada por San Fernando el año de 1248, comenzó á decaer rápidamente el poderío de los conquistadores, y las flores de la inteligencia, que

antes nacian en los dominios de los árabes, brotaron á la sombra del laurel de la victoria en los palacios y en las córtes de los monarcas castellanos.

Pruebas son de la verdad de nuestro aserto, el monumento mas insigne de la legislacion en el siglo XIII, el código de las *Siete Partidas* del rey de Castilla D. Alonso X, en cuya parte espositiva se ven reunidas las enseñanzas de la moral estóica, popularizada en España por las obras de Séneca, y las teorías escolásticas del derecho canónico; el romancero del Cid, que seria el primero de los poemas que produjo la edad media, si no existiera la *Divina Comedia;* las tablas *Alfonsinas,* donde el génio del monarca castellano presiente la teoría astronómica de Copérnico, siendo este presentimiento la causa de aquel dicho impío que tan mal se aviene con su profunda sabiduría y cristianas virtudes; y por último, aquella ilustre pléyade de preclaros ingénios que formaba la córte de D. Juan el Segundo, entre los cuales se cuentan escritores tan sesudos como el bachiller Cibdad-Real y mossen Diego de Valera, y poetas tan apasionados como Juan de Mena, Jorge Manrique y el Marqués de Santillana.

XXIX.

Viniendo á la historia de la filosofía española en el siglo XIII, aparece ante nuestros ojos la gigantesca figura del mallorquin Raimundo Lulio (1235), que ocupa un puesto eminente entre los primeros sábios del mundo, segun el meditado juicio de doctos críticos é imparciales historiadores.

Cortesano galanteador y católico misionero, viajero infatigable y estudioso solitario, soldado pendenciero en sus juveniles años y doctor científico en su edad madura, tales son los contrastes que presenta la vida de Raimundo Lulio.

Considerado por muchos como digno de ser santificado; anatematizado por otros como hereje y hechicero, tales son los juicios opuestos que alcanzó de sus contemporáneos.

No es menor la diversidad de opiniones que ha reinado acerca del valor real de sus doctrinas, hasta que la justa posteridad ha pronunciado su último é inapelable juicio. El P. Mariana ha dicho que las obras de Lulio «mas parecian deslumbramientos y trampantajos con que la vista se engaña, burla y escárnio de las ciencias, que verdaderas artes y ciencias.» Saa-

vedra Fajardo, en su *República literaria* describiendo el edificio que llama la casa de los locos, dice: «En unos salones grandes habia notables humores; allí estaban los discípulos de Raimundo Lulio volteando unas ruedas con que pretendian en breve tiempo acaudalar todas las ciencias:» aludiendo en son de mofa á las ruedas del «arte combinatoria,» ideadas por el filósofo mallorquin.

El marqués de Saint-Aubin, en su *Tratado de la opinion,* afirma «que la lógica de Raimundo Lulio no es mas que una algarabía, verdadera colocacion de palabras en un órden arbitario y que nada tiene de real.»

El P. Juan de Mabillon, en la segunda parte de sus *Estudios monásticos,* al tratar de las ciencias á cuyo estudio deben dedicarse los sacerdotes, esceptúa *el arte de Raimundo Lulio, que para nada sirve,* la astrología judiciaria, la chiromancia, y las otras especies de adivinar que son reliquias del paganismo.

Por último, el erudito Muratori llegó á decir [illegible] la filosofía luliana, «no se encuentra [illegible] esceda de un vulgar ingénio.»

XXX.

Se hace palpable la injusticia de los juicios que anteceden; cuando se considera el especial estudio que merecieran las obras de Raimundo Lulio de jueces tan competentes en materias filosóficas como el P. Kircher, Giordano Bruno y Leibnitz; y así es, que el ilustrado catedrático de la Universidad central, Sr. Canalejas, al esponer los merecimientos de este insigne escritor, termina diciendo, que «si Alejandro de Hales, Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino salvaron la ciencia católica de los sectarios de Averroes, bien puede colocarse junto á estos venerandos nombres el de nuestro Raimundo Lulio, que sobrepuja á Alberto, y es quizá mas original y sintético que el mismo Santo Tomás de Aquino.»

No se limitó Raimundo Lulio á los estudios filosóficos; su aplicacion buscaba alimento en todos los órdenes de los conocimientos humanos, pero muy particularmente en la medicina y en las ciencias naturales, en las cuales llegó á sobresalir casi tanto como en la filosofía, segun puede verse en los elogios que ha merecido de los Agrippas, Paracelsos y Boerhaaves, cuya

sabiduría médica y química es universalmente reconocida y entre todos los doctos acatada.

XXXI.

El Sr. Amador de los Rios en el tomo cuarto de su muy estimable *Historia crítica de la literatura española*, se ocupa estensamente de los merecimientos de Raimundo Lulio como escritor polígrafo, y termina su reseña en la forma siguiente:

«Raimundo Lulio aparece por lo tanto á la contemplacion del historiador como escritor polígrafo, sorprendiéndonos verdaderamente la casi fabulosa fecundidad de su ingénio. Filósofo, teólogo, orador, moralista, jurisperito, médico, matemático, químico, náutico, filólogo, preceptista y poeta; todo lo es al propio tiempo y de todo lega á la posteridad claros y repetidos testimonios, que circulan y perpetúan su nombre en la varia historia de la civilizacion española. Difundiendo aquí la doctrina del Crucificado, contradiciendo allí los errores de Mahoma; defendiendo acá las escelencias de la teología; é inculcando donde quiera con incontrastable constancia las ventajas que á todos los sistemas llevaba su procedimiento filosófico,

Raimundo resplandece en medio de la insólita variedad de las manifestaciones de su inteligencia, por la fuerza de un criterio superior que le lleva á buscar la ley de la unidad y de la armonía, ora dispute con los enemigos de la fé que predica, ora persuada ante el Soberano Pontífice ó en el Concilio, ora en fin esponga su doctrina en las escuelas de Montpeller, Nápoles ó Paris, conforme solicitan ó exigen las multiplicadas situaciones de su vida.»

XXXII.

La obra mas célebre del filósofo mallorquin es el *Ars Magna*, cuya teoría fundamental consiste en admitir que las leyes del entendimiento son las mismas que las de la naturaleza, y que conocidas las primeras serán conocidas las segundas; idea que con algunas modificaciones viene á ser la misma que sirve en el moderno sistema de Schelling para llegar al conocimiento del *absoluto*, ó primer principio, donde se funda todo lo que es y todo lo que aparece.

Tambien es digno de notarse que en el arte luliana se encuentra el número tres como fórmula necesaria de todo conocimiento y division de toda idea compuesta, lo cual quizá podria

considerarse como una confusa inspiracion de la celebrada doctrina hegeliana acerca del movimiento dialéctico de la idea por medio de tres términos necesarios, tésis, antítesis y síntesis.

De todo lo dicho se deduce la esplicacion de los juicios desfavorables que formaron sus contemporáneos, y aun algunos de los escritores posteriores, sobre la significacion científica de Raimundo Lulio: las grandes obras del ingénio humano son siempre desconocidas y negadas durante largos años, porque siendo el sacrificio de la ley general de la naturaleza moral, el martirio del espíritu, es la condicion necesaria del triunfo de la verdad y del reinado de la justicia.

XXXIII.

Si las teorías lulianas tuvieron contradictores apasionados que no acertaron á comprender su profundidad y trascendencia científica, tambien encontraron entusiastas defensores que las levantaron por cima de todas las especulaciones racionales, y las consideraron como la última palabra de la humana sabiduría. Así se formó la escuela luliana, que produjo obras tan dig-

nas de estudio como *El árbol de la ciencia de Raimundo Lulio*, que escribió Alfonso de Cepeda; el *Ars generalis ilustrata*, de Francisco Marzal; la *Declaracion del arte de Raimundo Lulio*, de Nuñez Delgadillo; los *Métodos generales para todas las ciencias*, de Sanchez Lizarazu; la *Apologia de Raimundo*, de Arce de Herrera; el *Arte general*, de Pedro de Guevara, y algunas otras que fuera prolijo enumerar.

A fines del siglo XVIII aun tenia en España secuaces entusiastas la doctrina de Raimundo Lulio. Así fué que habiendo dedicado el maestro Feijóo una de sus *Cartas eruditas*, publicadas en el primer tomo de la obra que lleva este título, á demostrar el escaso valor científico que en su opinion tenia el *Ars magna* de Lulio, tuvo que entablar una larga polémica primero con los RR. PP. Fr. Márcos Tronchon y Fr. Rafael de Torreblanca y despues con el P. M. Fr. Raimundo Pascual, que con notable copia de autoridades, y no escasa de razones, sostenian que el gran crédito que habian alcanzado en toda Europa las teorías lulianas no carecia de sólidos fundamentos en las esferas de la ciencia.

El *Diccionario de ciencias filosóficas*, publicado en París el año de 1847, articuló Lulio, resume en las siguientes palabras las varias fortunas y

adversidades que ha tenido el sistema filosófico de nuestro célebre mallorquin. Dice así: «Mientras vivió Raimundo Lulio y durante dos siglos despues su doctrina domina casi esclusivamente en Mallorca y en una parte de España; tiene cátedras propias en Palma, en Montpeller, en Paris y en Roma: el santo amparaba al teólogo y al filósofo. Sin embargo, á los elogios que se le han prodigado durante siglos al sistema filosófico de Lulio, se mezclan frecuentemente algunas censuras; en Francia nunca se estableció con entera solidez y solo tuvo admiradores aislados; ya hemos citado la protesta de la Sorbona referida por Gerson; la crítica, aunque templada, es bastante clara. Hácia la misma época, Raimundo de Sabunde enseñaba en Tolosa siguiendo los principios de Lulio, y obtenia grandísimos aplausos; Policiano hacia frecuente uso de sus métodos; Cardano solo veia en el sistema de Lulio un vano alarde de ciencia, una pomposa inutilidad; Cornelio Agrippa proclamaba su poco valor, pero al propio tiempo lo comentaba. Giordano Bruno trató de corregirle y facilitar su uso, tarea penosa que aun obteniendo un éxito lisongero no estaba á la altura de su ingénio. Los trabajos del jesuita Kircher le daban alguna boga en el siglo XVII: en fin, el mismo

Leibnitz, despues de grandes vacilaciones, levantando las prescripciones de Bacon, termina por hacer su elogio.»

XXXIV.

En la cita que acabamos de hacer aparece el nombre de Raimundo de Sabunde, que es sin duda alguna el mas ilustre entre los lulianos, y en el cual creemos debe terminarse la enumeracion de los filósofos españoles de la edad media.

Raimundo de Sabunde nació en Barcelona por los años de 1370. Segun algunos biógrafos ejerció la medicina, y segun otros se dedicó á la enseñanza de la teología y de la filosofía. Habiendo sido Sabunde invitado para desempeñar una plaza de profesor en la universidad de Paris, aceptó esta proposicion, pero al llegar á Tolosa fué detenido y no se le permitió continuar su viage. Entonces recibió la investidura del profesorado en esta ciudad, donde esplicó filosofía durante algunos años con singular aplauso y estimacion de los que escuchaban sus lecciones. En Tolosa fijó definitivamente su residencia Sabunde y allí murió en el año de 1432.

Sabunde escribió varias obras, entre las cuales

goza de gran celebridad : *La teologia natural ó el libro de las criaturas*, tan apreciada por Montaigne, que la tradujo al francés, y quizá halló en sus páginas la inspiracion de alguna de las ideas menos torcidas que se leen en sus celebrados *Ensayos*.

Grandes elogios han tributado al autor de *La teologia natural* escritores de reconocido mérito. Hugo Grocio dice que Sabunde es un filósofo sutil; Posevino que su juicio es grande y sólido; y Juan Amós Comenio, que sus argumentos no tienen réplica. El célebre humanista Adrian Turnebo, afirma que en *La teologia natural* de Sabunde se halla la quinta esencia de la doctrina de Santo Tomás de Aquino; y Miguel de Montaigne dice que es una obra admirable, en la cual se prueban de un modo inconcuso todos los puntos que se proponen.

Se han hecho multitud de ediciones de la *Teologia natural*, siendo la primera en Estrasburgo el año de 1496 y posteriormente en Paris, Lyon, Venecia, Francfort y Amsterdam, y se han publicado traducciones en todos los principales idiomas de Europa.

Un sacerdote de la Compañía de Jesus se ocupó desde 1789 hasta 1793 en reformar y traducir al italiano la obra de Raimundo Sabunde.

Existe una version castellana de este trabajo publicada el año de 1854 en la librería religiosa de Barcelona bajo el siguiente título:

Las criaturas. Grandioso tratado del hombre, escrito por Raimundo Sabunde, filósofo del siglo XV. Refundido y adaptado para la juventud del siglo XIX, por un sacerdote de la Compañía de Jesus. Mucho desearíamos que no fuese esta la única obra que publicase la librería religiosa de las muchas notables que han sido escritas por nuestros teólogos y filósofos de los siglos medios y del renacimiento.

XXXV.

¿Cuál es el juicio que debe formarse, sobre cada uno de los tres períodos en que hemos considerado dividida la vida intelectual de la península ibérica, durante la edad media?—Respecto al primer período, que comprende la España visogoda, dice el Sr. Arnau, en el libro que ya otra vez hemos citado: «Esta es, á nuestro modo de ver, la época mas gloriosa para nuestra pátria, bajo el punto de vista científico; pues aun cuando no vieron la luz obras tan acabadas como en los otros períodos de su historia, se mantuvo viva la llama del saber, al

paso que en las demás provincias del mundo romano, á la irrupcion de los bárbaros, desaparecieron las letras con todos los demás elementos de la antigua civilizacion.» Si despues de estas atinadas observaciones recordamos lo que espusimos en su lugar oportuno acerca de la trasformacion del ontologismo realista de los primeros Santos Padres, en el idealismo que de ordinario prevalece en la escolástica por medio del psicologismo de la escuela filosófica de Sevilla, seria absurdo desconocer la alta significacion del movimiénto científico de nuestra pátria en los primeros siglos de la edad media.

La gran cultura de la España árabe, que constituye el segundo período, está reconocida y proclamada por la crítica moderna, que ha demostrado sin género alguno de duda que los escolásticos estudiaban á Aristóteles en los comentaristas árabes; que los médicos y los naturalistas orientales son los únicos que saben algo del mundo de la materia, en aquellos siglos que la fé viva de los católicos solo hallaba esparcimiento en las hermosísimas visiones de la vida ultra-mundana. Por último, es ocioso recordar que el monge Gerberto, despues Papa con el nombre de Silvestre II, que Daniel de Morlay, y que Gerardo de Cremona y otros varios estu-

diosísimos literatos y naturalistas franceses é ingleses venian á las escuelas orientales de Córdoba, Sevilla y Toledo á adquirir entre los árabes y judíos los conocimientos científicos que no podian encontrar en ninguna otra parte de Europa.

El materialismo y el idealismo lucharon durante toda la edad media bajo el nombre de nominalismo y realismo. El sistema de Raimundo Lulio es la concepcion mas completa que presenta el escolasticismo realista. Esta sola indicacion basta para hacer ver la gran importancia que presenta el estudio de la ciencia española de la edad media, durante el tercero y último período en que la hemos considerado dividida.

XXXVI.

No es, en verdad, la nacion española la que menos contribuyó á ese gran movimiento intelectual que agitó á Europa despues de la toma de Constantinopla por los turcos (1453), llamado, no sin fundamento, el renacimiento de las artes y de las ciencias. Recordemos aquel inmortal hijo de Valencia, Juan Luis Vives del Vergel (1492), cuyo mérito quilataba Andrés Escoto, afirmando que insensiblemente se habia

formado en Europa un triunvirato científico, compuesto por Budeo, Erasmo y Vives, en que ponia el uno el ingénio, el otro la influencia y Vives un juicio sólido; opinion que confirma monseñor Bouvier, obispo del Mans, en su *Historia elemental de la filosofia*, diciendo: «que Erasmo, Budeo y Vives eran considerados como los tres primeros sábios de su siglo.»

«Viene al mundo Luis Vives, á fines del siglo XV, decia el Sr. Campoamor al tomar asiento en la Academia Española, y se inaugura la época del renacimiento. Ante este docto escritor, todos los demás escritores de la reforma son meros escribientes. Este gran agitador de la rebelion antiaristotélica, sin ser un económico sembrador de ideas con sistema, ha sembrado, nó las ideas, sino los sistemas á granel. Y ya que de idiomas hablo, valiéndome de una imágen gramatical, diré que en la oracion filosófica del renacimieuto, Vives es el sustantivo, y todos los demás escritores son unos simples adjetivos. Y si no tuviese honda antipatía á usar las figuras panteísticas, añadiria que Vives es la sustancia y sus sucesores son modos; que todos son cualidades, cuyo sugeto de inherencia es el talento de Vives. Este Cervantes de la filosofía hirió de muerte el quijotismo escolástico,

que mucho tiempo despues fué á exhalar, no muy justamente por cierto, su último suspiro á los piés de uno de los discípulos mas prosáicos de Vives, del canciller Bacon de Verulamio.»

XXXVII.

Los elogios que acabamos de transcribir, tal vez parecerán exagerados por la forma humorística con que espresa sus pensamientos el original ingénio del Sr. Campoamor; sin embargo, el mérito de Luis Vives realmente es muy superior al de todos sus contemporáneos. La inmensa mayoría de los escritores del renacimiento se empeñan en poner sus doctrinas bajo el amparo del nombre de un filósofo griego, y Reuchlin (1455) renueva las doctrinas de Pitágoras, Patricio (1529) las de Platon, Lefebvre (1591) las de Aristóteles, y Paracelso (1493) el sincretismo alejandrino; solo Luis Vives se presenta original, busca el apoyo de sus doctrinas en la razon universal, y llevando á la ciencia una tendencia de trascendental armonismo, en su libro *De prima philosophia*, trata de concordar la doctrina de los Santos Padres con las de Platon y Aristóteles, segun ha demostrado recientemente un ilustrado krausista, discípulo

del Sr. Sanz del Rio (1). Los novadores del renacimiento atacaban el escolasticismo bajo el punto de vista de sus consecuencias; Vives se fijó acertadamente en la necesidad de la reforma de los métodos de enseñanza, que era el verdadero orígen de los torcimientos del espíritu, cuyos daños se lamentaban.

Los argumentos de autoridad se consideraban en aquel entonces como los mas poderosos, y se llamaban príncipes de los filósofos á Aristóteles y Platon, considerando imposible llegar á discurrir nada por cima de las enseñanzas de la docta antigüedad; Vives, oponiéndose á esta generalizada opinion, decia así: «La comparacion que hacen algunos de la superioridad de los modernos sobre los antiguos, como un enano subido sobre las espaldas de un gigante, es al propio tiempo pueril é inexacta. *Todos somos hombres de la misma especie*, solo que nos hacemos mas grandes que los antiguos, añadiendo su talla á la nuestra, con tal que no les cedamos en estudio, vigilancia y amor á la verdad.» De este modo, sin negar Luis Vives que el progreso del presente tiene por orígen las ense-

(1) El Sr. D. Facundo de los Rios y Portilla, en el discurso que leyó ante el cláustro de la Universidad Central, al tomar el grado de doctor en filosofía y letras.

ñanzàs del pasado, que es la parte de verdad que encerraba el juicio de sus contemporáneos, sostiene acertadamente que la obra del pasado no es por necesidad mas grande que la obra del presente; pues hombres, y hombres de la misma especie, son los que se suceden sobre la tierra, siendo cada generacion sucesora de las que ya fueron, y predecesora de las que serán.

Tales doctrinas filosóficas hacen que justa y atinadamente pueda ser considerado Luis Vives como el precursor de Bacon y de Descartes, y que los mas doctos críticos solo vean en la parte que se refiere á los métodos del *Novum organum*, una ampliacion llena de talento de la obra del filósofo valenciano titulada, *De la corrupcion de làs artes y de las ciencias*, verdadero monumento de gloria científica que por sí solo podria bastar para convencer de imperdonable ligereza á los que un dia preguntaron, sin duda alguna porque no lo sabian, qué es lo que habia hecho nuestra pátria en pró del progreso humano y de la civilizacion europea.

XXXVIII.

Si se digese que nuestra palabra carece de autoridad para contradecir las opiniones de los

profundos sábios que menosprecian las glorias científicas de España, nosotros nos limitaríamos á transcribir el juicio que emite acerca de Luis Vives, uno de los varones mas doctos del pasado siglo, el célebre D. Juan Pablo Forner. Dice así este esclarecido escritor en su *Oracion apologética por la España y su mérito literario*: «¿Cuánta enseñanza no comunicó á Europa, al universo, el penetrante, el descubridor, el sagacísimo Juan Luis Vives?..... No fué el nombradísimo Bacon mas digno del magisterio universal, que le ha adjudicado el olvido del grande hombre que le llevó por la mano y le indicó el camino. Hay grande diferencia del uno al otro, ora se atienda á la estension de los conocimientos, ora á la perspicacia en descubrir y proponer. No se ofendan los manes del inmortal Bacon; si él hizo admirables pruebas de su profundidad en los medios de desentrañar la naturaleza física, Vives perfeccionó al hombre, demostró los errores del saber en su mismo orígen, redujo la razon á sus límites, manifestó á los sábios lo que no eran y lo que debian ser.....:

. . . . . .

«Vives penetró en lo último de la razon, y siguiendo su norte, fué el primero que filosofó sin sistema y tentó reducir las ciencias á mejor

uso. Los siete libros *De la corrupcion de las artes,* única y segura carta de marear en que deben aprender los profesores de la sabiduría á evitar los escollos del error, del engaño, de la opinion, del sistema: los tres *Del alma y de la vida,* en que ofuscó todo el esplendor de la ambiciosa filosofía de Grecia, enseñando al hombre con propia observacion lo que es y á lo que debe aspirar: los tres *Del arte de decir,* en que ampliando las angostas márgenes en que los estilos de la antigüedad habian estrechado el uso de la elocuencia, lo dilató á cuantos razonamientos puede emplearle el ejercicio de la racionalidad: los cinco *De la verdad de la fé cristiana,* obra que debe leerse con veneracion y admirarse con encogimiento, donde triunfa perfeccionada la filosofía del hombre, llevándole irresistiblemente á la verdad del culto: sus tratados de educacion: sus sátiras contra la barbárie, apoyada entonces en la dialéctica: su universal saber, en suma, consagrado, no á la escrutacion de la naturaleza que eternamente se resistirá á las tentativas del entendimiento, por lo menos á las mejoras de estas, y á la utilidad con que le convida la inmensa variedad de objetos que le oprimen por el abuso, son en verdad méritos que no sin fundamento obligan á reputarle en

su pátria por el talento mayor que han visto las edades. Cuando sean mas leidas sus obras, cuando mas cultivadas las innumerables semillas que esparció en el universal círculo de las ciencias, cuando mas observadas las nuevas verdades que en gran número aparecen en sus discursos, los innumerables desengaños con que reprimió los vagos vuelos é intrépida lozanía de la mente, y la facilidad de adoptar por verdad lo que no lo es, entonces confesará Europa que no el amor á la pátria, sino el de la razon, me hace ver en Vives una gloriosa superioridad sobre todos los sábios de todos los siglos.»

XXXIX.

Pequeño aparecerá todo lo que digamos de los pensadores españoles de la época del renacimiento despues de los justos elogios que hemos tributado á la memoria de Luis Vives. Hay sin embargo nombres y doctrinas que no debemos pasar en silencio.

El médico Juan de Huarte (1520) escribió una obra titulada: *Exámen de los ingenios*, reduciendo á sistema todo lo que en la antigüedad se habia escrito sobre la frenología, y ponien-

do los fundamentos de los sucesivos desenvolvimientos que han tenido estas teorías en los tiempos presentes. Tambien merece recordarse que en el libro de que nos ocupamos trazó el doctor Huarte una division de las ciencias con arreglo á las facultades del alma que se aplican á su estudio, idea que fué copiada por Bacon y despues popularizada por D'Alembert en su *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, sin que ninguno de estos dos escritores nombrase el autor español que primero la concibiera.

Jorge Gomez Pereira (1524), que segun unos autores nació en Portugal, y segun otros en Galicia, publicó en Medina del Campo, el año de 1554, una obra que lleva por título: *Margarita Antoniana*, donde se halla el silogismo siguiente: lo que conoce es, yo conozco, luego yo soy, repitiendo el hasta há poco tiempo olvidado razonamiento de San Agustin, un siglo antes de que Descartes escribiese su famoso *cogito, ergo sum*. Tambien Gomez Pereira sostiene en su obra la absurda teoría de los animales máquinas, que despues, presentada por Descartes, llegó á ser admitida por escritores cuya elevada inteligencia parece que debia haberles alejado de semejantes dislates.

XL.

De multum nobili et prima universali scientia, quod nihil scitur, es el nombre de un libro que se imprimió el año de 1526, escrito por el portugués Francisco Sanchez, avecindado há largo siempo y que ejercia su profesion de médico en Tolosa de Francia. El título escéptico de esta obra no se halla confirmado en su contenido, pues aun cuando en ella se combate, quizá con esceso, la ciencia escolástica, se respetan casi siempre las nociones eternas de la verdad. La interpretacion de las doctrinas del filósofo portugués ha sido objeto de controversia en estos últimos años entre los críticos alemanes, lo cual indica su alta significacion científica, que lo que poco vale, si alguna vez logra adquirir el aplauso de los contemporáneos, jamás podrá fijar la atencion de los doctos en épocas posteriores donde las pasiones callan y alza su poderosa voz la justicia de los siglos.

Doña Oliva Sabuco de Nantes, natural de Alcaráz, que floreció á mediados del siglo XV, en su obra *Nueva filosofía de la naturaleza*, indicó las primeras ideas acerca de la fisiología de las pasiones; inició la teoría acerca de la influencia

del sistema nervioso en la economía humana, y consideró el cerebro como el sitio en donde reside el alma, conforme á lo que hoy creen algunas escuelas filosóficas. Ya se advierte el atrevimiento y la novedad de las ideas de la ilustre doña Oliva Sabuco, sobre todo, si se tiene en cuenta el idealismo que generalmente dominaba las inteligencias cuando escribió su *Nueva filosofía*, que si no es un libro materialista, bien puede calificársele de empírico, y aun tal vez de sensualista.

XLI.

Há pocos años que el señor Laverde Ruiz, cuyas investigaciones sobre la historia de la ciencia española no han sido galardoneadas cual de justicia merecen, publicó en la *Crónica de Ambos-Mundos* un erudito artículo sobre la vida y escritos del insigne pensador Sebastian Foxo Morcillo, tan digno de estudio por su mérito, como olvidado por nuestra nacional indolencia.

Los estrechos límites de estos apuntes nos vedan el que podamos estractar y comentar el artículo del señor Laverde Ruiz: diremos solamente, que Sebastian Foxo Morcillo nació en Sevilla el año de 1528, y que escribió varias obras

filosóficas muy notables, y que se adelantan á su siglo, pues segun la respetable opinion del señor Canalejas, su modo de entender y comentar las doctrinas de Aristóteles, guarda cierta analogía con los juicios emitidos en nuestros tiempos por los más doctos críticos é historiadores de la filosofía.

Mr. Boivin, hablando de las luchas entre aristotélicos y platónicos, que absorvieron la mayor parte de las inteligencias en los primeros siglos de la edad moderna, dice que el libro de Foxo Morcillo titulado: *De natura philosophiae, seu de Platonis et Aristotelis consensione,* es la obra más sólida, elegante y fundada de cuantas se escribieron durante esta contienda, y la tentativa mas feliz para la combinacion entre Platon y Aristóteles.

Despues de lo que dejamos escrito, no creemos pecar de estremados al decir que Sebastian Foxo Morcillo seria el primero entre los pensadores españoles del renacimiento, si no existiese Luis Vives, al cual, sin embargo, aventaja en la novedad de sus concepciones, si bien le es inferior en erudicion y en aquel sesudo juicio que forma las más altas glorias del gran filósofo valenciano.

XLII.

Algunos escritores del renacimiento se limitaron á combatir el escolasticismo, sin presentar un sistema que lo sustituyese.

La historia científica de la Península puede presentar como pertenecientes á esta clase, que pudiéramos llamar de pensadores críticos, varios autores dignos de mencionarse.

Hernando de Herrera publicó en Salamanca, el año de 1517, *Las ocho levadas contra Aristóteles y sus secuaces;* Manuel Bocarro escribió un libro titulado *Sistema contra Aristóteles;* Francisco Sanchez el Broense (1523) dió á la estampa su *Repeticion sobre los errores de Porfirio y otros dialécticos,* reimpresa en Salamanca en 1597 y Francisco Ruiz el *Juicio de Aristóteles.*

Hoy que la gramática general forma parte de la ciencia filosófica no debemos pasar en silencio otra obra de Brocense, la *Minerva ó causas de la lengua latina,* que segun la opinion del obispo del Mans, monseñor Bouvier, en su *Historia elemental de la filosofía,* sirvió de gran utilidad á los solitarios de Port-Royal en sus investigaciones filológicas.

XLIII.

Aun cuando España tuvo la dicha de conservar su fé religiosa al través de las grandes perturbaciones que ocasionó en Europa la herejía luterana: sin embargo, un hijo del antigno reino de Aragon aparece entre los reformadores religiosos, llevando en su pecho el valor de sus antepasados, y abarcando con su inteligencia las últimas consecuencias de las teorías que defendia, consecuencias que desconocian torpemente los que eran fanáticos sectarios de sus premisas fundamentales.

No se crea que por enaltecer las glorias científicas de nuestra pátria aventuramos opiniones de difícil probanza: bastará relatar los hechos é indicar las doctrinas para que se vea confirmada la verdad de nuestras palabras.

Miguel Servet, que es el pensador á quien venimos refiriéndonos, nació el año de 1500 en el pueblo de Villanueva de Aragon, estudió el derecho y la medicina, siendo tales los progresos que hizo en esta última ciencia, que segun autoridades muy respetables, fué el primero que conoció el modo cómo se verifica la circulacion de

la sangre (1). Llevado por el espíritu de su siglo á ocuparse de las cuestiones religiosas, publicó en 1553, sin nombre de autor, un libro muy notable que intituló: *Cristianismi restitutio*, en el cual, abandonando la estrecha idea de los luteranos y calvinistas, demostró cumplidamente que de no admitirse la doctrina católica, el panteismo es la última é indeclinable consecuencia de las especulaciones filosóficas. La interpretacion de las Sagradas Escrituras de Miguel Servet, es por lo tanto una verdadera exegesis racionalista, tal como hoy se comprende por los críticos alemanes, que tan solo se diferencia de las modernas en que estas se fundan en las enseñanzas de Spinosa, y la de Servet en las teorías de la escuela neo-platónica.

Gran escándalo causó entre los reformadores el *Cristianismi restitutio*. Descubierto el nombre de su autor, los sectarios de Calvino consiguieron apoderarse de Miguel Servet y encerrarle en un calabozo. Sin embargo, en vano se emplea-

(1) Leibnitz escribió en una de las cartas que se hallan citadas en las *Memorias de Trevoux* del año de 1727 las siguientes palabras: «*Yo tengo tanta mayor compasion de la infeliz suerte de Servet* (se refiere á su muerte en un suplicio), *cuanto que su mérito habia de ser extraordinario, pues hoy se halla bien probado que tenia un conocimiento de la circulacion de la sangre muy superior á lo que antes se sabia acerca de esta materia.*»

ron los halagos y las amenazas para que abjurase sus doctrinas y admitiese las del calvinismo; el valeroso aragonés fué conducido al patíbulo y padeció la muerte, impuesta por los defensores de la libertad de conciencia, antes que retractarse de ninguna de las proposiciones teológico-filosóficas que habia escrito en el *Cristianismi restitutio*. Ejemplo de entereza digno de mejor causa, aun cuando bien considerado, las lógicas doctrinas de Miguel Servet se hallan mas cerca de la verdad, que el absurdo fatalismo deista que proclamaba Calvino en su teoría sobre el valor santificante del heróico sacrificio del Calvario.

XLIV.

La política, fundándose en el derecho natural, que es la forma en que hoy se comprende esta ciencia, puede decirse que comenzó á sistematizarse por los publicistas del renacimiento, si bien en las obras de algunos teólogos de la edad media, y muy particularmente en las de Santo Tomás de Aquino, ya se hallan los liniamientos y primeros gérmenes de teorías que hoy quieren pasar plaza de novedades nunca discurridas por

humanos entendimientos. Sin embargo, no puede negarse la grandeza de las especulaciones políticas en la época del renacimiento.

Maquiavelo es en Italia el mas lógico defensor de la tiranía, fundándose en el derecho divino de los príncipes. En Francia, Estéban de la Boetie espone la teoría del anarquismo en su famoso *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, y Juan Bodin reclama la libertad religiosa, fundándose en la falsedad de todos los cultos, y afirmando que solo es verdadera la religion natural. En Inglaterra, Buchanan defiende la soberanía del número como fuente de derecho, y en estos principios se fundó Milton para legitimar la sentencia de muerte dictada contra Cárlos I, y la dictadura de Cromwell ejercida en nombre de la libertad y del derecho de los más para imponer su voluntad á los menos.

Al lado de estos pensadores político-filosóficos bien puede colocarse á don Diego Saavedra Fajardo (1584), que en sus *Empresas políticas* es filósofo sin separarse de las enseñanzas católicas, y al P. Juan de Mariana, que en sus tratados sobre la educacion de los príncipes, y en el dedicado al cambio del valor de la moneda, lleva el espíritu de libertad hasta conclusiones tan atrevidas, que para unos fueron objeto de sin-

gulares alabanzas, así como para otros de censuras y condenaciones absolutas. (1)

XLV.

Todas las escuelas de tendencias materialistas pretenden haber defendido siempre la libertad individual contra los prejuicios del principio de autoridad y del dogmatismo idealista. Sin afirmar nosotros que esta pretension carezca de todo fundamento, necesario es confesar que la historia de la filosofía presenta pensadores sensualistas, y aun materialistas, que están muy léjos de sostener las doctrinas liberales.

Recordemos acerca de esto el famoso *Leviathan* del materialista Hobbes, donde se establece el derecho positivo sobre la siguiente máxima que puede justificar toda tiranía: *non veritas,*

(1) El anglo-americano VVheaton, en su *Historia del derecho natural*, hace constar que muchas de las ideas jurídicas del célebre Hugo Grocio acerca de los fundamentos del derecho natural y de gentes se hallan tomadas de las obras escritas anteriormente por los teólogos y legistas españoles Soto, Suarez, Ayala, Vazquez y algunos otros. Heffter en su obra intitulada; *Derecho internacional público de Europa* dice: «El español Francisco Suarez, *que es el primer autor importante de derecho internacional*, hace mencion de su tratado, *De legibus ac de Deo legislatore*, de los usos desde largo tiempo atrás observados en las relaciones recíprocas de los Estados europeos; el derecho consuetudinario de las naciones cristianas.» Hallam y Janet tambien han indicado los grandes merecimientos de los tratadistas españoles de derecho natural, que florecieron en la época del renacimiento.

sed autoritas, facit legem: recordemos al platónico Pedro Ramus, asesinado villanamente en la noche de San Bartolomé por las instigaciones de los secuaces del sensualismo aristotólico, capitaneados por el escolástico Charpentier: y viniendo á la historia de la ciencia española, recordemos tambien el libro de Juan Ginés de Sepúlveda, titulado: *Dialogus de justis belli causis contra indos suscepti, sive democrates alter*, fundado en la doctrina de Aristóteles, donde se defendia, ó por lo menos se disculpaba, la esclavitud de los índios y el derecho de conquista en las tierras americanas.

Ciertamente que señalar la autoridad, y no la justicia, como orígen del derecho; usar el puñal como argumento científico; y sostener la esclavitud y la conquista como medios propios para realizar el bien, son doctrinas y hechos que difícilmente se conciertan con el espíritu liberal, de que tanto se ufanan las escuelas empíricas.

Habiendo citado el *Diálagus de justis belli causis* no nos parece fuera de propósito dar algunas noticias biográficas de su autor Juan Ginés de Sepúlveda, y recordar la célebre controversia que produjo la apreciacion de las teorías que en este libro se estatuian como verdades fundamentales de la filosofía del dereeho.

XLVI.

Juan Ginés de Sepúlveda nació en Córdoba el año de 1490; estudió filosofía en la universidad de Alcalá de Henares, y despues en el colegio de San Clemente de Bolonia, donde fué discípulo del célebre Pomponacio.

Noticioso Cárlos V de los talentos y literatura de Sepúlveda, le nombró su cronista el año de 1536; y para llenar cumplidamente las obligaciones de este honroso cargo, siguió al emperador en varias jornadas, gozando el permiso de consultarle todas las dudas que le ocurriesen.

Cuando escribió Juan Ginés de Sepúlveda el ya citado *Dialogus*, en vano pidió al consejo de Indias la licencia para su impresion, y aun continuaba en gestiones para conseguirla, cuando llegó á España en 1547 el caritativo obispo de Chiapa, Fray Bartolomé de las Casas, que habiendo entendido la pretension de Sepúlveda, se opuso á ella, por considerar en alto grado dañosa la publicacion de tal libro. Entonces el consejo consultó á las universidades de Salamanca y Alcalá, las cuales dijeron que la obra de Sepúlveda no se debia imprimir por contener doctrina insana para el bien de la re-

pública. No conformándose nuestro autor con este juicio, escribió una apología del *Dialogus* y la mandó á Roma, donde la dió á luz su amigo el ilustre anticuario don Antonio Agustin. Finalmente, para poner término á esta ruidosa controversia, en 1550 mandó el César que se celebrase una junta de teólogos y juristas en Valladolid, ante la cual el obispo Las-Casas y el cronista Sepúlveda espusiesen sus opuestas opiniones acerca del derecho con que se realizaba la conquista de las Indias. Comenzáronse en efecto las sesiones de esta junta, pero se suspendieron bien pronto sin resolver nada, por haber tenido el emperador que entender en asuntos de mayor urgencia, aunque quizá de menor importancia. La oposicion que encontraron las teorías de Sepúlveda por parte de los teólogos y juristas de su época, son una señal, si no una prueba, del espíritu de justicia que siempre ha reinado en la Iglesia y la ciencia española; espíritu de justicia generalmente desconocido, y aun negado, pues como dice un escritor contemporáneo (1), «leyendo únicamente traducciones

(1) El Excmo. señor don Antonio Cánovas del Castillo en los artículos publicados en el *Semanario Pintoresco Español* del año de 1849, que llevan por título: *Breve reseña del estado que alcanzan las ciencias históricas en España*, y *apuntes críticos sobre las obras de este género nuevamente publicadas*.

y apreciando los hechos históricos por el criterio protestante que combatieron nuestros padres dos siglos enteros, ó bien por el prisma de la soberbia francesa que mantuvieron nuestras banderas en humillacion tantos años, hemos llegado á ser estranjeros en nuestra propia pátria, y cada pensamiento que se desprende de nuestra inteligencia cae como una maldicion sobre los restos venerables de nuestra nacionalidad y de nuestra gloria.»

Juan Ginés de Sepúlveda falleció en 1573, y sus obras completas se publicaron en cuatro tomos en cuarto, bajo la direccion de la Real Academia de la Historia, el año de 1780.

XLVII.

La mayor parte de los reformadores protestantes se declararon decididos adversarios del escolasticismo. Los pensadores católicos, así en España como en Italia, tomaron la defensa de este caduco sistema filosófico, considerando erradamente que la forma de la ciencia, que se trasforma y muda, se hallaba ligada á las imperecederas verdades de la revelacion, que eternas quedan y en todo cambio permanecen. Por esta causa desde mediados del siglo XVI hasta prin-

cipios del XVIII, la ciencia ibérica abate sus vuelos, y olvidando las enseñanzas de los Lulios y Vives, Morcillos y Pereiras, se encierra en la dialéctica infecunda del *ergo*, del *concedo* y del *distinguo*, pretendiendo negar la ley de trasformacion que gobierna al universo, ya por medio de la muerte de los individuos en el órden físico, ya por medio de la desaparicion de las formas científicas en el órden intelectual.

A pesar de haber consagrado sus inteligencias á sostener una ciencia atrasada, son dignos de mencionarse el cardenal Toledo (1532), Gabriel Vazquez, Rodrigo Arriaga, Pedro Hurtado de Mendoza, el monge cisteniense Oviedo, Domingo de Soto (1494) y el P. Francisco Suarez, cuyos méritos se hallan confirmados en sus varias y eruditas obras, y en los opuestos juicios de los sectarios y contradictores de las teorías escolásticas.

XLVIII.

Entre todos los pensadores que acabamos de citar, merece el primer puesto y lugar de preferencia Francisco Suarez, al cual llama un erudito historiador de la ciencia española, príncipe de los escolásticos, que fueron sus contempo-

ráneos, y cuyas doctrinas sobre el derecho están siendo objeto de grandes estudios en algunas academias de la docta Alemania.

Francisco Suarez, nació en Granada el año de 1547, vistió el ropon de jesuita en el de 1564; esplicó con gran reputacion y aplauso en las universidades de Alcalá, Salamanca, Roma, y por último en la de Coimbra, donde fué primer catedrático de teología, y murió en Lisboa el año de 1617.

Compuso Suarez gran número de obras, algunas originales y otras comentando y ampliando las ideas espuestas por el Angel de la escuela, en la *Suma teológica*, en lo cual aventaja á todos sus contemporáneos que se ocuparon del mismo asunto, como puede verse en el libro que recientemente ha publicado el académico francés M. A. Franck, sobre los reformadores y publicistas de la edad media y del renacimiento, y en la obra del presbítero M. Morel que lleva por título *Los católicos liberales* (1).

(1). Ya hemos indicado en una nota anterior los elogios que han merecido los tratadistas españoles de derecho natural, y principalmente Suarez, de los juristas estranjeros VVeathon, Heffter, Hallam y Janet. Si quisiésemos añadir á estas autoridades el testimonio de los escritores nacionales, citaremos *El protestantismo comparado con el catolicismo*, del inmortal Balmes, donde se pone de manifiesto la profundidad de las teorías políticas de Suarez; el juicio que emite el señor Benavides en su artículo titulado: *Breve comparacion entre las*

XLIX.

No debemos pasar en silencio el nombre de un escritor que fué considerado en su siglo como un prodigio de ciencia, y que hoy está de todo punto olvidado, con injusticia tan evidente, como es dudosa la exactitud del apasionado juicio que alcanzó de sus contemporáneos.

Juan Caramuel Lobkowitz, que es á quien nos referimos, nació en Madrid el año de 1606. A semejanza de Pascal, se dedicaba en su niñez á resolver los problemas mas árduos que presentan las ciencias matemáticas; y mientras sus compañeros de estudio se entretenian en los pueriles juegos propios de su edad, Caramuel observaba el movimiento de los planetas é intentaba calcular el curso de sus revoluciones.

Despues de haber estudiado la filosofía en la universidad de Alcalá, tomó el hábito en el monasterio de la Espina, que pertenecia á la dió-

---

tiempos antiguos y los modernos, (primer tomo de la *Revista Española*) cuando afirma que el jesuita Suarez puede considerarse como el mas importante de los políticos del siglo XVI; y por último, el estudio sobre el derecho natural que publicó en *La América* el Sr. Moron, donde se sostiene la opinion de que aun no está suficientemente reconocido, el gran mérito de las doctrinas filosófico-jurídicas espuestas por los teólogos y publicistas españoles de los siglos XVI y XVII.

cesis de Palencia; estudió por segunda vez la filosofía en Salamanca bajo la direccion del célebre catedrático Manrique, y de aquí pasó á Alcalá, en cuya universidad esplicó teología por espacio de tres años, al cabo de los cuales, fué nombrado abad de Melrosa, en Escocia, y despues de haber desempeñado otras varias prelacías, fué elegido obispo de Campaña y posteriormente de Vigebano, en el Milanesado, en donde murió el año de 1682.

El obispo Caramuel recorrió todos los órdenes de los conocimientos humanos, pues afirma uno de sus biógrafos que se habia propuesto ser una enciclopedia viva. Se aplicó con singular afan al estudio de las lenguas orientales y sobre todo á la de los chinos, conociendo antes que otro alguno la importancia de esos monumentos primitivos de la civilizacion que hoy estudian y comentan los primeros sábios de Europa.

Entre las obras del obispo de Vigebano citaremos la que se titula *Teología dudosa,* donde examina las objecciones hechas al catolicismo en nombre de las doctrinas protestantes; la *Gramática cabalística* y la *Nueva dialéctica metafísica*, donde se propone esplicar los conceptos oscuros de los filósofos escolásticos, todas las

cuales atestiguan su claro ingénio y vastísima ciencia, y esplican, hasta cierto punto, el entusiasmo de uno de sus admiradores, el cual afirmaba, refiriéndose á la última de las obras citadas, que si Dios dejase perecer las ciencias en todas las universidades del mundo, solo las obras de Caramuel serian suficientes para hacerlas renacer.

L.

En la época de que ahora nos ocupamos en estos desaliñados apuntes, aparece un escritor de gran celebridad literaria, pero cuya significacion científica solo ha comenzado á conocerse cuando el erudito colector de sus obras en la *Biblioteca de autores españoles*, D. Aureliano Fernandez Guerra, demostró ámplia y cumplidamente que el Quevedo satírico encubria un gran moralista y aun pudiera decirse que un ilustre filósofo, cuyas originales concepciones son en mucho superiores al escolasticismo reinante entre el vulgo de los escritores del reinado de Felipe IV.

No seguiremos al Sr. Fernandez Guerra en sus doctos comentarios sobre el mérito de Quevedo, como escritor polígrafo, lo cual seria aje-

no á la índole concreta de estos estudios filosóficos, en que solo podemos ocuparnos de la literatura como de pasada é incidentalmente.

Nos limitaremos, pues, á esplicar una contradicion que algunos pretenden hallar en las doctrinas morales del ilustre autor del *Sueño de las calaveras*, y esto nos dará ocasion para hacer algunas consideraciones sobre dos antiguos sistemas filosóficos que se fundan en un mismo principio, y cuyas aplicaciones prácticas aparecen opuestas y en su fundamento inconciliables.

LI.

Se dice que siendo el epicureismo y el estoicismo dos sistemas radicalmente opuestos, y habiendo escrito D. Francisco de Quevedo (1580) la *Defensa de Epicuro*, libro cuyo solo nombre indica su tendencia filosófica, y la *Vida de Marco Bruto*, cuyas máximas morales recuerdan la severidad de Zenon, si bien templada por el amoroso espíritu de la caridad cristiana, es patente lo vacilante de su criterio racional y el escaso valor de sus meditaciones filosóficas. Para destruir este argumento, empezaremos por negar la oposicion radical entre las teorías de Epicuro y las de Zenon. Epicuro enseñaba, que bus-

car el placer es la regla de la moral y el fundamento necesario de la felicidad humana. Zenon decia que negar el dolor es la perfecta sabiduría, y estatuia la *apatia* por los ajenos y los propios males como el último grado de la perfeccion moral. Epicuro y Zenon se apoyan en una concepcion del bien puramente individual y subjetiva. La idea de Dios, Epicuro la reduce á la nada, y es ateo: Zenon la extiende á todo, que es otro modo de negarla, y es panteista. Epicuro niega la libertad humana, dejando al azar sin finalidad que domine en el universo; Zenon niega tambien la libertad humana, poniendo la necesidad sin primera causalidad como ley de todo lo que es. En resúmen: Epicuro y Zenon establecen sus sistemas sobre una teoría subjetiva del bien; pero el primero pone la felicidad en el goce, y el segundo en la abstencion; diferencia notable, sí, pero no radical ni contradictoria, puesto que reconoce un orígen comun en su concepcion primera y racional fundamento.

LII.

Quevedo es antes que todo un gran poeta lírico, y con esto queda manifestada la índole

subjetiva de su inteligencia. De aquí su amor á las doctrinas de Epicuro y de Zenon que su alta razon encontraba perfectamente conciliables en una idea más comprensiva sobre la felicidad individual, es á saber; el goce cuando el goce causa placer, la abstencion cuando el goce causa hastío.

Pero la fé religiosa salva á Quevedo de los grandes errores que entraña este egoismo meditado, poniendo delante de sus ojos las altísimas enseñanzas sobre el sacrificio, ley regeneradora de la humanidad segun la Iglesia católica, y único fundamento posible del bien social, segun la experiencia de los siglos; que en esto, como en todo, la verdad revelada y la verdad racional, siendo uno mismo su origen, las mismas son tambien sus lógicas enseñanzas y necesarias aplicaciones.

De todo lo dicho, se deduce que la concepcion moral de Quevedo es un eclecticismo en donde trata de conciliarse la feroz apatía estóica y el afanoso anhelo de goces del epicureismo, en un término medio que no niega, en determinadas ocasiones, las grandezas del heroismo, ni las maravillas del sacrificio.

LIII.

Cuando aparecen turbios los horizontes científicos, las inteligencias cegadas por el orgullo, proclaman su idea subjetiva como la única verdad absoluta y engendran el excepticismo; las inteligencias alumbradas por la luz de la fé, dicen y creen, que toda verdad solo puede llegar á nosotros por estática y maravillosa comunicacion con la divinidad y se acogen al misticismo. Por esta causa, cuando la escolástica amenguaba la grandeza del pensamiento racional, apareció la escuela mística española como una lágrima que humedece la tumba de nuestra ciencia filosófica.

Requeriría mayor espacio del que ahora disponemos el análisis y comento de obras tan notables como la *Guia de pecadores* de Fr. Luis de Granada (1504), las *Cartas espirituales* del venerable Avila (1500), la *Diferencia de libros que hay en el universo,* del maestro Venegas, el *Tratado de la conversion de la gloriosa María Magdalena,* de Fr. Pedro Malon de Chaide (1530), las *Obras y dias* del P. Nieremberg, la *Vanidad del mundo* de Fr. Diego de Estella, y tantas otras que pasamos en silencio para concluir es-

ta larga enumeracion, á riesgo de cometer injusticias, dejando en olvido nombres que ocupan eminentes puestos en la historia de la ciencia española.

LIV.

Quizá se dirá que los escritores que acabamos de nombrar, más pertenecen á la elocuencia y á la literatura que á las especulaciones racionales. Pero no podrá hacerse esta observacion si citamos los nombres de Santa Teresa de Jesus, San Juan de la Cruz y Fr. Luis de Leon.

El ilustrado catedrático de metafísica en la Universidad de Sevilla, D. Federico de Castro, ha dicho en un artículo que publicó en la *Revista ibérica*, que Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz intentaron la difícil empresa de conciliar el último resultado de la antigua cultura del neo-platonismo con el idealismo cristiano.

El Sr. D. Patricio de Azcárate, en su *Exposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos*, pretende que se halla una gran tendencia panteista en el espíritu de las obras de los dos citados escritores.

Por último, el académico señor Nuñez de Arenas, en el discurso que leyó años pasados al comenzarse el curso de estudios en la Universidad

de Madrid, trató de demostrar que hay más relacion de la que vulgarmente se cree entre las doctrinas que espuso Fr. Luis de Leon en *Los nombres de Cristo*, y las modernas teorías sobre la unidad eterna como generadora de toda variedad fenomenal y transitoria. De este modo al axioma de Schelling: *todo es uno y lo mismo*, puede oponerse la doctrina de Fr. Luis de Leon resumida en estas palabras: *todo es uno y diferente*.

Hemos hecho estas citas, aun cuando no aceptamos del todo sus apreciaciones, para poner de manifiesto la gran importancia y trascendencia científica de la escuela mística española, cuyos aciertos son debidos á la alteza de las enseñanzas católicas, cuyos errores reconocen por orígen el haber fiado tan solo á la fé lo que requiere meditado pensamiento y hasta experiencia esterna, pues como probaba doctamente el gran Santo Tomás de Aquino, «la fuerza poco conocida del razonamiento» es base segura de las anticipaciones teológicas.

LV.

En estos apuntes bibliográficos sobre la filosofía española, no debemos pasar en silencio á un es-

critor que ha contribuido á salvar de un total olvido los nombres y los libros de gran número de nuestros antiguos teólogos y filósofos. Nos referimos al eruditísimo D. Nicolás Antonio, á cuya vida y escritos consagraremos algunos breves renglones.

D. Nicolás Antonio, nació en Sevilla el año de 1617; estudió en su pátria filosofía y teología, y despues pasó á Salamanca, donde se dedicó á la jurisprudencia. A los cuarenta y dos años de su edad fué enviado á la corte de Roma por el rey D. Felipe IV, como agente general de España, y en dicha capital permaneció hasta el año de 1677. Obtuvo despues una canongía en la catedral de Sevilla, y por último, fué nombrado por Cárlos II consejero de Cruzada, cuyo empleo sirvió hasta el año de 1684 en que terminó su existencia.

Publicó D. Nicolás Antonio dos obras muy importantes en la historia literaria y científica de nuestra pátria, la *Biblioteca antigua que comprende los escritores desde el siglo de Augusto hasta el año de* 1500 y la *Biblioteca nueva de los autores españoles desde* 1500 *hasta* 1670. En ambas obras se halla un verdadero manantial de curiosísimos datos biográficos que deben ser tenidos muy en cuenta, si algun dia trata de his-

toriarse la vida científica de la península ibérica.

La *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio fué reimpresa por órden del ilustre rey D. Cárlos III, con muchas notas y adiciones, cuyo trabajo corrió á cargo del erudito bibliotecario de S. M. D. Francisco Perez Bayer. (1)

LVI.

Cuanto más nos acercamos á la edad presente, es mayor el abandono y olvido en que yacen lar tradiciones científicas de nuestra pátria. Los nombres de Séneca y de Columela, de Raimundo Lulio y de Luis Vives, de Maimonides y Averroes, han llegado á ser conocidos de todos los doctos, así nacionales como extranjeros; no

(1) Un distinguido literato residente en Córdoba, el señor don Cárlos Ramirez de Arellano, hace mucho tiempo que se ocupa en escribir un diccionario biográfico y bibliográfico de autores españoles desde el año de 1500 hasta nuestros dias; diccionario que puede considerarse como un complemento y continuacion de la *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio. Seria conveniente que la Biblioteca Nacional de Madrid se encargase de la publicacion de la obra del Sr. Ramirez de Arellano, que vendria á llenar una necesidad generalmente sentida entre cuantos cultivan la historia científica y literaria de nuestra pátria.

sucede lo mismo con nuestros pensadores del pasado siglo. Y cuenta que las obras del P. Feijóo, Hervás, Forner, Mayans, el médico Piquer, Almeida y el doctor Martinez, por medio de las cuales se iniciaron en la península algunas teorías nacidas en tierras extrañas, pero modificadas sábiamente, segun la índole propia y necesidades tradicionales del carácter español, son dignas por más de un concepto de meditado estudio y no escasas alabanzas.

Y en el opuesto bando, los que aún sostenian el antiguo escolasticismo, enemigos de todo cambio por la sola razon de ser diferente á lo pasado, esos ingenios estadizos que se llaman él P. Pascual, D. Salvador José Mañer, el P. Losada, el canónigo Valcárcel y el P. Castro, aun en medio de la exageracion anti-progresiva de sus doctrinas, y acaso por esta misma causa, vieron, tal vez antes de que escribiese Kant su *Crítica de la razon pura,* que el psicologismo cartesiano encerraba los gérmenes del idealismo absoluto, y que el empirismo baconiano era el camino derecho para llegar al materialismo, como en aquella misma época lo estaban demostrando *la estátua* de Condillac y los artículos de la Enciclopedia, que eran consecuencias lógicas de los principios establecidos

en el *Novum organum* y en la *Dignitate et augmentis scientiarum*. (1)

LVII.

Entre todos los filósofos del pasado siglo que hemos mencionado, ocupa el primer lugar, segun nuestro juicio, el R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo (1676), cuyo nombre no brilla tan alto como debiera, por haber nacido en España, tierra clásica de la ingratitud para los merecimientos de sus hijos, y más si estos merecimientos son del órden científico y requieren algun estudio y meditacion para ser detenidamente apreciados.

Dado nuestro abandono, no debemos extra-

(1) En el siglo XVIII se entabló en la península una lucha pertinaz entre el antiguo escolasticismo y las doctrinas que á la sazon imperaban en la vecina Francia. Daremos algunas noticias acerca de este notable movimiento filosófico.

Las *Recreaciones filosóficas* del P. Teodoro de Almeida, forman un gran número de tomos, que por su espíritu general y el propósito que los inspiraba, hacen que su autor pueda ser considerado como el Feijóo portugues. Tambien aparecian como novadores el P. Tosca en su *Compendio de filosofía*, D. Gregorio Mayans en sus *Instituciones de filosofía moral*, Arteaga en sus *Investigaciones de la belleza ideal*, Pereira en su *Teodicea*, el médico Piquer en su *Lógica moderna*. Forner en sus *Discursos filosóficos sobre el hombre*, D. Antonio Perez y Lopez en sus *Principios esenciales*, y principalmente el P. Hervás en su *Idea dell universo*, escrita en italiano, y de la cual se ha traducido al español dos tratados filósoficos, la *Historia de la vida del hombre*, y *El hombre físico*.

ñárnos de que un escritor extranjero no escaso de ciencia ni doctrina, haya dicho en una obra destinada á historiar las letras castellanas: «en conciencia, no puede colocarse entre lás obras de filosofía el *Teatro crítico universal* del P. Feijóo, llamado el Voltaire español por algunas personas sencillas. Esta docta obra ataca las preocupaciones de la ignorancia, pero no se remonta á mayor altura y carece de la valentía y elevacion de la escuela del siglo XVIII. ¡Un fraile filósofo y en el reinado de Felipe V! Esto hubiese sido un prodigio demasiado grande. Cuando salió á luz ese libro todavía se quemaban á los judíos y los herejes.»

Hemos copiado las apreciaciones que anteceden, porque hallándose en un libro traducido al español y que anda en manos de todos, desea-

---

Siguiendo la tendencia de la filosofía escolástica se publicaron, entre otras, las obras, siguientes: *Curso de filosofía* del P. Luis Losada; *Desengaños filosóficos* del Dr. Fernandez Valcárcel, canónigo de Palencia, *Apologia de la teología escolásticas*, del P. Castro; la *Filosofía de Santo Tomás de Aquino*, del P. Puigservet, y el *Exámen de la crisis del P. Feijóo sobre el Arte Luliana*, del R. P. M. Fr. Raimundo Pascual.

Aun pudieran citarse entre los reformadores al sábio don Juan Andrés, el médico Martinez, Montengon, Eximeno Viegas y el P. Antonio Rodriguez, que escribió una muy celebrada refutacion de las doctrinas irreligiosas titulada: *El Filoteo*. En el opuesto bando tambien debemos añadir los nombres del P. Eliseo Garcia, del P. Aguilar y del autor de la última apologia que conocemos de la filosofía de Raimundo Lulio, que lo fué el P. Fornés.

ríamos demostrar las equivocaciones que encierran y levantar hasta donde alcáncen nuestras fuerzas, la obra del pensador español injústamente menospreciada por el ilustrado crítico estranjero á quien venimos refiriéndonos.

Si no se puede llamar obra de filosofía al *Teatro crítico* del P. Feijóo, donde se trata de los fundamentos metafísicos del amor de Dios, de la certeza y exámen científico de lo sobre-natural, de los fundamentos del criterio de universal consentimiento y de otras muchas cuestiones semejantes, no es fácil averiguar las condiciones que han de llenar las especulaciones racionales para ser contadas y tenidas como pertenecientes á la ciencia filosófica.

Respecto á la valentía y elevacion de la escuela del siglo XVIII, las sublimes teorías de Helvecio y Lamettrie, Holbach y Diderot, contestan por nosotros. El materialismo enciclopedista está juzgado y condenado. Hasta sus actuales representantes, el positivismo de la escuela de Augusto Comte y el nihilismo de la extrema izquierda hegeliana, aceptando sus conclusiones, niegan sus fundamentos como anticientíficos y contrarios al movimiento progresivo de la humanidad sobre la tierra.

LVIII.

Llegamos á un punto en el cual estamos conformes con las apreciaciones del extranjero historiador de la literatura española. Es cierto; Feijóo no es el Voltaire español; Feijóo es superior bajo muchos conceptos al celebrado patriarca de Ferney.

Voltaire, despreocupado filósofo, se envanecia de su orígen aristocrático, que es el más absurdo de los orgullos humanos pues se funda en un mérito ageno; Feijóo, sacerdote católico, condenaba la nobleza y no consideraba más superioridad digna de veneracion que los altos hechos y las esclarecidas virtudes personales. Voltaire, que era racionalista, negaba la necesidad de un primer principio creador, teniendo que admitir la idea de Dios por medio de la fé; Feijóo, que era creyente, buscaba los fundamentos metafísicos y racionales del amor de Dios: Voltaire decia que los filósofos eran los mejores amigos de los reyes y sancionaba el despotismo; Feijóo decia que la verdad era la mejor consejera de los reyes, y en todas las páginas de sus obras se respira el aire puro de la libertad, la inspiracion de las grandes máximas políticas de Santo To-

más de Aquino. Voltaire manchaba su pluma con *La doncella de Orleans;* Feijóo escribia la racional defensa del bello sexo, prefiriendo ser blanco, como lo fué, de los tiros de la calumnia, á callar cobardemente ante vulgares preocupaciones: Voltaire condenaba inconsideradamente la religion, confundiéndola con la supersticion y Feijóo ensalzaba la religion como vínculo eterno y necesario entre el Creador y la criatura: Voltaire vivia rodeado del fausto y de los placeres que siempre condenará toda buena filosofía; Feijóo retirado en una pobre celda de un convento de Asturias, empleaba la soledad y el ápartamiento del mundo en alumbrar su patria con las luces de su universal ingenio.

Entre la vida y las obras del monje español y del escritor francés hay un abismo: Feijóo es el humilde sábio que dice lo que es verdadero; pero considerando ántes el momento histórico en que vive y el estado de la razon pública: Voltaire es el sofista orgulloso que sacrificaría la humanidad entera en aras de su personalidad, si por esta manera llegase á alcanzar la fama infame del incendiario Erostrato.

LIX.

Como representante de doctrinas en muchos puntos distintas á las del R. P. Feijóo, es digno de singularísima mencion el jeronimiano Fr. Fernando de Ceballos, al cual llama uno de sus biógrafos: «infatigable defensor de los principios católicos, martillo de los incrédulos y azote de los propagadores de las falsas doctrinas.» (1)

El P. Ceballos nació en Espera (provincia de Cádiz) el 9 de setiembre de 1732. Cursó derecho civil y canónico en la universidad de Sevilla, y poco tiempo despues de terminar sus estudios tomó el hábito de San Gerónimo en el monasterio de San Isidro del Campo.

La obra del P. Fr. Fernando de Ceballos que mayor celebridad ha alcanzado es la que lleva por título: *La falsa filosofía, crimen de Estado.* Sostiénense en este libro teorías tan restrictivas acerca del poder civil, que se prohibió su publicacion cuando llegaba al tomo sesto, hecho fácilmente esplicable, teniendo en cuenta las

(1) El doctor D. Juan José Bueno, en la noticia biográfica que precede á la edicion hecha en Sevilla el año de 1864 del libro de Fr. Fernando de Ceballos, que lleva por título: *La Sidonia Bética ó disertacion acerca del sitio de la colonia Asido y cátedra episcopal sidoniense.*

ideas regalistas de los Macanáz y Campomanes en aquel entonces dominantes.

No desmayó el P. Ceballos por este contratiempo, y decidido á continuar la publicacion de *La falsa filosofía,* pasó á Lisboa en el año de 1800, donde publicó el tomo sétimo; pero enterado de esto el gobierno español mandó que el regente de la audiencia de Sevilla instruyese la competente averiguacion para saber á quién alcanzaba la responsabilidad legal de todo lo ocurrido.

La edad ya avanzada del P. Ceballos no pudo resistir estas amarguras, y falleció el dia 1.° de marzo de 1802. Hoy descansan sus restos en la iglesia de la universidad de Sevilla, donde tambien se hallan los del gran escriturario Benito Arias Montano, el poeta Arguijo, el crítico Lista y otros claros varones que alcanzan honrosa mencion en las páginas de la historia de nuestra pátria.

Entre las obras inéditas que dejó Fr. Fernando de Ceballos, cuyos manuscritos posee en su mayor parte el ilustre orientalista D. Leon Carbonero y Sol, merecen nombrarse las siguientes: *Discurso de un teólogo á los filósofos irreligiosos. Causas de la desigualdad de los hombres. Análisis del libro titulado: De los delitos y*

de las penas. El filósofo, ó análisis de la educacion, de J. J. Rousseau.

Tampoco debemos pasar en silencio el *Juicio final*, de Voltaire, que há pocos años se imprimió en Sevilla. En este juicio son jueces Luciano, Sócrates, Epicuro, Virgilio y Lucrecio. Como era de esperar teniendo en cuenta la sabiduría de tan ilustres ingénios, Voltaire es considerado como trastornador de toda nocion de verdad; sentencia que no tacharemos nosotros de injusta, pero tampoco aceptaremos como óptimos los argumentos en que la funda el R. P. Ceballos.

LX.

El año de 1841 publicó el Sr. D. Salvador Bermudez de Castro, en una revista literaria titulada *El Iris*, dos curiosos artículos consagrados á recordar el nombre y doctrinas de un escritor español que figuró algun tanto entre los revolucionarios franceses de 1793. Andrés María Santa Cruz, tal es el nombre de este escritor, nació en Guadalajara; estuvo encargado de la educacion de los hijos de un príncipe aleman, hasta el año de 1790 en que dejó esta ocupacion, por causas que se ignoran, y se trasladó á Paris,

donde desde luego se afilió entre los secuaces del filosofismo enciclopédico y del radicalismo político.

El decreto dado por la convencion á instancias de Robespierre estableciendo el culto del Ser Supremo, removió las cuestiones religiosas que siempre ocuparán el primer lugar en todas las sociedades humanas. Tratóse de encontrar un término medio entre la afirmacion religiosa del catolicismo y la negacion deista de Voltaire, y entonces se fundó la sociedad de los *teofilántropos* (amadores del hombre como Dios), para cuyo culto se concedieron varias iglesias de Paris; S. Sulpicio, S. Roque, S. German y S. Eustaquio.

Santa Cruz formó parte de la sociedad de los *teofilántropos*, y para propagar sus doctrinas filosóficas escribió un libro titulado *Le culte de l'humanité*, que vió la luz pública el año V de la república. Se sostiene en este libro que el catolicismo es contrario á la libertad humana, error fundamental en que hoy persisten todas las escuelas racionalistas, y se enaltece la moral, afirmando que por sí sola y sin auxilio de la religion puede realizar el bien, que en el fondo es la doctrina que ahora se conoce bajo el nombre de la moral independiente. Cuando

Santa Cruz llega á definir la significacion religiosa de los *teofilántropos* se envuelve en una fraseología tan complicada que es imposible penetrar el fondo de su pensamiento, tal vez esto consistirá en lo que Mr. Renan llama *la sublime vaguedad del genio,* y que es el maduro fruto de las especulaciones racionalistas. En *El culto de la humanidad* se proclama la tolerancia como la suma y compendio de todas las virtudes humanas, y en verdad que el que nada cree podria tolerar todo, si no fuese porque el mas absoluto escepticismo tambien es una creencia, la creencia en la nada. Lo dicho basta para indicar que el libro de Santa Cruz no carece de alguna importancia y debia ocupar un puesto en estos apuntes, al menos como una curiosidad bibliográfica.

LXI.

Las teorías anti-religiosas de los enciclopedistas franceses no dejaban de tener algunos secuaces en la corte de S. M. C. el Sr. D. Cárlos III. Claro es que los que en este número se contaban ponian gran esmero en ocultar sus anti-legales pensamientos, pues en aquel entonces el nombre de evangelio chico correspondia

perfectamente al conocido proverbio: «con el rey y la inquisicion, chiton»; y las doctrinas que se proclamaban al otro lado de los Pirineos en verdad sea dicho no estaban muy de acuerdo con ninguna de estas dos instituciones.

Una señal de la exactitud que encierra el juicio que acabamos de emitir la encontramos en la famosa causa formada al intendente de las nuevas poblaciones de Sierra Morena D. Pablo Olavide (1725) que fué acusado ante el tribunal de la Inquisicion por haber sostenido ciento veinte y seis proposiciones heréticas entre las cuales dice un biógrafo que «habia muchas exactas si bien otras eran impertinentes, tales como haber defendido el sistema de Copérnico y haber prohibido en las colonias que se tocasen las campanas á muerto, para que no se abatiese el ánimo de los pobladores que diariamente diezmaba la peste.» Sin embargo, la acusacion contra Olavide no carecia de fundamento. Voltaire en una carta escrita en Ferney le habia tributado el siguiente elogio: «Seria de desear que hubiese en España cuarenta hombres como vos.»

Señalóse para ver la causa de Olavide el dia 24 de noviembre de 1778, y se convidó para asistir á este acto á mas de sesenta personas, la mayor parte amigos del acusado, y por lo tanto

sospechosos en materias de fé. La lectura del proceso duró cuatro horas, y en la sentencia que se pronunció inmediatamente fué declarado Olavide como hereje convicto. Levantada la escomunion por el inquisidor decano despues que hubo firmado Olavide la protestacion de fé, solo fué condenado á destierro de Madrid y Sitios Reales, y á estar por espacio de ocho años recluído en un convento, sin leer mas libros que el *Símbolo de la fé,* del P. Granada y *El incrédulo sin escusa,* del P. Señeri.

LXII.

Dos años permaneció Olavide en la reclusion del convento, hasta que habiéndole concedido permiso el inquisidor general D. Felipe Beltran para salir á tomar baños se aprovechó de la licencia para fugarse á Francia, donde fué recibido por sus amigos los filósofos enciclopedistas con grandes muestras de afecto, prodigándole elogios sin cuento, y al mismo tiempo formulando un inmenso capítulo de cargos contra el intolerante fanatismo del tribunal de la Inquisicion.

El gobierno español reclamó y obtuvo del francés la estradicion de Olavide, pero avisa-

do este con oportunidad por una indicacion del obispo de Rhodez, monseñor Colbert, huyó precipitadamente á Ginebra donde vivió algunos años bajo el supuesto nombre de conde del Pilo.

En el momento que triunfaron en Francia las nuevas ideas, Olavide se presentó en Paris tomando una parte activa en los movimientos revolucionarios y así es que la Convencion le confirió varios cargos y le dió el título de *ciudadano adoptivo de la república francesa*.

Cuando llegaron los dias del terror, Olavide viendo con hondo pesar aquella sangrienta bacanal, eterno padron de ignominia de la revolucion francesa, se retiró á un pueblo llamado Meung, y quizá entonces comprendió que por el camino de la impiedad se llega siempre á la tiranía. El Comité de seguridad pública dispuso la prision de Olavide, y esta se verificó la noche del 16 de Abril de 1794, siendo conducido á la cárcel de Orleans. Allí comenzó á meditar y á escribir la obra que se publicó en Valencia en 1797 titulada: *El Evangelio en triunfo*.

Una apología de la religion hecha por un antiguo incrédulo siempre es digna de atencion y estudio para ver qué necesidad lógica ó qué inspiracion de la divina gracia ha producido la fé en el que solo creia en sí mismo. *El Evan-*

gelio en triunfo no presenta datos suficientes para resolver esta cuestion. Olavide defiende la religion, más como una forma necesaria del sentimiento, que como una realidad permanente; la relacion eterna entre Dios y el hombre. Cuando en la obra que nos ocupa se llega á lo mas fundamental de su asunto, vemos que se hacen argumentos de razon contra la verdad de los dogmas católicos, y solo se presentan pruebas históricas para demostrar su divinidad. Fuera de estas torcidas direcciones, *El Evangelio en triunfo* abunda en bellezas literarias y da una idea de los estrechos límites en que encerraba las cuestiones religiosas la escuela filosófica francesa del siglo XVIII.

Cárlos IV, que era el monarca reinante cuando se publicó *El Evangelio en triunfo,* indultó á su autor de la condena que no le permitia volver á España, y Olavide se presentó á dar las gracias á S. M. en la jornada del Escorial de 1798. Este mismo año fijó su residencia en un pueblo de Andalucía, donde terminó su existencia en 1803.

Los varios sucesos de la vida de D. Pablo Olavide pueden presentarse como una prueba de la ineficacia de la fuerza para sostener las creencias religiosas. Olavide, estando bajo la vigilan-

cia de la Inquisicion española; era incrédulo; Olavide oyendo las impías declamaciones de los revolucionarios franceses, llegó á creer en la verdad religiosa. La religion, como obra esencialmente divina, solo de Dios recibe su fuerza; no hay poder humano que pueda crearla; no hay poder humano qne pueda destruirla.

LXIII.

Poco puede escribirse sobre la historia científica de nuestra pátria durante el primer tercio del siglo presente. Recordaremos, sin embargo, el *Ensayo sobre la historia de la filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros dias*, del doctor D. Tomás Lapeña, impreso en Búrgos el año de 1806, que es la obra mas estensa que conocemos de las que modernamente se han escrito en España, dedicadas á historiar las manifestaciones en el tiempo de la ciencia racional.

Dos grandes historias de la filosofía se habian publicado en Alemania antes de que el doctor Lapeña diese á la estampa el mencionado *Ensayo*. Brucker habia escrito su *Historia crítica de la filosofía* siguiendo el criterio cartesiano en su primera manifestacion; considerar la verdad racional, no contraria, pero sí en todo diferen-

te á la verdad revelada; establecer una separacion radical entre la razon y la fé; entre la filosofía y la religion.

Decir que hay dos órdenes de verdades, supone necesariamente una verdad única que las funde y permita su recíproca comparacion. ¿Qué vale decir, esto es verdad en tal órden determinado, si antes no sabemos la verdad absoluta de todo órden y de toda determinacion? Esta exigencia lógica produjó necesariamente la afirmacion de la unidad en el puro hecho esterno, ó por el contrario, en la idea interna del pensador. Por este camino se llegó á sostener que no existia mas verdad que la conocida por la razon, mediante la esperiencia, segun Locke, ó mediante la pura idealidad, segun Spinosa.

Tiedemann representa la escuela empírica entre los historiadores de la filosofía. Su grande obra titulada: *Espíritu de la filosofía especulativa*, comenzó á publicarse en 1791 y terminó en 1797. Tiedemann establece una division tan radical entre la teología y la filosofía, que borra de una plumada todo el movimiento filosófico del antiguo Oriente, considerándole enteramente teológico, y comienza en Grecia la historia de la filosofía.

LXIV.

El doctor D. Tomás Lapeña era canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de la ciudad de Búrgos; el sacerdote católico no podia admitir la absoluta omnipotencia de la razon humana para llegar al conocimiento de toda verdad. Así es que el doctor Lapeña espresa el pensamiento que le ha guiado al escribir su *Ensayo sobre la historia de la filosofía* en los párrafos que á continuacion transcribimos, y que forman parte del prólogo de esta obra. Dice así:

«Leyendo los sistemas de los filósofos griegos y de los pueblos mas antiguos, me pareció que seria útil una obra que, reuniendo todas las opiniones, así de los pueblos como de los filósofos, presentase una verdadera historia de la filosofía *y de los progresos del entendimiento humano*».....

.....«Presenta, pues, esta obra, bajo el título de *Ensayo sobre la historia de la filosofía*, las estravagancias del entendimiento y de la ignorancia; los sistemas filosóficos de los pueblos, y filósofos desde Adam hasta nuestros dias, con una breve noticia de la vida de sus principales

jefes y de aquellos que mas se han distinguido en ellos.». . . . . .
. . . . «La moral cristiana, verdadera regla de toda conducta, debe servir tambien para apreciar cuanto los filósofos han enseñado en materia de ética, y con este fin y el de hacer ver que no hay cosa, por sencilla y sagrada que sea, de la cual no abuse el hombre; refiero en compendio sus sagradas máximas, y una parte de lo mucho que trabajaron los mismos filósofos por deslucirla: pudiendo proponerse como argumento de su dignidad, la fuerza que conserva á pesar de todo el furor de las pasiones y de la rabia de sus enemigos.». . . . . .
. . .«Por último, mi objeto en esta obra es el mismo que se propuso Mr. Geodin en su traduccion del *Viaje histórico de la Grecia de Pausanias;* que es, el hacer ver, que nada puede el hombre *en materia de religion* por sí mismo y que necesita asirse vigorosamente á la revelacion.»

De notar son las frases que dejamos subrayadas donde afirma el canónigo Lapeña que la historia de la filosofía, es al propio tiempo la de los progresos del entendimiento humano. Tambien debe fijarse la atencion en que el sacerdote historiador de la filosofía, solo niega á la razon su competencia para crear una verdadera reli-

gion, pero de ningun modo pretende demostrar su insuficiencia en todas las esferas del conocimiento humano. De este modo y bajo estos principios, la obra del doctor D. Tomás Lapeña puede considerarse como una protesta contra el espíritu racionalista que domina en las historias de la filosofía escritas por Brucker y Tiedemann, pero una protesta que jamás niega la razon para afirmar la fé, sino que se limita á sostener que la razon separada por completo de la fé, cae muchas veces en errores, y que la revelacion es la esplendorosa luz que permite entrever la verdad absoluta en el órden intelectual y las soluciones eternas en la vida de la humanidad.

LXV.

Desde el año de 1808, esa gloriosa guerra, llamada con comprensiva sencillez guerra de la independencia, requeria el concurso de todas las fuerzas vivas de la nacion, y no es maravilla que los vuelos de la fantasía y las meditaciones de la razon, solo se empleasen en avivar la llama del patriotismo, ya en los cantos de Quintana, Gallego y Arriaza, ya en los escritos de Argüelles y de Toreno.

Como obras de tendencia filosófica solo po-

drian citarse el breve *Diccionario crítico-burlesco* de D. Bartolomé José Gallardo, impregnado de volterianismo, y las voluminosas producciones del *Filósofo rancio*, (el P. Alvarado), templadas aun en las turbias aguas del escolasticismo decadente de la edad media.

Tambien en las discusiones habidas en las córtes de Cádiz al tratarse del principio de la soberanía nacional, de la estincion de los privilegios señoriales y la supresion del tribunal de la Inquisicion, se encuentran discursos parlamentarios que podrian ser considerados como pertenecientes á la filosofía, por lo levantado de sus doctrinas y por la generalidad de sus fundamentos racionales. Lo cual se esplica fácilmente, pues en aquel entonces dos partidos de ideas bien definidas se hallaban frente á frente: proclamaban unos el derecho divino de los reyes y los otros la soberanía de los pueblos: ambos sabian la idea primera en que se apoyan estas doctrinas: ambos la sostenian con la firmeza de su inquebrantable fé y con la elevacion del racional conocimiento.

Cuando se terminó la guerra de la independencia no corrieron mejores tiempos para las investigaciones racionales. Las turbulencias de los partidos, que tanto agitaron á la nacion du-

rante el reinado de Fernando VII, y la guerra civil que siguió á la muerte de este monarca, esterilizaron en la lucha infecunda del empirismo político y en la sangrienta arena de los campos de batalla, las mas floridas inteligencias y los mas enérgicos caractéres. Sin embargo, no hay época ninguna en la historia de los pueblos en que desaparezca por completo la esfera de la ciencia; y por lo tanto indicaremos ligeramente las dos tendencias dominantes en las obras de filosofía publicadas en España desde el regreso de Fernando VII (1814), hasta la terminacion de la guerra civil (1840).

LXVI.

Hemos mencionado al P. Alvarado como representante de una escuela que no carece de importancia en la historia de la ciencia española, y por lo tanto debemos consagrarle algunos breves renglones.

El R. P. M. Fr. Francisco Alvarado, conocido bajo el pseudonimo de *El Filósofo rancio*, nació en Marchena el dia 25 de Abril de 1756. A los diez y seis años de edad vistió el hábito de la religion de Santo Domingo, y profesó á su tiempo en el Real convento de San Pablo de

Sevilla. Murió el dia 31 de Agosto de 1814, habiendo sido nombrado poco tiempo antes por Fernando VII consejero del Tribunal Supremo de la Inquisicion, de cuyo cargo no pudo tomar posesion por lo quebrantada que ya estaba su salud.

El P. Alvarado se mostró toda su vida como un constante adversario de toda novedad filosófica y política. Para combatir el eclecticismo que dominaba en la ciencia desde la época de Descartes y que proclamaban la mayor parte de los pensadores españoles de principios de este siglo, diciendo que para alcanzar la verdad se debia *filosofar sin sistema ó eclécticamente*—frases que entonces se consideraban sinónimas,—escribió las *Cartas de Aristóteles*, en las que se ve claro que si el escolasticismo que seguia el P. Alvarado no es una ciencia completa, el eclecticismo, segun vulgarmente se entiende, es la completa negacion de toda ciencia.

Las discusiones de las córtes de Cádiz acerca de la supresion del tribunal de la Inquisicion, del principio de la soberanía nacional y de otras materias que pueden considerarse como inmediatamente enlazadas con el derecho constituyente, produjeron las *Cartas críticas del filósofo rancio*, que empezaron á ver la luz pública en

1811 y cuya coleccion se imprimió en Madrid el año de 1824. Aun cuando estas *Cartas* son una obra de polémica, justo es confesar que el P. Alvarado sabia guardar á las personas todos los respetos que ordena la religion cristiana, y que procuraba probar los errores de sus adversarios, sin recurrir al arsenal de los dicterios á que son tan apegados los escritores vulgares y el vulgo de los lectores.

En las *Cartas críticas* del P. Alvarado, se ve que su autor conocia bien las teorías reinantes en aquel tiempo acerca de la filosofía del derecho; y sus impugnaciones á la teoría del contrato social de Rousseau son siempre ingeniosas y muchas veces acertadas. El P. Alvarado era muy afecto al uso del chiste y á referir cuentecillos que amenizasen la aridez de las materias que trataba, y forzoso es decir que no siempre estos gracejos estaban muy de acuerdo con su estado religioso: tal vez seria esto efecto de la candidez de su alma, que enaltece uno de sus biógrafos, pero la candidez siempre debe contenerse en los límites de ciertas conveniencias sociales.

El Ilmo. Sr. obispo de Jaen, D. Antolin Monescillo, en una de las notas que puso á la version castellana de la *Historia elemental de la fi-*

losofia de monseñor Bouvier, dice, que el P. Alvarado «es conocido con el nombre del *Filósofo rancio*, que bien puede ser en él sinónimo de *Filósofo sensato*.» El elogio parece hiperbólico, pero no lo es, porque en cierto sentido puede haber sensatez hasta en la defensa de los errores, y este es el mayor título de gloria que tal vez conceda la posteridad el R. P. M. Fr. Francisco Alvarado.

LXVII.

Si en las *Cartas de Aristóteles* que acabamos de citar se pretendia combatir el eclecticismo desde el estrecho punto de vista del antiguo escolasticismo, no era en verdad mas acertada la direccion filosófica que seguian la mayor parte de los pensadores españoles del primer tercio del siglo presente. Las teorías sensualistas del metódico Condillac habian traspuesto las cumbres de los Pirineos y eran consideradas por muchos como la última palabra de la humana sabiduría. Fácil nos seria aducir gran número de pruebas en favor de la exactitud de nuestro aserto, pero nos limitaremos á examinar el espíritu que do-

mina en algunos de los mas ilustres escritores de aquella época, para no traspasar los estrechos límites de estos apuntes.

Vivia en Córdoba á principios de este siglo un fraile agustino, natural de dicha ciudad, que era considerado como varon de profunda sabiduría y que ha dejado discípulos que con justicia veneran su memoria. El P. Fr. José de Jesus Muñoz, tal era su nombre, escribió una obra filosófica que fué publicada el año de 1839, bajo el título de *La florida*, donde se considera la sensacion como la única fuente del conocimiento humano, y despues se procura concordar esta teoría con los dogmas católicos acerca de la espiritualidad del alma y de la fé sobrenatural. La empresa era difícil, y no es de estrañar que el rigor lógico, no sea la cualidad predominante en el libro del P. Muñoz.

El célebre autor del *Exámen de los delitos de infidelidad á la pátria*, el presbítero D. Félix José Reinoso, que nació en Sevilla el año de 1774 y murió en Madrid en 1841, dejó entre sus papeles inéditos un *Curso de humanidades*, del cual se publicaron dos capítulos en el sesto tomo de la *Revista de Madrid*. En el capítulo primero destinado á esponer los *Principios de las bellas artes*, que puede considerarse como unas

nociones de estética, da Reinoso las siguien tes definiciones cuyo sensualismo es patente. «El saber humano, dice, comienza en los fenómenos, en los hechos. Reunirlos y recordarlos pertenecen á la historia.»

«Comparar los hechos entre sí, examinar sus relaciones, hallar su orígen y sus defectos y reducirlos á principios generales corresponde á la ciencia.»

«Deducir de estos principios las reglas de obrar, para producir nuevos efectos, es propio del arte.» Y mas adelante continúa esponiendo sus teorías en esta forma:

«Todas las operaciones voluntarias del hombre tienen orígen en sus deseos: todos sus deseos son inspirados por alguna necesidad. Recibe una sensacion, una impresion que le complace ó le mortifica; la juzga buena ó mala de poseer: sufre en seguida con su privacion en el primer caso, con su posesion en el segundo; siente la falta ó *necesidad* de adquirirse la sensacion agradable y de dejar la penosa: lo desea y se pone en movimiento para conseguirlo..... *Utilidad* es un nombre correspondiente á *necesidad*, y sinónimo de *placer*... *Bueno* se dice lo que nos causa *bien*: *bien* es lo mismo que *placer*; así como *mal* es el *dolor*..... *Bueno* y útil se dice de lo que pro-

duce un *placer* mas radical y permanente, aunque menos delicado y más penoso á veces de conseguir; *bello* y *agradable* de lo que causa un *placer* más esquisito y puro aunque menos durable.» Así escribia un sacerdote católico que desempeñaba el cargo de juez auditor del tribunal de la Rota. (1) Sus doctrinas no hubiesen sido rechazadas por el materialista Cabanis. Entre el escolasticismo del P. Alvarado y el sensualismo de sus contemporáneos, la eleccion no es dudosa: considerar el hecho transitorio como fundamento de la verdad eterna, y poner en el placer egoista la regla fija de la abnegacion moral; es el más grande, es el más absurdo, de los absurdos humanos.

LXVIII.

Siendo la línea que separa las ciencias tomadas en su generalidad casi imperceptible, y pu-

(1) El presbítero D. Félix José Reinoso desempeñó el cargo de juez auditor del tribunal de la Rota desde el año de 1833 hasta el de 1840. La misma tendencia sensualista, pero algo mas templada que en los escritos de Reinoso, domina tambien en el curso de filosofía del obispo de Cádiz D. Juan José Arboli, y en algunos articulos del presbitero D. Alberto Lista. Los que hoy justamente condenan los estravíos del idealismo aleman debieran no olvidar la torcida direccion del empirismo enciclopedista, que tanto influyó sobre la cultura intelectual de España en la primera mitad del siglo actual; y de este modo verian con entera imparcialidad los dos términos opuestos del problèma eterno de toda la filosofía: la idea y el hecho; el pensamiento y la sensacion.

diendo decirse que en su última y más elevada manifestacion toda ciencia es filosófica, quizá debiéramos mencionar y aun esponer brevemente las especulaciones teológicas de Melchor Cano, Luis de Molina y Alfonso de Madrigal, las investigaciones filológicas de Arias Montano y de Antonio de Nebrija, y las teorías políticas de Jovellanos, Campomanes y Cabarrús.

Pero dando de mano y poniendo término á estos desaliñados apuntes, solo nos resta indicar algunas ideas generales que atañen y tocan al interior organismo de las manifestaciones históricas de la filosofía en la península ibérica.

Aun cuando varias veces hemos indicado en el curso de estos apuntes las relaciones que existen entre cierto número de pensadores, en cuyo caso se hallan la escuela cristiana de Sevilla, las rabínicas de Córdoba, Toledo y Barcelona, los continuadores de las doctrinas de Raimundo Lulio y los místicos de los siglos XVI y XVII, sin embargo, seria necesario demostrar que estas escuelas se suceden sin interrupcion y cada una representa una parte real del movimiento científico de la península, respondiendo á una necesidad, ya histórica ó ya eterna, de las leyes biológicas de la humanidad.

Seria necesario más: habria de distinguirse

los elementos propios de la civilizacion peninsular de los elementos estranjeros y de los que son generales y permanentes en la vida histórica de todos los pueblos; habria de demostrarse que los elementos propios ponen sobre las obras escritas en la península, un sello bien marcado para que pueda decirse filosofía ibérica, con exactitud científica y razonado fundamento.

LXIX.

Es evidente que no cabe en la índole de este ligero estudio resolver todas las cuestiones apuntadas. Nos limitaremos, pues, á transcribir las apreciaciones del señor Laverde Ruiz en su artículo *De la armonía en la instrucción pública* (primer tomo de la *Crónica de ambos mundos*), que resúmen en pocas palabras gran número de ideas en su mayor parte acertadas, sobre la filiacion y orígen de las diversas escuelas científicas que más han influido en la vida intelectual de nuestra pátria.

Preguntándose el señor Laverde Ruiz si existe una filosofía que pueda llamarse con propiedad filosofía ibérica, dice así:

«No es creible, contestaremos, que entre hombres nacidos y educados bajo un mismo cielo, dentro de unas mismas condiciones históricas, dejase de existir, á vuelta de sus particulares diferencias y contradicciones, *perennis quædam philosophia*, que diria Leibnitz, cierta identidad de espíritu y de sentido, cierto encadenamiento de ideas, tácito ó expreso, pero real y permanente. En la acepcion más estricta, ni en España, ni en Francia, ni en Italia, ni en Alemania, ha habido una filosofía que pudiera propiamente llamarse nacional, sino grupos de filósofos, escuelas varias, como, aunque fundándose algunas más bien en afinidades lógicas que históricas, las tuvimos nosotros. ¿Por qué, pues, no se consideran impropias las locuciones filosofía francesa, filosofía alemana, filosofía italiana? Porque sobre todas las escuelas de cada país se cierne una cierta razon general de unidad, reflejo del carácter é historia del mismo, que enlazándolas entre sí, les prestan determinadamente comun fisonomía. Lo mismo podemos observar en la filosofía española. No se necesita mucha perspicacia para descubrir el estrecho parentesco que media entre las escuelas hebráicas y las arábigas, particularmente entre el *averroismo* y el *maimonismo*

esos dos grandes movimientos racionalistas paralelos, digámoslo así, en la enseñanza muslímica y rabínica de España: ni es dificil notar su influjo en el *lulismo,* confluencia de las doctrinas escolásticas y de las orientales, que tuvo numerosos partidarios (Kircher, Cepeda, Nuñez, Delgadillo, Riera, Marzal, Guevara, Ciruelo, Sanchez de Lizarazu, etc.) y cátedras propias en varias universidades nacionales y extranjeras; y tampoco aparece violenta la transicion de esta al *suarismo* con el cual se tocan á la vez en muchos puntos, bien que en otros le sean opuestos, el *vivismo* (Oliva, Gelida, Pedro de Valencia, Piquer, Mayans Forner, Vieyás, etc.) el *gomez-peirismo* (el Brocense, Guzman, Martin Martinez, Feijóo, Almeida, etc.) y el *huartismo,* (doña Oliva Sabuco de Nantes, Velazquez, Acebedo; Pujol, Bonet, Ignacio Rodriguez, etc.), escuèlas que con las eclecticas intermedias y menos definidas, componen la inmensa riqueza filosófica de España. Ahora bien, el vasto conjunto de verdades por ellas desenvuelto y propagado es lo que nosotros llamamos filosofía española.»

LXX.

Demostrado que existe una ciencia filosófica que puede llamarse nacional, es evidente tambien la alta conveniencia de su estudio. «No sería esto, dice el señor Laverde Ruiz, una erudita vanidad ni un trahajo de puro lujo, pues aun concediendo, lo que estamos muy lejos de conceder, que en el legado de nuestros mayores no pueda descubrirse ninguna luz nueva ni ningun olvidado gérmen del progreso, y aun admitiendo que toda su sabiduría se halle más ó menos en las obras de los extranjeros modernos, aun así importa muchísimo abrir las fuentes pátrias y beberlas en ellas, inspirándonos en el alma gigante de las generaciones que nos precedieron sobre el suelo ibérico y reflejándola en todas nuestras producciones para que España recobre su autonomía intelectual entre los pueblos que conducen de frente todas las ciencias.»

Despues de las observaciones del señor Laverde Ruiz que acabamos de transcribir, cuyo espíritu general consideramos muy ajustado á la verdad, debería indicarse cuál es el lazo de union y el carácter general de los pensadores ibé-

ricos. Si nosotros tuviésemos ciencia bastante para formular un juicio sintético, quizá diríamos, que las doctrinas racionalistas del *maimonismo* y del *averroismo* aparecen como una condenacion filosófica de las religiones judáica y mahometana que profesaban sus autores; que por el contrario todos los escritores cristianos de la peninsula desde los tres santos doctores de la escuela de Sevilla hasta Raimundo Lulio, que ha obtenido por la Iglesia el título de venerable, y desde Luis Vives, cuya sólida piedad merece los elogios de don Gregorio Mayans, hasta el P. Feijóo, tan enemigo de la supersticion como ensalzador constante de la verdad católica; todos los escritores españoles nacidos en el seno de la Iglesia, encierran sus especulaciones en el círculo trazado por el espíritu de la fé religiosa. Hasta en el mismo Miguel Servet, ya separado del catolicismo, domina de tal modo el elemento creyente, que prefirió la muerte á retractar ni una sola palabra de su profesion de fé cristiano-panteista.

De todo lo que dejamos indicado en el curso de estos apuntes se deduce que, en nuestro sentir, la filosofía ibérica es esencialmente dogmática; si admitiese ciertas verdades racionales á que han llegado otros pueblos por el áspero ca-

mino de todas las vacilaciones, tal vez llegase á realizar la síntesis de la ciencia del siglo XIX. Buscad y hallareis; llamad y se os abrirá; no olviden estas palabras del Evangelio los pensadores españoles y portugueses: desear es la primera y necesaria condicion para conseguir y realizar.

SEGUNDO ESTUDIO.

BREVES INDICACIONES

SOBRE

EL ESTADO ACTUAL DE LA FILOSOFÍA

EN ESPAÑA.

Decia el insigne y malogrado Balmes en el prólogo de su *Filosofía fundamental*: «A pesar de la turbacion de los tiempos, se nota en España un gran desarrollo intelectual que dentro de algunos años se hará sentir con mucha fuerza.» Este vaticinio se ha cumplido: desde hace algun tiempo, los libros que tratan de filosofía se suceden sin cesar, y no obstante la indiferencia del público español, desacostumbrado por el silencio científico de algunos, y no pocos años, á este género de estudios, aparece ya

como un hecho innegable el progreso intelectual de nuestra pátria, los multiplicados esfuerzos para renovar las altas y casi olvidadas tradiciones de su antigua ciencia filosófica.

De buen grado trazaríamos un cuadro del estado actual de la filosofía en España, clasificando las escuelas, indicando su orígen y marcando sus mútuos enlaces y sus lógicas consecuencias; pero esta tarea exigiria mayor espacio del que podemos disponer en la actualidad; habremos, pues, de limitarnos á diseñar un ligero bosquejo, procurando, sin embargo, conservar la unidad interior que debe regir toda obra humana, para que pueda ser algun tanto provechosa, segun el fin más ó menos alto que en ella nos propongamos.

El eclecticismo espiritualista, sistematizado no sin gloria por Mr. Cousin, las seductoras teorías hegelianas, el armonismo krausista, el materialismo de la escuela de Broussais y de Cabanis, y por último, las doctrinas enseñadas en Francia por el P. Gratry, en Bélgica por el canónigo Lupus y el doctor Laforet, y en Italia por Liberatore y Taparelli; tales son las principales escuelas que se hallan representadas en los libros y folletos que se han publicado en España duranto los cinco últimos lustros.

No es de estrañar esta multiplicidad de sistemas, porque la «confusion» es el signo característico de nuestra época, que, buscando la unidad en la variedad, solo acierta á encontrar la variedad sin la unidad. Historiemos, pues, las trasformaciones de la ciencia española en estos últimos tiempos, y examinando con atencion su estado presente, procuraremos deducir cuál debe ser su futuro desenvolvimiento.

I.

EL ECLECTICISMO.

D. Tomas Garcia Luna.—El año de 1840 es una fecha que debe tenerse en cuenta al intentar la reseña histórica del movimiento intelectual de nuestra pátria en la edad contemporánea. Terminada la guerra civil que siguió á la muerte del sétimo Fernando en el ya citado año de 1840, hubo el necesario sosiego para comenzar á ocuparse de lo que atañe á la inteligencia refleja, y los pensadores españoles fijando sus miradas en la vecina Francia, fueron deslumbrados por la brillante aureola de gloria que en aquel entonces circundaba los nombres del sistemático fundador del doctrinarismo Mr. Royer

Collard, del erudito historiador de la filosofía Mr. Victor Cousin y del apasionado y vacilante crítico Teodoro Jouffroy. No es, pues, de estrañar que la primera obra de verdadera importancia que apareció por aquellos tiempos, las *Lecciones de filosofía ecléctica* (1843), (1) del señor D. Tomás García Luna, se hallase inspirada en las teorías del eclecticismo francés, sin que por esto neguemos nosotros la originalidad de dicha obra, ni las miras personales y propias de su ilustrado autor.

No juzgaremos las *Lecciones* del Sr. García Luna; diremos solo en general, que tiene el defecto y el mérito que es inherente á todo libro ecléctico, la vacilacion que busca la verdad sin un criterio conscio de sí mismo, y el generoso intento de conceder á cada sistema la parte de verdad que pueda encerrar, de construir la ciencia sobre el consentimiento de la razon universal, haciendo desaparecer para siempre los esclusivismos intolerantes y los fanáticos prejuicios.

D. Ramon de Campoamor.—Ecléctico en filosofía y doctrinario en política, tales son las calificaciones que mas de una vez se ha dado á sí

(1) Los números puestos entre paréntesis indican el año en que se publicaron las obras que citamos.

mismo el Sr. D. Ramon de Campoamor. Sin embargo, en la vida intelectual del Sr. Campoamor hay que distinguir dos manifestaciones —y aun hay quien dice que llegan á tres—cuyas diferencias son notables aun cuando, segun nuestro juicio, no difíciles de conciliar bajo un principio comun que las determina y esplica. Respecto á la primera manifestacion decíamos nosotros cuando ha poco tiempo tratamos de reseñar el estado actual de la filosofía en España:

«*El Personalismo: apuntes para una filosofía* (1856) y las *Polémicas* (1862) del Sr. D. Ramon de Campoamor, son dos obras que realmente puedan considerarse como comprendidas en la escuela ecléctica, si bien el original ingenio de su autor, rompe á menudo las ritualidades y fórmulas de las mismas teorías que pretende defender.

Tambien el señor Campoamor ha escrito otro libro que, á pesar de su forma, pertenece á la filosofía tanto ó más que á la literatura. Sabido es que Dante cantó el sobrenaturalismo católico; Klopstock las maravillas que obra la fé; Pope el racionalismo deista, y Goethe la vanidad de la ciencia; no es, pues, de estrañar que el señor Campoamor haya cantado en sus *Doloras* las grandezas y vacilaciones de la meditacion filo-

sófica. Así es la verdad; las *Doloras* es un libro de filosofía poetizada, cuyo valor científico no ha obtenido, segun nuestro juicio, todas las alabanzas que realmente merece lo original de su concepcion y lo trascendental de su pensamiento íntimo.

Si se nos demandase cuál es el mayor título que presenta el señor Campoamor á la pública consideracion, diríamos que sus creencias en la grandeza del personalismo de la razon; si se nos preguntase qué es lo que enturbia algunas veces el claro ingenio del señor Campoamor, tambien diriamos que sus creencias en el personalismo de la razon. Permítasenos este juicio algun tanto humorista, sobre un escritor humorista, y escúchese nuestra esplicacion mas grave de lo que acaso parezca á los lectores un poco distraidos.

Porque cree el señor Campoamor en la grandeza de la razon personal, no olvida entre las delicias de Cápua de la vida política las meditaciones de la filosofía, las altísimas aspiraciones del espíritu humano que arrancaban á Fr. Luis de Leon, contemplando las maravillas del universo, aquel tristísimo lamento:

Morada de grandeza,
Templo de claridad y de hermosura,

El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?

sublimes elevaciones del alma completamente desconocidas para esos políticos de café y estadistas de la Puerta del Sol, los cuales podrian encerrar todas sus aspiraciones en esta comprensiva fórmula: el hombre no se eleva por su espíritu, sino por todo empleo público cuyo sueldo es *elevado* y que se recibe *dignamente* de cualquier gobierno de S. M.

No olvidar las especulaciones de la ciencia por las *especulaciones* de la política, es á nuestro juicio la mas alta gloria de la vida pública del señor Campoamor, gloria fundada en sus creencias filosóficas, pues como acertadamente dice el señor Sanz del Rio: «la ciencia es asunto harto sério y árduo para cautivar por largo tiempo los espíritus livianos ó pervertidos, y antes bien suele ella por su bondad propia, corregir la ligereza ó perversion de espíritu en los que se acercan á su luz, de lo cual abundan ejemplos en todos los tiempos.»

Pero el señor Campoamor, salvando el secreto de su conciencia y atendiendo solo á lo que aparece en sus escritos, cree demasiado en la grandeza de la razon personal. No es raro en-

contrar en sus obras pensamientos cuyo radical escepticismo puede juzgarse por los siguientes ejemplos que tomamos de las *Doloras*, para confirmar al propio tiempo la opinion que hemos emitido sobre estas poesias: dice así el tema de *Las dos linternas*:

En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es segun el color
del cristal con que se mira.

Aun es más esplícito cuando esclama en la que se intitula *Las creencias*:

Todo espectáculo está
dentro del espectador.

Pero por una feliz inconsecuencia, que honra el recto sentido moral del señor Campoamor, afirma en la misma composicion el objetivismo de la virtud, dando este consejo, imposible de seguir, si toda realidad fuera subjetiva:

La virtud es inmortal,
si el mundo es un cenagal
buscadla siempre en la altura.

En sus obras en prosa desarrolla el señor Campoamor pensamientos muy semejantes á los que acabamos de transcribir; sus ideas sobre el poder y estension de la razon personal llegan algunas veces á un idealismo subjetivo: hé aquí por qué hemos dicho, que el defecto de las obras

del señor Campoamor consiste en lo mismo que el mérito de su vida pública, las crencias en la grandeza de la razon personal, que si es el comienzo y la base, no es ciertamente el coronamiento final de la construccion científica.»

Hasta aquí lo que nosotros escribimos en el mes de setiembre del año de 1864; poco tiempo despues publicó el señor Campoamor *Lo absoluto* (1865), en cuyo libro se vé claramente la segunda manifestacion del pensamiento científico de su autor, que elevándose sobre la concepcion ecléctica, pretende armonizar bajo una realidad ontológica, la cantidad suprema (Dios) las cantidades superiores (los seres espirituales) y las cantidades inferiores (los seres materiales.)

La reseña bibliográfica escrita por el capitan de artillería D. José Navarrete, las entretenidas cartas firmadas por el elegante crítico J. V., el artículo humorístico del ingenioso escritor que se encubre bajo el nombre de Sigma, y los juicios críticos de D. Eduardo Rute, D. Nicocomedes Martin Mateos, D. Roque Barcia, y D. Francisco Giner: en una palabra, casi todos los escritos que se han consagrado al exámen de *Lo absoluto*, proclaman y confiesan la importancia científica de este libro, dado el medio histórico donde se ha producido.

Antes de juzgar, veámos como el Sr. Campoamor establece el fundamento de todo lo que es absoluto. Dice así:

«¿Existe un ser absoluto, al cual necesariamente se refieran como tipo todos los seres relativos posibles?

Para responder á esta pregunta, tomemos la demostracion conocida en las escuelas bajo el nombre de «prueba por el ser necesario.» Hé aquí cómo procede. Es menester admitir un ser necesario, ó la nada. Ahora bien, es evidente que la nada no puede ser el principio de los seres: luego debe admitirse un ser necesario y eterno, siendo este ser, necesario y eterno, necesariamente infinito.

Y, como consecuencia de esto que dejamos sentado, ¿existe una verdad de la cual dimanan necesariamente todas las demás? Contestacion: en el órden de los seres, en el órden intelectual universal, en la religion, en la ontología, *sí;* pero en el órden de los hechos fenomenales, en la esfera de las cosas sensibles, ya materiales, ya psicológicas, *no.*

Los principios absolutos están en Dios en *acto,* y en el hombre en *potencia;* en Dios *son,* y el hombre se *conocen.* Estos principios que en la vida práctica se traducen en máximas de una

aplicacion universal, infinita, necesaria y absoluta, se nos presentan como leyes inmutables que reinan soberanamente sobre nuestra naturaleza pensadora; y sobre todos los mundos actuales y *posibles*. Estos principios absolutos tienden todos mas ó menos directamente, á considerar á Dios como un ser inteligente, y moral. Tales son, por ejemplo, unos que se refieren á la inteligencia de Dios: «no hay fenómeno sin causa, ni série de causas segundas, sin una causa primera;» y otros que se refieren á la bondad de Dios: «todo sér ha sido creado para un fin;» «no quieras para otro lo que no quieras para tí.»

Como lo absoluto es una ciencia de máximas, es el principio y fin de todas las verdades, porque es la primera y última verdad, todas las ciencias las edifica por la sola fuerza del raciocinio, ya sobre los fundamentos de la cantidad extensa, del número, del espacio, ciencias físico-matemáticas; ya sobre la base de la cantidad intensa, vida, pensamiento, ciencias fisiológicas, políticas y morales.

Estas ciencias de lo posible, se aplican en seguida por lo inteligible á lo real, sin tomar nada ni de lo real ni de la esperiencia: porque en la inteligencia todo es *á priori*, todo lo que *saca de sí* lo aplica á lo real como *venido del cie-*

lo. Es imposible la falibilidad humana, cuando se apoya en principios tan universales, tan eternos, tan inmutables como estos, que son parte de la infalibilidad divina: «es imposible ser y no ser á un mismo tiempo»; «el todo es mayor que la parte»; «una línea perfectamente circular, no tiene ninguna parte recta»; «entre dos puntos dados, la línea recta es la mas corta»; «el centro de un círculo está igualmente distante de todos los puntos de su circunferencia»; «un triángulo equilátero no tiene ningun ángulo obtuso»; «un sér ilustrado no debe ofender á sus semejantes.» Todas estas verdades no pueden sufrir ninguna escepcion: jamás podrá haber un sér, línea, círculo, ángulo, que no sean segun estas reglas. Estas reglas son antes y despues de todos los tiempos, porque existen en Dios *por sí*, y en nosotros *por Dios*.»

Despues de leidos atentamente los párrafos que dejamos transcritos ocurre preguntar, ¿ha dejado el señor Campoamor de ser idealista al seguir la tendencia armónica que domina en *Lo absoluto*? Nosotros contestariamos á esta pregunta negativamente, y diremos las razones que sirven de fundamento á nuestra opinion. Lo absoluto es seguramente uno de los fundamentos racionales que vislumbra la inteligencia espon-

tánea: todos los hombres creen en la absoluta verdad de sus juicios personales; la filosofía es la ciencia que destruye este error oponiéndole una verdad tambien absoluta; la razon personal es falible, de aquí la necesidad del análisis de la conciencia humana como principio de la ciencia racional, para saber el contenido del sugeto que *conoce* con relacion á lo que le es *conocido*. El señor Campoamor partiendo de una idea verdadera, pero no primaria, y dando como sabidos todos los conceptos que la anteceden, idealiza ingeniosamente, pero segun nuestro humilde juicio, se aleja mucho de la realidad ontológica que funda y rige todos los hechos transitorios.

Así, pues, tanto *El Personalismo* como *Lo Absoluto* radican sobre una idea segunda dada por la brillante fantasía del señor Campoamor, que antes que todo, y sobre todo, es un gran poeta lírico; y esta es la causa del subjetivismo que domina en todos sus escritos filosóficos.

D. Juan Valera.—Un erudito literato y elegante poeta, el Sr. D. Juan Valera, ha publicado tambien en las revistas científicas y en los periódicos políticos varios artículos referentes á materias filosóficas, hoy coleccionados bajo el nombre de *Estudios críticos sobre literatura política y costumbres de nuestros dias* (1864).

El Sr. Valera, con una modestia que le honra, dice en el prólogo de este libro, que no ha conseguido precisar científicamente sus ideas filosóficas; ingenuidad siempre digna de grandes alabanzas, pero cuyo mérito sube de punto en esta época, donde la soberbia apoteosis del *yo* ha venido á erigirse en norma de la conciencia humana y hasta en ideal de los estravíos filosóficos de los autolatras hegelianos.

El eclecticismo es siempre, conscia ó inconsciamente, el sistema que abraza la inteligencia mientras no halla una primera verdad base y seguro asiento de la elaboracion científica; ecléctico es, pues, el señor Valera, pero llevando al eclecticismo la índole melancólica del génio español, en vez de ese canto perpétuo al progreso de la humanidad, que forma el tema obligado de los eclécticos franceses, escribe en el estudio sobre las poesías de Leopardi tristes lamentaciones, sobre las grandezas y excelencias de los tiempos que ya fueron; en vez de ese enaltecimiento de la filosofía moderna, tantas veces proclamado en las obras de Mr. Cousin, dice terminantemente, en uno de sus artículos críticos sobre la *Fórmula del progreso* del señor Castelar, que podria demostrarse que en moral y en metafísica, salvo las enseñanzas de la

revelacion, hoy nadie sabe mas que lo que sabia Pitágoras; por último, el señor Valera se opone al optimismo de las escuelas racionalistas, que pretenden trasladar el Paraiso á la moderna Europa, escribiendo estos tristes, si poéticos conceptos. «El progreso, aun suponiéndolo estraordinario, será siempre mezquino, porque no podrá satisfacer el vehemente anhelo de felicidad que hay en el alma humana; la cual tiene que creer ó fingir, ora valiéndose de la fé, ora de la imaginacion, una esfera más elevada y serena donde se cumplan sus destinos, y se aquiete su voluntad, y se realicen sus esperanzas.»

Si se dijese que las sombras de la duda oscurecen algunas veces el brillo de los escritos del señor Valera, nosotros contestaríamos que en esta época de lucha y de transformacion intelectual, serán muy contados los que puedan decir que han conservado incólume el tesoro de la fé desde la cuna hasta el sepulcro: y que por lo tanto, todos debemos recordar aquellas sublimes palabras del Salvador del mundo: *El que de vosotros esté sin pecado, que tire la primera piedra.*

D. José Lopez de Uribe.—El eclecticismo cuenta tambien un ardiente defensor en el catedrático de la Universidad central D. José Lopez de Uribe, el cual tanto en su introduccion

á la filosofía de Mr. Servant Beauvais, como en sus esplicaciones orales, proclama el criterio del sentido comun como única sancion de toda verdad racional. Nosotros que creemos que el sentido comun, si se considera como sinónimo de la espontaneidad de la razon natural, es el sentido mas raro y difícil de encontrar; y si se llama sentido comun al pensamiento histórico de cada época y de cada país, es el mas torcido de los sentidos humanos; rendimos, sin embargo, un tributo de aplausos al catedrático señor Uribe por su constante amor á la ciencia, lamentándonos de lo que, segun nuestro juicio, es una equivocada direccion de sus meditaciones filósóficas. (1)

D. Jose Fernandez-Espino.—El sistema centralizador que de algun tiempo á esta parte impera en las esferas gubernamentales de la nacion española, la desapoderada ambicion de muchos que solo puede satisfacerse en la capital de la monarquía, hasta la insensatez de algunos que consideran al teatro Real y la Fuente Castellana como las columnas de Hércules de la cultura y elegancia cortesanas, tales son, segun

(1) Poco tiempo despues de escritas estas líneas fué jubilado el Sr. Lopez de Uribe. La cátedra de metafísica en la Universidad de Madrid la desempeña en la actualidad D. Nicolás Salmerón y Alonso.

nuestro juicio, las principales causas del injusto olvido en que yacen los nombres de algunos escritores contemporáneos, cuyas producciones han visto la luz pública en varias capitales de provincias y señaladamente en Barcelona, Cádiz y Sevilla.

Vinieron á nuestra mente las reflexiones que anteceden al leer dos libros del catedrático de la Universidad de Sevilla D. José Fernandez-Espino, cuya notable erudicion y recto espíritu le ponen muy por cima de algunos que alcanzan grandes aplausos en la capital del reino.

Así es la verdad: los *Elementos de estética* (1847) y los *Estudios de literatura y de crítica* (1862) ponen de manifiesto las grandes dotes del Sr. Fernandez-Espino para la crítica literaria, y nos hacen lamentar que su ingenio no se ocupe con mas frecuencia de las especulaciones filosóficas, pues los dos artículos titulados *Armonia de la razon y la religion católica* y *La moral estóica y la evangélica*, son sin duda alguna brillantísimos ensayos, que pueden colocarse entre lo mas selecto que ha producido la escuela ecléctica española.

El ilustrado prologista de los *Estudios*, don Luis Segundo Huidobro, dice que los dos artículos citados, «presentan un resúmen de la filo-

sofía práctica del señor Fernandez-Espino, filosofía en que brilla el mas sincero respeto á la verdad revelada, la abnegacion más completa del orgullo de la razon humana en reverente tributo á la razon divina, la más profunda conviccion de que la inteligencia abandonada á sus solas fuerzas, es impotente para construir con certidumbre absoluta los principios primarios de la ciencia del hombre, y la regla de su vida...»

«Lo que no espresa con entera libertad el autor, añade el señor Huidobro, es la fórmula de la relacion armónica entre la revelacion y la filosofía: si, como la escuela catequética de Alejandría, considera la razon como una preparacion natural de la fé, completada despues por esta; si procede, á modo de los escolásticos, por método deductivo, dejando á la revelacion sentar las premisas, para ocupar solamente la dialéctica racional en inferir las consecuencias; ó si, en fin, opina como el moderno apóstol de Inglaterra, que la razon debe desarrollarse en su esfera propia, confrontando los resultados de sus investigaciones con las verdades reveladas, y considerando únicamente como fórmulas interinas, y por decirlo así, *términos de una série, cuyo límite es la verdad,* aquellas soluciones que

no se ajusten rigorosamente con la revelacion.»

Por último, el señor Huidobro resume sus opiniones sobre las especulaciones racionales del señor Fernandez-Espino, diciendo que, «al observar que su predileccion por el sistema filosófico de Cousin, manifiesta especialmente en la estética, no hace jamás declinar sus ideas hácia el idealismo panteista, como sucede con harta frecuencia á los eclécticos franceses, ni entibia su fé viva, ni altera su rigorosa ortodoxia, no seria una esperanza vana la de que Fernandez-Espino, aplicando el criterio de sus incontestables creencias á los principios de la escuela á que lo inclina su carácter y simpatía, encontrase una fórmula de conciliacion entre el cristianismo y la filosofía ecléctica, como los padres Alejandrinos la encontraron en lo relativo al idealismo platónico; y los escolásticos en cuanto al racionalismo peripatético.»

Nosotros, que no nos hallamos conformes con todas las eruditas apreciaciones del señor Huidobro, vemos en el espíritu católico que vivifica las doctrinas eclécticas del señor Fernandez-Espino una prúeba más de la tendencia general de los pensadores españoles á considerar la verdad revelada como parte esencial de la construccion científica; tendencia que no traspasan-

do sus justos límites, puede ser orígen de grandes aciertos, así como su exageracion ha conducido algunas veces á muchos y lamentables desvaríos.

II.

EL ESPIRITUALISMO CREYENTE.

Hace pocos años que el célebre Mr. Guizot decia las siguientes palabras en una sesion de la sociedad bíblica:

«¿Cuál es en el fondo y religiosamente hablando la cuestion suprema que hoy preocupa todas las inteligencias? Esta cuestion es la que se han propuesto resolver por opuestos caminos, los que admiten y los que niegan un órden sobrenatural, cierto y soberano, siquiera sea impenetrable para la razon humana; la cuestion, pues, se halla colocada llamando las cosas por sus verdaderos nombres entre el *supernaturalismo* y el *racionalismo.*»

Ahora bien, todos los pensadores que admiten el cristianismo sobrenaturalista como uno de los primeros fundamentos de la razon humana han sido clasificados generalmente en lo que se llama escuela teológica ó tradicionalista.

Pero teniendo en cuenta que la revelacion cristiana afirma la distincion entre el alma como espíritu y el cuerpo como materia, y enseña que la fé es el único camino para llegar á la verdad sobrenatural; por donde en aquella afirmacion niega la unidad materialista é idealista, y en esta enseñanza condena la duda que forma el método seguido por la mayor parte de los sistemas racionalistas; nosotros creemos que esta escuela debe llamarse, el espiritualismo creyente, dada la significacion que hoy tiene la palabra espiritualismo, poco conforme en verdad con su derivacion etimológica.

Tales son las consideraciones que hemos tenido presentes al escribir el nombre de este capítulo: veamos los escritores que, en nuestro sentir, deben ocuparlo.

El doctor D. Jaime Balmes (1).—El racio-

(1) El Sr. D. José Leopoldo Feu en una excelente memoria leida ante la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona que lleva por titulo: *Datos y apuntes para la historia de la moderna, literatura catalana* rechazando la opinion sostenida por los señores Mora y Quadrado de que el espíritu filosófico de Balmes no tenia antecedentes históricos en su pátria, escribe lo siguiente: «¿Podia decirse esto, señores, en la patria de D. Ramon Marti y Eixalá, que á favor del método esperimental habia alumbrado con la antorcha resplandeciente de la observacion los más árduos problemas filosóficos; de Aribau y Lopez Soler que ya en 1823 iniciaban una saludable restauracion espiritualista y el cultivo de las buenas doctrinas estéticas; de Samponts que habia batido en brecha el sensualismo y la escuela utilitaria con toques magistrales que recordarán eternamente la sobriedad de Royer Collard;

nalismo ecléctico ha tenido en España un temible adversario en el presbítero D. Jaime Balmes, cuyo renombre científico consiguió traspasar las cumbres de los Pirineos, gloria no pequeña dada la escasa consideracion internacional de España en los años en que le tocó figurar, pues es sabido que la voz de los escritores

---

de Piferrer que encendido en el purísimo amor de la bondad y la belleza, abarcaba certero el estado de la ciencia y del mundo, depositando en el proemio de una fugitiva revista periódica las mas ricas intuiciones del espíritu y de don Joaquin Rey, Ferrer y Subirana y tantos otros que habian pugnado por desalojar al individualismo del terreno del derecho ganosos de estrechar con lazos de intima alianza á la ciencia y al cristianismo?... Pero hay más todavia: por los caprichos de la suerte, siempre voltaria y antojadiza, tal vez ignora España que hay en Cataluña dos nombres oscurecidos y casi olvidados mas allá del Ebro, que representan en mayor grado que Balmes, el uno la centellante intuicion de un espíritu privilegiado, y el otro la investigacion racional y el cultivo graduado de una doctrina metódica. Harto comprendeis, señores, que hablamos de D. Pablo Piferrer y de D. Ramon Marti y Eixalá. Nos esplicaremos. Por mas importancia que se dé á las cualidades de controversia que en Balmes resplandecian, á la claridad de sus apreciaciones (último esfuerzo del talento) á su respeto por las leyes de las creencias del género humano, ningun adelanto filosófico de los suyos tiene la espontaneidad ó trascendencia de la doctrina de Marti y Eixalá cuando hacia de la conciencia humana *en toda su integridad* el criterio legítimo de la verdad filosófica.»

Quizá las apreciaciones del Sr. Feu se hallan inspiradas por un nobilísimo entusiasmo, no siempre de acuerdo con el rigorismo de la crítica, pero de todos modos prueban evidentemente que en Cataluña existia un notable movimiento filosófico que puede considerarse como el precedente histórico de la doctrina balmista. Bajo este concepto, creemos que tiene importancia suma la memoria del señor Feu y tambien como una protesta contra la centralizacion científica, no menos dañosa que la política, y mucho mas difícil de contrariar, dadas las particulares condiciones que hoy domina en la sociedad española.

necesita la atmósfera de la grandeza política de su pátria para ser escuchada con atencion en las naciones estranjeras.

Las dos obras mas importantes de Balmes son, sin duda alguna, *El protestantismo comparado con el catolicismo*. (1844) y la *Filosofía fundamental* (1846). En la primera de estas dos obras, rebatiendo las apreciaciones de Mr. Guizot, que sostiene en su *Historia de la civilizacion de Europa* que la reforma religiosa del siglo XVI marca un verdadero progreso sobre las ideas de obediencia á la autoridad espiritual que dominaron durante la Edad media, el ilustre sacerdote español traza un cuadro de los bienes realizados por el catolicismo antes de la herejía luterana, y prueba, con datos irrecusables, que esas teorías sobre el derecho de insurreccion y la soberanía de los pueblos que se creen patrimonio esclusivo de los pensadores modernos, lo son efectivameute en lo que tienen de falso y exagerado, pero no en lo que tienen de verdadero y fundado, que ya estaba dicho tiempo antes de que apareciese el protestantismo por muchos insignes teólogos, y lo que es más, hasta por los Pontífices y los Santos que ha canonizado la Iglesia católica.

El prólogo de la *Filosofía fundameutal*, nota-

ble por su comprensiva concision, indica claramente el ideal científico de Balmes. «No me lisonjeo, dice, de fundar una filosofía, pero me propongo examinar sus cuestiones fundamentales; por eso llamo á la obra: *Filosofía fundamental*. Me ha impulsado á publicarla el deseo de contribuir á que los estudios filosóficos adquieran en España mayor amplitud de la que tienen en la actualidad, y de prevenir, en cuanto alcancen mis débiles fuerzas, un grave peligro que nos amenaza, el de introducírsenos una filosofía plagada de errores trascendentales..... Tamaña calamidad solo puede precaverse con estudios sólidos y bien dirigidos; en nuestra época el mal no se contiene con la sola represion; es necesario ahogarle con la abundancia del bien. La presente obra, ¿podrá conducir á este objeto? El público lo ha de juzgar.»

El escolasticismo tomista, el método psicológico de Descartes y algo de las concepciones ontológicas do Leibnitz, formando un todo, no sin armonía, de estos distintos sistemas bajo el seguro criterio de evidencia creyente, tal es, segun nuestra opinion, lo que constituye la base y el pensamiento científico de las doctrinas espuestas en la *Filosofía fundamental*. En cuanto á la consecucion del fin que se proponia Bal-

mes, forzoso es confesar, que si bien es cierto que su talento, esencialmente lógico, adquiere frecuentes triunfos sobre las enmarañadas doctrinas del eclecticismo racionalista, quizá no conoce toda la verdadera significacion y alcance de los errores que entrañan algunas de las modernas escuelas alemanas, cuyo sistematizado nihilismo solo puede encontrar una barrera insuperable en un verdadero ontologismo, purgado de la inmanencia panteista y de la dualidad que esteriliza los sistemas puramente deistas.

El Marques de Valdegamas.—Cinco años habian corrido desde que apareciera la *Filosofía fundamental* de Balmes, cuando el malogrado marqués de Valdegamas dió á la estampa su célebre y celebrado: *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales* (1851): libro notabilísimo por su forma grandilocuente y por sus elevados conceptos; si bien algo deslustradas estas y otras muchas excelencias, por el escepticismo místico que habia inspirado la mayor parte de sus páginas.

Balmes habia sostenido la conformidad entre la verdad revelada y la verdad racional, citando con mucha frecuencia el dicho de Leibnitz;

«negar la razon para afirmar la revelacion es arrancarse los ojos para ver mejor por un telescopio los satélites de Júpiter.» Valdegamas, siguiendo, y aun exagerando, las teorías del conde Maistre y de Mr. Bonald afirmaba que «la razon y al absurdo se aman con amor invencible» dada esta importantísima diferencia sobre la concepcion racional humana, fácil es concebir la distancia que media entre las conclusiones lógicas de la *Filosofía fundamental* y las del *Ensayo sobre el catolicismo*.

Pero las negaciones escépticas, siquiera se cubriesen con el manto de la religion, no podian prevalecer en el seno de la Iglesia que inspira el santo espíritu de la verdad divina. Condenadas estas doctrinas cuando Mr. Lamennais queria transformar el mundo por un catolicismo demagogo, repetida de nuevo esta condenacion con motivo de un libro del presbítero Mr. Bautain, no es de admirar que un jesuita francés, el P. Chastel, publicase en 1854 en un libro titulado *Del valor de la razon humana*, donde se dice sin rodeos que esta guerra hecha á la razon por el escepticismo místico es un verdadero ultraje para su celestial autor: teoría que vino á confirmar la declaracion de la Santa Congregacion del Indice de 11 de Marzo de 1855

diciendo terminantemente que el «uso de la razon precede á la fé, y que se puede probar *con certeza* por el razonamiento la existencia de Dios, la espiritualidad del alma y la libertad del hombre.»

D. Nicomedes Martin Mateos. — Como siempre acontece cuando se publica una obra de verdadera importancia, el *Ensayo sobre el catolicismo*, del marqués de Valdegamas, dió lugar á la apasionada controversia de entusiastas admiradores é intransigentes enemigos. Entre los escritos de este género merece nombrarse por templanza de su forma y su erudicion de buena ley, el pequeño libro que lleva por título: *Veinte y seis cartas al señor marqués de Valdegamas en contestacion á los veinte y seis capítulos de su Ensago sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851), en el cual, su autor D. Nicomedes Martin Mateos, intenta rechazar la acusacion lanzada en el *Ensayo* contra los partidos liberales de falta de conocimientos teológicos. Que las *Veinte y seis cartas* prueban que el Sr. Mateos conoce los Santos Padres, y le son familiares los escritos de Bossuet, Fenelon y Pascal, es cosa fuera de toda duda; que en este libro se demuestra que nuestros partidos políticos tienen realmente una elaboracion interna,

religiosa y científica, tampoco lo negaremos; faltábale al Sr. Mateos hacer ver lo que nosotros consideramos hasta ahora como un ideal no realizado; que los partidos políticos tienen conciencia plena de la relacion de sus ideas con las dos esferas de la vida que les son superiores, la religion y la filosofía.

Tambien ha publicado el Sr. Mateos un curso de filosofía titulado: *El Espiritualismo* (1861), apoyándose en las ideas fundamentales de Platon y siguiendo las huellas del malogrado pensador Mr. Bordas Demoulin, cuyas teorías cristiano-progresivas requieren gran pulso y meditacion para no perderse en las evoluciones panteistas de la idea que enseñan las escuelas hegelianas.

D. Juan Manuel Orti.—*El racionalismo y la humildad* (1862), *y Krause y sus discípulos convicto de panteismo* (1864), del catedrático de filosofía D. Juan Manuel Orti, son dos obras notabilísimas donde se ve claramente el regreso de la enseñanza católica á su verdadero asiento, la gracia de Dios en el órden sobrenatural y la razon en el órden natural, doctrina olvidada momentáneamente por álgunos escritores que fueron deslumbrados por la brillantísima elocuencia del insigne marqués de Valdegamas.

No consienten los estrechos límites de estos apuntes el que hagamos una esposicion de las doctrinas filosóficas del Sr. Orti; pero bastará que indiquemos que en el primero de los dos libros citados llama á la razon humana luz puesta en nuestra alma por Dios, por medio de la cual nos habla y nos instruye: *luminis rationis divinitus internis, indito quo in novis loquitur Deus* (Santo Tomás, De verit qæst. II, art. 1.) y que añade apoyándose en la autoridad del Santo Obispo de Hipona: *in interiore homine habitat veritas*: para juzgar lo apartado que se halla el espíritu de *El racionalismo* y *la humildad* de aquella famosa máxima: la razon y el absurdo se aman con amor invencible.

El Sr. Orti ha publicado despues un *Ensayo sobre el catolicismo en sus relaciones con la alteza y dignidad del hombre,* (1865) cuyo solo título revela el gran pensamiento de poner en frente de los ideales esplendores de las escuelas racionalistas la verdadera luz del espiritualismo creyente.

Contristado el ánimo del Sr. Orti al contemplar el estado social de la moderna Europa, espresa elegantemente sus ideas diciendo en el prólogo del *Ensayo*: «Entre otras señales que revelan el gran desmayo y decadencia moral á que hemos venido, solo pondré dos: la primera

el grande anhelo á las cosas materiales y sensibles, cuyo goce hace á las almas á imágen y semejanza de ellas, quitándole la que tienen de Dios, en que consiste su verdadera alteza y dignidad. La segunda, el vergonzoso servilismo con que en el dia de hoy se rinden las voluntades al hecho de la fuerza triunfante y á la fuerza de los hechos consumados, sacrificándole sus almas inmortales por algun mezquino deleite que reciben ó con la seguridad con que se ven protegido su egoismo, y volviendo la espalda á la causa de la justicia, porque está momentáneamente vencida, y se ve coronada de espinas. ¡Grande miseria por cierto! tan solo comparable con el orgullo de que se origina, el cual impide verla y confesarla.»

Cree muy acertadamente el Sr. Orti que tamaños males no solo pueden atajarse con la enseñanza y propagacion de las verdades religiosas, oscurecidas y menospreciadas por los desvaríos, cada vez mayores, de las escuelas racionalistas. ¿Se consigue este elevado fin en el libro de que venimos ocupándonos? Contestaremos á esta pregunta copiando el juicio que ha emitido el Sr. D. Servando Arbolí en un artículo inserto en *El Pensamiento Español*, para apoyar en la autorizada palabra de un sacer-

dote la debilidad de nuestras personales opiniones.

El presbítero Sr. Arbolí, despues de manifestar que en el *Ensayo sobre el catolicismo* se demuestra lo absurdo de las imputaciones de que ha sido objeto la Iglesia católica por parte de los incrédulos en todos los tiempos y países, continúa diciendo: «De la misma manera que el Sr. Orti demuestra no haber dignidad posible para el hombre fuera del catolicismo, pone en evidencia que su doctrina es la que asegura nuestros derechos, la que crea esa libertad de conciencia que el racionalismo no comprende siquiera, la que realza á la mujer, la que viendo la mas grande y sublime en lo que parece mas abyecto y pequeño, santifica la pobreza, bendice la niñez, desata las cadenas de la esclavitud; en una palabra, la que traza el magnífico cuadro de la dignidad de nuestro sér que no han podido bosquejar siquiera las escuelas positivistas del vecino imperio trasplantadas con harta indignacion y pena del sentido español á nuestro suelo.»

Nosotros, aun cuando apartados del Sr. Ortí en algunos puntos de doctrina, creemos, sin embargo, que su nombre esta destinado á ocupar un puesto muy distinguido en la historia de la

ciencia contemporánea; juicio no dictado por la afinidad de escuela, sino por la tranquila meditacion sobre sus escritos filosóficos.

D. Eugenio García Ruiz.—Un ex-diputado á las Córtes constituyentes y director de un periódico democrático, el Sr. D. Eugenio García Ruiz, ha publicado un libro de filosofía social titulado *Dios y el hombre* (1863), notable y digno de mencion por mas de un concepto.

Siendo teoría admitida por algunos demócratas, que en ciencias sociales solo hay dos principios, el trascendentalismo y la inmanencia, Dios ó el hombre, y que el pasado creyó en Dios y la democracia que representa el porvenir, solo debe creer en el hombre; el Sr. García Ruiz se opone á esta antropolatría desorganizadora, diciendo y demostrando cumplidamente que la creencia en Dios no pasará jamás, y que la libertad, y hasta la personalidad humana, desaparecen por completo, absorbidas en la actividad inconsciente de la naturaleza, cuando se niega ó pone en duda la personalidad divina; primer fundamento necesario de todo lo absoluto y de todo lo relativo, de todo lo eterno y de todo lo transitorio.

Es tambien muy notable el severo juicio que se lee en *Dios y el hombre* acerca de la revolu-

cion francesa, pues aunque algunos pensadores estranjeros comienzan ya á confesar que la guillotina y la injusticia no son los caminos derechos para llegar á la libertad, nuestros partidos radicales aun continúan quemando incienso al pié de las ensangrentadas estátuas de Danton y de Robespierre; honra es del Sr. García Ruiz conservar la independencia de sus opiniones contrariando los prejuicios de sus amigos políticos con grave riesgo de impopularizar su nombre, sin adquirir tampoco la benevolencia de sus adversarios: suerte comun de toda accion generosa, que comienza por el sacrificio aun cuando siempre termine por el glorioso triunfo que alcanza la verdad sobre todo linage de errores.

El presbítero D. Salvador Mestres.—Hace algun tiempo que se publicó en Barcelona un libro titulado: *Ontología ó metafísica, pura universal y general: y Cosmeteología ó tratado del mundo en general y de su causa* (1865), que ha sido escrito, segun aparece en su portada, por el presbítero D. Salvador Mestres, doctor en filosofía y letras, catedrático y vice-director del Instituto de segunda enseñanza de Barcelona, y ex-profesor de metafísica en el Liceo científico de Rímini.

En dos partes puede considerarse dividida la

obra del presbítero Dr. Mestres; dogmática la una y crítica la otra.

En las conclusiones dogmáticas es visible la influencia que han ejercido sobre la inteligencia del autor de la *Ontología y* la *Cosmeteología* los pensadores italianos de la edad contemporánea, muy especialmente Rosmini y Gallupi; en cuanto el método procura seguir el rigor lógico de antiguos escolásticos, pero concediendo á la esperiencia el valor científico que hoy alcanza, en lo cual se acerca algunas veces á los minuciosos análisis de la escuela escocesa.

En la parte crítica; donde refuta los sistemas panteistas de Fichte, Schelling y Hegel, el criticismo de Manuel Kant, y aun tambien en algunas ocasiones el armonismo krausista, se distingue el Sr. Mestres por la templanza de la forma, lo que demuestra una conciencia recta que busca la verdad por ella misma, sin aspirar al éxito que siempre produce el escándalo, ni á los aplausos de las inteligencias levantiscas que por desgracia forman el mayor número, así entre el vulgo de las gentes, como entre los literatos vulgares.

Por lo demás, el Dr. Mestres, queriendo huir del idealismo panteista sin caer en el materialismo ateo, ha procurado resolver algunos de

los mas difíciles problemas de la filosofía con ese criterio vacilante que se acoje al comun sentir como seguro puerto de refugio en la tormentosa confusion de los desvaríos intelectuales.

Antes de la obra que acabamos de examinar el presbítero Sr. Mestres habia dado tambien á la estampa las *Lecciones de psicología, lógica y moral* (1863), esplicadas á los alumnos de estas asignaturas en el Instituto de segunda enseñanza de Barcelona, en los cinco años escolares que precedieron á su publicacion.

Nada diremos acerca del valor científico de estas *Lecciones*, pues tendríamos que repetir conceptos muy semejantes á los que dejamos consignados al tratar de la *Ontología y Cosmeteología*.

Refutaciones de las doctrinas filosóficas de Mr. Renan. — Cuando se publicó la *Vida de Jesus*, de Mr. Ernesto Renan, aparecieron en España algunos juicios críticos, más ó menos estensos, que pueden considerarse como inspirados en la filosofía espiritualista. A este número pertenecen los libros del catedrático en teología D. Juan Juseu y Castanera y del presbítero D. Miguel Sanchez, los artículos del señor D. Severo Catalina que se insertaron en *La Concordia* y los folletos siguientes:

Apuntes contra la titulada Vida de Jesus de Mr. Ernesto Renan, por D. Antonio Ferrer del Rio, de la Real Academia Española. (1863)

El pirronismo del siglo XIX, por el presbítero D. B. M. y G. R. (1863)

Ernesto Renan ante la erudicion sagrada y profana, por el Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro. (Cádiz: 1864)

El panteismo germano-francés, por D. Luis Vidart. (1864) (1).

Tales son las refutaciones del libro de Mr. Renan que en este momento recordamos, y las cuales nos abstenemos de juzgar, ya por ser escritos más polémicos que dogmáticos, ya tambien por otra razon que fácilmente se alcanzará á los que lean el nombre del autor de estas indicaciones bibliográficas.

PERIODISTAS POLITICOS. — El sentido político con que se hallan escritos los artículos sobre religion y filosofía que frecuentemente han publicado

(1) El catedrático de teología D. Francisco Mateos Gago, en *El Gobierno* (6 de Julio de 1864); el Sr. D Luis de Barreda en *La Democracia* (10 de Julio de 1864) y los señores D. Peregrino Santaluz y D. José Lesen y Moreno en *El Mundo Militar* (números 243 y 244); se ocuparon de este folleto con suma benevolencia y desusada amplitud, si se tiene en cuenta la poca atencion que en España obtienen las cnestiones filosóficas. Nosotros agradecemos profundamente á los señores Gago, Barreda, Santaluz y Lesen tan señalada distincion y procuraremos que nuestros futuros escritos no desmientan sus lisongeras apreciaciones.

en *La Regeneracion* los presbíteros D. Miguel Sanchez y D. José Salamero, y en *El Pensamiento Español* los señores D. Francisco Navarro Villoslada y D. Gavino Tejado, nos obligarian á esponer largas y meditadas consideraciones sobre las relaciones mútuas que ligan la religion, la filosofía y la política, como necesario fundamento de nuestro juicio sobre su mérito y su significacion en las esferas de la ciencia social; siendo esto ageno á la índole de la ligera esposicion histórica que venimos haciendo, terminaremos aquí el bosquejo de la escuela espiritualista creyente que abraza en sus distintos matices, lo mismo en España que en Francia, desde el tradicionalismo del presbítero Mr. Morel hasta el liberalismo del obispo monseñor Dupanloup.

Venturoso será el dia en que desaparezcan tales calificaciones y los creyentes espiritualistas se hallen tan conformes en las soluciones políticas como lo están, y estarán siempre, en las soluciones teológico-dogmáticas. Mientras tanto todos debemos practicar aquella sábia máxima del santo obispo de Hippoma: *unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, y caridad en todo.*

III.

INICIADORES DEL HEGELIANISMO.

La influencia de las modernas teorías de la filosofía alemana comenzó á manifestarse en España por los años de 1850, ya en algunos artículos de periódicos, ya, y mas principalmente, en las esplicaciones orales de varios catedráticos de nuestras universidades y en las discusiones de los ateneos y academias científicas. Estos trabajos pasaron casi desapercibidos hasta que dos publicistas, cuya importancia política es innegable, comenzaron á popularizar, más bajo el aspecto social que bajo el filosófico, las teorías, sobre el progreso enseñadas por la escuela hegeliana.

D. Francisco Pi y Margall. — A favor de la gran libertad de imprenta que siguió al triunfo revolucionario de 1854, el Sr. D. Francisco Pi y Margall pudo publicar un libro titulado: *La reaccion y la revolucion, estudios políticos y sociales* (1855); que por su forma recuerda los vehementes escritos de P. J. Proudhon, y cuyas ideas fundamentales se hallan inspiradas en las

que proclama la estrema izquierda hegeliana como la última palabra de la ciencia moderna.

Nada mas diremos sobre este libro, porque fuera indigno combatir sus teorías, cuando la legislacion vigente de imprenta no consentiria á su autor defenderlas con la amplitud necesaria para poder espresar claramente su concepcion científica y sus lógicas consecuencias.

D. Emilio Castelar.—Hegeliano tambien es un insigne orador, cuya palabra tiene el secreto de robar el corazon y suspender el juicio de sus propios adversarios, aun cuando quizá examinados con atencion sus discursos no se hallen exentos de censura semejante á la que se hace á las construcciones orientales; la demasiada riqueza ó abundancia de adornos, que impide contemplar la unidad esencial y el pensamiento generador, fuente de toda belleza, así en el Universo que creó Dios, como en las obras de arte que produce el hombre.

No sabemos si por las palabras que anteceden se habrá conocido que nos referimos al señor D. Emilio Castelar, el cual aunque no ha escrito ninguna obra dedicada esclusivamente á tratar de filosofía, su *Historia de la civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo* (1858): su folleto titulado *La fórmula del progreso* (1858) y sus ar-

tículos de polémica con el Sr. Campoamor y con el Sr. Valera; pueden considerarse como una esposicion, más ó menos didáctica, de la filosofía hegeliana.

Pero, segun nuestro juicio, el escrito en que el Sr. Castelar ha precisado más su pensamiento filosófico es en el discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el dia 13 de Mayo de 1861, resumiendo la discusión habida en la seccion de ciencias morales y políticas, sobre la idea del progreso.

Despues de esponer el Sr. Castelar en este discurso cómo se habia formado, primero, la idea subjetiva del progreso, y más tarde su idea objetiva, llega el sistema de Hegel y hace este brillantísimo resúmen de sus teorías, que copiamos gustosos, á pesar de su estension, para perfumar con la fragancia de una flor imaginaria el árido camino de nuestra esposicion histórica:

«Mas era necesaria una síntesis de estas dos determinaciones objetiva y subjetiva del progreso, síntesis que dió la filosofía que ha sido llamada filosofía del siglo XIX. El ser es el primer principio de esta filosofía; primer principio como el universo índico, el Dios platónico, la materia aristotélica y la unidad alejandrina; y el llegar á ser, ó el suceder, es al trabajo del

ser para realizarse, y es respecto al ser lo que la energía es respecto á la causa en Aristóteles y los paripatéticos, y lo que el acto es respecto á la potencia en Santo Tomás y los escolásticos *y esa esencia del ser es la idea, idea tan abstracta y tan indeterminada en su principio, que se confunden casi con el no ser;* y la idea tiene tres términos, generacion, destruccion, reproduccion; esencia, nocion, juicio; tésis, antítesis, síntesis; y el llegar á ser de la idea ó movimiento de la idea es la dialéctica, que marca estos tres términos en todo lo existente y en todo lo posible, y los encarna en série progresiva; y la primer encarnacion de la idea es la naturaleza, donde la trilogia tésis, antítesis y síntesis, se reproduce en la naturaleza mecánica, química y orgánica; y la naturaleza mecánica es cohesion, repulsion ó armónía y atraccion; y la naturaleza química es ázoe, carbono y oxígeno, y la naturaleza orgánica es mineral, vegetal y animal; y la idea concreta de la naturaleza es la tierra, que reproduce los tres términos en su vida: primero, vida solar, cuando está confundida en el caos del gran todo; segundo, vida de cometa, cuando comienza, desprendida del sol, á errar por los espacios: tercero, vida planetaria y esférica; y como planeta reproduce los tres términos en los ter-

renos primarios, secundarios y terciarios, y en el *humus* brota ya un nuevo progreso de la idea; el vegetal que reproduce los tres términos en la lignificacion y la circulacion de la sávia y la reproduccion por la flor, el fruto y la semilla; y sobre el vegetal se levanta el animal, que reproduce los tres términos en su sistema bilioso, sanguíneo y nervioso, y que se desarrolla en série progresiva desde el infusorio al zoófito, desde el zoófito al pólipo; desde el pólipo al molusco, desde el molusco al pez, desde el pez al anfibio, desde el anfibio al reptil, desde el reptil al ave, desde el ave al mamífero, desde el mamífero al hombre; donde la naturaleza se agota y comienza el espíritu, y el espíritu no muere porque no es orgánico, y no se descompone, antes vive por sí, por su libertad, y encierra tambien la trilogía como sugeto, objeto y sugeto-objeto ó absoluto; y el espíritu como sugeto se encarna en tres términos: en la familia, en el Estado, en la humanidad; y la humanidad vive en la historia, que tiene su trilogía en el Oriente, el mundo greco-romano y el mundo moderno, y como objeto, el espíritu se encarna en el arte que es simbólico, clásico y romántico: y del arte pasa á la religion, que es primero religion de la natureza, desde el culto

fetichista hasta el culto de la luz; religion del espíritu, del arte en Grecia, del entendimiento y la política en Roma, de la idea metafísica en Judea; y por último, la religion es religion de lo absoluto en el cristianismo; y de la religion el espíritu pasa á la filosofía donde tiene plena conciencia de sí misma: *sistema asombroso que podreis negar, en el cual no querreis arrojar vuestros penates ni confundir nuestra personalidad,* rio sin ribera, movimiento sin término, sucesion indefinida, série lógica, especie de serpiente que desde la oscuridad de la nada se levanta al ser y del ser á la naturaleza, y de la naturaleza al espíritu, y del espíritu á Dios, enroscándose en el árbol de la vida universal, sistema asombroso que podreis rechazar, pero que no podreis de ninguna suerte desconocer, como el esfuerzo más grande que la razon humana ha hecho para dar conciencia de sí á la gran idea del siglo, á la idea del progreso.»

Nosotros, que pertenecemos al número de los que *no quieren arrojar sus penates, ni confundir su personalidad en el asombroso sistema de Hegel,* admirando la elocuencia de su espositor, repetimos el dicho de Lupercio de Argensola:

¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

Lástima grande que este sorprendente sistema descanse en la *esencia del ser, idea tan abs-abstracta y tan indeterminada en su principio que,* segun el Sr. Castelar, *casi se confunde ncon el no ser,* y segun nosotros, fundándonos en la autoridad del mismo Hegel, que afirma que el ser y la nada son idénticos, esta esencia del ser es la nada misma; y así no sin motivo dice el Sr. Sanz del Rio en su introduccion á la metafísica de Krause que el hegelianismo es «una magnífica construccion pendiente en el aire» y que en su teoría de venir á ser «todas las grandes cuestiones de la vida son borradas y suprimidas, que no resueltas, desde que la sustancialidad es un momento contrario con la accidentalidad, destinado á ser resuelto en otro momento superior y más verdadero.»

Despues de la esposicion del sistema de Hegel, el señor Castelar que pertenece á la derecha hegeliana, se resuelve contra los Feuerbach, Bruno Bauer y Max Stirner, considerándoles como desnaturalizadores de la doctrina de su maestro, y dice: « El escollo de esta filosofía se vió bien pronto. Al pié de ella brotó una escuela que era respecto á su fundador, lo que los sofistas respecto á Heráclito y los cínicos respecto á Sócrates. La extrema izquierda negó todo

principio absoluto; no reconoció más ley moral que el desarrollo de esta idea en la conciencia que ha sacrificado al anciano inútil y al niño deforme; ni más derecho que el guardado en los Códigos, justificando así toda tiranía y toda servidumbre; ni más arte que los monumentos esparcidos por la humanidad en su camino, desde el templo trogoldita, que se hunde en las entrañas de la tierra, hasta la aguja gótica que se pierde en los arreboles del cielo; ni más ciencia que la série de sistemas por donde ha pasado el hombre, desde el escepticismo al dogmatismo, desde el materialismo al idealismo; ni más sustancia que el fenómeno, ni más esencia que el accidente, ni más principio que el movimiento; ideas que en todos tiempos rechazará la razon humana, pues en nombre de la eterna moral aprobará el bien y condenará el mal; y en nombre de la eterna verdad anatematizará el error; y en nombre de la eterna hermosura comprenderá el arte y pondrá todas sus ideas en lo incondicional y en lo absoluto; y separando los miserables y transitorios hechos buscará en Dios, en ese primer principio, el ser que preside toda la vida y el motor inmóvil que impulsa todo el movimiento de la historia».

Realmente que dadas las premisas que sienta

el sistema de Hegel, los secretarios de la extrema izquierda son los hegelianos más lógicos, pero en cambio los que, como el Sr. Castelar, ponen empeño en acordar la concepcion del trascendentalismo divino con la inmanencia de la teoría universal *venir á ser*, manifiestan en esto un muy honrado propósito digno de eterna loa, siquiera sea de todo punto irrealizable.

IV.

EL KRAUSISMO.

Llegamos á ocuparnos de la escuela que mayor séquito alcanza entre los hijos de España, que creen hallar la verdad en las modernas teorías nacidas en las márgenes del Rhin. Y no es esto hacer un cargo de extranjerismo á los que así piensan, no ciertamente; la patria de la verdad absoluta es el cielo, y todos los que llegan á ver un solo rayo de su clarísima luz son hermanos en espíritu, siquiera hayan nacido en distintos y apartados países, siquiera los siglos hayan interpuesto entre sus existencias los se-

pulcros de cien generaciones y el frio polvo del olvido.

El doctor D. Julian Sanz del Rio.—Camina á la cabeza de los secuaces que cuentan en nuestra patria las teorías alemanas un varon ilustre, cuya vida consagrada al estudio recuerda las de los más esclarecidos filósofos griegos y las de algunos modernos pensadores alemanes.

Desinteresado amor á la ciencia é infatigable constancia en el estudio, tales son las primeras dotes, no las únicas, que enaltecerán siempre el nombre del catedrático de historia de la filosofía en la Universidad central, don Julian Sanz del Rio, hoy jefe de la escuela krausista española.

La primera obra que conocemos del señor Sanz del Rio son las *Lecciones sobre el sistema de filosofía analítica de Krause*, publicadas en 1850. Diez años más tarde apareció por segunda vez esta obra, ampliada y corregida bajo más meditado pensamiento, y cambiado su título en esta forma: *C. Ch. F. Krause. Sistema de la filosofía. Metafísica. Primera parte. Análisis.*

No es posible que expongamos y juzguemos en pocas palabras el sistema krausista, á cuya propagacion consagra el Sr. Sanz del Rio todas las fuerza de su privilegiada inteligencia: diremos solamente que la aspiracion de esta filosofía

es resolver el dualismo que dice ha existido siempre en la interioridad y organismo de la ciencia, dualismo lógico, segun el Sr. Sanz del Rio, entre el sugeto y el objèto, entre la lógica abstracta y la lógica concreta: dualismo ontológico, entre la sustancia y el accidente, lo infinito y lo finito, la identidad y la diferencia: dualismo teo-cosmológico, entre Dios y el mundo, que considera el mundo como enteramente *otro* que Dios: y por último, dualismo que aparece en la historia de la filosofía, que se mueve entre el materialismo y el idealismo, intermediados á veces, ó por el escepticismo negativo ó por un eclecticismo y sincretismo superficiales, con tal cual tentativa imperfecta de armonizacion de los contrarios bajo más alta unidad. Esta aspiracion de encontrar una unidad superior que resuelva todas las contradicciones de la ciencia racional, es en el sistema de Krause, como en algunos de la antigüedad y de la edad moderna, orígen de proposiciones cuyo sabor panteista es difícil de negar.

Sin embargo, ¿puede decirse que el krausismo es un sistema esencialmente panteista? Nosotros hemos leido con la atencion y detenimiento que merecen la exposicion analítica de Krause, del Sr. Sanz del Rio, y el folleto crítico del

Sr. Orti, que en otro lugar dejamos citado, y hoy por hoy abrigamos grandes dudas sobre si la personalidad divina puede ó no concertarse con el sistema krausista, puesto que su teoría ontológica de que los géneros solo se diferencian en su modo de ser, y Dios es infinitamente lo que el universo es finitamente, nos ofrece grandes dificultades, cuya solucion satisfactoria no hemos podido encontrar, quizá más que la flaqueza de nuestro entendimiento que por los vacíos de sus doctrinas.

El doctor D. Francisco de Paula Canalejas.—Cuando vió la luz pública el *Sistema de la filosofía* del Sr. Sanz del Río, uno de sus más aventajados discípulos, el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas, escribió en la *Crónica de Ambos Mundos* (setiembre de 1860) un profundo juicio crítico, donde despues de exponer el estado intelectual de la Europa latina, rechaza por incoherentes las doctrinas hegelianas, enseñadas en los libros de Vacherot y de Vera; dice que Gioberti «yace olvidado bajo el peso de sus paradojas y contradicciones», que Rosmini no cuenta discípulos, y que Proudhon cambia de ideas segun lo exige el carácter de sus polémicas», y presenta como remedio á tamaña confusion científica las sérias y sintéticas teorías del sistema de Krause.

Comparando en este artículo al Sr. Sanz del Rio con los otros expositores del racionalismo armónico en las naciones neo-latinas, Ahrens y Tiberghien, levanta al autor español por cima de ambos, como muy superior en la precision científica que acierta á dar á sus escritos, calidad de subido mérito y gran conveniencia, sobre todo en España, donde el menosprecio de los estudios filosóficos hacen que se confundan lastimosamente nombres y sistemas de diversa y aun contradictoria índole, sin escuchar los preceptos que nacen del método y organismo científico.

El Sr. Canalejas ha publicado en las revistas y periódicos no pequeño número de artículos sobre distintos puntos filosóficos; y tambien ha impreso un discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, sobre el *Estado actual de la filosofía en las naciones latinas* (1861), cuyas apreciaciones, en su mayor parte exactas y cuya elocuencia didáctica lo hacen muy digno de los repetidos aplausos que alcanzó del numeroso público que tuvo el gusto de escucharle.

D. Eduardo Rute.—En la seccion de Variedades de un periódico político, *El Reino*, se ha publicado una série de artículos del krausista D. Eduardo Rute, que lleva por título; *Exposi-*

cion y juicio crítico del libro titulado Lo Absoluto, *por D. Ramon de Campoamor.* (1)

La gran extension de estos artículos, que bien podrian formar un libro, y el sistemático enlace que entre sí guardan los juicios en ellos expuestos, los hacen muy dignos del exámen y atencion de los que intentamos observar el desenvolmiento de la ciencia española en la edad contemporánea.

En el primer artículo se propone el Sr. Rute resolver varias cuestiones generales, entre las cuales se halla la posibilidad de que fructifiquen en España los estudios filosóficos, y á este propósito dice lo siguiente:

«Hay además un notable error en la afirmacion de que nuestro carácter no se presta á la reflexion metódica, visto el poder y predominante influjo de nuestra imaginacion y entendimiento, pues si bien no podemos aspirar á ser característicamente reflexivos ó racionalistas, no debemos dejar de serlo en cuanto nos sea posible para reforzar así nuestro valimiento real; y esta posibilidad depende, las más veces, de la direccion que con voluntad libre damos á nuestra actividad. Nó, no es estéril el suelo de nuestro

(1) El primero de estos artículos se publicó en *El Reino* del dia 1.° de Mayo del presente año.

pensamiento para la fecundacion de esos nuevos gérmenes, como no es estéril el seno de nuestra tierra para fecundizar los distintos vejetales que de lejanas comarcas y opuestas zonas se trasplantan á él; lo que nos faltan son buenas semillas, no campo feráz donde sembrarlas, y concretándonos más á la cuestión presente, podemos afirmar asimismo que lo que falta en nuestro país no es quien obre, sino quien reflexione.»

Nosotros, siguiendo la opinion de P. Cuevas, y de los Sres. Valera, Laverde Ruiz, Campoamor, Azcárate, Luarca y otros varios escritores contemporáneos, no creemos que la filosofía sea en España una planta exótica, como parece dar á entender las palabras citadas; y cuenta que este menosprecio de nuestras tradiciones científicas puede ser orígen de graves males; hay cierta nacionalidad intelectual, cuya conservacion es convenientísima para la seguridad é independencia de la nacionalidad política.

Acertadamente discurre el Sr. Rute acerca del fin propio que deben cumplir en nuestro tiempo los estudios filosóficos cuando en el mismo artículo hace las siguientes consideraciones:

«Observad el estado de los ánimos: vedlos influidos por la negativa incredulidad del escepti-

cismo del último siglo que, hablando á nuestros padres, háse arraigado en nosotros cual mal hereditario, siendo así que, como profundamente afirma Dryden,

En todos tiempos se llamó locura
Creerlo todo ó no creer en nada;

oidlos, y aunque vagamente resuenen en sus labios las afirmaciones de una razon y justicia y bien absolutos, de un Dios, una Providencia; una autoridad suprema y sobre-temporal, tales afirmaciones no bastan á demostrar que las creencias á que responden radican en lo íntimo de la conciencia, pues á cada momento las niegan los actos, y la série de ellos son testimonio de menor excepcion que las palabras ante el tribunal de lo evidente; atendedlos bien y reconoceréis con nosotros que falta desarrollo á su razon, luz á su inteligencia, regla á su sentimiento, rectitud á su voluntad y disciplina á su fantasía, y que no es todo eso por falta del buen deseo, natural al hombre, de corregir las intensas oposiciones que resulta de obrar así; pues, como cuerdamente decia Balmes, «el hombre sólo ama el bien y la verdad», sino porque no acierta á dar con el camino que á ella conduce, ó una vez sabiéndolo, no quiere seguirlo; en el primer caso, porque lo que no es visto por el conocimiento, no

es sentido con amor ni querido con voluntad; y en el segundo, porque la voluntad que consiente en debilitarse llega á hacerse impotente hasta para regirse á sí misma. De aquí que existan esos abismos en las almas que sólo se sondean en las tristezas y en las soledades, de que procuramos apartar la vista, atendiendo á nuevas distracciones ó á nuevas concupiscencias, y que, apartándonos del recto camino, nos impiden llegar á las puras y regeneradoras fuentes de toda salud y toda vida. ¡Quién, que medite algo sobre este punto, no se convencerá de que existen en nuestro espíritu ansiedades infinitas que no satisface como es debido nuestra ilustracion científica! ¡Quién, que con imparcialidad observe el estado comun á nuestras inteligencias, no las encontrará trabajadas por una confusion lastimosísima, efecto de la poca actividad que han desplegado para limitar sus confusiones, de modo que, generalizado lo que la experiencia nos muestra, podemos decir que no sabemos lo que se desea ni nadie sabe lo que quiere, que no sentimos lo que afirmamos sentir ni nadie dice lo que siente, y lo que es más cierto aún, que no vemos con claridad lo que afirmamos ser indudable y nadie tiene conciencia de sus ideas!»

«¿A qué, pues, sino á la reflexion y á la cien-

cia, podrá recurrirse para salir de tal estado?»

«¿Pero qué, se nos dirá asimismo, la razon puede tanto?—¿Pues qué, habremos de contestar, háse concedido la razon á los hombres para que, lejos de caracterizar con ella sus actos, la empequeñezca y debilite (puesto que toda esencia suya queda anulada cuando no la desarrolla orgánicamente), y su actividad no ha de tener otro objeto que atender al fomento de todas sus facultades menos la razon?—¿Es esto acaso por que se cree que sus progresos se cumplen á costa de la religiosidad?—¡Qué error tan grande! —Muy repetido es aquello de que el poco saber conduce al ateismo y el mucho saber á la religion; pero esta verdad, ó se repite sin objeto ó pasa desapercibida cuando tan en pié subsisten las oposiciones que ante ella debieron quedar destruidas. ¡La ciencia enemiga de Dios, cuando sólo en él recibe su fundamento y sólo por él es, posible!»

Lo dicho basta para indicar el valor científico de la *Exposicion y juicio crítico del libro titulado* Lo Absoluto del señor D. Eduardo Rute. Mucho progresarian los estudios filosóficos en nuestra patria si la crítica se usase siempre con el detenido exámen é innegable buena fé que claramente se reflejan en todos los párrafos de

los artículos del Sr. Rute, de que ahora acabamos de ocuparnos.

D. Nicolas Salmeron y Alonso y D. Facundo de los Rios y Portilla.—En las discusiones de los ateneos y academias científicas se presentan siempre como campeones del krausismo los ilustrados jóvenes D. Nicolás Salmeron y Alonso y D. Facundo de los Rios y Portilla. Es digno de notarse que las tésis doctorales del Sr. Salmeron y del Sr. Rios, referentes, la primera á la concepcion racional de la historia, y dedicada la segunda al exámen de una obra de Luis Vives, marcan ya dos tendencias distintas dentro del sistema krausista; tendencias que quizá á la vuelta de algunos años vendrán á destruir su unidad científica, hasta el presente tan cuidadosamente conservada; esto no será ni nuevo ni maravillosó, pues como ha observado Mr. Paul Janet: «jamás un credo filosófico fué de larga duracion.»

V.

UNA DIGRESION NECESARIA.

Hemos reseñado ligeramente los tres principales sistemas en cuyas direcciones se mueve

hoy el pensamiento filosófico español, á saber: primero, el eclecticismo; segundo, el que nosotros hemos llamado espiritualismo creyente, que es lo que apellidan los racionalistas escuela teológica y otros escritores filosofía católica; y tercero, el armonismo krausista; habiendo indicado tambien los escritos, más políticos que filosóficos, que han dado á conocer entre nosotros la teoría del progreso de las escuelas hegelianas. Aún tenemos que ocuparnos de algunos pensadores no comprendidos en ninguno de los citados sistemas y de los historiadores de la filosofía, entre los cuales merecen especialísima mencion los que se han consagrado en estos últimos años á desenterrar de entre el polvo de las bibliotecas los nombres venerandos de nuestros teólogos, filósofos y publicistas; nombres injustamente olvidados de propios y de estraños, no sin gran menoscabo de nuestra gloria nacional.

Pero antes de seguir nuestra reseña, tenemos que hacer una esplicacion con el fin de evitar torcidas interpretaciones acerca de la division que hemos trazado de las escuelas filosóficas de nuestros dias. No se crea que nosotros declaramos que el eclecticismo y el armonismo krausista son esencial y necesariamente anti-católi-

cos al colocar á los escritores pertenecientes á estas escuelas separados de los que se han consagrado con insistencia á la defensa de la verdad religiosa: nada más lejos de nuestro ánimo: la division que hemos establecido se funda puramente en el orígen histórico de cada escuela, de ningun modo en su interioridad científica, pues bajo este punto de vista nuestra clasificacion seria absurda.

Atendiendo, pues, al orígen histórico de nuestras escuelas filosóficas contemporáneas, nos parece fuera de toda duda, que el eclecticismo español, se acuerde ó no con el catolicismo, reconoce por orígen el eclecticismo racionalista sistematizado por Mr. Cousin; que el espiritualismo ereyente es el esfuerzo para renovar bajo nueva y más concertada forma, las tradiciones científicas de los cinco primeros siglos de la Iglesia continuadas durante la edad media por los grandes doctores católicos, San Isidoro y San Anselmo, San Buenaventura y Santo Tomás y algo oscurecidas desde el renacimiento por la incredulidad religiosa que introdujo en Europa la reforma protestante; y por último, es ocioso repetir lo que se lee en todas las portadas de los libros filosóficos del Sr. Sanz del Rio, y lo que no ocultan ninguno de sus discípulos,

esto es, que sus teorías se hallan fundadas en los principios establecidos en el racionalismo armónico de Krause.

Nosotros sabemos que la verdad es un organismo perfecto, y que, dado un principio filosófico ó político, solo hay un principio religioso que sea su lógica consecuencia; pero esto, que es absolutamente exacto en la region abstracta de la cienta, está sujeto en la práctica al límite de la razon finita del hombre considerado como individuo. Además, en el estado de nuestra razon histórica, ningun sistema filosófico que admita la existencia de la personalidad de Dios puede considerarse como esencialmente anti-católico: nosotros diríamos más, todo sistema que admite la personalidad de Dios, es ilógico si niega lo sobrenatural, base y asiento de toda religion positiva; y admitida una religion positiva hasta los racionalistas como Mr. Renan, suelen confesar que el catolicismo es la más religiosa de las religiones, y los católicos sabemos que es la única *religion religiosa*. Con ser el sistema de Hegel, segun nuestra opinion, radicalmente inconciliable con el catolicismo, nosotros sabemos de un pensador hegeliano que durante algun tiempo fué católico, y nadie ignora que los afiliados en la derecha de esta escuela pretenden

salvar la personalidad divina de la destructora teoría del *venir á ser* universal.

Así, pues, entendiéndose tambien estas esplicaciones respecto á los escritores que nos quedan por tratar, volvemos á repetirlo; nosotros hemos trazado una division puramente histórica de las escuelas filosóficas que hoy se comparten el imperio de la ciencia española; cierto es que consideramos que la teoría racional de alguna está más conforme que la de las otras con la verdad revelada; sin embargo, combatiendo los sistemas en lo que nos parece desacertado, siempre respetaremos el secreto de la conciencia del pensador, cuyo juicio solo pertenece á Dios, cuyos inescrutables arcanos no es dado descubrir á la razon humana, ya enturbiada por prejuicios históricos, ya torcida por mezquinas pasiones.

VI.

DIRECCIONES INDIVIDUALES.

Hay algunos escritores que no pueden ser comprendidos en las escuelas cuya reseña histórica hemos trazado. A este número pertenecen el catedrático D. Pedro Mata, el médico D. Federico Rubio y los Sres. D. Patricio de Azcárate,

D. Eduardo Benot y D. Roque Barcia. Indicaremos en breves palabras la distinta significacion de cada uno de estos pensadores

El doctor D. Pedro Mata.—Decia el Sr. Castelar, ocupándose del doctor D. Pedro Mata en su discurso sobre la idea del progreso, que ya hemos citado en otro lugar:

«El Sr. Mata, privilegiado talento que á manera de Anteo crece y se agiganta cuando toca en la realidad de la vida, nos ha dicho con esa fácil y poderosa palabra, que es el secreto de su popularidad y la revelacion de su peregrino ingénio, que el progreso consiste en ir realizando y cumpliendo las leyes de la naturaleza». La comparacion con Anteo, que de seguida nos trae á la memoria la tierra, nos parece un modo cortesano de llamar materialista al Sr. Mata, cubriendo con las galas del ingénio lo duro de la calificacion, y el consistir el progreso en ir realizando las leyes de la naturaleza, seria una prueba de ser exacto este juicio, si se entiende que solo se habla de la naturaleza *física*.

El Sr. Campoamor es más esplícito. Cuando el Sr. Mata publicó su *Tratado de la razon humana* (1860), escribió en la *Crónica de Ambos Mundos* un artículo crítico, donde despues de rendir un homenage merecido á la honradez

del hombre y á la modestia é instruccion del profesor, condena sus teorías materialistas diciendo en su peculiar estilo: «Yo que estimo sinceramente al Sr. Mata por su labóriosidad y por su fé científica, soy enemigo de su sistema filosófico hasta el *esterminio.*»

Y para probar la verdad de sus aserciones, continúa el Sr. Campoamor formulando su juicio crítico en estas frases, modelo de *humor* y de buen gusto literario: «Pero ya oigo al señor Mata que me interrumpe diciendo»: — «Mi sistema no es *materialista.* Es el legítimo consorcio de la fisiología y de la psicologia, ó por mejor decir, la absorcion natural de esta por aquella.»—Justamente eso es lo que se llama *ultra-materialista,* subordinar el espíritu á una ciencia, si es eso ciencia, que consiste en esplicar el órden mecánico-vital de las funciones corporales. No solo él Sr. Mata ha descubierto que la *fisiología* es ciencia; él, que de seguro no sabrá esplicarme satisfactoriamente el fenómeno de un simple *estornudo,* sino que lo que es más nuevo, sienta la proposicion ¡hereje! de que «la fisiología es una filosofía, síntesis de lo que tienen de verdadero todas las filosofías.»—¡Nobles ilusiones de mi alma! ¿quién me habia de decir á mí, que cuando el hoy célebre marqués

de San Gregorio, siendo catedratico me enseñaba la *fisiologia*, esto es, la mécanica de *ir, venir y otras cosas*, aprendia yo la ciencia *madre*, y que no era más que una de sus sucursales la *filosofia*, que trata de las cuestiones de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, y de la remuneracion y castigo de nuestras acciones en la continuacion eterna de esta vida, siempre débil, y casi siempre sin ventura? No quiero ocultárselo al Sr. Mata; pero su desgraciada idea de someter la filosofía á la fisiología, el alma al cuerpo, el espíritu á la materia, me amontona la sangre á la cabeza, como si fuese á sufrir una congestion cerebral. ¡Venid, venid, nobles ilusiones de mi alma! ¡Y ya que el sensualismo quiere infectar la atmósfera con hálitos de ódio contra el espíritu, yo la fumigaré con acento de desprecio contra la materia!»

¿Son fundadas estas acusaciones de materialismo que se lanzan sobre el sistema filosófico del catedrático Sr. Mata? Nosotros, que consideramos el materialismo como el más degradante de los desvaríos filosóficos, no queremos creerlo. Nó, nó; la elevada inteligencia del señor Mata no puede aceptar que una buena digestion es el orígen de la inspiracion poética, y que un dolor de muelas es el fundamento de

todas las profundas meditaciones sobre el problema del mal. El Sr. Mata niega que es materialista, y aun cuando en sus libros se encontrasen proposiciones que pudiesen ser tachadas de materialismo, nosotros cerraríamos los ojos para no verlas; no queremos pensar que en nuestra pátria haya quien crea que el cerebro es el órgano *secretorio* del pensamiento, que la divina luz de la razon es un producto orgánico como la sangre, ó la bílis, ó la saliva.

D. Federico Rubio.—Un médico sevillano, el Sr. D. Federico Rubio, ha publicado unos aforismos filosóficos bajo el nombre de *El Libro Chico* (1863) y posteriormente otro nuevo escrito titulado *El Ferrando. Contestacion á la crítica de dicho señor al Libro Chico* (1864).

Hállanse en *El Ferrando* algunos pensamientos nuevos bastante acertados, entre los cuales recordamos el de cambiar el nombre del idealismo en el de escepticismo objetivo, pues ciertamente este sistema no es más que la negacion de todo lo odjetivo; y por razon semejante llama el materialismo, escepticismo subjetivo.

Por lo demas, la forma concisa del aforismo no deja ver con toda claridad el desarrollo científico del pensamiento del Sr. Rubio. Sin embargo, puede decirse que la inspiracion de *El*

Libro Chico se halla en las modernas teorías de las escuelas alemanas, y que parece que la aspiracion de su autor es purgar á estos sistemas del idealismo panteista que generalmente los domina, y concertarlos con un espiritualismo en el cual sea fácilmente admisible la existencia de las verdades religiosas. Digno de loa es este propósito del Sr. Rubio, si bien de muy difícil logro, y por lo tanto mayor será su gloria si consigue llevarle á cabo. La idea de la dificultad, ni aun de la imposibilidad, no debe nunca hacerle vacilar; cada gran progreso humano ha sido realizar un imposible.

D. Patricio de Azcarate.—El Sr. Lopez Uribe en la *Gaceta de Madrid*, D. José Joaquin de Mora en la *América*, el Sr. Llana en *La Iberia*, el catedrático D. Federico de Castro en la *Revista Ibérica*, y el Sr. D. Juan Uña y Gomez en dos artículos publicados en *La Democracia*, han juzgado segun sus distintos puntos de vista la *Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos y verdaderos principes de la ciencia* (1861) del Sr. D. Patricio de Azcárate; señaladísima cuanto merecida honra, que alcanzan muy pocas obras filosóficas en esta España del siglo XIX, donde la indiferencia del vulgo se halla admirablemente secundada por el desden

de algunos doctos; capaces de jurar por Cousin, Hegel ó Krause, que los más altos pensamientos nacidos á orillas del Manzanares, son pobres y raquíticos engendros si se comparan con las magníficas lucubraciones que produce la ciencia en todo el resto de la civilizada Europa.

Dejando el juicio de la parte histórica del libro del Sr. Azcárate para otro lugar de este ligero estudio, diremos ahora algunas palabras sobre el sistema científico espuesto bajo el nombre de *Verdaderos principios de la ciencia.* Considera el Sr. Azcárate que el principio de la ciencia es el análisis psicológico, pero termina admitiendo la esfera de actividad propia de la razon pura: y así se ha dicho, con gran fundamento, que el sistema espuesto en los *Verdaderos principios de la ciencia,* apoya el pié en la escuela escocesa y llega con su cabeza á las teorías alemanas.

Acompaña á la obra del Sr. Azcárate un árbol genealógico de los conocimientos humanos, que presenta gran claridad y acierto en sus divisiones aun cuando, conforme á las teorías psicológicas de su autor, parte de la concepcion humana, y en nuestro sentir, la division de las ciencias, debe fundarse en la categoría primera y superior del ser absoluto y sus tres manifes-

taciones eternas, la sobrenatural, la espiritual y la material.

D. Eduardo Benot.—Decia Séneca que la educacion del ser humano, exige una preferentísima atencion, porque influye sobre toda su vida. Esto es una verdad universalmente reconocida cuando en teoría se discute, pero se halla tan olvidado en la práctica, que bien puede afirmarse la exactitud de aquella otra máxima de un célebre escéptico: la educacion que se da generalmente á la juventud, se reduce á inspirarla un amor propio artificial, sobre el amor á sí mismo que forma parte de la naturaleza humana. Cuántos y cuán graves sean los males que por este camino se originan, no hay para qué decirlo; el libro de D. Eduardo Benot, titulado: *Errores en materia de éducacion y de instruccion pública* (Cádiz: 1863), de que ahora vamos á ocuparnos, señala algunos y enumera los remedios con juicio meditado y miras siempre rectísimas.

La idea del libro del Sr. Benot, consiste en afirmar la conveniencia de la intervencion del Estado en la enseñanza. Los fundamentos filosóficos de esta doctrina los halla el Sr. Benot en la negacion del criterio de las mayorías para conocer la verdad, y como consecuencia en la

superioridad necesaria de las minorías inteligentes representadas por el Estado. Adopta el Sr. Benot como criterio de verdad, la teoría espuesta por Vico, y que posteriormente ha sido seguida por Hegel, en la cual se afirma que solo se conoce lo que se hace, pero se aparta de esta regla con respecto á la moral, diciendo que las ideas morales no son objeto de contemplacion, son eminentemente prácticas; no necesitan el análisis científico.

Esta independencia absoluta entre la moral y la ciencia que establece el Sr. Benot, puede conducir al escepticismo y no la encontramos muy de acuerdo con los cristianos sentimientos que se reflejan en todas las páginas del libro que ahora nos ocupa.

En resúmen: las doctrinas políticas del señor Benot, siguen esa tendencia liberal, pero al propio tiempo socialista, que domina en los pueblos latinos; y sus teorías filosóficas, más analíticas que sintétitas, tienden al enaltecimiento de la idea moral como regla universal, único derecho permanente y último fin de la actividad humana en todas las esferas de la vida.

D. Roque Barcia.—En varias ocasiones habiamos meditado sobre los escritos de D. Roque Barcia, procurando darnos cuenta de la escuela

filosófica en que podian hallarse comprendidos. Habíamos leido la *Filosofía del alma humana* (1856), los artículos sobre ciencias sociales publicadas en *La Democracia*, los apuntes sobre filosofía de la historia y el juicio crítico de *Lo Absoluto* de Campoamor, cuyos dos trabajos han visto la luz pública en *La América*; y la tendencia que dominaba en estos varios escritos, ora nos parecia vacilante hasta tocar en el racionalismo, ora creyente hasta llegar á la afirmacion de la verdad católica. Tentados estábamos de pensar que la contradiccion hegeliana era el fundamento de las especulaciones racionales del Sr. Barcia, cuando encontramos resueltas nuestras dudas en el juicio que formó el Sr. Rute sobre el estado actual de la filosofía en España, al escribir los artículos que en otro lugar dejamos citados. Transcribimos á continuacion este juicio para que sirva de término de comparacion al que nosotros venimos esponiendo y se pueda apreciar cual presenta más exactitud histórica; que tal vez no será el nuestro, pues no abrigamos la pretension de pasar plaza de infalibles. Dice así:

. . . . . .

«Mas por lo que á nuestra pátria respecta, debemos decir que creemos que la filosofía se

encuentra entre nosotros en su período de formacion. Como en los períodos que se le han asemejado en la historia (ante-socrático, ante-cristiano y ante-cartesiano), todos los sistemas reaparecen á nuestra vista, transformados, sí, porque revisten nuevos y más perfectos desarrollos, pero siendo esencialmente los mismos que en toda época. En verdad no carece de ideas nuestro espíritu, sino de métodos con que esclarecer, fijar y ordenar segun su debida categoría las que ya poseemos; ni cabe ya pensar que pueda alcanzarse un punto de vista más comprensivo de la realidad que los hasta aquí mostrados en algunos de los sistemas conocidos, principalmente por Sócrates, Leibnitz y Krause, pues sobre los términos naturaleza, espíritu, humanidad y Dios no se concibe realidad, y estos son los que deben quedar armonizados en la ciencia, como lo están en lo absoluto de su ser y van descaminados los sistemas que, como el de Hegel, pretenden fundar una síntesis suprema en el reconocimiento de nuevos términos abstractos, sin realidad positiva, cuales son la nada, el mal, etc.»

«Así vemos representado en el marqués de Valdegamas el misticismo correspondiente al primer período de manifestacion de toda época

filosófica; en Balmes, el aristotelismo tomista, correspondiente á la época de apogeo de estas doctrinas; en Barcia, el sincretismo grego-oriental, si bien ligera y brevemente formulado *(Filosofía del alma humana)*; en Mata, el naturalismo despertador de toda idealidad; en Pí y Margall, el subjetivismo schelliniano *(La reaccion y la revolucion)*; en Azcárate, el empirismo de la escuela escocesa; en Martin Mateos, el psicologismo cartesiano; y en Orti y Lara, el conceptualismo escolástico, y por tanto el teismo degenerado.» No es de estrañar que en nuestra época aparezca un pensador que vuelva sus ojos al sincretismo greco-oriental, pues cuando de todas partes se levantan antagonismo que pretenden negar la religion en nombre de la ciencia, ó por el contrario, la ciencia en nombre de la religion, los espíritus generosos anhelan encontrar una síntesis superior que ponga término á esas concepciones incompletas, que desconocen y niegan la armonía eterna que reina en todo lo creado. Sin embargo, el Sr. Barcia debe considerar que el ideal científico nunca puede hallarse en sistemas que ya pasaron: variar constantemente permaneciendo siempre el mismo es la ley del individuo humano, y es tambien la ley universal de toda la humanidad.

VII.

REVISTAS CIENTÍFICAS Y LIBROS OMITIDOS.

Vamos á ocuparnos ligeramente de las revistas científicas, forma de publicacion propia de nuestro siglo, en donde se coleccionan los más selectos estudios sobre todo género de materias, pero muy especialmente sobre las ciencias filosóficas. España es una de las primeras naciones de Europa donde se han publicado revistas científicas. Ya al principio de este siglo teníamos la *Minerva ó el revisor general,* que dirigia y redactaba con gran acierto D. Pedro María Olive, las *Variedades de ciencias, literatura y bellas artes* y el *Memorial literario.* Interrumpidas estas publicaciones por la guerra de la Independencia, y no habiendo podido reaparecer durante el reinado de Fernando VII por las turbaciones y sucesos políticos de todos conocidos, puede decirse que la *Revista de Madrid* (1838) es la primera publicacion de este género que ha conseguido ejercer una verdadera influencia sobre el movimiento científico de nuestra pátria.

Despues que en 1845 cesó de ver la luz pública la *Revista de Madrid*, han aparecido y desaparecido sucesivamente la *Revista de España y del estranjero*, la *Revista de Europa*, el *Eco literario de Europa*, la *Revista Española de Ambos Mundos*, la *Razon Católica*, la *Crónica de Ambos Mundos*, la *Razon*, la *Revista Ibérica*, la *Concordia*, la *Revista Española*, *La Europa*, *El Progreso* y algunas otras que no recordamos.

En la actualidad ven la luz pública en Madrid las revistas siguientes:

La América; director, D. Eduardo Asquerino.

Revista hispano-americana; director, D. Antonio Angulo Heredia.

La Enseñanza; director, D. Juan Uña.

La Nacion; redactores propietarios, D. Eugenio María Hostos, D. Matías Ramos, D. Julian Santin de Quevedo, D. Ricardo Molina y D. Primitivo A. Cardaño.

En provincias se publican tambien varias revistas entre las cuales merecen nombrarse:

La Revista Católica; director, D. Eduardo María Vilarrasa, y *El Siglo XIX*; director, D. José Joaquin Ribó, en Barcelona.

La Cruz; director, D. Leon Carbonero y Sol, en Sevilla.

En todas las revistas que hemos citado se han

publicado y se publican gran número de artículos sobre religion, jurisprudencia, historia, crítica literaria y economía política, relacionadas con la filosofía en la más lata acepcion de esta palabra, á cuyo pié se leen las firmas de nuestros primeros literatos y publicistas contemporáneos, Martinez de la Rosa, Durán, Benavides, Hartzenbusch, Borrego, Pacheco, Rio, Rosas, Aguirre, Olózaga, Cañete; de los presbíteros Muñoz Garnica, Medina, Melguizos Gras y Granollers y Salgado; y de los ilustrados jóvenes Echegaray, Giner, Rodriguez, Moret, Villalva, Rayon, Vicens, Moraita, Alzugaray, Barreda, Sanromá, Labra y otros muchos que seria prolijo enumerar.

Antes de pasar á ocuparnos de los historiadores de la filosofía, no terminaremos esta parte de nuestra reseña sin manifestar que hemos dejado de nombrar algunas obras apreciabilísimas, publicadas durante el período que hemos historiado ó pocos años antes: tales son, entre otras, el compendio de filosofía del ilustrísimo obispo de Cádiz, D. Juan José Arbolí, los *Cursos de lógica y ética* de D. José Joaquin de Mora, la *Antropología* del médico Sr. Valera de Montes, las *Lecciones de filosofía moral* de D. Francisco de Cárdenas, la *Armonía del mundo racional* del señor

Martinez Lopez, el *Ensayo sobre la perfeccion del hombre,* de D. J. Jorge de la Peña, la *Unidad simbólica* del Sr. Alvarez Guerra y las *Controversias criticas con los racionalistas* del P. Yañez del Castillo.

Han escrito cursos elementales de filosofía el célebre Balmes, el P. José Fernandez Cuevas y los Sres. Arnau, Ortí, Rey Heredia, Beato, Monlau, Picatoste y Gutierrez.

Se han publicado varios tratados de estética, entre los cuales recordamos los del académico Sr. Nuñez de Arenas, del Sr. Milá, y del doctor D. Francisco Fernandez Gonzalez.

Por la relacion que existe entre el derecho natural y la filosofía, debemos decir que han escrito prolegómenos del derecho D. Pedro Gomez de Laserna siguiendo el sentido de la escuela histórica; D. Cirilo Alvarez, con un criterio ecléctico, en la alta acepcion de esta palabra, y D. José Fernandez Elías, manifestando una marcada tendencia á las doctrinas de Ahrens.

Tambien habíamos omitido algunos escritos filosóficos-sociales muy importantes, entre los cuales recordamos: la *Teoria de la autoridad* de D. Calixto Bernal, la *Filosofía social* del señor Leal, *El Papa y los gobiernos populares* del presbítero D. Miguel Sanchez, *La verdad del pro-*

greso del académico Sr. Catalina, la *Filosofía de la legislacion natural* del doctor Fabra Soldevilla, la *Teoría del progreso* de D. Cárlos Rubio, la *Filosofía del Estado* del Sr. García Cabellos, *La reaccion y la revolucion en presencia del catolicismo* de D. Nicasio de Zúñiga; y los libros de filosofía moral que llevan por título: *La felicidad*, del presbítero Sr. Martinez y Sanz, *El hombre de hoy*, de D. Juan Alonso y Eguilaz, *La felicidad del pensamiento*, del señor marqués de Casa-Jara, y la *Filosofía de la muerte*, de D. Adolfo de Castro.

Si á las obras que dejamos mencionadas aún, se añaden los artículos de D. Alberto Lista sobre los sentimientos humanos y sobre la belleza que forman parte de sus *Ensayos literarios y críticos* (1844), los estractos de las lecciones sobre la filosofía de Kant, del Sr. Berzosa, publicados en la *Revista de instruccion pública*, los opúsculos filosófico-políticos, de D. Ramon de la Sagra, la *Teoría trascendental de las cantidades imaginarias*, de D. José Rey y Heredia, y un libro médico filosófico de D. Nieto Serrano; tendremos indicados casi todos los trabajos filosóficos que han visto la luz pública en España durante estos cinco últimos lustros. Nos ha obligado á callar nuestro juicio

sobre tan gran número de escritos, el temor de hacer interminables estas llamadas breves indicaciones, con tan dudosa propiedad, que fácilmente puede trocarse en inexactitud de todo punto manifiesta.

VIII.

LA TRADICION CIENTÍFICA DE ESPAÑA.

Cuando prosperan las familias revuelven los archivos tratando de hallar noticias sobre sus glorias pasadas como necesario complemento de su grandeza presente, y hé aquí por qué florecen los genealogistas en la época en que prepondera el feudalismo para enlazar á los ricos-homes castellanos con los héroes de Homero y hasta con los patriarcas de las Santas Escrituras. Del mismo modo cuando las naciones se engrandecen buscan en el recuerdo de sus altos hechos la inspiracion de su glorioso porvenir: y cuando una ciencia adquiere crecimiento y vida propia, investiga las ideas generadoras de los libros de sus primeros doctores como lógico, y aun necesario fundamento de sus presentes y futuras manifestaciones.

Sin duda por esta causa decia el Sr. Cánovas

del Castillo (1) que «ninguno de los ramos diversos de la literatura señala tan fijamente como la historia el punto de grandeza á que una nacion es llegada y las esperanzas que ofrece su porvenir,» y lo mismo pudiera decirse que la conservacion de sus tradiciones científicas es la señal evidente del desenvolvimiento intelectual de los pueblos; no porque el estudio de la historia sea fuente de poderío político ni de progreso científico, sino por el contrario, porque el poderío político y el progreso científico es siempre orígen y ocasion del acrecentamiento de los estudios históricos. Hé aquí la causa del abandono en que ha yacido durante largos años la memoria de nuestros más ilustres publicistas y de nuestros más renombrados filósofos. Decayó nuestra ciencia nacional y se olvidó su historia, siendo tan grande este olvido, que el sábio Feijóo decia en su *Teatro critico*: «Creo que no pocos libros muy buenos de autores españoles se hubiesen perdido si no los hubiesen conservado los estranjeros, que es hasta donde puede llegar nuestra, no diré ya negligencia, sino modorra literaria.»

(1) Breve reseña del estado que alcanzan las ciencias históricas en España.—Artículos publicados en el *Semanario Pintoresco Español* del año de 1849.

El mismo Feijóo, con ser tan erudito, la primera noticia que tuvo del *Exámen de ingenios* del médico Juan de Huarte hubo de leerla en *El espectador anglicano*, y escribiendo á un amigo suyo, terminaba la carta con estas palabras: «Ruego á V. Rma. que si puede agenciarme el libro del doctor Huarte, en cualquiera de las tres lenguas en que esté traducido, latina, italiana ó francesa, me lo procure cuanto ántes, pues supongo que en idioma español, y en España, será difícil hallarle.»

Si se quiere buscar en la literatura alguna señal de este gran olvido de nuestras glorias científicas, léase *La comedia nueva* de Moratin, donde para ridiculizar á D. Hermógenes se le hace citar la autoridad de Raimundo Lulio, el más grande de los filósofos españoles de la edad media y cuyo nombre figura al par de los Anselmos, Tomases y Albertos. Cuando un literato del mérito de Moratin cometia tales desaciertos claro se ve la universal ingnorancia que reinaba sobre nuestra historia científica.

El erudito Feijóo habia escrito: «No tengo noticias de algun español ilustre, ó por armas ó por letras que no haya visto más elogiado por los escritores extranjeros que por nuestros nacionales: los que procuran deprimir la gloria de los

españoles ilustres son los mismos españoles: *invidia hœret in vicino.*» Andando el tiempo, el aprecio de los extraños por la ciencia española hubo de trocarse en inmerecido desden, y Montesquieu dijo que España solo habia producido un buen libro, en que se ridiculizaba á los demás, y Mr. Guizot, al trazar la historia de la civilizacion europea, afirma que nuestra pátria nada ha realizado en las esferas de la ciencia, y Federico Schlegel dice en su *Historia de la literatura,* que no tenemos ningun gran escritor de filosofía, y Mr. Viardot, en sus *Estudios sobre España,* insiste en la misma opinion, y hasta niega á Feijóo el nombre de filósofo.

Cuando ha comenzado el renacimiento de nuestra ciencia racional, ha comenzado tambien á historiarse la vida y á meditarse sobre las doctrinas de nuestros antiguos pensadores. Indicaremos en breves palabras los libros y autores que mayormente han contribuido á esta laboriosa empresa, donde hoy por hoy solo pueden alcanzarse las fatigas del trabajo, y con dificultad casi invencible las glorias de un venturoso remate.

D. Sebastian Quintana.—Una de las primeras obras contemporáneas donde se conmemoran los nombres y se citan los elogios que

han merecido de los críticos extranjeros nuestro más célebres teólogos, filósofos y publicistas, es sin duda alguna la *Historia de la filosofía universal* (1840) de D. Sebastian Quintana. En las páginas de este libro se encuentran algunas indicaciones sobre nuestra historia científica; si no extensas, al menos juiciosas y no muy conocidas.

D. Fermin Gonzalo Moron.—La *Historia de la civilizacion española* (1842) del Sr. D. Fermin Gonzalo Moron, ha contribuido tambien á recordar la antigua cultura intelectual de nuestra pátria; queda hecho el elogio de esta obra con decir que el docto catedrático de historia en la Universidad central D. Fernando de Castro, en sus lecciones orales, la considera como una de las mejores que en nuestros dias se han escrito, siguiendo el método de la escuela histórico-filosófica.

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antolin Monescillo.—El Excmo. é Ilmo. señor obispo de Jaen, D. Antolin Monescillo, al anotar la version castellana de la *Historia elemental de la filosofía* (1846) de monseñor Bouvier, hizo una erudita reseña histórica del pensamiento español desde el siglo V y hasta nuestros dias.

D. Victor Arnau.—La *Reseña histórica de la filosofía en España*, que se halla al fin del *Curso completo de filosofía para la enseñanza de am-*

pliacion (1847) de D. Víctor Arnau es un trabajo apreciable, siendo de notar la exactitud del juicio que forma su autor cuando dice que en el período comprendido desde el reinado de Ataulfo (411), hasta la batalla de Guadalete (511) la cultura intelectual de España era muy superior á la del resto de Europa, como lo prueban la notable *Historia universal* de Orosio y las *Etimologias*, que es una verdadera enciclopedia científica, del gran San Isidoro de Sevilla, llamado con razon por un concilio toledano «el sábio de su siglo y el ornamento de la Iglesia.»

El P. José Fernandez Cuevas.—El año de 1858 un erudito jesuita, el P. José Fernandez Cuevas, publicó en latin una *Historia philsophiæ ad usum academicæ juventutis*, cuyo segundo libro se halla dedicado á reseñar la historia de la ciencia española. Teniendo en cuenta el esmero con que se halla escrito este estudio y la importancia del asunto, vamos á dar una ligera noticia de su contenido, que servirá al propio tiempo para recordar los nombres de nuestros más célebres pensadores.

Divide el P. Cuevas su reseña en tres disertaciones: la primera, dedicada á la época de la dominacion romana; la segunda, á la edad media; y la tercera, á la filosofía moderna.

La primera disertacion comprende un solo capítulo dividido en dos artículos: en el primero se esponen y juzgan las doctrinas de Séneca y las de Adriano; citándose tambien los nombres de Cayo Junio Hygino, el gaditano Columela y Anneo Sereno; y en el segundo se ocupa de la filosofía cristiano-herética de Prisciliano.

La segunda disertacion se divide en dos capítulos: en la primera se trata de la filosofía gótica, dándose cuenta de los escritos de Liciniano, San Julian de Toledo, Martin Dumiense y San Isidoro de Sevilla: en el segundo se ocupa de la época de la dominacion arábiga y se esponen las doctrinas de Tofail, como respresentante del misticismo, y de Averroes como restaurador de la filosofía peripatética; pasando despues á las escuelas rabínicas de Córdoba, Toledo y Barcelona, se da cuenta de las importantes teorías de Maimonides y se citan los nombres de los más célebres filósofos judíos, y por último, se trata de la filosofía cristiana, esponiéndose las doctrinas del muzárabe Samson, del venerable Lulio y de Raimundo de Sabunde.

La tercera disertacion se divide tambien en dos capítulos: en el primero se trata de la escuela peripatética, dándose noticia del cardenal Toledo, Gabriel Vazquez, Rodrigo Arriaga, Hur-

tado, Quirós, Oviedo y el príncipe de todos, al decir del P. Cuevas, Francisco Suarez, y de la escuela antiperipatética, que comprende los escritos de Luis Vives, Fernando de Herrera, el doctor Huarte, Foxo Morcillo, y doña Oliva Sabuco de Nantes. En el capítulo segundo sigue la escuela peripatética, cuyas doctrinas aún sostenian el P. Luis Losada y el doctor Fernandez Valcárcel y la escuela antiperipatética representada por Fr. Benito Gerónimo Feijóo y el P. Lorenzo Hervas; y por último, se esponen las doctrinas contenidas en la *Filosofía fundamental* de Balmes y en el *Ensayo sobre el catolicismo* del marqués de Valdegamas, considerando estas obras como las dos más notables que ha producido nuestra filosofía contemporánea. Lo dicho basta para dar una idea de la importancia y utilidad de la obra del P. Fernandez Cuevas, en la cual se halla historiado el desenvolvimiento científico de España con grande órden y no escasa erudicion, si bien se echan de menos en este libro algunos autores dignos de especialísima mencion y muy meditado estudio.

D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Entre los escritores que se han propuesto hacer revivir las olvidadas memorias de la historia intelectual de nuestra pátria debe ocupar el primer

puesto, por su perseverancia y por su celo, por su erudicion bibliográfica y por su entusiasmo siempre creciente, el docto catedrático del Instituto Provincial de Lugo D. Gumersindo Laverde y Ruiz. La *Revista de Instruccion Pública*, la *Revista Ibérica*, la *Crónica de Ambos Mundos*, la *Concordia*, en suma, casi todas las revistas científico-literarias que han visto la luz pública en Madrid durante los diez años últimamente corridos contienen artículos del Sr. Laverde y Ruiz consagrados ora al exámen de las doctrinas de alguno de nuestros antiguos filósofos, ora á indicar las reformas que debieran introducirse en las leyes de instruccion pública hoy vigentes en España.

Entre los artículos del Sr. Laverde y Ruiz es sin duda alguna el más importante el que lleva por título: *El plan de estudio y la historia intelectual de España (La Concordia: 1863)*: en el cual se demuestra ampliamente la altísima conveniencia de que en las universidades españolas existiesen cátedras donde se esplicase la historia científica de nuestra pátria, evitando de este modo el tener que recurrir á los autores estranjeros, para saber que la filosofía rabínico-arábiga de las escuelas de Córdoba, Toledo y Barcelona, ejerció una influencia notabilísima en la

cultura europea de la edad media, y que los tratadistas españoles de derecho natural que florecieron en la época del renacimiento, pueden considerarse como los fundadores de esta ciencia en la forma que actualmente se concibe. (1)

Tambien ha publicado el catedrático Sr. Laverde y Ruiz las biografías del médico D. Andrés Piquer, del esclarecido sevillano Foxo Morcillo y del injustamente olvidado D. Antonio Javier Perez y Lopez, que en sus *Principios del órden esencial de la naturaleza,* siguió las antiguas tradiciones de la ciencia española, segun la comprendieron Avempas en el *Régimen del solitario,* Tofail en el *Filósofo autodidáctico* y

(1) En la *Histoire des progres du droit des gens, par* Henry VVheaton, *ministre des Etats-Unis d'Amerique prés la cour de Prusse* (Leipzig: 1853) se hallan muchas noticias acerca de los tratadistas españoles de derecho natural, y muy especialmente de Baltasar Ayala, Francisco Suarez, Domingo de Soto y Francisco de Vitoria, citándose los elogios que han merecido sus escritos de jueces tan autorizados como Grocio, Mackintosh, Hallam y Héffter. El ilustrado diplomático anglo-americano hace ver la gran importancia científica de la obra titulada: *Baltazaris Ayalæ J. C. et Exercitus regii apud Belgas supremi juridici, de jure et officiis belli, libri III* (Antverpiae: 1597), el generoso ánimo que mostraba Domingo de Soto combatiendo las teorías esclavistas en su tratado de *De justitia et jure* y las profundísimas doctrinas de Francisco Suarez acerca de los más grandes problemas del derecho internacional. Y ya que de esta materia nos ocupamos, debemos decir que entre los más famosos tratadistas de derecho internacional de la época presente se cuenta tambien un hijo de la peninsula ibérica, el eminente jurisconsulto portugués Sr. Pinheiro-Ferreira.

Raimundo Sabunde en el *Libro de las criaturas*.

Por último, hace largo tiempo que D. Gumersindo Laverde y Ruiz se propone publicar unos *Anales históricos de la filosofía española*. Si el catedrático del Instituto de Lugo pudiese llevar á cabo su bien meditado proyecto se establecerian las bases necesarias para que en tiempo no lejano fuese ya hacedero lo que hoy es imposible: escribir la historia sistematizada de la filosofía española.

Han contribuido no poco á esta renovacion de nuestra historia científica, las esplicaciones orales del Sr. Sanz del Rio en su cátedra de la Universidad de Madrid, el discurso de recepcion en la Academia Española del Sr. Campoamor, donde se recuerda la alta significacion científicas de los Vives y Pereiras; la oracion inaugural de la Universidad central del Dr. D. Isaac Nuñez de Arenas, en que se pone de manifiesto, la relacion que existe entre las modernas teorías sobre la unidad fundamental y algunos pasages de obras de Fr. Luis de Leon; las oportunas citas de nuestros autores científicos, que tanto abundan en los escritos del Sr. Valera; y por último, los artículos que han publicado en la *Revista de instruccion pública* el Sr. Suarez de

la Bárcena y D. Alejandrino Menendez Luarca y en la *Revista Ibérica* el Sr. Canalejas y D. Federico de Castro. Este último escritor resume, segun su criterio, las glorias científicas de nuestra pátria, al motivar el generoso entusiasmo que le habia producido la lectura de la *Esposicion de los sistemas filosóficos modernos* del señor Azcárate, escribiendo las siguientes palabras: —«Era quizá la única obra en que se apreciaban sériamente la influencia y el valor de nuestros místicos del siglo XVI, mientras que atacando errores añejos y mal intencionados, claramente se mostraba, que no faltó génio para trascendentales especulaciones en un país que, apenas halla lugar en la civilizacion romana, engendra Séneca el mayor de los filósofos provinciales, que con San Isidoro prepara y domina toda la ciencia de los siglos medios, que maravilla con Lulio, que contribuyó como el que más á despertar las letras, que con Vives, Huarte y Gomez Pereira precede á Bacon y á Descartes, que con Foxo Morcillo realiza, al decir de Boivin, la tentativa más feliz para la conciliacion entre Platon y Aristóteles, esos luminares mayores de la filosofía griega, y con Servet, Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz, intenta la más difícil empresa de conciliar el último re-

sultado de la antigua cultura del neo-platonismo con el idealismo cristiano.»

Tampoco debemos olvidarnos de dos notables trabajos literarios referentes al más erudito de nuestros filósofos: la *Vindicacion de Luis Vives* de D. Ricardo Gregorio Muzquiz, impresa en Valladolid, el año de 1839; y el discurso doctoral del Sr. D. Facundo de los Rios y Portilla, consagrado á probar que «*Luis Vives en sus tres libros: De prima philosophia» combina las doctrinas de Platon y de Aristóteles con las de los Padres de la Iglesia* (1864).»

Si á los trabajos especiales que dejamos indicados se añaden la *Historia de España* de D. Modesto Lafuente, la eruditísima *Historia crítica de la literatura española* del Sr. Amador de los Rios, la *Historia eclesiástica de España* de D. Vicente de la Fuente y la *Historia de la legislacion y recitaciones del derecho civil de España* de los Sres. Marqués de Montesa y D. Cayetano Manrique, en cuyas obras se trata más ó menos directamente del progreso filosófico del pensamiento nacional, se tendrá una idea de los generosos esfuerzos que se hacen para que reviva en la memoria de los contemporáneos el recuerdo de nuestras antiguas glorias, oscurecidas durante largos años por la envidia de algu-

nos, por la incuria de muchos y por la ignorancia de todos. (1)

No ha pasado desapercibida en Europa esta renovacion de nuestras altas tradiciones científicas; se ha recordado que bajo el cielo azul de Castilla, si la poesía es la vida del alma, no por eso son desconocidas las meditaciones de la razon filosófica. Ya por los años de 1819, Mr. de Gerando leyó en la *Academia de las Inscripciones* tres concienzudos discursos sobre la significacion científica de nuestro Raimundo Lulio, y recientemente Mr. Jules Barni ha dedicado dos capítulos de su libro *Los mártires de la libertad del pensamiento*, á recordar la vida y escritos del desgraciado Miguel Servet. Del mismo modo Mr. Paul Rousselot en la *Revue Contemporaine* (1865) ha puesto de manifiesto la gran importancia filosófica de la escuela mística española, el Sr. Guardia en la *Revue Germanique* (1864), ha demostrado la libertad con que discurrian los teólogos españoles del siglo XVI y

(1) El ilustrado escritor alavés D. Ramon Ortiz de Zárate ha publicado tambien un compendio de historia de la legislacion española, notable por varios conceptos, y muy singularmente, porque pone de manifiesto que el exámen comparativo de las leyes de cada época con las siguientes, es quizá el medio más seguro para demostrar *á posteriori* la realizacion histórica de la ley del progreso.

Mr. Emilio Saisset en sus *Mélanges d'histoire, de morale et de critique* ha examinado atentamente las importantes teorías teológico-filosóficas del aragonés Servet.

Pero sobre todo las doctrinas racionalistas espuestas en la edad media por los judíos y los árabes españoles, están siendo objeto de grandes estudios y diferentes apreciaciones entre los críticos y orientalistas franceses. *El guia de los estraviados* de Maimónides y la *Fuente de la vida* de Avicebron, ambas obras traducidas al francés por Mr. Munk; las *Miscelánea de filosofía judía y árabe* del mismo autor; el fragmento de un escrito de Leibnitz sobre Maimonides, traducido y acompañado de una memoria esplicativa por Mr. Foucher de Careil; los *Estudios orientales* de Mr. Franck; el libro de Mr. Renan, *Averroes y el averroismo*; y el estudio de Emilio Saisset sobre *Maimonides y Espinosa*, inserto en *Revue des Deux Mondes* del año de 1862, son pruebas más que suficientes de la gran estima que hoy alcanzan nuestras antiguas escuelas filosóficas de Córdoba, Toledo y Barcelona. Hasta Mr. Cousin en su *Historia general de la filosofía* (1861), abandonando su antigua opinion de que las teorías de Espinosa se apoyan en el sistema de Descartes, sostiene que su verdadero orígen

se halla en la cábala de los judíos y principalmente en las obras de Maimonides.

De este modo se esplicarian bien las contínuas citas del *Guia de los estraviados* y de las obras de Aben-Ezra, Judas Alpkar, Levi ben-Gerson, Abrahan ben-David, que se leen en la mayor parte de las páginas del *Tratado teológico-político*; de este modo podria cambiarse el famoso dicho de Leibnitz diciendo que, el espinosismo es un maimonismo corrompido; y España tendria la gloria, si esto es gloria, de que sus antiguas escuelas rabínicas de Córdoba, Toledo y Barcelona hubiesen sido el orígen del racionalismo contemporáneo, pués la relacion y el enlace de éste con el espinosismo es de todos conocida, y hasta confesada por gran número de sus más célebres sectarios.

IX.

HISTORIADORES DE LA FILOSOFÍA.

Habiendo ya indicado los escritores que han comenzado á recordar las tradiciones científicas de nuestra patria, pasaremos á ocuparnos de los historiadores de la filosofía en sus manifestaciones generales, y muy especialmente del Sr.

Azcárate y del Sr. Alvarez Chocano, como autores de la *Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* y del *Espíritu de las escuelas filosóficas*.

D. Patricio de Azcárate.—Los continuados trabajos históricos y críticos de Cousin, Damiron, De-Gerando, Foucher de Careil, Barchou de Penhoen, Willm, Dollfus y Luis de Peisse, han llegado á conseguir que las teorías filosóficas de la escuela escocesa y de la moderna Alemania sean conocidas en Francia, y de esta suerte pueden ser avalorados sus méritos condenados sus estravíos, segun resulte en justicia de razonada y científica controversia. Poco ó nada se habia hecho en España para realizar un fin semejante, hasta que el Sr. D. Patricio de Azcárate publicó en 1854 el primer tomo de sus *Veladas sobre la filosofía moderna*, que más tarde ha venido á formar parte de su *Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* (1861), de cuya obra vamos á dar algunas noticias, aun cuando no tan estensas como mereceria su importancia y el gran vacío que ha venido á llenar en el cuadro de la ciencia española del siglo XIX.

Comprende la *Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* una concienzuda reseña del desenvolvimiento intelectual de Euro-

pa desde el renacimiento hasta nuestros dias. Condenando severamente el Sr. Azcárate el empirismo baconiano y el idealismo cartesiano, ensalza la prudente mesura de la escuela escocesa y el profundo trascendentalismo de la crítica kantiana. En nombre de una idea superior donde se armonicen los contrarios, y aun los contradictórios, que se presenta ante nuestra razon, rechaza el eclecticismo francés como impotente para realizar esta gran idea y escribe las siguientes apreciaciones, cuya severidad acaso debiera templarse por algunas consideraciones que despues apuntaremos:

«El eclecticismo, no es un sistema, el eclcticismo no es más que una transaccion con todos los sistemas conocidos; es la entresaca de lo que en cada uno justifiquen la observacion, el razonamiento y la crítica: y esto mismo hace ver que es un sistema sin bandera y sin pensamiento creador, y donde falta un pensamiento creador no puede haber entusiasmo. Puede un hombre de talento tremolar por algun tiempo la bandera del eclecticismo y alucinar con su elocuencia hasta el punto de hacer creer que es una realidad, que es una filosofía; pero esta ilusion desaparece desde que, pasada aquella ráfaga, se entra en condiciones ordinarias, y lo que en

manos de aquel hombre, á fuerza de una crítica delicada y una variedad esquisita, pudo sostenerse á la altura de un verdadero eclecticismo, tiene que degenerar en manos subalternas y en talentos de segundo órden, en un sincretismo miserable, que es el más terrible enemigo de la filosofía. ¿Qué significa adoptar lo mejor de cada sistema, que es la máxima fundamental del eclecticismo? ¿Dónde está el punto de apoyo, dónde la regla de los sistemas fuera de los sistemas mismos, que sirva de criterio para la respectiva calificacion? Cuando se entra amnistiándolo todo, se pierde el entusiasmo por un principio, el sentimiento de la historia, el amor á la ciencia, y donde falta la fé no puede haber la energía y firmeza que necesita el alma para sostener una doctrina.» (T. 4.°, pág. 78.)

Despues añade: «El eclecticismo es un absurdo de los tiempos modernos. Para aprovecharse de la historia no es necesario ser eclécticos. Dios os libre, jóvenes, del eclecticismo que dista un paso del sincretismo, que es la sima en que se hundió la escuela doctrinaria por su empeño de querer convertir los hechos en principios, cuando los separa un abismo.»

La verdad es que el sincretismo, el eclecticismo y el armonismo son distintas gradaciones

de una misma idea: idea tan fundamental y primera que es la que consciente ó inconscientemente, han seguido todos los filósofos pasados desde Tales de Mileto hasta Krause, y la que seguirán necesariamente todos los filósofos presentes y futuros hasta la consumacion de los siglos.

Claro es que el eclecticismo es superior al sincretismo, y del mismo modo el armonismo es superior al eclecticismo, pues siendo una misma su concepcion fundamental la posterioridad es indicio seguro de perfeccionamiento. ¿Pero debe el armonismo condenar como absolutamente infecundas las especulaciones sincréticas y eclécticas que le han precedido? En nuestro sentir la tendencia armónica de la ciencia moderna no hubiese llegado á existir sin la preparacion del sincretismo greco-romano y del eclecticismo europeo, iniciado por Luis Vives y por Foxo Morcillo en la época del renacimiento, universalizado por Descartes y por Leibnitz y levantado por Mr. Cousin como un poderoso antemural contra los estravíos filosóficos del siglo XVIII.

No olvida el Sr. Azcárate en su *Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* el subido mérito de los pensadores españoles que han florecido desde el renacimiento hasta nues-

tros dias, y deseoso de contribuir á fundar una filosofía verdaderamente nacional, que nos libre de esa vergonzosa manía de aplaudir hasta los desaciertos nacidos allende los Pirineos, ó allende el Rhin y de menospreciar todo lo propio, tan solo por serlo, indica el lazo de union que se encuentra entre las sintéticas teorías de Raimundo Lulio y las inspiraciones místicas de San Juan de la Cruz, entre el epicureismo cristianizado de D. Francisco de Quevedo y el empirismo del doctor Huarte, seguido por gran número de nuestos escritores anti-peripatéticos de la época del renacimiento. Pero el capítulo más notable de la *Esposicion histórico-crítica de sistemas filosóficos modernos* referente á la ciencia española, es el que se halla consagrado á presentar la gran figura del aragonés Miguel Servet, sacrificado en aras de la intolerancia religiosa de los que proclamaban la libertad de conciencia, y cuyo alto mérito científico ha sido desconocido en España casi por completo, hasta que el Sr. Azcárate ha sacado su nombre del injusto olvido en que yacia. Despues de las indicaciones que anteceden, no creemos que aparezca como exagerada alabanza si decimos que la *Esposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* del Sr. D. Patricio de Ázcárate es la obra más nota-

ble entre las que se han publicado en nuestra pátria durante estos últimos tiempos dedicadas á historiar la vida del pensamiento filosófico, segun las prescripciones de la crítica moderna.

D. Antonio Alvarez Chocano.—Un periódico político, *La Esperanza,* ha publicado en el año de 1864 una serie de artículos firmados por D. Antonio Alvarez Chocano, que llevan por título: *Espíritu de las escuelas filosóficas.* Vienen á formar estos artículos una verdadera historia de la filosofía, muy curiosa é instructiva por sus largas esposiciones doctrinales, y no escasa de ingeniosas apreciaciones sobre algunos puntos que son objeto de gran controversia entre los críticos contemporáneos. El Sr. Alvarez Chocano, contra lo que podia esperarse teniendo en cuenta el periódico donde escribe, se muestra partidario de las ideas liberales, é increpando á los demócratas irreligiosos, escribe las siguientes palabras:

«¿De dónde si no del cristianismo podeis sacar un argumento en favor de esa soberanía, que yo me abstengo de calificar? Direis tal vez que es verdad; pero que la Iglesia romana desfigura al cristianismo y protege al absolutismo. Dadme la prueba. Id, preguntad á esa Iglesia, cuyas instituciones, cuyas órdenes religiosas

han sido siempre tan populares, tan democráticas, tan socialistas por la caridad y no por el despojo y la usurpacion; preguntadle, y ella os pirá que mil veces se ha opuesto al despotismo de los reyes, y ha defendido á los pueblos hasta desligarlos de sus juramentos y emanciparlos de príncipes crueles. Ella os dirá que han sido sus hijos queridos los cantones católicos de la demócrata Suiza, la republicana Venecia, la republicana Génova, la república de San Marino, enclavada en sus mismos Estados, y otras del Viejo y Nuevo Mundo, y Dios sabe lo que en su paso de gigante hubiese abarcado el gran Pio IX si la ingratitud de su pueblo no le hubiera hecho retroceder: Inculcad á los pueblos las ideas cristianas; avivad el sentimiento cristiano; llevad á los entendimientos de vuestros sectarios las convicciones de la verdad cristiana, y hareis posible lo que sin eso será una utopia.»

El Sr. Alvarez Chocano, considera tan estrechamente ligada la libertad política y las enseñanzas de la revelacion, que negando la conveniencia del sufragio universal en una sociedad guiada solo por la luz de la filosofía, lo admite y considera posible en los pueblos educados segun el espíritu del cristianismo; y para fundar esta opinion forma el siguiente razonamiento:

«El pueblo no es capaz de remontarse al empíreo en alas de su inteligencia limitada, y allí espiritualizarse á fuerza de meditaciones, y poco á poco identificarse con Dios, desnudándose de su materialidad, de sus pasiones, para conocer el saber absoluto. Esta sublimidad no está al alcance del pueblo, y así jamás podrá el vulgo ser filósofo: y como los más, los casi todos han de mandar ó influir en todo gobierno liberal, síguese que la filosofía ha de tomar siempre una marcha fatal al Estado. ¿Es posible que un pueblo incapaz de adquirir la verdadera filosofía, incapaz de espiritualizarse como Schelling y Fichte, lleve esta ciencia por el buen sendero y no por el vulgar, que es propio de todo el pueblo? ¿Es posible que teniendo derechos, que ejerciendo la soberanía renuncie á sus aspiraciones, á sus pasiones todas; busque á los pocos verdaderos filósofos, dé con ellos, les entregue la direccion hasta de sus propios corazones, y espere, porque ellos se lo dicen, la felicidad eterna en premio de sus sacrificios, y se haga idólatra de la virtud por un *puede ser* ó *debe ser*, que le dan por prueba los filósofos cuando, incapaz de espiritualizarse el pueblo, solo entiende y solo quiere moneda contante, prueba rigorosamente lógica que esté al alcance de todos

los talentos? Hé aquí por qué cuando el pueblo se ha querido hacer filósofo, no teniendo alas para elevarse á la region de los espíritus, á la mansion de la Divinidad, ha caido en el abismo de la impiedad, y ha sido en religion ateo, en política revolucionario, bárbaro y cruel.»

«Así sucedió en Francia: y los hombres eminentes de aquella época lo conocieron pronto y se lamentaron de la locura de los que habian empujado al pueblo por la senda espinosa de la filosofía al derrumbadero del ateismo, de la revolucion y de la anarquía. Para el pueblo, religion con pruebas lógicas, y goce de libertad sin el ejercicio de los derechos, que ha de convertirla en sus manos en la más loca y cruel de las tiranías. La teoría es innegable, el ejercicio debe limitarse por un principio de conveniencia y justicia. Tan hombre es el menor de edad, tan hombre es el demente, como el ilustrado, como el sabio; y, sin embargo, la falta de inteligencia priva á los primeros del ejercicio de sus derechos por el bien de la sociedad y de ellos mismos. El uso de la soberanía exige conocimientos, ilustracion, talento que no necesitan otros negocios, y por eso es de absoluta necesidad limitar este uso á ciertas personas. Hé aquí por qué se hace imposible el sufragio. Si de al-

guna manera fuera posible, seria cuando el pueblo, convencido por las pruebas claras, rigurosamente lógicas del cristianismo, abrazara ardientemente su divina moral. Solo entonces pudiera ejercer el derecho de la soberanía, porque la virtud evitaria los abusos, que es en lo que consiste el despotismo; siendo el peor de todos el popular; porque la filosofía del cristianismo es clara, terminante, y por su doctrina se resuelve toda cuestion religiosa, moral ó política, por peligrosa y oscura que parezca. Su verdad está apoyada en pruebas claras, que todo el mundo conoce, que á todos convencen, que los amigos y enemigos han confesado; no queda en un *puede ser* como la de los filósofos, y Dios la autoriza y la sanciona con premios y castigos eternos. No hay filosofía tan sublime, pero tampoco más sencilla; es la filosofía de Dios, y no hay hombre que no la entienda; hasta un niño en el cristianismo sabe más que los más célebres filósofos anteriores al cristianismo; y estos son los caractéres de la verdadera filosofía. ¿Qué filosofía es la que solo comprenden ciertas inteligencias, la que solo brilla en las escuelas, y cuando quiere popularizarse se hace peligrosa al Estado? La filosofía cristiana, al contrario, entendida por todos, solo necesita que se ense-

ñe, que se popularice, que se predique por todas partes, y hasta un pobre fraile la enseña, llevando por libro un Crucifijo, ¡cuánta filosofía encierra! ¡Cuánta sabiduría! ¡Con cuánta facilidad resuelve los más difíciles problemas sociales! Lo más grave, lo más peligroso, lo más temible, lo que tantos hombres de Estado no se atreven á tocar siquiera, pregúntesele á un cristiano cualquiera y la dificultad está resuelta.»

Hé aquí la teoría doctrinaria de la soberanía de la inteligencia trasformada por el Sr. Alvarez Chocano en la soberanía de la verdad revelada, en la cual pretende reunir el orígen del poder como hecho, y el fundamento del derecho.

Sabido es que algunos pensadores contemporáneos consideran la filosofía racionalista como un movimiento de regreso hácia las enseñanzas religiosas; no está muy separado de este juicio el que emite el Sr. Alvarez Chocano cuando dice que las modernas teorías de las escuelas alemanas, si bien no están libres de algunos errores religiosos, se acuerdan en muchos puntos con la más pura ortodoxia, y bajo este concepto tributa grandes alabanzas á algunos pasajes de las obras de Kant, Fichte y Schelling, y aun mayores al espíritu general que domina en los

escritos de Jacobi, Hamann y Novalis. Lo dicho basta para comprender que si el Sr. Alvarez Chocano coleccionase sus artículos sobre el *Espíritu de las escuelas filosóficas,* formaría un libro no exento de novedad en sus apreciaciones críticas y de muy útil lectura para los amantes de los estudios filosóficos.

No terminaremos esta reseña sin citar las apreciables historias elementales de la filosofía del ilustre Balmes, del Sr. Garcia de Luna y de D. Victor Arnau; así como tambien tres obras que há poco vieron la luz pública y que se hallan muy enlazadas con la ciencia filosófica; la *Historia de las heregias* de S. Alfonso de Ligorio, traducida, anotada y continuada hasta nuestros dias por el presbítero D. Miguel Sanchez, la *Historia de la elocuencia cristiana,* del Sr. Bravo y Tudela y la *Historia filosófica de la religion cristiana,* del Sr. D. José Lesen y Moreno.

Por último, fuera descortesía, al par que injusticia, si pasásemos en silencio el último notable libro de un escritor que aunque nacido en tierra extraña, puede ser considerado ya como

español, atendiendo á su larga residencia en nuestra patria, y á la pureza y maestría con que sabe manejar el idioma de Cervantes. Nos referimos á los *Estudios sobre Alberto el Grande y su siglo* (1864), debidos á la pluma del Sr. D. Salvador Constanzo, obra que en pocas páginas encierra un acabado cuadro de la vida intelectual del siglo XIII, que como todos saben, es la época en que alcanzó mayor gloria la filosofía escolástica.

X.

CONCLUSION.

Hemos trazado una reseña lo más exacta que nos ha sido posible del estado actual de la filosofía en España; para completarla indicaremos las obras referentes á materias filosóficas que, segun pública voz, aparecerán próximamente. Entre estas se cuentan: la exposicion de la lógica krausista, del Sr. Sanz del Rio; un libro de filosofía social, del Sr. Tubino; un trabajo sobre el fundamento filosófico de la propiedad, del catedrático D. Federico de Castro; una reseña histórica de los tratadistas españoles de derecho natural, del Sr. Sanchez Ruano; las co-

lecciones de artículos, entre los cuales hay varios filosóficos, de D. Gumersindo Laverde y Ruiz y de D. Francisco Giner; el tomo de filósofos españoles en la biblioteca de Rivadeneira, formado por D. Adolfo de Castro; unos estudios sobre Raimundo Lulio, del Sr. Canalejas; una historia de las doctrinas filosóficas de los protestantes españoles, del Sr. Guardia; las lecciones preliminares sobre la ciencia de la historia pronunciadas en la cátedra de la Universidad central, por el presbítero D. Fernando de Castro; una monografía del filósofo cubano D. José de la Luz, escrita por su discípulo D. Antonio Angulo Heredia, y un débil *Ensayo crítico sobre las negaciones racionalistas*, del autor de estas líneas. Tan gran número de publicaciones es una prueba de la creciente actividad de nuestros estudios filosóficos, pues aun cuando alguna de estas obras, desnuda de todo mérito literario, solo aparezca como una sombra de tan brillante cuadro, al menos servirá para hacer resaltar las muchas bellezas que de seguro no faltará en ninguna de las otras.

Terminaremos estas someras indicaciones bibliográficas, rebatiendo una acusacion que quizá puede hacérsenos, y contestando á una pregunta que nos parece de suma importancia.

Se podria decir que así como Lope de Vega escribió en elegantes versos el *Laurel de Apolo* de su época, nosotros hemos escrito en desaliñada prosa un *Laurel de Minerva* muy semejante á la obra del *Fenix de los Injenios* en la profusion de los elogios y en la ausencia de las censuras. Algo de verdad habria en este juicio, pero si se atiende á que nuestros estudios filosóficos han estado desatendidos durante largos años, hoy que puede decirse que comienzan á renacer, no es la ocasion oportuna de añadir las amarguras de la crítica al peso de la indiferencia pública que ahoga los nombres de nuestros pensadores contemporáneos: hé aquí la causa del espíritu que hemos seguido en esta reseña, más histórica que crítica como ya digimos desde sus primeras líneas. Sin embargo, no se crea que guiados por esta idea de benevolencia hemos llegado hasta decir lo contrario de lo que pensamos, en verdad que no. Sin callar las faltas y los vacios de las obras, hemos procurado que queden en segundo término para que el brillo de sus excelencias no permita contemplarlas, y antes sirvan de necesario contraste que interrumpa la uniforme monotonía, pues dada nuestra decaida naturaleza solo comprendemos bien la belleza como oposicion á la fealdad y solo en-

tendemos la verdad como la negacion de todo error.

Despues de leida la reseña histórica que venimos trazando, es natural hacerse esta pregunta: ¿cuál debe ser la aspiracion constante de nuestra filosofía fundada en sus antiguas tradiciones y en el estado histórico de nuestra pátria? Sin ciencia ni autoridad para resolver tan árdua cuestion, diremos lo que sobre ella pensamos; si no fuese exacto, el viento del olvido lo desvanecerá muy en breve: si como nosotros creemos, es una gran verdad, se impondrá por su propia fuerza, ó será el eterno remordimiento de aquellos que no quieran realizarla.

La edad media dijo; todo por la fé y nada por la razon; y en nombre de este principio fueron conducidos al suplicio Juan de Huss y Savonarola, Vanini y Jordan Bruno; el renacimiento dijo; todo por la razon y nada por la fé; y la filosofía del pasado siglo inspirada por esta idea, llegó á afirmar que el hombre que piensa es un animal depravado, que la inmortalidad del alma es una ilusion, y que Dios es una torpe impostura inventada por sacerdocios egoistas.

Nosotros, que dudamos mucho de que las hogueras sean medios oportunos para santificar los espíritus, y que sabemos que en pós de los des-

varíos de la razon vienen las grandes catástrofes sociales; nosotros creemos que la filosofía novísima debe decir; todo por la fé y todo por la razon; nosotros creemos que la filosofía española está llamada á continuar esa alta tradicion creyente y razonadora á la vez, que arranca en San Isidoro, el más sábio de los pensadores de la escuela sevillana, y termina en Feijóo, el más cuerdo de los reformadores del siglo XVIII. (1) Bien sabemos que proclamar la fé y la razon, es atraerse las iras de muchos; los fanáticos de la fé llaman á esto impío racionalismo; los fanáticos de la razon lo llaman consorcio anticientífico, cuando no inconcebible absurdo; la

(1) Es digno de observarse como el culto á la verdad religiosa y el espíritu científico se hallan siempre unidos en todos los más preclaros ingenios nacidos en tierra española. Así vemos que las glorias científicas de nuestra pátria siempre han nacido al calor y bajo el amparo de la idea católica, comprendida y esplicada con una grandeza de miras siempre admirables y casi siempre rectísimas. Todas las teorías modernas en la parte que pueden conciliarse con la verdad religiosa tienen sus representantes en los teólogos y filósofos españoles de la edad media y del renacimiento. Sin necesidad de aceptar todas las apreciaciones que espuso el Sr. Pi y Margall al coleccionar las obras del P. Juan de Mariana en la *Biblioteca de autores españoles*, se ve claramente el espíritu altamente liberal que guiaba la pluma de aquel insigne jesuita, que ya formuló los principios fundamentales del sistema representativo, viviendo bajo el gobierno absoluto de la monarquía austro-española. El P. Domingo de Soto escribió en la época de Cárlos V contra la esclavitud con tan nobilísima energía como hoy lo hace Mr. Cochin. El eminente teólogo Alonso Cano aconsejaba á Felipe II con una libertad de espíritu que hoy apenas se comprendería. Los ejemplos serian interminables, no caben en una nota, y por esto hacemos aquí punto.

verdad de nuestra doctrina se demuestra con estar apartada de estos dos opuestos fanatismos: conservemos, pues, nuestra fé en la razon y nuestra razon en la fé, y afrontemos las torcidas interpretaciones que puedan darse á nuestras doctrinas, repitiendo aquel magnífico dicho de Kant:—«Dos cosas hay grandes en la naturaleza: el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestros corazones.

APÉNDICE.

EL CRISTIANISMO

Y LAS DOCTRINAS DEMOCRÁTICAS.

Del socialismo en España segun la ciencia y la política, por D. Julian Sanchez Ruano.—Madrid: 1865.—*Democracia y socialismo: breves apuntes:* por D. Buenaventura de Abarzuza.—Cádiz: 1865.

I.

Si el cristianismo no fuese una revelacion sobrenatural, seria siempre la más alta, la más sublime, la más portentosa de todas las verdades absolutas que guian á la humanidad por el sendero de la vida. En la esfera religiosa todas las grandes inteligencias contemporáneas están ya acordes en el dilema fundamental: catolicismo ó negacion de toda religion positiva, considerando que la verdad moral puede vivir sin conocer la verdad religiosa, ni la verdad

metafísica. Y entiéndase, que el catolicismo es cristianismo, y que esta ley moral que se quiere alzar sobre las ruinas de todas las religiones y de todas las filosofías, no es otra cosa que el ideal cristiano despojado de sus divinos explendores y reducido al concepto del soberano bien concebido, y puede decirse que *hecho*, por la conciencia humana. (1)

En la esfera de la ciencia, si Krause funda sobre la realidad divina la verdad humana, ya habia dicho Jesús: yo soy la verdad; es decir, el Verbo Divino es la verdad primera, orígen de toda verdad humana: si Hegel dice que en la naturaleza humana hay un elemento divino, San Jerónimo enseña que ninguna alma está privada de Cristo: si la creencia en la perfectibilidad del hombre es la única luz que hoy ilumina las inteligencias, ya Jesús la habia explicado diciendo: sed perfectos como vuestro Padre, que está en los cielos, es perfecto. Bien podria decirse que todos los sistemas que dominan en la ciencia contemporánea son cristianos en sus aciertos y racionalistas en sus errores.

En la esfera política que hoy absorbe casi to-

(1) Por esta causa decia uno de los más célebres filósofos alemanes de la edad presente: «En la leccion próxima *crearemos* á Dios.»

das las fuerzas vivas de las naciones europeas, tambien se vé claro el poderoso influjo de las enseñanzas cristianas. En nombre de Jesucristo pretende renovar la humanidad el socialista Saint-Simon, y en nombre de Jesucristo escribe Laboulaye ese libro individualista que lleva por título *El Estado y sus límites*; en nombre de Jesucristo ensalza Valdegamas la unidad teocrática, y en nombre de Jesucristo sostiene Mr. Guizot la variedad sin unidad que lleva el nombre doctrinarismo político. Por esta manera, ante la imágen de Jesús, caen postrados de rodillas creyentes y racionalistas; los primeros, adorando estáticos una verdad que sobrepasa las fuerzas de toda humana inteligencia; los segundos, admirando la espontaneidad de la razon primitiva que ha creado una moral perfecta que *casi puede llamarse la religion definitiva de la humanidad*. (1)

II.

Nos ha sugerido las reflexiones que anteceden la lectura de los folletos recientemente publicados por los jóvenes demócratas D. Julian

(1) Palabras de Mr. Renan en su mal llamada *Vida de Jesús*.

Sanchez Ruano y D. Buenaventura de Abarzuza, cuyos títulos quedan indicados á la cabeza de este artículo. Diferentes en muchos puntos importantísimos, las soluciones políticas de los señores Sanchez Ruano y Abarzuza, se hallan sin embargo conformes en considerar la doctrina de Jesucristo como fundamento de la democracia *no socialista* que ambos proclaman.

El Sr. Abarzuza ha escrito: «El socialismo acude á Licurgo, á Platon, á Tomás Moro, á Campanella, á Morelly, á Babeuf, á Mably, á Fenelon, á Owen, á Fourrier, á Cabet, á Proudhon, en busca de un sistema: la democracia solo admite un sistema social, y opone á tan largo catálogo de pensadores un solo nombre. Ese sistema es el de la libertad; ese nombre es el de Jesucristo.»

El Sr. Sanchez Ruano, tratando de investigar por qué caminos desaparecerán de la esfera social las teorías disolventes que amenazan destruir la civilizacion europea, resuelve este problema en las siguientes palabras: «La salvacion de los pueblos vendrá del cristianismo y de las instituciones que de él emanan y de los principios eternos que de él se derivan, los cuales, si por acaso, cubierta de palidez la frente y velado el rostro con fúnebre sudario, padecen mo-

mentáneo eclipse, volverán á iluminar los extremos todos de la tierra con los fecundos rayos de su divina lumbre; no de otra suerte se alza esplendoroso el astro bienhechor del dia, despues de oscura noche y de tormenta fugaz, rasgando la densa niebla, á esparcir en su triunfal carrera torrentes de luz y vida por los espacios sin fin.

Ahora bien: escuchemos la exposicion del ideal político de la democracia, segun el Sr. Abarzuza. Dice así: «Todos los partidos medios encubren doctrinas socialistas; la democracia es la única que ataca de frente estas doctrinas. Puesto que el Estado es una inmensa máquina por donde pasa, disminuyéndose, la riqueza de cada individuo; puesto que el objeto de esa máquina es quitar á unos lo que injustamente reparte á otros; puesto que ella misma gasta una porcion del capital, que hace circular sin derecho alguno, suprímase la máquina: ya que no solo es inútil, sino perjudicial, ya que acorta bajo mentidos pretextos las facultades y los productos en cada ciudadano. Esto dicen los apóstoles de la libertad. No prometen á los pueblos un estado capaz de llenar todas sus necesidades. Lo que prometen es la reduccion, casi la anulacion de ese Estado.» Claro se vé en este razo-

namiento que el fin humano es la libertad y que el medio de conseguir este fin es *la reduccion, casi la anulaciou del Estado.*

De otra suerte entiende esta cuestion el Sr. Sanchez Ruano, que esplica su pensamiento en la forma siguiente: «Requiriendo la verdadera idea de moralidad *el doble concepto del bien como fin, el de libertad como medio*, síguese forzosamente y de una manera indudable que el bien ha de ser lo absoluto, lo permanente, lo eterno, lo invariable, y la libertad humana ha de consistir en lo relativo en lugar de lo absoluto, en lo transitorio en vez de lo permanente, en lo que padece cambios y no en lo inalterable, en lo temporal, en fin, y no en lo eterno. De igual manera yendo adheridas á la nocion de moralidad las ideas de ley, de regla y de sumision, todo el que defienda la negacion de las leyes eternas, y predique la abolicion de toda regla absoluta, y pregone el esterminio de toda sumision permanente, desconoce la naturaleza íntima del ser humano y las categorías esenciales de una vida racional.»

III.

Dada la radical diferencia en la concepcion del ideal político de los Sres. Sanchez Ruano y

Abarzuza, fácil es comprender la oposicion que necesariamente ha de existir en la mayor parte de sus juicios sobre los puntos doctrinales y críticos que han sido objeto de exámen en los dos opúsculos de que venimos ocupándonos. El Sr. Abarzuza halla el orígen del socialismo en los estudios clásicos que sirven de alimento á la mayor parte de la juventud europea, y hace suya una máxima donde se afirma que el platonismo literario es orígen del socialismo revolucionario: y de esta suerte, el autor de *Socialismo y Democracia* se halla de acuerdo con monseñor Gaume en su célebre teoría del *ver rongeur*. El Sr. Sanchez Ruano dice que el socialismo contemporáneo «no puede menos de ser originaria y fundamentalmente materialista y ateo.»

El Sr. Abarzuza afirma que todos los partidos medios encubren doctrinas socialistas, es decir, que los liberales son algun tanto socialistas; el Sr. Sanchez Ruano cree por el contrario que los liberales y los demócratas niegan de consuno la supremacía del Estado, que es lo que, segun su juicio, constituye el carácter distintivo del socialismo.

El Sr. Abarzuza considera á Víctor Hugo como el inspirado vate que traza el ideal demo-

crático de las edades futuras; el Sr. Sanchez Ruano cree que la síntesis de las teorías del autor de *Los Miserables* se halla en aquella máxima profundamente socialista: «Cuando yo peco, la humanidad peca en mí.»

Al terminar este paralelo entre los juicios y opiniones políticas espuestas por los Sres. Sanchez Ruano y Abarzuza en nombre de la democracia *no socialista*, necesario es confesar que si la unidad en la variedad es la ley eterna que rige todo lo creado, la democracia *anti-socialista* no carece de variedad, y es de creer que, andando el tiempo, llegue á adquirir la unidad, que al presente es lo *único* que le falta.

No es difícil señalar la causa general que produce el hecho concreto que ahora es objeto de nuestras consideraciones críticas. Triste, pero necesario es decirlo, el carácter distintivo de la civilizacion contemporánea es la confusion que niega, y hasta anula todo principio superior bajo y en que se armonicen sin destruirse las frecuentes contradicciones que presenta la humanidad en la manifestacion sensible de su vida histórica. Fácil es demostrar la exactitud de nuestro aserto.

Siendo la verdad un organismo perfecto, dada una religion verdadera, solo hay una filosofía y

una política que puedan formar con ella un todo armónico.

Al comenzar este ligero estudio hemos indicado las contrarias ideas políticas que se proclaman acordes con la revelacion cristiana, y del mismo modo, apoyándose en un mismo sistema filosófico, se pretende deducir consecuencias políticas diferentes y aun contrarias. Así vemos espiritualistas doctrinarios, como Cousin y Guizot, y espiritualistas demócratas como Julio Simon y Laboulaye; hegelianos socialistas como Mr. Vacherot y hegelianos individualistas, como lo era el Sr. Pí y Margall cuando escribió el libro titulado *La reaccion y la revolucion;* pensadores pertenecientes á lo que llaman escuela teológica que llegan al liberalismo, como el obispo de Maguncia, monseñor Ketteler y el P. Gratry, y pensadores de la misma escuela, que proclaman la teocracia como el ideal de la perfeccion política, como son, entre otros muchos, el marqués de Valdegamas, en España; el abate Morel, en Francia; los célebres Taparelli y Liberatore, en Italia, y el profundo Federico Schlegel, en Alemania.

Tales hechos no han menester comentario, ni glosa para patentizar el gran desconcierto intelectual del siglo XIX, que produce necesaria-

mente esa variedad sin unidad que llaman subjetivismo en religion; criticismo en filosofía; empirismo en política; y cuyos verdaderos nombres debieran ser: negacion, duda y egoismo.

IV.

En medio de esta confusion comienza á iluminar el horizonte la aurora de un nuevo dia; comienza á entreverse una verdad fundamental y primera, negada tenazmente por esa série de *libres pensadores* que principia en Bacon y Descartes, y hoy se halla representada por los secuaces del positivismo francés y de la estrema izquierda hegeliana.

Así es la verdad. Bacon y Descartes inauguraron esa filosofía que pretende establecer una radical diferencia entre la religion y la ciencia; que sostiene, ya esplícita, ya implícitamente, que la cuestion teológica por escelencia, la existencia de lo sobrenatural, primer fundamento de toda fé religiosa, no debe ser objeto de especulaciones racionales.

Siguiendo estos principios se ha repetido, durante tres siglos, por eminentes críticos y profundos pensadores, que en el antiguo Oriente no habia mas ciencia que la teología que pesaba

sobre los espíritus como una capa de plomo; que los filósofos griegos y romanos, en su doctrina exotérica, tambien se sometieron en demasia al politeismo entonces dominante: y por último, que la escolástica no es más que la verdad revelada, admitida sin exámen y revestida de formas lógicas.

La filosofía novísima comienza á conocer que en todas estas apreciaciones hay algo de verdad y mucho de falso. Cierto es que en la civilizacion oriental se hallan demasiado confundidas la religion y la ciencia; pero las especulaciones lógicas de Gotama, las doctrinas de Kapila, la reforma de Budha, en la India, y las teorías dualistas de Zoroastro, en Persia, bien pueden considerarse como la brillante iniciacion de la ciencia racional. Es más: las doctrinas orientales, mezcladas con la filosofía greco-romana, producen los sistemas sincréticos de Aristóbulo y Filon, del neo-platonismo alejandrino y de las escuelas gnósticas; sincretismo que es el precedente histórico del eclecticismo franco-germánico de los siglos XVII y VXIII, como este á su vez lo es tambien del armonismo germano escocés que hoy proclama la escuela krausista como la última palabra de la verdad científica.

Y aun en medio de ese escolasticismo tan

menospreciado, San Aselmo de Cantorbery, San Buenaventura de Fidanza, y sobre todo Santo Tomás de Aquino, llevan el espíritu de exámen hasta las cuestiones más trascendentales de la filosofía, comenzando por dar pruebas discursivas de la existencia de Dios, la posibilidad de la revelacion sobrenatural y la espiritualidad del alma humana.

Por último, hoy todas las direcciones científicas comprenden la inmensa trascendencia de la cuestion religiosa, y Mr. Guizot proclama en nombre del espiritualismo, siguiendo teorías semejantes á las del anglo-americano Channing, que la creencia en un órden sobrenatural es la base de toda verdadera filosofía: y la escuela idealista repite las palabras de Fichte: «la razon de cualquiera ciencia se halla siempre en otra ciencia de un órden más elevado; que lo hace de la ciencia entera una cadena, cuyos últimos eslabones no podemos alcanzar,» que vale tanto como decir que la fé en lo desconocido es el principio de la ciencia; y hasta el materialismo que se encubre bajo el nombre de escuela positiva quiere reconciliarse con la verdad religiosa, y estes el orígen de la teoría de lo *inconoscible* ingeniosamente expuesta por el pensador anglicano Mr. Herbert Spencer.

V.

Parece que nos hallamos muy lejos del exámen de los folletos de los Sres. Abarzuza y Sanchez Ruano, y sin embargo, estamos muy cerca de dos importantísimas deducciones que íntimamente se relacionan con el asunto que nos ocupa. Es la primera, que la confusion que hoy reina en las esferas de la ciencia y de la política, de la cual es una prueba más los folletos que examinamos, consiste en el gran olvido en que ha estado durante tres siglos esta sencilla verdad; la ley religiosa, la ley natural y la ley política, guardan entre sí mútuos enlaces y se unifican en una realidad suprema: la ley divina. Es la segunda, que al apoyar el Sr. Abarzuza su teoría democrático-individualista en las enseñanzas de Jesucristo, que tambien sirven de base á lo que el Sr. Sanchez Ruano llama democracia conservadora, siguen el espíritu general que domina en la ciencia contemporánea, reconocen la revelacion sobrenatural como fuente de conocimiento, como perenne y eterna enseñanza en todas las esferas de la vida y en todas las varias direcciones del humano entendimiento.

Ahora bien: ¿en qué aciertan y en qué yerran los Sres. Sanchez Ruano y Abarzuza, al combatir el socialismo en nombre de las enseñanzas del maestro de la verdad eterna? Si por socialismo se entiende esa doctrina atea que busca en el hombre, y solo en el hombre, la solucion de todos los problemas sociales, doctrina que para evitar la prostitucion de la mujer niega la familia, doctrina que para evitar el robo niega la propiedad, lo cual vale tanto como establecer el robo y la prostitucion en principios fundamentales de la sociedad humana, es evidente que esta doctrina es la negacion del cristianismo, que afirma el *derecho* de propiedad en el *hecho* de predicar la limosna voluntaria, y santifica la familia por medio del sacramento del matrimonio; pero si se entiende por socialismo toda doctrina que enseñe que la humanidad, la nacion, el pueblo, no son meras sumas de individuos que solo se diferencian en la cantidad, sino séres reales, unidades superiores, en las cuales se funda y vive el sér individual, entonces será imposible encontrar la radical oposicion entre el socialismo y las enseñanzas cristianas. En considerar la humanidad como un ser real y sustantivo, se funda la doctrina de la solidaridad del pecado original, en esto mismo se funda el dog-

ma de la redencion de todos por el sacrificio de uno, por el sacrificio del Hijo de Dios.

Dejando las profundidades teológicas, por temor de errar en asunto tan grave, vengamos al terreno más llano de la política, en su manifestacion presente; es decir, consideremos el problema del socialismo en su actualizacion histórica. Podria decirse que el carácter externo que distingue á las escuelas socialistas de sus contrarias, es que las primeras consideran la propiedad como un derecho relativo y legislable, y las segundas lo ponen en el número de lo que llaman derechos absolutos é ilegislables.

El Sr. Abarzuza condena, con una condenacion absoluta, las formas políticas de la sociedad antigua, como socialistas, y dice que los partidos medios son tambien socialistas; bien pudiera haber incluido en su anatema la organizacion feudal y teocrática de la edad media y el absolutismo del renacimiento, pues todas estas formas son realmente socialistas, en cuanto legislan sobre la propiedad; bien pudiera tambien el Sr. Abarzuza condenar como socialista á la democracia conservadora que, segun el señor Sanchez Ruano, rechaza aquella fórmula salvadora de todos los conflictos económicos, el famoso *laissez faire, laissez passer*, que es en rea-

lidad de verdad la última palabra de la escuela individualista.

La doctrina de Jesucristo es, antes que todo y sobre todo, una revelacion religiosa, es una enseñanza de perfeccion moral, y siendo todos los hombres moralmente perfectos, claro es que fuera inútil la coaccion del Estado para realizar el bien externo, que es la finalidad del derecho. Hé aquí la parte de verdad que ven los individualistas como el Sr. Abarzuza, cuando se apoyan en las doctrinas del Salvador del mundo para llegar á la reduccion, casi á la anulacion del Estado: pero los individualistas piden esto en nombre del *fatalismo de la libertad* que necesariamente ha de conducir al bien universal, y dentro de la doctrina de Jesús solo podria pedirse en nombre de la perfeccion moral que elevando al hombre sobre el *posse non peccare*, le hubiese colocado en la esfera divina del *non posse peccare*.

VI.

Así como la teoría individualista que sigue el Sr. Abarzuza, vé en todas partes el fantasma del socialismo, de la propia manera los socialistas

radicales ven tambien en todas partes la negacion de su doctrina.

Por esta causa el célebre Luis Blanc, en su *Historia de la revolucion francesa,* considera que tres grandes principios constituyen el dominio del mundo y de la historia; el principio de autoridad, que dice ha estado defendido por el catolicismo hasta que apareció Lutero; el principio individualista, que reina desde Lutero hasta nuestros dias; y el principio de fraternidad, verdadero espíritu de la doctrina de Jesucristo, representado hoy por la escuela socialista.

Ciertamente que la nivelacion de las fortunas, realizada por medio del Estado, que es la predicacion constante del socialismo radical, conduciria á la pobreza de todos los asociados, y de este modo se haria imposible aquel consejo de perfeccion moral que tanto encarecia el Divino Maestro, la pobreza voluntaria, único camino para llegar á la verdadera fraternidad cristiana.

De todo lo dicho creemos puede deducirse una consecuencia aplicable á la cuestion política.

Así como el libre albedrío es la relacion armónica entre la potencialidad finita (humana) y la omnipotencia infinita (divina), de un modo semejante, el derecho debe ser la relacion ar-

mónica entre el libre albedrío humano y la necesidad histórica.

La anarquía individualista es proclamar el derecho de la manifestacion del mal, tan sagrado é inviolable como el derecho de la manifestacion del bien: el socialismo comunista pretende convertir el Estado en providencia divina: ambos sistemas, guiados por un ideal de perfeccion sobrehumana, desconocen que el organismo político solo puede conducir á la realizacion, llamémoslo así, externa del bien; que la religion y la ciencia son las esferas propias de las soluciones eternas y de las verdades absolutas.

Para establecer la relacion armónica entre el libre albedrío humano y la necesidad histórica, necesario es determinar en la ciencia los caracteres que separan la moral del derecho, lo que dará en la política el conocimiento de cuáles deben ser las atribuciones del Estado.

¿Hasta dónde puede llegar con arreglo á derecho la accion del Estado? Este es problema eterno que se inicia confusamente en la civilizacion oriental y el mundo greco-romano; que se desenvuelve en la edad media, en esa lucha gigantesca del sacerdocio y el imperio; que pretenden dilucidar los publicistas del renacimiento y de la edad moderna bajo la nocion fundamen-

tal de la soberanía constituyente, y que hoy resuelven el individualismo negando el Estado, el socialismo comunista negando el indivíduo, y todas las demás escuelas políticas, queriendo afirmar el Estado y el indivíduo segun fórmulas sincréticas ó eclécticas, que no satisfacen las exigencias de la crítica contemporánea.

Los Sres. Sanchez Ruano y Abarzuza, apartándose de la ardorosa lucha de los partidos militantes, pidiendo á la ciencia la solucion del problema fundamental de la política, los límites del Estado, y buscando en la revelacion cristiana la fuente de toda verdad, ponen de manifiesto sus generosos propósitos, y han demostrado que comprenden bien el espíritu general que hoy domina en la civilizacion europea.

Tal es nuestro humilde juicio sobre la significacion de los folletos de los señores Sanchez Ruano y Abarzuza, considerados bajo el punto de vista de sus teorías religiosas.

LA IDEA DE LA FUERZA
EN LA EDAD MODERNA.

Estudios contemporáneos, por Francisco M. Tubino, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.—1 vol. Sevilla: 1865.

I.

No vamos á juzgar el último libro qne ha publicado el Sr. Tubino. Nos proponemos principalmente examinar una de las ideas generales que en sus páginas se halla escrita y sostenida con singular entusiasmo; idea importantísima, porque sirve de enseña á algunos de nuestros partidos políticos; idea que nació entre los explendores del renacimiento, abriendo la primera página de la edad moderna; precedió en Inglaterra al establecimianto de su libertad po-

lítica; dió á Francia dias de épica grandeza, aun cuando manchados por las negras sombras de criminales y sangrientas hecatombes; idea, en fin, que ha dado nombre al ciclo histórico en que vivimos, que con exactitud ha sido llamado: edad de las revoluciones.

Inspirándose en el estado presente de la política española y en la tradicion histórica de nuestros dias, ha escrito el Sr. Tubino en el libro que ahora nos ocupa:

«La ley de las revoluciones es la ley de la humanidad y la ley del universo. Quien quiera negarlo, negará, si le place, que el sol alumbra, y que el fuego quema. A la ley física de las revoluciones geológicas corresponde la ley moral de las revoluciones científicas, económicas, políticas, literarias y sociales. El progreso siempre procede así: grandes protestas, grandes crísis y grandes soluciones, para volver nuevamente al mismo tema. La tésis, que es lo desconocido, se propone primero como una aspiracion de los descontentos del presente, que se adelanta á su tiempo; la antítesis es el pasado, que no quiere ceder ni una línea del presente que domina con su instinto conservador; la síntesis es la revolucion triunfante, la negacion que se afirma, la protesta atendida, la necesidad satisfecha, la

utopia trasformada, en verdad demostrada y consentida. El paso de lo analítico á lo concreto no se verifica sino á costa de grandes esfuerzos y transformaciones. Cuando no se derraman rios de sangre, se vierten torrentes de lágrimas; cuando la idea no se depura en las hogueras del Santo Oficio, pasa por los horrorosos trances de la revolucion de 1793. Siempre lo mismo, desde Eva hasta nosotros. No sale al mundo una idea, como no sale á la luz del sol un ser, sin dolores y sin llanto, sin sacrificio y sin estruendo. El gérmen, cuando brota de la tierra, la rompe, destruyendo la película que cual madre cariñosa lo envolvia: la crisálida no se convierte en mariposa sino haciendo pedazos el capullo que la encerraba: el animal, como la criatura, desgarran las entrañas maternales antes de aspirar el primer hálito de la existencia.»

Hé aquí la predicacion revolucionaria del señor Tubino, adornada con la aparatosa forma lógica de la escuela hegeliana, y embellecida con ingeniosos símiles tomados de los cuatro reinos de la naturaleza.

II.

Sin parar mientes en lo que el Sr. Tubino

llama *el paso de lo analítico á lo concreto*, lo cual se nos antoja algo turbio, vamos á investigar, segun nuestro leal saber y entender, los fundamentos y antecedentes históricos que sirven de base á la doctrina revolucionaria desenvuelta por el autor de los *Estudios contemporáneos* en la introduccion de este libro.

Toda negacion implica una afirmacion. El siglo XIX niega su fé á las ideas absolutas, y como consecuencia inmediata, afirma la absoluta verdad de los hechos transitorios. No es otra la enseñanza de Proudhon, cuando dice, al exponer su teoría del progreso: «Toda verdad solo se halla en la historia, como toda existencia solo está en el movimiento y en la série.» El mismo espíritu sigue Mr. Edmundo Scherer cuando, examinando el sistema de Hegel escribe lo siguiente: «Lo absoluto no es solamente inconcebible, es contradictorio. ¿Cómo se define? Por la ausencia del límite. Lo absoluto es, pues, una forma negativa: solamente esta forma negativa es concebida como una realidad y como una sustancia. Bien considerado, lo absoluto es la personificacion de la nada : es decir, la contradiccion misma.» Ferrari, el celebrado autor de la *Historia de la razon de Estado* y de las *Revoluciones de Italia*, ha proclamado las mismas

doctrinas, diciendo que el conocimiento de la verdad absoluta es imposible para el entendimiento humano, y que la observacion sistemática de los hechos es el único fin de la verdadera filosofía.

En campo muy opuesto al de los pensadores racionalistas que dejamos citados, se hallan tambien algunos mantenedores de la negacion de toda verdad absoluta conocida racionalmente. Esos tres escritores cuyos nombres casi siempre se leen juntos, De-Maistre, Bonald y Valdegamas, reduciendo la razon humana á los estrechos límites de comprender, mediante el auxilio de la divina gracia, las enseñanzas de la revelacion sobrenatural, proclaman tambien la imposibilidad de que el flaco y oscuro entendimiento humano pueda llegar jamás al conocimiento de la verdad, y algunos de sus secuaces llegan por este camino á errores tan lamentables, que han merecido la reprobacion de toda crítica desapasionada y hasta las condenaciones de la Iglesia católica.

III.

¿Sabeis lo que significa la negacion de lo absoluto? El ateismo. Lo absoluto es el ser, y Dios

se definió á sí mismo, diciendo: Yo soy el que es. Es decir, Dios es el ser por esencia, el ser de toda realidad absoluta. Negado Dios, solo resta la nada.

Así es; al negar el conocimiento posible de lo absoluto dentro de las condiciones de lo humano, se niega tambien toda verdad relativa; es, por lo tanto, la negacion de toda verdad; es caer en el nihilismo absoluto. Y la razon es óbvia. ¿Qué significa lo relativo, si desconocemos algo absoluto en que se funde esta relacion?

Pero, cuando hayais negado toda verdad racional, habrá quedado en pié un hecho eterno: la imperfeccion humana: que da lugar á una cuestion pavorosa: el problema del mal.

Los pensadores racionalistas al encontrarse enfrente de esta dificultad suprema, han ideado una solucion verdaderamente sorprendente; han negado la realidad de la existencia del mal. Han hecho más: han llegado á sostener que el mal es el bien, porque en último término de todo mal transitorio, resulta un bien permanente. Por este camino, Cousin levanta altares al Dios éxito, y Proudhon sublima la guerra, y Ferrari dice «que la revolucion es el triunfo de la filosofía destinada á dirigir la humanidad.»

Y en el otro bando que ya hemos indicado, fundándose en consideraciones muy distintas, y salvándose por la fé de los abismos de la lógica, el conde de Maistre presenta al verdugo como el eterno fundamento del órden social (1), y Valdegamas escribe el siguiente capítulo en su célebre y celebrado *Ensayo*: «Que nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina, ni por las profecías y milagros, *sino á pesar* de todas estas cosas»; lo que significa que este triunfo fué debido únicamente á una fuerza sobrenatural.

Hasta las ciencias naturales, en el movimiento sintético que hace algunos años se ha iniciado, pretenden encontrar en un principio único la transformacion de la fuerza, el modo y forma de esplicar satisfactoriamente los complicados fenómenos del magnetismo, la electricidad, el calor y la luz.

---

(1) Hé aquí las palabras del conde de Maistre, que prueban la exactitud de nuestra aseveracion: «Toda fuerza, toda grandeza, todo poder, toda subordinacion, no tiene más pedestal que el verdugo. Este agente, que á todos inspira terror, es el lazo de la asociacion humana. Quitad del mundo á este agente incomprensible, y vereis que desde luego desaparecerá el órden; el caos se asentará en su trono de tinieblas; las coronas caerán en el polvo, y la sociedad se conmoverá hasta en sus últimos fundamentos. El Omnipotente que es el autor de la soberanía humana, lo es tambien del castigo, y ha constituido la tierra dándola por extremo estos dos polos.

Hé aquí cómo de todas partes parece que se oyen descompasadas exclamaciones que proclaman como verdad inconcusa: la razon humana ha muerto; llegados son los tiempos del imperio de la fuerza.

IV.

¡La glorificacion de la fuerza! La glorificacion de la fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, tal es lo que significa la doctrina revolucionaria que sustenta el Sr. Tubino en el párrafo de su último libro que dejamos transcrito.

Se dice, por los sectarios de estas doctrinas, que toda revolucion ha traido un nuevo elemento de vida á la historia de la humanidad: que toda revolucion es legítima, porque reconoce como causa el necesario desenvolvimiento de las ideas, que rompe los moldes estrechos del pasado y abre nuevos horizontes de verdad, ante los ojos asombrados de los individuos y de los pueblos.

Quizá no fuera aventurado el afirmar que los verdaderos ó falsos bienes que han seguido á algunas de las revoluciones modernas, se han producido á pesar del espíritu que las inspiraba,

son cabalmente la negacion de este espíritu. Así vemos, que la revolucion religiosa del siglo XIV proclamaba un misticismo intolerante, y sus consecuencias han sido la tolerancia, cuando no la indiferencia religiosa.

Del mismo modo el espíritu de completa igualdad domina sobre toda otra idea entre los puritanos ingleses, y hoy la sociedad del Reino-Unido, es una de las más apegadas á conservar los privilegios de la aristocracia, y á sostener la diferencia de la cuna como un legítimo derecho para tomar parte en la gobernacion del Estado (1).

Por último, ¿cuál es la idea que guia á los revolucionarios franceses de 1793? *El contrato social* de Rousseau, la soberanía del mayor número. ¿Cuál es la bandera de la democracia de nuestros dias? La negacion de este principio, el

(1) Como resultado de las doctrinas acerca de la igualdad que sostenian los puritanos, apareció la secta, mitad religiosa y mitad política, de los *levellers* (niveladores); que pretendian deducir de algunos textos de la Biblia y de los Evangelios, la necesaria destruccion de todas las diferencias sociales, sin excluir las que son producidas por el derecho de propiedad. ¿Se quiere saber lo que hoy resta en Inglaterra de ese espíritu nivelador que guiaba á los revolucionarios de 1649? Léase la concienzuda obra de Eduardo Fischel sobre la *Constitucion inglesa*, y se hallará el siguiente juicio: «Necesario es confesarlo; frecuentemente el prestigio de la aristocracia, es suficiente para hacer ilusoria la igualdad ante la ley.» Léanse las obras de Bulwer, y se encontrará esta afirmacion: «El pobre en Inglaterra, es considerado como si fuese un malvado.»

reconocimiento de los derechos naturales como por cima de toda determinacion de la ley y de todo acuerdo de la soberanía nacional.

Pero dado, y no concedido, que las revoluciones pasadas hayan sido legítimas, ¿habríamos de inferir de esto que la revolucion es una ley permanente de la historia, que la revolucion es una condicion necesaria de todo progreso humano, segun pretende el Sr. Tubino? No en verdad. Esas luchas en que se opone la fuerza á la fuerza y que se llaman desafío entre los individuos, guerra entre las naciones, revolucion ó reaccion entre los pueblos y sus gobiernos, tal vez se justifiquen algunas veces dentro de la condicionalidad histórica; jamás podrán formar parte del ideal de perfeccion absoluta que guia á la humanidad por el sendero de la vida.

Es muy de notar que el cristianismo, la más profunda renovacion social que registra la historia, no venció las tinieblas del mundo antiguo apoyándose en la fuerza que resiste, antes bien en el sacrificio que se resigna, y al parecer, cede y sucumbe. Y esto es así, porque el sacrificio tiene una fuerza inextinguible, la resistencia lo pone de manifiesto, la injusticia lo corona, la muerte lo glorifica.

Levantemos nuestros ojos á la serenas re-

giones del bien absoluto, apartemos la vista con honda pena de ese pesimismo revolucionario ó reaccionario, que no sabiendo resolver los conflictos sociales que anublan el porvenir de Europa, pide á las espadas lo que no halla en la razon; la ley de vida de las transformaciones históricas.

V.

Dijimos al comenzar este artículo, que no pretendíamos hacer el juicio crítico de los *Estudios contemporáneos;* así es que nos hemos limitado á combatir, con toda la energía que presta una conviccion profundísima, la tendencia empíricamente revolucionaria que en sus páginas domina; tendencia que puede decirse que es el espíritu *no santo* que ha guiado la pluma del Sr. Tubino.

Pero, fuera injusticia notoria, terminar aquí nuestra tarea y no decir los méritos que avaloran los *Estudios contemporáneos,* despues de habernos detenido tanto en señalar lo que nosotros consideramos como una torcida direccion de la inteligencia de su ilustrado autor. Bien es cierto que el Sr. Tubino, tal vez deberia mirar nuestra crítica con ojos de benevolencia, pues

en definitiva pudiera producirle, en el caso remoto de que nuestras palabras fuesen escuchadas, la aureola de popularidad que hoy rodea á los muchos defensores que tiene en nuestra patria la idea revolucionaria. No escusaremos, sin embargo, elogios merecidos, dado que nuestra humilde pluma difícilmente conseguirá llamar la pública atencion sobre las populares ideas que encierra el libro del Sr. Tubino, en ciertas cuestiones de aplicacion práctica, y quizá muy próxima.

Divídense los *Estudios contempóraneos* en tres partes. La primera se titula: *Los intereses morales y los materiales,* y se halla consagrada á examinar las causas que han producido el predominio de la materia sobre el espíritu en las sociedades modernas, y los medios de conjurar las tristes consecuencias que cual negras nubes hoy enturbian los horizontes de la civilizacion europea. Erudito y exacto el Sr. Tubino en la parte histórica y crítica de este estudio, hemos de confesar que los remedios que propone para el mal que todos lamentamos, nos parecen poco conformes con las premisas que deja sentadas, y muchos menos con la realidad de la vida. Dice el Sr. Tubino que «la libertad es el medio seguro de regenerar física y moralmente al

hombre y á la humanidad:» cierto; pero la verdad es que los indivíduos como los pueblos siempre tienen en sí la posibilidad de ser libres, de ejercersu libertad, pero solo pueden realizar en acto esta libertad cuando son buenos. Para nosotros es evidente la verdad de aquel célebre apóstrofe: ¿quéreis ser libres y no sabeis ser virtuosos?

VI.

El segundo estudio se titula: *Filosofía política. El problema administrativo.* Comienza el Sr. Tubino este estudio por una disquisicion filológica acerca del valor de la palabra *autoridad,* que no carece de importancia, pues el lenguaje tiene en sí un valor en cierto modo independiente de la voluntad humana. Pasa luego en revista los sistemas que han dominado en la filosofía política desde Platon y Aristóteles hasta los modernos filósofos alemanes, los doctrinarios franceses y los individualistas anglicanos. Es digno de loa en este trabajo histórico la parte que consagra el Sr. Tubino á la exposicion de las doctrinas políticas del P. Juan de Mariana, que como hijo de España se halla olvidado en casi todas las obras que se escriben en el extran-

tranjero relativas al asunto que ahora nos ocupa. Tambien debemos llamar la atencion sobre el concienzudo exámen que hace el Sr. Tubino del *Contrato social* de Rousseau; exámen muy necesario en nuestra patria, donde aun existen algunos políticos que ven en aquellas célebres palabras: *cúmplase la voluntad nacional*, la fórmula definitiva de la sociedad política.

En este estudio intenta el Sr. Tubino una clasificacion filosófica de los sistemas políticos modernos, y dice que «Kant en el siglo XIX fué el representante de las escuelas subjetivas é individualistas, ya se denominasen naturalistas con Locke y Rousseau, ya racionalistas con Smith y Fichte.» Despues añade:

«Al comenzar ese mismo siglo XIX, tres nuevas escuelas disputaban el triunfo á la individualista. La escuela histórica, que buscaba el orígen del derecho, no en el indivíduo, sino en las realidades objetivas de la historia; la escuela teológica, que lo hallaba en Dios, y la filosófica en el ser absoluto. Estas escuelas se designan con el nombre de objetivas.»

Piensa el Sr. Tubino que la escuela histórica «representada en Inglaterra por Burke y en Alemania por Hugo y Savigny, asienta que el arte de organizar ó perfeccionar un estado, no

se funda sobre principios abstractos establecidos *á priori*, sino sobre un estúdio ilustrado del pasado histórico, tomando por elemento, no la individualidad, sino el ser colectivo considerado en su desarrollo...» «La escuela teológica, añade, fundada por los de Maistre y los Bonald, continada despues por Haller, Müller, y por Stahl hasta cierto punto, ha intentado buscar la fuente del derecho y de todas las instituciones en la revelacion primitiva ó en la Providencia, cuyos hechos conocemos por la fé y se manifiestan en la historia. En nuestros dias esta doctrina ha tenido por apóstoles ardorosos á los Donoso, los Veuillot, los Gaume y los Raulica, y si bien se mira, no es más que la doctrina teológica de la edad media rejuvenecida.»

Por último, dice el Sr. Tubino que «la escuela filosófica á cuya cabeza aparece Schelling, se continúa despues en Hegel y Krause, formando muchas agrupaciones que determinan modificaciones más ó ménos esenciales.»

Pasa despues el Sr. Tubino á establecer una teoría sobre el socialismo, al cual considera divisible en tres clases: socialismo por la autoridad; socialismo por la libertad absoluta (anarquía), y socialismo ecléctico (el sistema constitucional).

¿Son exactas las clasificaciones del Sr. Tubino que dejamos expuestas? En nuestro humilde juicio estas clasificaciones son un tanto arbitrarias, pues no se hallan fundadas ni en los axiomas constitutivos de la ciencia del derecho político, ni tampoco en la observacion sistemática de los hechos históricos. Así vemos considerado á Kant como el mantenedor de la concepcion puramente subjetiva del derecho, lo cual nos parece harto dudoso, pues la definicion del derecho que dió este profundo filósofo,—conjunto de condiciones por medio de las cuales el libre arbitrio de cada uno puede coexistir con el de los demás, segun la ley general de la libertad,—está muy lejos de negar la realidad objetiva de la ciencia del derecho, por más que no la funde sobre la base indestructible de la finalidad humana.

Del mismo modo nos parece que Hegel y Krause no pueden ser considerados como filósofos pertenecientes á una misma subdivision. Doctos críticos contemporáneos han llegado á sostener que el realismo armónico de Krause debe ser considerado como la protesta que nació dentro de la escuela racionalista, destinada á rechazar el absorbente idealismo de las teorías de Hegel. Este solo hecho indica claramente las fundamentales oposiciones que existen

los sistemas filosóficos de ambos pensadores.

Por último, el Sr. Tubino llega al problema acerca de los límites de la autonomía provincial é individual, y se declara descentralizador en administracion y muy próximo al individualismo en ciencia social, y termina resumiendo sus opiniones en una cita de Proudhon. Héla aquí:

«Así como no existe un derecho de nacionalidad en virtud del cual una nacion, solo porque existe, pueda reivindicar su soberanía si á la vez no posee la fuerza y todas las cualidades que constituyen una nacion en soberana; del mismo modo no existe un derecho en el hombre, en el ciudadano, en virtud del cual los indivíduos que componen una nacion, solo porque son hombres y ciudadanos, puedan exigir de sus gobiernos respectivos el respeto de sus libertades, si al mismo tiempo no poseen las cualidades características del ciudadano y del hombre, la energía, el valor, el conocimiento del derecho, las virtudes domésticas, la frugalidad en las costumbres, el amor al trabajo, y sobre todo, la resolucion firmísima de sacrificar todos los bienes, incluso la vida, antes de permitir el menoscabo de su dignidad.»

VII.

El último estudio está consagrado al problema electoral en sus relaciones con la libertad y la justicia. Como indica el señor Tubino en la introduccion de su libro, este estudio «fué una obra de circunstancias, y en este concepto no podia prescindir de la influencia de los sucesos.» Sin embargo, no carece de valor la parte histórica de este escrito, y en la doctrinal se hallan algunos acertados consejos que no debieran olvidar los electores españoles.

Al terminar este estudio se propuso el Sr. Tubino demostrar la necesidad de los partidos políticos, y dice á este propósito:

«No es posible suprimir los partidos. Tan necesarios son los que se levantan á defender el pasado, siempre que lo hagan con sensatez, como los que se encaminan resueltamente á destruír lo que existe. Toda forma positiva, ha dicho un publicista distinguido, por muy satisfactoria que sea para el presente, contiene un gérmen de oposicion para los intereses del porvenir. Hé aquí justificada la existencia filosófica de las oposiciones. Sin ellas no es posible el desarrollo fructuoso de las libertades, ni se com-

prendería la palingenesia social. Negar la legitimidad de las oposiciones, equivale á afirmar la bondad del absolutismo. Hemos llegado hasta aquí, pues de aquí no pasemos. ¿No es esto? Pues eso es utópico, es paradójico, es absurdo... En las civilizaciones antiguas, el Estado lo era todo y nada el indivíduo. Ahora sucede lo contrario. Al dogma absoluto de la autoridad se ha opuesto el dogma progresivo de la libertad. Pero el Estado existe y es necesario defenderlo. ¿Quién lo representará en la lucha con el individuo? Los partidos conservadores, los que aceptan la difícil mision de hacer conciliable el principio de autoridad con el principio de libertad... Y hé aquí nuevamente proclamada la necesidad de los partidos.

Mas esos partidos es preciso que estén siempre colocados á la altura de su siglo, que no sean un anacronismo, ni una negacion. Es menester que esos partidos tengan vida propia, ideas, creencias, métodos; que á la doctrina subjetiva corresponda la objetiva: es decir, que si en la region puramente teórica ostentan sus aforismos, en la region práctica tengan sus soluciones correspondientes.»

Es decir, que el Sr. Tubino sostiene la necesidad de los partidos que se apoyen en doctri-

nas científicas. Pero si la ciencia, como la verdad, solo es una, las soluciones prácticas fundadas en ciencia siempre serán esencialmente idénticas. En tanto, solo pueden existir partidos formalistas, porque la forma es siempre variable, ó asociaciones políticas para fines prácticos.

Fácilmente se distinguen hoy en Europa tres partidos políticos con relacion á la forma de gobierno: republicanos, constitucionales y monárquicos: y la teoría inglesa de las coaliciones, tal como la ha sostenido en Francia el distinguido publicista Mr. Prevost-Paradol, es la iniciacion de la segunda idea que hemos indicado, en vista de que la forma política no basta á determinar necesariamente las condiciones de la organizacion social.

Aquí terminamos estas ligerísimas reflexiones críticas sobre los *Estudios contemporáneos* de D. Francisco M. Tubino. Esta obra lleva por lema aquellas célebres palabras de Miguel de Montaigne: *Cecy est un livre de bonne foy*; nosotros podemos referir las mismas frases, sustituyendo artículo donde dice libro. Solo nos resta llamar la atencion de nuestros lectores sobre un hecho que generalmente acontece en la sociedad española de la época presente, y que pue-

de considerarse como la más constante rémora de nuestros adelantamientos en el camino de la civilizacion europea.

Triste, pero necesario es decirlo: la publicacion de toda obra de filosofía y de ciencia en los tiempos que hoy corren en nuestra patria, es recibida por casi todos con glacial indiferencia; que los que padecen *el mal pegadizo* de germanismo intransigente, la fundan en que las orillas del Rhin son el único lugar donde nacen doctrinas dignas de ser meditadas, y que otros muchos explican, porque la filosofía no sirve, al menos directamente, para los fines positivos de la vida práctica. Tenga esto muy en cuenta el Sr. Tubino, y no desmaye en sus trabajos científicos; necesario es que todos los escritores de buena voluntad crean con una creencia absoluta en aquellas palabras de un ilustre pensador contemporáneo: «La abnegacion y la renuncia á todo nuestro personal deben constituir, así para los pueblos como para los indivíduos, el primer paso de regreso hácia la moralidad de la sociedad humana.»

UNA CARTA Y UN ARTÍCULO.

AL SEÑOR DON JOSÉ NAVARRETE,

CAPITAN DE ARTILLERÍA.

CÁDIZ.

Mi querido amigo: al enviarme usted su artículo bibliográfico sobre LO ABSOLUTO, de D. Ramon de Campoamor, terminaba su carta, diciéndome estas palabras: «yo, muy poco competente en materias filosóficas, no he podido hacer más que llamar la atencion sobre la importancia del libro recientemente publicado por el autor de *El Personalismo*: V. con más ciencia y doctrina, puede y debe escribir un juicio crítico, y espero que así lo haga al ménos porque yo se

(1) Se publicó este artículo del Sr. Navarrete en el número 285 de *El Mundo Militar*.

lo pido.» Alabando como merece su modestia y agradeciéndole sus benévolas y amistosas frases sobre mi competencia como crítico, he encontrado graves dificultades para acceder á sus deseos.

Sabe V. bien la dolencia de la vista que hace tres años padezco, la cual se ha aumentado mucho de algun tiempo á esta parte, y además circunstancias personales, largas de esplicar, ocupan mis dias y *mis nóches* sin dejarme el sosiego necesario para que puedan ser fructíferas las tranquilas meditaciones que la razon refleja.

Sin embargo deseando no negarme á la afectuosa peticion de un amigo que tanto quiero, he adoptado un término medio, segun aconsejaba Aristóteles para alcanzar la virtud—y ya empieza la filosofía — término medio, cuyos fundamentos racionales voy á esplicarle en breves palabras.

El Contemporáneo, ha publicado dos artículos críticos sobre Lo absoluto; careciendo yo en este momento—y quizás siempre—de las condiciones necesarias para juzgar un libro de metafísica pura, voy á escribir al correr de la pluma una tentativa crítica sobre los críticos de *El Contemporáneo*.

Si siempre vale muy poco lo que yo escribo, el adjunto artículo por las razones apuntadas,

quizá no será digno de ver la luz pública (1); lealo V. con despacio y si así lo juzga, condene á las llamas el manuscrito, y de este modo tendrá la honra de asemejarse en su *muerte*, ya que no en su *vida*, á tantos libros escelentes que han sido abrasados en las hogueras de todas las intolerancias, desde la que atizaban el cura y el barbero para quemar la biblioteca del ingenioso hidalgo, hasta la que preparó el verdugo de París para que consumiese las *ideas* del P. Mariana. No siempre que se habla de hogueras, se han de citar solamente las tan célebres y renombradas de la Inquisicion española.

Poniendo aquí punto final á esta desaliñada epístola, sabe que le estima muy de veras su amigo y compañero,

LUIS VIDART.

Sevilla 8 de abril de 1865.

(1) El Sr. Navarrete juzgando con la benevolencia de la amistad nuestro ligero trabajo lo publicó en *El Peninsular* de Cádiz; por esta causa lo reproducimos nosotros aquí.

TENTATIVA CRÍTICA

SOBRE

DOS ARTÍCULOS CRÍTICOS.

En los números de *El Contemporáneo,* correspondientes á los dias 29 de marzo y 2 del presente mes, han visto la luz pública dos artículos críticos sobre la metafísica titulada LO ABSOLUTO, que recientemente ha publicado el académico señor Campoamor. Firma el primero de los citados artículos un señor don J. V. cuyas iniciales *casualmente* son las mismas que las de un erudito crítico y distinguido poeta que se toma la libertad de usar de su razon para discurrir, con más ó menos acierto, pero siempre, segun su leal saber y entender, pecado que no le perdonan esa turba de improvisados estadistas y literatos sin letras, que llaman á la filosofía *estudio*

abstracto y sin aplicacion práctica, bien es cierto que poco vale esta afirmacion dicha por los que entienden como *práctico*, la esperiencia insubsistente del dia, y áun del momento; y como *abstracto*, la regla general que abraza todos los casos donde se realizan los hechos particulares.

No diremos más acerca de la persona á quien pueden pertenecer las iniciales J. V.; puesto que este caballero se presenta con la vicera calada; no intentemos averiguar cuyo es el rostro que se encubre; entremos en materia, dejando á un lado largos y tal vez inútiles prolegómenos.

El artículo del señor V. se halla escrito en forma de carta dirigida al autor de LO ABSOLUTO y su galano estilo y sus ingeniosos conceptos recuerdan ciertos *Estudios críticos de literatura, política y costumbres de nuestros dias* que hace poco tiempo se publicaron; no hemos encontrado comparacion más adecuada para las dotes literarias del Sr. V. que las que tiene el insigne escritor cuyas iniciales son J. V.

Pero aparte de estas condiciones de ingenio y de estilo, que nadie negará al Sr. V., creemos que su impugnacion al libro del señor Campoamor está poco fundada y con alguna confusion establecida. No que LO ABSOLUTO, carezca de defectos en su concepcion y vacíos en su doctri-

na, pues toda obra humana los tiene, pero estos defectos y vacíos no son, segun nuestro humilde juicio, los que señala el articulista J. V. Intentaremos probar la verdad de la opinion que acabamos de emitir.

Ante todo, ¿cuál es el sistema filosófico que sigue el articulista de *El Contemporáneo*? Veamos como contesta á esta pregunta el mismo señor V.: dice así dirigiéndose al señor Campoamor:

«Yo, francamente, trato de impugnar la metafísica de V., y sin duda se me preguntará: ¿con qué criterio vas á impugnarla? A esto pudiera yo contestar que con el que Dios me ha dado; pero tan desenfadada contestacion no basta. La pregunta tiene otro significado y otro valor: la pregunta es: ¿en nombre de qué sistema impugnas este nuevo sistema? Y á esto he de contestar con llaneza que en nombre de ninguno.»

«Aunque aficionadísimo á la filosofía, aun no he adoptado el sistema de nadie, ni he tenido vagar ni discrecion bastantes para forjar yo mismo uno que se ajuste á mi gusto como hecho espresamente para mí. No voy á impugnar, pues las doctrinas del Sr. Campoamor en nombre de otras determinadas doctrinas, pero entiendo que

no debo impugnarlas solo en nombre del mero sentido comun. Un libro como Lo absoluto no merece esta injuria. Seria como si sometiésemos á un capitan general ó á un arzobispo á la jurisdiccion de un alcalde de monterilla. Pero si no acudo á un sistema filosófico mio ó adoptado por mí, porque carezco de él, ni acudo tampoco al mero sentido comun, por incompetente y bajo para fallar un pleito de tamaña cuantía, bien puedo acudir, y acudiré en verdad, á ciertos principios de crítica filosófica, inconcusos los más y aceptados todos ellos por las diferentes escuelas; á cierto gérmen, que no se puede negar que hay ya, al cabo de tantos siglos y generaciones de filósofos, de aquella *perenne filosofía*, no nacida, con que Leibnitz soñaba.»

Parécenos que afirmar que existen en filosofía *ciertos principios inconcusos los más y aceptados todos ellos por las diferentes escuelas*, es la teoría que ha servido y sirve, sino de fundamento, al ménos de criterio á la mayor parte de las escuelas eclécticas, y que por lo tanto el Sr. V. es un ecléctico *inconfeso*, ya que su conocido talento no nos permita usar del adjetivo *inconsciente*. Y tambien nos parece que la dicha teoría es falsa de todo punto. ¿Dónde están esos principios aceptados por todas las escuelas filo-

sóficas? Hasta la afirmacion de que *algo es* donde realmente coinciden el materialismo, el sobrenaturalismo y el idealismo, está negada por los escépticos radicales que repiten en todas épocas, aun cuando cambiándole la forma, aquel argumento de Gorgias: lo que es finito y variable es mera ilusion, lo infinito es incomprensible para el hombre, luego nada puede afirmar la razon humana.

El Sr. Campoamor ha escrito en Lo ABSOLUTO: «Zaherir á la religion y á la metafísica por su falta de progreso, es una insensatez propia de los que ignoran por completo los fundamentos de la metafísica y de la religion..... De las dos partes en que se divide la filosofía, la ciencia y la moral, la ciencia, ó el hombre es lo perfectible; y la moral, ó Dios, es lo perfecto.» Al leer estas afirmaciones el crítico Sr. V., intenta refutarlas y dice á este propósito:

«Usted, Sr. Campoamor, equipara la religion con la metafísica y niega en ambas hasta la posibilidad del progreso. Me parece que incurre V., al sostener semejante tésis, no en un error, sino en un sin número de errores. En la religion, y ya se entiende que hablamos de la revelada y de la verdadera, es evidente que no cabe progreso alguno. Desde nuestro señor Jesucristo

hasta ahora nada ha adelantado ni puede adelantar lo que él vino á enseñar á los hombres. ¿Quién habia de corregir ó mejorar lo que dijo el Verbo hecho carne, el Unigénito del Padre lleno de gracia y verdad? Pero, ¿cómo ha de ser comparable una revelacion sobrenatural, una comunicacion de parte de la sabiduría divina por medios milagrosos, á lo que el hombre discurre, averigua, inventa ó pone en claro, valiéndose de su natural discurso? Créame V., Sr. Campoamor, nada tiene de parecido en este punto la religion con la metafísica. Con lo que sí puede compararse la metafísica es con la teología. La teología, aunque parte de verdades ó principios revelados, deduce de ellos consecuencias, y forma con ellos un cuerpo científico de doctrina, y en esto si cabe progreso, y le hay; y es natural que le haya. Lo propio ó más acontece en metafísica, donde hasta los primeros principios vienen á nosotros naturalmente.»

En nuestro sentir, ni el Sr. Campoamor, ni el Sr. V., han establecido con toda claridad el modo y forma en que la religion y la metafísica no son progresivas y son progresivas á la vez. La religion, la metafísica, el arte, el ser en general tiene tres manifestaciones distintas: una manifestacion absoluta en Dios,

no progresiva, objetiva en la historia, que es progresiva y subjetiva en el hombre, considerado como individuo, que tambien es progresiva. De este modo se concierta la contradiccion que pretende encontrar el Sr. V. entre las citadas palabras del Sr. Campoamor, y la esperanza indicada al finalizar la introduccion de Lo Absoluto, cuando se dice, que siguiendo el método de este libro, quizá «venga por último algun pensador y convierta la torre de Babel de la filosofía en el fuerte inexpugnable de la verdad absoluta.»

Continuando su defensa acerca de la ley del progreso escribe el crítico de *El Contemporáneo*:

«Indudablemente, las leyes que recibió Moisés en la cumbre de Sinaí y los preceptos del hijo del Eterno en el sermon de la montaña no pueden ser derogados, ni mejorados, ni siquiera modificados. Pero tales sentencias, máximas, leyes ó preceptos, ¿constituyen acaso la ciencia misma de la moral en su desenvolvimiento y coordinacion dialéctica? ¿Es tolerable siquiera que se confundan asi las cosas? Luego en este sentido se puede decir que progresa tambien la moral, esto es, la ética, la ciencia de las costumbres; y en este sentido dijo cierto amigo

mio, con espantoso escándalo y clamoreo de la prensa neo-católica, que Fichte, en sus tratados de moral, se habia adelantado á muchos teólogos: esto es, que *El Destino del hombre* y la *Introduccion para la vida bienaventurada* valen más, como moral, prescindiendo de los errores religiosos que puedan contener, que los libros del padre Sanchez *De Matrimonio*, más que los *Estragos de la lujuria*, más que los *Casos raros de vicios y virtudes*, y más que los *Gritos del infierno*.»

Muchas autoridades respetables, dentro y fuera de España, contradicen la opinion que se emite en este párrafo acerca del progreso de la ciencia y de la moral. Uno de los escritores más distinguidos de la moderna Francia, Mr. Edmundo Scherer, á quien llama Mr. Guizot el más sesudo y el más perplejo de los pensadores racionalistas, afirma en su *Miscelánea de crítica religiosa*, que cuando en las decadencias sociales se considera al hombre como el primero de los mamíferos, la historia natural es la única ciencia posible, y que nosotros nos encontramos en una de estas épocas. Otro distinguido racionalista, Mr. Gustavo d'Eichthal, en su libro titulado: *Los Evangelios*, dice así: «La moral ha seguido una marcha contraria á las ciencias

físico-matemáticas. Hace más de mil ochocientos años que se descubrió un principio fundamental; desde entonces todas las investigaciones de los varones más eminentes no han llegado á alcanzar un principio superior por su generalidad ó precision al que estableció en aquella época el fundador del cristianismo.» Hasta el patriarca del eclecticismo francés, Mr. Cousin, ha escrito en sus *Fragmentos de filosofía* al tratar de la espontaneidad y de la reflexion: «El hombre comienza por donde concluye, y concluye por donde comienza... La ciencia humana recorre un estrecho círculo cuyos estremos son dos puntos esencialmente semejantes.» Y en nuestra misma España, entre los pocos que se ocupan de materias filosóficas, un literato muy discreto el Sr. D. Juan Valera, cuya autoridad no debe ser desconocida del articulista J. V., en su juicio crítico de los cantos de Leopardi, manifiesta grandes dudas acerca de la realizacion histórica del progreso, y aun es más esplícito en un artículo publicado en *El Estado* del dia 9 de diciembre de 1859 donde refutando las teorías democráticas del Sr. Castelar, establece la proposicion siguiente: «En moral y metafísica me atrevo á sostener que, a pesar de tantos siglos como han transcurrido, salvo lo que se sabe

por revelacion, no sabe el Sr. Castelar, ni nadie, más que Pitágoras.» Véase, pues, como la negacion del progreso en moral y metafísica del Sr. Campoamor, si tiene por contrario al crítico J. V., tiene por defensor al crítico D. Juan Valera.

Y considerando despacio el argumento de que se vale el Sr. V. para probar el progreso científico de la moral, nos parece algun tanto sofístico. La razon es obvia. Se comparan las obras morales de un escritor racionalista de primer órden con las de escritores católicos de tercero ó cuarto órden que le han sido anteriores, y fundado en esto se dice: hay progreso. Vamos á probar por el mismo camino que hay retroceso en literatura y lo mismo podriamos decir en moral. La *Iliada* y la *Odisea* de Homero son muy superiores á las *Fábulas de Polifemo,* de Góngora y al poema *Méjico conquistada,* de D. Juan Escoiquiz; es así que Homero es anterior á Góngora y á D. Juan Escoiquiz, luego la poesía retrocede, luego el retroceso es la ley que sigue la literatura.

Nos parece oir un reproche diciéndonos que nos contradecimos, pues hemos afirmado la realizacion de la ley del progreso en la historia, y estamos presentando argumentos y autoridades

que parece la niegan. Sin embargo, tal como nosotros entendemos el progreso de la ciencia, ninguno de los argumentos citados destruye nuestras ideas acerca de este punto.

El progreso en su manifestacion objetiva, histórica, consiste en el conocimiento de la verdad cada vez por mayor número de inteligencias: muy bien pudo Pitágoras, salvo las enseñanzas de la revelacion, saber tanto en moral como Santo Tomás de Aquino; muy bien pueden existir, y han existido de hecho, despues de Pitágoras muchos hombres que han sabido menos que este insigne filósofo. Despues de las epístolas de San Pablo se han escrito libros de moral que le son muy inferiores, y esto no prueba retroceso, prueba solamente que no todos los escritores alcanzan la elevada inspiracion de aquel Santo; pero que se compare el reducido número de cristianos que entendian á San Pablo en los primeros siglos de la Iglesia con la estension que sus doctrinas adquirieron durante el reinado de la escolástica y en nuestra misma época, pues hasta el cristianismo naturalista de las escuelas de Tubinga y Estrasburgo, se apoyan frecuentemente en la autoridad del gran Apostol de los gentiles, y se verá como ha crecido el número de inteligencias llamadas al conocimiento de la verdad.

Salimos del eclecticismo un tanto escéptico del caballero J. V., y entramos en el escepticismo un tanto sensualista de un cierto Sigma que bajo el nombre de *Filosofía* escribe en *El Contemporáneo,* correspondiente al 2 del actual, un artículo donde no sabemos qué mueve á mayor admiracion, si el aticismo de los conceptos y la galanura de la frase, ó el que estas dotes se empleen en la defensa del peor de los sistemas científicos, y para probar la verdad de nuestras palabras, léanse los siguientes párrafos que resúmen como en cifra las ideas anti-filosóficas de su autor:

«Yo, amigo mio, suelo despertarme por la mañana muy temprano, y vestirme en cuanto me despierto; empiezo en seguida las acostumbradas abluciones y todas las tareas del aseo, compostura y acicalamiento de la persona; y en todas estas operaciones, aunque prolijas y minuciosas, no encuentro donde colocar un solo adarme de filosofía.»

«Paso luego al comedor, donde tengo la manía de hacerme por mis propias manos, con el auxilio de una lámpara de espíritu de vino, la españolísima jícara de chocolate, y preparo en la chimenea un par de tostadas embadurnadas con manteca de Bustarviejo; y en Dios y en mi con-

ciencia juro, que ni para *confeccionar* este desayuno, por muy filosófico que sea, ni para engullírmele tengo necesidad de consultar á Hegel, ni á Kant, ni á Descartes, ni á Leibnitz, ni á Platon, ni á Aristóteles.»

«Emprendo en seguida mi tarea cuotidiana, escribo, leo, estudio, despacho mi correspondencia; salgo de casa á mis quehaceres; hago alguna, aunque muy rara visita; como en mi casa propia ó en la de algun amigo; doy alguna vuelta de paseo, solo por lo comun, y otras veces muy bien acompañado; alterno por las noches entre el Casino, el Ateneo y los teatros; vuelvo á casa á acostarme *ante quam gallus cantet*, y duermo mis siete horas seguidas como un patriarca. Y todo esto, lo hago hoy, y mañana, y al dia siguiente, sin ayudarme para ello ni acordarme siquiera de la filosofía.»

«Acaso me objetará algun filósofo que lo mismo me sucederá con las otras ciencias: pero yo lo niego. Mis nociones de química, por ejemplo, no me son del todo inútiles para confeccionarme el chocolate; las de física me sirven para encender la chimenea; las de higiene para preservar mi salud; la aritmética para el arreglo de mis cuentas y el manejo de mi escaso peculio; la moral sirve de norte á mi conducta, etc., etc.

Pero la filosofía, lo digo una y mil veces, no encuentro donde colocarla, y me sirve ni más ni menos que me servirian la docimacia, la geodesia, ó el arte de pilotaje.»

Ocúrresenos en primer lugar, que la utilidad que halla el Sr. Sigma en sus nociones de química para *confeccionar* por sus propias manos el cuotidiano chocolate, es harto dudosa y controvertible, pues todas las cocineras del mundo sin conocer los ácidos, ni los óxidos, ni las sales, ni los estados higrométricos de la atmósfera, ni nada en fin, de cuanto constituye la ciencia de Lavoisier y de Berzelius, *confeccionan* chocolates y pasteles y pavos trufados, probablemente con mayor tino preparados y más agradables al paladar que las producciones culinarias del ingenioso articulista.

Respecto á la moral que sirve de norte á la conducta del discreto Sigma, puesto que este señor niega la verdad de la filosofía, sin duda alguna que tambien niega el fundamento racional de la ley moral, y vista su aficion á las abluciones y acicalamientos de su persona, que tan menudamente describe, nos hemos dado á sospechar si acaso considerara la limpieza corporal, del mismo modo que los enciclopedistas del pasado siglo como una de las primeras vir-

tudes humanas, lo que dió lugar á que dijese cierto crítico zumbon y marrullero, que era por estremo agradable encontrarse purificado y virtuoso cuando se salia del tocador: y entonces vendrian aquí como de molde las mismas frases que Sigma dirije al sistema filosófico del señor Campoamor: en moral, *no se puede simplificar más, no se puede ser más simple.*

Y dejando á un lado estas divagaciones á las cuales hemos sido llevados siguiendo los epigramáticos conceptos del escéptico Sigma, y que no aviniéndose á la índole propia de nuestro modo de escribir quizá habremos incurrido en una falta de tino literario, colocando el vidrio de nuestra imitacion junto á las muchas y finas perlas que embellecen el artículo de *El Contemporáneo,* vengamos á ocuparnos de otro párrafo, donde se combate la idea del Sr. Campoamor de condensar la verdad de cada uno de los tratados que componen su obra dentro de los estrechos límites de un teorema dogmático. Despues de copiar el principio del Sr. Campoamor «lo absoluto es el desarrollo de una idea universal que comprende el conjunto de las reglas de todas cosas sin escepcion,» esclama el bueno de Sigma con su habitual candidez:

«Pues si lo absoluto es eso, y lo absoluto es

todo, y lo absoluto se esplica en este librito tan cuco, que es un tomito en 8.°, de letra gorda, buena impresion y 350 páginas, en leyéndomele todo, me quedaré empapado *en el principio en que se refunde la ciencia que encierra todas las ciencias.*

Verdad es que no entiendo bién qué quiere decir eso de *refundirse* una ciencia en un principio; pero si yo lo entendiera bien, ya dejaria ello de ser filosofía, dado que es achaque de todos los filósofos el escribir de modo que el mismo Satanás no los entienda. Pero en fin, tampoco entiende el labrador cómo germina el grano, y no por eso deja de cosechar las mieses. Yo tengo aquí en este librejo la ciencia universal, compendiada en seis teoremas, con sus números romanos, que se desarrollan en el curso de la obra (pág. 135), y que «contienen el planteamiento y *solucion* de los dos problemas MAS IMPORTANTES de la filosofía, que son los siguientes:

«1.° ¿De qué se componen las cosas?

2.° ¿Cómo subsisten las cosas?

Estos dos problemas (continúa diciendo Campoamor), hay que estudiar, y esto es lo que se debe aspirar á saber, y ni se puede estudiar menos, ni se puede saber más.»

No lo niego, por mi parte; pero entonces me asalta el escrúpulo de que el autor no debió llamar á esos dos problemas *los más importantes*, sino los *únicos* de la filosofía.

Esta seria sin duda su intencion, y en efecto, *no se puede simplificar más, no se puede ser más simple*. Véase, por ejemplo, compendiada toda la estética de que yo me he leido seis ó siete tomos en los tres siguientes renglones. «La cantidad intensiva ó psicológica, y la cantidad estensiva ó material, son dos reflejos de la idea ontológica de cantidad que se unifican en lo absoluto.»

Encerrar una doctrina en una sola proposicion, ha sido, es y será, la aspiracion constante de todos los filósofos. En lo divino tenemos un ejemplo, y no podia ser de otro modo, de que esto es hacedero: todos los mandamientos de la Ley y los Profetas, dijo Jesucristo, se encierran en estos dos: amarás á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo; y en lo humano tambien abundan los ejemplos donde una sola proposicion esplica y resume toda una filosofía. Nada se hace de nada: hé aquí la proposicion fundamental de la escuela eleática. Nada hay en el entendimiento que antes no haya pasado por el canal de los sentidos: he aquí la

base de todas las escuelas sensualistas. Todo lo ideal es real: hé aquí el resúmen de la filosofía de Hegel. El ser crea las existencias: esta proposicion, algo semejante á la del Sr. Campoamor, la super-sustancia crea las sustancias, es el fundamento del sistema de Gioberti. A esto tal vez contestará Sigma que no entiende estas filosofías, y si así fuese, nosotros repetiamos las palabras del Sr. Sanz del Rio en su introduccion á la metafísica de Krause: «La razon, como órgano propio de conocimiento, y si vale decir como el sentido superior del espíritu, conoce lo uno, lo total, lo eterno y necesario; este es su asunto, su horizonte natural, la atmósfera en que vive y desde la que guia y regula las demás facultades del hombre... Los que lo niegan, ó lo condenan tenazmente, no han menester ser contestados ni convencidos, sino dejados en la voluntaria muerte á que se condenan ellos mismos.»

Terminaremos sintetizando en breves palabras nuestro juicio sobre los dos artículos que han dado motivo y ocasion á esta tentativa crítica.

Entre el eclecticismo *semi-escéptico* del señor don J. V. y el escepticismo *semi-materialista* del caballero Sigma, se podria formar un todo no

armónico, pero sí ecléctico, cuya teoría fundamental fuese la siguiente: la filosofía es la ciencia de las ciencias, pero el hombre duerme, come y pasea sin que en todos estos actos de la vida práctica encuentre donde colocar un solo adarme de filosofía; pór lo tanto tal vez no iba muy descaminado el primero que dijo: la filosofía es el arte de esplicar mal lo que todos entienden bien.

EL ESCOLASTICISMO RENOVADO
Y EL ARMONISMO DE KRAUSE.

Lecciones sobre el sistema de filosofía panteística del aleman Krause, por el catedrático D. Juan Manuel Orti y Lara.

I.

Cuando Descartes puso como base de toda especulacion filosófica el famoso entimema: *cogito, ergo sum*, afirmó que todo conocimiento verdadero estaba en el puro pensar y como necesaria consecuencia que á la idea subjetiva correspondia necesariamente una realidad objetiva. Y si toda idea dice realidad lógicamente presentó Hegel como un axioma incontrovertible: *todo lo ideal es real*. Ahora bien, este axioma podia espresarse en forma de ecuacion: *ideal =real*: y como quiera que la relacion de igual-

dad no se altera cambiando los términos, la estrema izquierda hegeliana así lo hizo y escribió: *real=ideal*. De este modo se ha llegado al materialismo absoluto por el camino del idealismo tambien absoluto.

Contra estos torcimientos del espíritu filosófico, aparece sin salir aun de la esfera racionalista, el realismo armónico de Krause, que dice que la idea es una forma segunda del pensamiento; que antes de idear es preciso saber quien idea; que el concepto *yo* como totalidad, unidad é identidad, es necesariamente anterior al de parte, relacion y distincion.

Aun más. El cartesianismo como toda nueva manifestacion de la inteligencia se habia presentado en su primer momento como negacion y contradiccion absoluta de los sistemas que habian ocupado la elaboracion intelectual de Europa durante la edad media, y apenas si se dignaba reconocer que en Grecia habia existido algun movimiento filosófico. Contrariando esta tendencia decia Leibnitz: «Aunque muchos doctos varones creen que es necesario olvidar por completo la filosofía escolástica y sustituir otra en su lugar; habiendo pesado todas las razones de una y otra parte, he hallado que la filosofía de los antiguos es sólida y que nos debemos de

servir de la de los modernos para mejorarla, y no para destruirla.»

El prudente dictámen de Leibnitz fué desoido. Así vemos que el profesor Mr. Cousin en el curso de filosofía esplicado durante el primer semestre del año de 1829 decia lo siguiente: «La escolástica, ó filosofía de la edad media, no podia ser otra cosa que un esfuerzo del pensamiento puesto al servicio de la fé y bajo la vigilancia de la autoridad religiosa. Tal es la filosofía escolástica. Su aplicacion está reducida á ciertos puntos, sus límites son estrechos, su existencia precaria, inferior y subordinada.»

Muy diferente es el concepto que forman sobre la ciencia escolástica los secuaces del armonismo krausista. El jefe de esta escuela en España, D. Julian Sanz del Rio, examinando *La cuestion de la filosofía novísima* (*La Razon*-1860), al comparar la filosofía antigua con las doctrinas reinantes en la edad media, decia lo siguiente:

«Debia engendrar el espíritu antiguo una filosofía principalmente física y política; partes ambas casi desestimadas en la filosofía de la edad media. Y al contrario en esta última ejerce en primer término y preocupa el espíritu, una filosofía de que la antigüedad clásica no sabia ni

podia saber, sino como enlazada con lo mitología; la ciencia de Dios ó la teología. Así la ciencia antigua era ciencia del mundo: la de la edad media ciencia de Dios: aquella escogía sus maestros y héroes en físicos y políticos, en maestros de príncipes; esta busca los suyos en el clero y el monacato. Y tal debia ser, porque el cristianismo pide á sus fieles una conviccion y conciencia interior sobre las verdades eternas; primero en forma de sentido creyente; despues en forma de doctrina sistemática. En las religiones antiguas conoce el hombre más por fantasía que por razon el mundo superior; y por lo mismo los que se elevaron al libre pensamiento en esto, cayeron las más veces en sentido contrario al sentido comun religioso. Así la filosofía antigua es, históricamente hablando, irreligiosa ó antirelígiosa, y el pueblo llamaba ateistas á los filósofos. Pero esta negacion no cabia en el cristianismo. La esperiencia interior religiosa envuelve aquí un conocimiento racional de Dios y sus relaciones sobre el mundo, y puede bien concertarse con la razon filosófico-religiosa.»

II.

A la negacion absoluta del valor científico de

la filosofía escolástica sostenida por los sectarios del cartesianismo intransigente, han opuesto gran número de pensadores españoles é italianos otra negacion absoluta diciendo, que todos los principios en que se fundan los modernos sistemas son esencialmente falsos, y que la ciencia de la edad media es la única base posible de los conocimientos humanos. Puede decirse que el escolasticismo ha vivido desde el renacimiento hasta nuestros dias como una protesta contra los estravíos de las escuelas racionalistas; protesta harto justificada en su fundamento primero, pero que, en nuestro humilde juicio, no ha escogitado los caminos más derechos para establecer el necesario acuerdo entre la fé y la razon, entre la religion y la ciencia.

Sin embargo durante el siglo XVIII el desbordado torrente de la impiedad enciclopedista, solo dió espacio para que los pensadores católicos sostuviesen las verdades fundamentales de la religion, sin curarse mucho de las formas científicas en que esto debia verificarse. Pasada aquella época de incesante y contínua lucha, ha reaparecido nuevamente la tendencia escolástica dentro de la ciencia católica formando en Italia una verdadera escuela, que comienza en

el P. Ventura de Raulica y hoy se halla brillantísimamente representada por Liberatore, Taparelli d' Azeglio, Sanseverino y Prisco. En nuestra patria tampoco carece de mantenedores esta renovacion del escolasticismo. Ya cuando el ilustre P. Cuevas publicó su curso elemental de filosofía, el chantre de la catedral de Lugo, D. Juan Trinch, escribió una fuertísima impugnacion sosteniendo que en la obra del sábio jesuita, por hallarse apartada de los principios escolásticos, se encerraba el gérmen de muchos errores contrarios á la fé católica. Del mismo modo en los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás,* del dominico Fr. Ceferino Gonzalez, há poco tiempo publicados, se presenta la ciencia de los escolásticos como la sola manifestacion racional compatible con la verdad religiosa. Por último, esta tendencia escolástica domina tambien en las varias obras del catedrático de filosofía D. Juan Manuel Orti y Lara, y muy singularmente en sus *Lecciones sobre el sistema de la filosofia panteistica del aleman Krause,* que deben de ser consideradas como el ordenado resúmen de las opiniones fundamentales de este autor sobre los problemas más controvertidos en la filosofía novísima.

Sobresale el Sr. Orti y Lara entre los pensa-

dores que hoy propagan en nuestra patria las doctrinas del escolastisismo renovado, segun lo comprende la moderna escuela italiana, por la pureza de su frase y la sagacidad de su crítica, así como tambien por la fé ardentísima que pone en sus ideas y la perseverancia en defenderlas contra todo linage de enemigos. En el curso de muy pocos años, ha publicado el Sr. Orti y Lara los siguientes escritos, todos encaminados á un mismo fin: *La sòfisteria democrática—Krause y sus discípulos convictos de panteismo.—El racionalismo y la humildad.—Ensayo sobre el catolicismo en sus relaciones en la alteza y dignidad del hombre* y las *Lecciones* sobre el sistema krausista de que acabamos de hacer mencion. Este último libro es el más fundamental entre los que ha producido la pluma dèl catedrático D. Juan Manuel Orti, y por lo tanto vamos á examinar algunas de las cuestiones de mayor importancia que en sus páginas se encierran, y de este modo podremos indicar la significacion que alcanza el nuevo escolasticismo en el cuadro general de la ciencia española de nuestros dias.

III.

El punto de partida donde comienza un sistema filosófico es tambien el primer punto donde debe fijarse el análisis crítico. Y esto es así, porque cuando se conceden ligeramente las premisas, lógicamente suelen aparecernos como verdades las más absurdas consecuencias. Fundado en la consideracion que antecede, vamos á examinar la *Leccion II* del libro del Sr. Orti y Lara, en la cual se trata de la *intuicion yo*, que, como es sabido, forma la primera base ó punto de partida de la escuela krausiana, y de esta suerte quizá veremos al propio tiempo la doctrina que profesa el docto crítico sobre tan importantísima materia.

Dice el Sr. Orti: «Tres condiciones señala Krause al punto de partida de la ciencia trascendental, son á saber: 1.ª, que sea un conocimiento infaliblemente cierto; 2.ª, que sea inmediato é intuitivo; y 3.ª, que esté en la conciencia de todos los hombres.... Hé aquí ahora lo que responde la conciencia pública por boca de Krause: «Sí, yo encuentro en mí un conoci»miento de esta especie, el cual es triple y abra»za: 1.° el conocimiento de mí mismo, de mi

»yo; 2.° el de mis semejantes, de otros hombres »fuera de mí; y 3.° el de los objetos corpó- »reos.». . . . . .

. . . . . .

«Antes de pasar adelante notemos aquí, señores, una omision importantísima y una contradiccion palmaria. Consiste la omision en no haber incluido Krause entre los conocimientos inmediatos, infalibles y poseídos universalmente de los hombres, los primeros principios ó verdades universales conocidas por sí mismas que son la luz del entendimiento y el fundamento y ley de la razon. Tales son los axiomas de las matemáticas, y los principios de la metafísica, singularmente el llamado de contradiccion en las escuelas: *Una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo*. . . . . En estas verdades ideales debiera haber contemplado Krause, los principios de las ciencias humanas.»

No nos parece muy exacto que las verdades *ideales* sean los principios de las ciencias humanas. Si son verdades deben ser *reales*, pues como ha dicho San Agustin la verdad es lo que es. Aun más; si las verdades *ideales* fuesen los principios de las ciencias humanas vendriamos lógicamente á fundar la ciencia sobre la con-

tradiccion hegeliana, porque en cuanto pura idea lo mismo pensamos el sér, que el no sér; y en este caso *viene á ser* lo único permanente la idea del *sér que no es* y de la *nada que es.*

Bien es cierto que tratando de evitar este escollo dice el Sr. Orti que para « demostrar la existencia del principio absoluto de todo ser, *principium essendi*, la razon necesita de un principio y de un hecho; el hecho es la existencia contingente de una cosa cualquiera; el principio la verdad metafísica siguiente; las cosas contingentes tienen la razon de su existencia en un ser necesario.»

Pero dada esta esplicacion del conocer, siempre cabrá preguntar: ¿quién conoce la relacion entre el principio racional y el hecho particular? Y entonces llegamos precisamente á la *intuicion yo,* que es el punto de partida del armonismo krausista, cuya intuicion esplica el Sr. Orti diciendo lo siguiente:

«Procedamos, pues, á esta intuicion, y sea el mismo Krause nuestra guia en el laberinto inextricable donde vais á entrar conmigo. «No »es menester, dice el filósofo aleman, que pen»semos en ninguna de nuestras propiedades cuan»do tenemos conciencia de nosotros mismos; ni »tampoco supone este conocimiento la oposicion

»entre lo esterior y lo interior, ni que pensemos »en el mundo esterior. De aquí que el conteni- »do de la intuicion inmediata *yo*, no es lo mismo »que decir, *yo soy espíritu*, ó *yo soy cuerpo*, ó *yo* »*soy hombre*, en cuyas cosas no necesito cierta- »mente pensar para tener conciencia de mí »mismo. Tampoco puede espresarse en la pro- »posicion *yo soy activo*, pues la actividad es una »propiedad determinada del *yo* y la palabra *yo* »en el principio de la proposicion *soy activo*, de- »nota la intuicion del fundamento de que trata- »mos. Para pensar que *yo soy activo* debo pen- »sar en el *yo* para poder atribuirse el *yo soy* y »por consiguiente el *soy activo*. Tampoco puede »espresarse la intuicion fundamental *yo* diciendo »*yo pienso, yo siento, yo quiero*. Para tener pri- »meramente conciencia de nosotros mismos, no »necesitamos pensar en tales cosas, y el pensa- »miento de todas estas determinaciones presu- »pone el pensamiento *yo*.» En estas palabras está espresado lo esencial de la doctrina de Krause con relacion al yo; ó mejor dicho, á la intuicion fundamental del yo, punto de partida de su ciencia. No es pues el yo que Krause contempla en el principio de su ciencia ningun ser determinado, no es el sugeto real de nuestros pensamientos, no es la persona que considera

en sí misma la doble sustancia espiritual y sensible de que consta nuestra admirable naturaleza, ni es en resolucion ningun principio real de vida ni de accion, ninguna realidad sustancial dotada de cualidades determinadas; es un yo de quien no se puede por lo pronto saber ni declarar otra cosa sino que se vé á sí mismo y dice: yo, sin poder pasar de este punto ni una sola línea.»

¿Son exactas estas calificaciones del señor Orti? Tres soluciones caben respecto al conocimiento del yo: que este conocimiento sea directo, que sea mediante otro término, ó què no sea posible. Si el conocimiento del yo es imposible, toda ciencia es vana, no cabe conocimiento sin saber quién conoce: si es mediante un tercer término, no llevando el yo en sí mismo su verdad, se mata la propia actividad, se arruina el fundamento de la individual determinacion; solo el conocimiento directo del yo puede fundar una personalidad humana que sea imágen y semejanza de la personalidad divina segun lo enseña la filosofía espiritualista.

El Sr. Orti habia afirmado en el comienzo de la leccion de que ahora nos ocupamos, que el error capital de la filosofía alemana consiste en que, olvidando las seguras tradiciones de la es-

colástica, menosprecia locamente los principios formales del entendimiento, y pretende hallar en una realidad primera el principio de la ciencia; es decir, que confunde en un solo término el principio del ser y el del conocer. En verdad que esta confusion aparece muy clara en los sistemas de Fichte, Schelling y Hegel, pero en el armonismo krausista la *intuicion yo*, primer principio de la ciencia analítica, no dice realidad científica, y así lo reconoce el mismo señor Orti cuando considera que esta intuicion es «un yo de quien no se puede por lo pronto saber ni declarar otra cosa sino qué se ve á sí mismo y dice: yo.»

Quizá podrá deducirse de lo que dejamos dicho que nosotros aceptamos como óptimas las enseñanzas acerca de la *intuicion yo* que presenta el sistema krausista, lo cual no seria enteramente exacto. En nuestro pensamiento se levantan grandes dudas acerca de las cuestiones que se suscitan sobre el punto de partida de la ciencia; razon porque nos limitamos á un punto de vista puramente crítico, negando todo aquello que consideramos desacertado en las *Lecciones* del Sr. Orti, sin que para esto tengamos que exponer nuestro propio juicio sobre la última determinacion racional de los abstrusos proble-

mas que ligeramente dejamos indicados. Por lo demás, nosotros no abrigamos la vana pretension de haber resuelto estos problemas en los estrechos límites de un artículo de crítica, siquiera hayamos procurado fijar algunos de los términos más fundamentales entre los que ocasionan la controversia científica de que ahora nos ocupamos.

IV.

Segun hemos visto la *intuicion yo* es el principio de la ciencia analítica en el sistema krausiano, ciencia puramente inductiva y cuyo fundamento supremo es la *intuicion del ser*, que puede considerarse en cierto sentido como el lazo que une el hecho de conciencia y la realidad objetiva. Así pues, la intuicion del ser forma la base ó punto de partida de la ciencia deductiva, la ciencia sintética.

En la *Leccion IV*, se propuso el Sr. Ortí demostrar el panteismo que entraña la intuicion del ser y dice que la doctrina krausista acerca de este punto se puede reducir á los siguientes términos: «el ser infinito y absoluto no se demuestra porque su demostracion habria de partir de otro ser más alto que el ser infinito y absoluto; pero la

imposibilidad de probar su existencia no destruye la certidumbre que tenemos de ella, porque esta certidumbre nace del conocimiento y reconocimiento infinito y absoluto del ser infinito y absoluto. Como la esencia de Dios es el fundamento que contiene todas las cosas, así el pensamiento de esa esencia es la razon de todos los demás pensamientos, el principio indemostrable de la ciencia. No hay, pues, concepto alguno que no forme parte del concepto del ser infinito y absoluto. como no hay realidad alguna que no forme parte de esta realidad suprema: por la cual se demuestran todas las cosas; pero ella no se demuestra por ninguna. Aquí teneis, señores, toda la doctrina panteística de Krause acerca de la imposibilidad de demostrar la existencia del ser infinito y absoluto. La lógica le ha conducido á esta conclusion, como condujo á Spinosa y en general á todos los filósofos panteistas.»

Afirmá el Sr. Orti que esta doctrina es esencialmente panteística, pues «siendo el pensamiento la espresion de la realidad, puesto que de la realidad única, que es Dios, procede por via de identidad todo lo que existe, del pensamiento que de Dios tenemos debe deducir la razon el conocimiento de las cosas finitas, que es esen-

cialmente el mismo conocimiento divino. Y como esta deduccion, por cuya virtud sacamos de la esencia del sér infinito la de los seres contenidos en ella, sea la demostracion lógica de Krause, es evidente que segun la doctrina panteística de este filósofo, el ser infinito y absoluto léjos de ser demostrable por la consideracion de las cosas particulares y finitas, es por el contrario el fundamento de que proceden el conocimiento que tenemos de ellas y el valor de este mismo conocimiento.»

Llegando el Sr. Orti á formular su juicio crítico dice: «Para conocer la falsedad de esta conclusion conviene recordar, que el ser infinito y absoluto de Krause no es el verdadero Dios del buen sentido y de la filosofía católica, sino el concepto puramente abstracto de ser, destituido por consiguiente de valor objetivo. El órden de la realidad consta únicamente de los seres concretos que forman el universo y del Criador que lo sacó de la nada; el concepto general de ser carece en sí de valor real, y si alguno tiene, débelo á los objetos individuales y finitos á quienes se aplica. Cierto, la realidad del ser abstracto é indeterminado que concibe nuestro entendimiento en todas las cosas no es demostrable, por la sencilla razon de que tal

realidad no existe, y porque la razon de ser que es lo primero que percibe el entendimiento es la condicion sin la cual no podemos demostrar cosa ninguna como quiera que nada hay en que no pensemos el ser. Pero lo repito, el ser de que tratamos aquí es el ser puramente ideal ó abstracto; el ser que concebimos en todos los individuos en todas las especies, en todos los géneros; el ser indeterminado y universal formado por la luz intelectual, el cual carece de realidad y subsistencia y no puede ser por consiguiente demostrado por la razon. Si Krause hubiera distinguido este ser puramente ideal del ser verdaderamente infinito y absoluto, no habria dado miserablemente en el panteismo que los confunde, atribuyendo al primero, que es una abstraccion del entendimiento, la realidad de la divina esencia, y al segundo la indemostrabilidad del valor de una nocion á que nada corresponde realmente fuera del espíritu que la concibe.»

Parécenos que al afirmar que «*el órden de la realidad consta únicamente de seres concretos que forman el universo y del Criador que lo sacó de la nada*», y el sostener que «*el concepto general de ser carece en si de valor real, y si alguno tiene débelo únicamente á los objetos individuales*

y finitos á quienes se aplica,» es resucitar el nominalismo de Roscelin y de Occam en la segunda mitad del siglo XIX. Si el concepto de ser no tiene realidad, si es una pura abstraccion deducida de las existencias particulares, síguese lógicamente que la observacion sensible del hecho individual es el camino de la verdad, que la sensacion es el orígen de nuestros conocimientos, que la materia se transforma en pensamiento.

Medite bien el Sr. Ortí las consecuencias necesarias de los principios que establece y vea la profunda sima que se abre bajo sus plantas cuando para combatir el idealismo germánico pide argumentos al nominalismo escolástico que solo es un materialismo no bien definido, imposible de concertar son las verdades sobrenaturales que forman la base de toda religion revelada. Así lo ha visto siempre la Iglesía de Jesucristo condenando repetidas veces las teorías nominalistas y afirmando que el realismo era la verdadera filosofía que se hallaba de acuerdo con los dogmas fundamentales de la religion católica.

Por lo demás al negar el Sr. Orti que la intuicion del ser pueda fundar el conocimiento, viene á encontrarse de acuerdo con el mismo

Hegel, el cual dice que los abstractos, *el ser y la nada,* son como términos iniciales los más pobres de conceptos, puesto que no alcanzan á espresar el ser concreto. Esta parte de la doctrina del filósofo de Stuttgard es la que ha servido y sirve de punto de apoyo á las teorías esencialmente materialistas de la estrema izquierda hegeliana. Volvemos á repetirlo, medite bien el Sr. Orti las consecuencias que fácilmente se deducen de alguno de los principios fundamentales que ha dejado establecidos en el libro que ahora nos ocupa: ciertamente que su clara inteligencia hallará bien pronto los medios hábiles para combatir el sistema krausiano sin recurrir á las peligrosas doctrinas del nominalismo escolástico.

V.

Sobre el valor científico del realismo armónico de Krause se han pronunciado los juicios más opuestos. El doctor Guillermo Hosaeus, citado por el Sr. Orti, dice: «La filosofía de Hegel yace hoy sin vida alguna en Alemania y es un anacronismo resucitarla en España: tal es mi más profunda conviccion, confirmada actualmente por el juicio de las presonas más imparciales. En

cuanto á Krause, jamás ha gozado de autoridad filosófica en Alemania, como la jóven España quiere hacer creer á sus adeptos. Krause era socialista *pur sang*, y socialista que miraba á la práctica de su doctrina; por cuya razon los representantes de la alta ciencia nunca hicieron caso de él. Era optimista; y tenia por su ideal á la Humanidad, y se figuraba ver en la Francmasonería el germen de la regeneracion social del globo. En teoría su sistema no era más que el mismo sistema de Schelling popularizado y un tanto modificado por algunas ideas tomadas del teismo.»

Leonhardi en Alemania; Ahrens, Tiberghien y Sanz del Rio en la Europa latina presentan á Krause como el príncipe de los filósofos modernos. El primero de los pensadores citados afirma que Krause figura á la par de esos grandes filósofos que se llaman Bacon, Descartes, Malebranche, Spiñosa, Leibnizt, Kant y Fichte y que reune en su alto espíritu la piedad religiosa de Leibnitz y el respeto á la razon de Kant.

Nosotros pensamos que la doctrina de Krause es la continuacion progresiva del espíritu que informa las escuelas sincréticas y eclécticas que han sido el necesario precedente histórico del racionalismo armónico. Así vemos que Krause

modifica y procura armonizar bajo una suprema unidad todas las direcciones capitales de la ciencia alemana. Krause afirma, como ya hizo Kant, que es necesario comenzar la ciencia por el conocimiento del hecho de conciencia; pero poniendo la cuestion bajo términos distintos, rechaza la fé práctica como fundamento del saber humano y admite con Schelling y Hegel el conocimiento trascendental y absoluto. Del mismo modo toma su punto de partida en la intuicion yo, tal como lo habia hecho Fichte, pero niega que este término sea el fundamento primero de la realidad para salvarse del idealismo subjetivo y poder admitir el valor de la esperiencia esterna que sostenia Herbart, separándose sin embargo de este último pensador en considerar que el conocimiento sensible solo es esplicable mediante los más altos conceptos de la ciencia metafísica. Por último, Krause, queriendo evitar la oposicion que tantas veces aparece en la historia entre los creyentes en la razon divina y los ensalzadores de la razon humana, admite la revelacion temporal de la verdad religiosa, que de ningun modo puede ser contraria á la eterna revelacion de Dios en el espíritu finito. Pero el filosófo aleman desconfiando de la revelacion religiosa que se verifica en el tiempo, dice, segun la cita del

Sr. Orti, que «el único medio que tienen el entendimiento y el corazon del hombre religioso de conservarse en este punto castos y puros, es que se esfuerce en recibir en sí puramente las *eternas* revelaciones de Dios y todas las otras revelaciones individuales y temporales, ahora sean propias ó agenas que se le den, apreciarlas segun la eterna esencia de su contenido, contrastarlas segun los quilates de las eternas revelaciones de Dios. . . . . Estando la revelacion individual de Dios en armonía con las leyes del desarrollo del ser racional finito, síguese que Dios se revela individualmente á los hombres que ya han sido hechos íntimos de la eterna revelacion de Dios, en conciencia, sentimiento y querer. Cuanto la vida de cada hombre y de la humanidad progresa más en su carrera hacia su madura perfeccion, cuanto más maduramente aumentan el hombre y la humanidad en conocimiento y voluntad de Dios, tanto más aptos y dignos se hacen de recibir individuales revelaciones de Dios.»

Para ensayar esta comprobacion, Krause cita las teorias religiosas de Brahma, Zoroastro, Moisés, Jesucristo y Mahoma y esclama: «Asi se adelantan los pueblos por caminos diferentes y de diferentes partes del conocimiento y del sen-

timiento religioso, dirigiéndose al comun término de la pura y plena intimidad de Dios;—y en esto descansa la esperanza de que tambien la Humanidad de esta tierra en la más alta perfeccion de la ciencia y de la vida, con ayuda de Dios y mediante ulteriores revelaciones de Dios, se levantará á la más alta religion, á la más alta vida religiosa, á la perfecta union armónica del ser, ó la perfecta vida armónica del ser,—libre de preocupaciones y de ciegas reglas de fé, de suposiciones arbitrarias, de la confusion de lo temporal con lo eterno, de toda adoracion de lo finito.»

Claro se ve aqui que Krause niega la religion positiva, pues tanto vale indicar que hay varias revelaciones sobrenaturales como negar la verdad absoluta y esclusiva de cada una de estas revelaciones. Y aquí radica la razon de ser de la protesta que representa el escolasticismo renovado que sigue en sus especulaciones racionales el distinguido profesor de filosofía D. Juan Manuel Orti. Viendo esta escuela que la mayor parte de los sistemas filosóficos modernos niegan la verdad religiosa, afirma que solo el escolasticismo es la ciencia que puede concertarse con los eternos dogmas del catolicismo. Pero si los Santos Padres de la escuela de Alejandría mo-

dificaron el platonismo hasta hallar su concierto con la verdad religiosa; si los católicos doctores de la edad media hicieron lo propio con las doctrinas aristotélicas; ¿seria imposible traer al seno del catolicismo las verdades parciales que se encierran en algunos de los modernos sistemas racionalistas?

Los que creen que la ciencia de una época histórica es la última palabra de la humana sabiduría debieran tener presentes las doctrinas que espuso el P. Matignon, en una série de artículos sobre el *Pasado y porvenir de la teología*, publicados el año de 1864 en la revista francesa titulada: *Estudios religiosos*. Hé aquí las palabras del ilustre jesuita francés, que resúmen sus opiniones respecto al asunto que ahora nos ocupa:

«Una prudente economía de acuerdo con el plan divino y con la institucion misma fundada por Jesucristo, afirmará al propio tiempo la conservacion de las tradiciones de la Iglesia y el ejercicio de todas sus fuerzas vivas. Nada vacilará, ni el pasado cuya grandeza será respetada ni el porvenir cuyos progresos serán alentados. El Espíritu Santo que ha prometido estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos, no será mirado como el privilegio de una sola época, y

sin renegar de nuestras glorias pasadas, no creeremos que un mortal, aun cuando fuese propiamente un Tomás de Aquino, haya podido fijar las columnas de Hércules del espíritu humano y de la teología.»

Escúchense tan discretas advertencias, y no se confunda jamás la revelacion de la verdad eterna con los sistemas de la ciencia humana en lo que tienen de transitorio, que es precisamente su manifestacion histórica: si no ha existido, si no puede existir ningun mortal, siquiera se llame Santo Tomás de Aquino, que fije las columnas de Hércules del espíritu humano y de la teología, claramente se vé que los horizontes de la ciencia son infinitos, que la absoluta perfeccion es el secreto de un porvenir siempre visible y jamás realizado: la perfeccion absoluta es Dios mismo, orígen de todo lo creado como causa, y fin de la humanidad como aspiracion eterna hácia la realidad suprema.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA.

Caractéres históricos de la Iglesia Española, por el presbítero D. Fernando de Castro.

I.

Los elementos fundamentales que forman todas las ciencias, se manifiestan desde el primer momento de la vida de la humanidad, y eternamente han existido en Dios. Y sin embargo, el célebre Vico, no cedió á una pretension vanidosa cuando al publicar un libro de filosofía de la historia, escribió en su portada: «la ciencia nueva.» Expliquemos esta aparente contradiccion.

Los elementos fundamentales que forman la filosofía de la historia se habian manifestado

desde la más remota antigüedad. En todas las teogonías del antiguo Oriente, se halla el gérmen de una teoría sobre el destino general de la humanidad. Singularmente en los textos bíblicos y en los primeros historiadores cristianos, las leyes eternas de la historia aparecen ya de todo punto determinadas. El *Pentatéuco*, de Moisés, la *Ciudad de Dios*, de S. Agustin, las historias de Salviano y de Orosio, definen claramente la ley de unidad humana en la creacion genesiaca, la ley de solidaridad en la pena del pecado original, la ley del progreso en el dogma de la redencion por la fé y el sacrificio. Vico no añadió nada á estas leyes, ya anteriormente esplicadas, quizá desconoció alguna, y sin embargo su libro marca un gran adelantamiento, su libro fué verdaderamente la manifestacion de una nueva ciencia, la filosofía de la historia. Y la verdad de esto consiste en que la humana ciencia no es solo saber, sino más bien saber que se sabe.

II.

La filosofía de la historia ha dado á los estudios sobre la vida de la humaninad una direccion fecundísima en grandes enseñanzas: la fi-

losofía de la historia ha dicho: la humanidad debe tener necesariamente un fin; creyendo en Dios, este fin debe ser el bien; el perfeccionamiento es el camino para ir al bien; la ley del progreso es la ley de la humanidad.

La poderosa inteligencia de Zoroastro, rompiendo la confusion sobrenaturalista en que vivian los pueblos orientales, ya habia enseñado que existian desde toda la eternidad dos principios contrarios, el bien y el mal, cuya lucha formaba el tejido de la creacion; pero que el término de esta jigantesca lucha seria el triunfo definitivo del principio del bien, el reinado de la justicia. El mundo greco-romano no escuchó tan sublime presentimiento; colocó la edad de oro en la cuna de la humanidad, y dijo con el discípulo de Pitágoras, Ocelio de Lucania, y con el historiador Floro que los pueblos eran estacionarios, y afirmó con el poeta Horacio que las generaciones degeneraban sucesivamente, y enseñó con el filosófo Platon que cuando todos los astros volviesen á ocupar su posicion primera, se realizarian sobre el haz de la tierra acontecimientos enteramente idénticos á los que anteriormente habian pasado.

Necesaria fué la revelacion cristiana para que comenzase á verse la realizacion histórica de la

ley del progreso. El pueblo de Israel habia creido en su futura grandeza, ponia en el porvenir su edad de oro; alzaba templos á la esperanza, mientras los otros pueblos de la antigüedad solo adoraban la poesía del recuerdo.

Al llegar el prometido Salvador, sus palabras sobre la perfeccion enseñaron que el hombre es perfectible. Su discípulo más amado, San Juan, en su doctrina sobre el amor divino, continúa esta enseñanza. En los cinco primeros siglos de la Iglesia, San Pablo afirma en algunos versículos de sus epístolas que el hombre ha llegado á su mayor edad: San Juan Clímaco habla de la humanidad progresiva; Orígenes, San Justino, y San Clemente de Alejandría consideran la filosofía griega como una preparacion racional de la religion cristiana; y por último, San Vicente de Lerins, siguiendo estas doctrinas, escribe lo siguiente en su célebre *Conmonitorio*:

«¿No es permitido adelantar en el estudio de la religion? Sí en verdad, y todo lo que más se pueda: preciso seria declararse enemigo de de Dios para decir que esto no es lícito y reprobarlo. Pero adelantar en la fé no es trocarla; la perfeccion supone la permanencia constante; es el crecimiento, no la variacion, ni el cambio;

progresar no es otra cosa que adelantar y adelantar sin que la cosa deje de ser lo que era, ni se convierta en otra de modo alguno. Yo aplaudo el que una santa emulacion inflame tanto á los fieles en particular, como al cuerpo entero de la Iglesia; cada siglo debe enriquecerse con el que le precedió y adelantar en saber, en inteligencia, en gusto por las cosas divinas, sin separarse nunca del mismo sentido, de la misma fé y de los mismos dogmas . . . . . .

. . . . . .

Es, pues, menester que la religion cristiana sea reglada en su doctrina y siga las gradaciones de sus mayores desenvolvimientos. Es menester que se estienda con la sucesion de los tiempos, que se asegure con el curso de los años, y que con la serie de los siglos se eleve á la perfeccion que espera de su celestial orígen.»

III.

Durante la edad media la variedad domina en la vida histórica. El cisma griego, niega la unidad en el órden espiritual; las luchas entre el sacerdocio y el imperio, niegan la armonía en el órden social; el feudalismo, niega la autoridad suprema en la esfera política; el misticismo

exagerado, condena con una condenacion absoluta todas las manifestaciones del espíritu humano, anteriores á la aparicion del cristianismo. No era posible entonces la historia universal. Solo se escribieron crónicas, vidas de santos, leyendas heróicas, se referian los hechos, rara vez se levantaba la consideracion del narrador á la indagacion de sus causas.

El renacimiento, considerado en sus primeras manifestaciones, fué la evocacion de toda la cultura greco-romana. Al negar la inspiracion que produjo la vírgen cristiana cubierta de honestas vestiduras, se pintaron ángeles que recordaban en demasía las antiguas vacantes coronadas de flores. Al negar la verdad de la filosofía de Santo Tomás de Aquino, se levantaron altares á Platon, á Pitágoras, á Tales de Mileto, á Zenon y tambien á Aristóteles, afirmando que no habia sido comprendido por los doctores escolásticos.

Siguiendo el espíritu de su época el célebre Maquiavelo en sus *Discursos sobre Tito Livio*, renovó el pesimismo que habian inspirado á Caton de Utica sus últimas palabras, y dijo: «la sociedad camina de lo malo á lo peor.»

Un obispo católico, *el águila de Meaux*, volvió á proclamar la antigua y casi olvidada dis-

ciplina de la historia, segun la concepcion cristiana. El gran Bossuet, dijo: «Despues de seis mil años de observacion, el espíritu humano no se ha agotado; aun busca y encuentra; y conoce bien que encontrará hasta lo infinito, y que solo la pereza puede limitar sus conocimientos y sus invenciones.»

IV.

Estaban dados todos los elementos que forman la ciencia de la historia. Los pueblos orientales, el mundo greco-romano y la edad media constituian tres periodos históricos, sobre los cuales cabia la induccion, examinando los hechos, y la deduccion, mirando desde el presente todo el camino recorrido.

La privilegiada inteligencia de Juan Bautista Vico reunió reflexivamente las direcciones capitales de los pensadores que le habian precedido en el estudio de las leyes biológicas de la humanidad, y escribió una obra titulada; *Principios de una ciencia nueva, conforme á la naturaleza comun de las naciones,* que forma ya un verdadero sistema de filosofía de la historia.

Todos los talentos de primer órden siguen una tendencia armonizadora, que es el orígen

de los sistemas sincréticos y eclécticos, hoy generalmente menospreciados, más por el influjo de la moda, deidad que tambien impera hasta en las regiones de la ciencia, que por desapasionado discurso y prueba verdaderamente racional. En el libro de Vico se descubre fácilmente esta tendencia armónica, que cuando no está bien definida, produce siempre soluciones de término medio. Así acontece en *La ciencia nueva*. Entre la doctrina del pueblo estacionario, proclamada en el mundo greco-romano, y la idea del progreso, que se halla implícita ó esplícitamente en las enseñanzas de los primeros Santos Padres, Vico vacila, y establece la teoría de los círculos, dejando entrever vagamente la probabilidad de su mayor comprension en grados sucesivos. Del mismo modo, Vico conoce la antigua teoría que consideraba al pueblo aisladamente, como en todo semejante al individuo, y por lo tanto sujeto á la ley de nacer, crecer, envejecer y morir; y sabe tambien que la Iglesia católica considera á la humanidad como toda una; la humanidad es solidaria en el bien por la oracion, y solidaria en el mal por el pecado del Paraiso, y entre estas doctrinas buscar un término de conciliacion, presentando en la série lógica que invariablemente recorren

todas las civilizaciones la concepcion individual del pueblo, y en la ley general de renovacion de estas civilizaciones, la idea de la humanidad, siempre una en su esencia, y siempre diferente en sus manifestaciones temporales.

V.

Puestos los cimientos de la ciencia de la historia en la obra de Vico, todos los pensadores dirigieron sus miradas á esta nueva esfera de los conocimientos humanos y se produjeron sistemas sin cuento que recorren todas las fases de la inteligencia individual, desde el empirismo de Montesquieu, Burke y Savigni, hasta el idealismo de Herder, Fichte y Hegel. Pero en medio de esta variedad se oyeron voces poderosas que desde campos muy opuestos proclamaban la ley del progreso humano como verdad inconcusa y que debia ser universalmente admitida. Bacon, en Inglaterra; Condorcet, en Francia; Kant, en Alemania; todos afirmaron bajo distintos conceptos que el hombre es perfeptible, que el hombre se perfecciona, que la humanidad progresa. En nuestra España el reformista Feijóo, en su *Teatro crítico universal,* solo se atrevió á negar la senectud moral y material del

mundo que algunos de sus coetáneos sostenian; y aun mucho despues el insigne marqués de Valdegamas, al combatir la concepcion del progreso segun el racionalismo, llegó á decir que la ley del retroceso es la ley de la humanidad.

El ferviente católico Ozanam, comprendiendo mejor el espíritu de la Iglesia, ha dicho:

«Hay dos doctrinas del progreso: la una ofreciendo á los pueblos un paraíso terrestre al fin de un camino de flores, y que solo puede producir un infierno terrestre al fin de un camino de sangre; la otra, de orígen cristiano, reconociendo el progreso en la victoria del espíritu sobre el sensualismo de la carne, y no prometiendo nada, sino como la prez de este combate.»

Entendida así la ley del progreso humano, bien puede contestarse á las acusaciones de fatalismo y orgullo, que fundadamente se lanzan sobre su concepcion racionalista, diciendo tambien con el mismo Ozanam:

«Esta doctrina de fatalismo y orgullo, destruye el orgullo y el fatalismo; por ella la historia del progreso, no es solo la ley del hombre, sino la ley de Dios, respetando y realizando su obra por medio de séres libres y responsables.»

VI.

En España hace años que se oye la predicacion racionalista de la idea del progreso. En libros, folletos y discursos se ha presentado la ley del progreso como la justificacion de todas las instituciones, de todas las doctrinas; pudiera decirse, que se ha pretendido llevar ol optimismo hasta la negacion del crímen individual. Aun más: fundándose en la teoría del progreso se ha pretendido negar toda revelacion religiosa, siguiendo en esto las enseñanzas del perpétuo *llegar á ser* que explicaba Proudon, diciendo: «Que el progreso es la afirmacion del movimiento universal, y de consiguiente, la negacion de toda forma inmutable, de todas las doctrinas que pretenden poder aplicarse eternamente á cualquier ser; la negacion de todo órden permanente, sin exceptuar el órden del universo; de todo sugeto ú objeto empírico ó trascendental, que no sea transformable.»

Por una reaccion fácil de esplicar y no *justificable,* pues, el indivíduo siempre es libre, los pensadores católicos al llegar á la cuestion sobre la ley del progreso, unos han enmudecido, y otros, siguiendo las tradiciones de Valdega-

mas, la han negado, considerándola contraria á las enseñanzas cristianas. Si algun escritor oscuro y desconocido ha intentado rebatir tan funesta conclusion, sus esfuerzos han pasado desapercibidos, su voz no era bastante poderosa para que fuese oida entre el fragor del combate que libran las pasiones exacerbadas en el momento histórico en que hoy vivimos.

Para que la idea del progreso cristiano fuese escuchada en medio de esta tristísima contienda, preciso era que la autoridad de la persona llamase la atencion sobre una doctrina que es mirada por muchos católicos como próxima al racionalismo, y rechazada por los racionalistas como una forma supersticiosa que admite la accion divina sobre los destinos de la humanidad.

El presbítero D. Fernando de Castro, catedrático en la facultad de filosofía y letras de la Universidad de Madrid, al tomar asiento en la Real Academia de la Historia el dia 7 de Enero del presente año (1866), ha presentado en su discurso de recepcion la ley del progreso conforme á las doctrinas cristianas, realizando así la aspiracion generalmente sentida entre los que creemos que sobre las luchas ardientes de las pasiones debe alzarse siempre serena, siem-

pre universal, *católica*, la poderosa palabra del sacerdote cristiano.

Reseñando las condiciones personales del señor Castro, ha dicho un articulista que nos ha precedido en el exámen de su discurso: «Espíritu reflexivo, inspirado por un alto sentido moral que tiene á un tiempo de la austeridad del estóico y de la dulzura del cristiano; carácter varonil habituado á concertar la franqueza y el desembarazo con la mesura y la circunspeccion, —concierto tanto raro hoy dia, en que suele tomarse por franqueza el olvido de todo respeto divino y humano, y por circunspeccion, el disimulo y la servil complacencia;—uniendo en su persona el doble ministerio de la fé y la razon, como si quisiera dar con ello testimonio de su íntima alianza, el Sr. Castro, apartado con firme voluntad de la ardiente arena de los partidos políticos, poseia todas las dotes necesarias para abordar convenientemente los árduos problemas que entraña su discurso; y es, en verdad, una leccion viva y elocuente para cuantos puedan hallarse en situaciones análogas, por su modestia y por su dignidad, por su perseverancia y por su moderacion, por su piedad y por su ciencia (1).»

(1) Artículo de D. Francisco Giner, publicado en la *Revista Hispano-Americana.*

VII.

Segun nuestro juicio, propúsose el Sr. Castro hacer patente, cómo y bajo qué forma se ha cumplido la ley del progreso en la concepcion religiosa del pueblo español, sin salir jamás de los límites que marca la ordoxia católica, y eligió atinadamente por tema de su discurso: *Caractéres históricos de la Iglesia española.*

Cuando aparece una nueva idea ó una nueva doctrina, su primer carácter es la exclusion, la negacion de todas las anteriores, podria decirse que es la unidad sin variedad, la unidad ideal. Así, al abrazar el catolicismo los monarcas visigodos, pretenden fundar en la religion concebida abstractamente, todos los fines de la vida humana. Verdad es que la religion es la esfera superior donde vive el hombre, pero la relacion del hombre con Dios (religion) necesita la fé como ley del conocimiento en lo divino, la esperanza en la Providencia, como ley de movimiento en el individuo, y la caridad como ley de armonía en el amor á la humanidad, fundado en el amor de Dios.

Aún más: el espíritu del catolicismo exige la bondad en el indivíduo para llegar al bien so-

cial, y desconociendo este sentido real y activo de las virtudes cristianas, los monarcas visigodos forjan un ideal del derecho y escriben en el *Fuero juzgo* la igualdad legal de visigodos y de hispanos-romanos, de conquistadores y de conquistados.

Pero las más santas ideas escritas en los códigos son siempre ineficaces, frecuentemente dañosas, cuando los pueblos sujetos á estos códigos las menosprecian ó no las comprenden. El *Fuero juzgo* no fundió, no podia fundir en una las dos razas que vivian bajo el cielo de España. El ideal religioso que levantaba el clero no se comprendia sino como el sometimiento total del poder civil á la autoridad religiosa: y por esto Recaredo en el acto de convertirse decia á los obispos: «Acordad lo que debo hacer, y me conformaré con ello.»

La ley, en desacuerdo con el estado social, y la religion no bien observada, produjeron, como naturales consecuencias, la corrupcion de las costumbres, el decaimiento de los caractéres, y por último, la pérdida de la independencia nacional en la rota del Guadalete.

«La cimitarra de los árabes, dice el Sr. Castro, rompió la unidad política que habian fundado la espada de Leovigildo, la habilidad de

Chindasvinto y la sabiduría de los Concilios de Toledo. Y hablando históricamente, así debia suceder, porque contra las leyes de la naturaleza, contra lo que era el destino de las razas septentrionales, y que venia cumpliéndose en todas ellas, se quiso aquí formar el todo antes de que se desarrollase libre y espontáneamente cada una de sus partes. Se rompió esa unidad y cayó dividida en mil pedazos. ¿Se quebrantó tambien á la vez la unidad de la Iglesia española?»

Muy fácil era que así aconteciese, teniendo en cuenta las diferencias que se establecieron entre las comarcas dominadas por los árabes y las tierras reconquistadas por los cristianos. Era necesario un fuerte lazo, una forma coercitiva, que prontamente evitase tan inminente peligro.

Es decir; despues de la unidad de fé, que segun el Sr. Castro forma el primer carácter de la Iglesia española, debia seguir la unidad de disciplina necesariamente exigida por el espíritu del catolicismo. El estado social de Europa durante la edad media, «mezcla informe y confusa de ideas antiguas y nuevas, de instituciones romanas y bárbaras, de razas y pueblos distintos y eternamente rivales, de señores y siervos, de hombres libres y esclavos, de usos,

costumbres, derechos, fueros, privilegios y pretensiones en lucha y guerra perpétua, incapaz todo ello de fundar nada general y permanente, debian cambiar y dejar de hostilizarse estos elementos, desde el instante en que se creyese que habian adquirido *de por sí* bastante fuerza civil para *unirse* y constituir las unidades superiores inmediatas, llamadas nacionalidades, como base para la inmediata superior europea, y esta para la más alta que se dice universal ó de la humanidad.». . . . . .

. . . . . .

«El único elemento de unidad, en medio de tantos contrarios entre sí, era el catolicismo. Un hombre de su seno que, tomando en peso la sociedad entera, la levantase en cuerpo y en espíritu á nuevos destinos y mejores tiempos, educándola, centralizando el poder espiritual, alejando los desmanes del temporal, y moralizando á la vez á los dos, era la suprema necesidad de la época. Este hombre nos lo deparó la Providencia: fué el pontífice *San Gregorio VII.*

«Más antes de someter á esta reforma á los reyes y sus reinos era preciso centralizar las Iglesias de esos mismos reinos. Porque si bien es verdad que reconocian todas en principio la autoridad suprema de la Iglesia romana, prác-

ticamente se gobernaban con cierta independencia por medio de sus metropolitanos y primados. Y como estos eran, por lo comun, señores feudales, de vida no muy ajustada, y guerreros además, bajo la dependencia de los reyes, de quienes recibian la investidura de los beneficios eclesiásticos, la *simonía* y el *concubinato* eran los dos vicios que más se oponian á la unidad é independencia de la Iglesia.»

Debe decirse en honra de España que los reyes y los obispos ya habian comenzado á trabajar en la mejora de las costumbres, como puede verse en los Concilios de Leon y de Coyanza, mucho antes que Gregorio VII ni como cardenal ni como Pontífice pensara en planes de reforma.

«Sin renunciar á ser católica nuestra nacion, continúa diciendo el Sr. Castro; no podia dejar de entrar á formar parte de esa unidad europea en el sentido que la iba á constituir Gregorio VII, arrancando la cristiandad europea del derechó bárbaro feudal, para levantarla á un derecho universal cristiano. Más el modo puede decirse violento, con que se nos hizo entrar en este camino por manejos de legados, tales como Hugo Cándido y el célebre Ricardo, y la manera depresiva é injuriosa con que se nos quiso

reformar por medio de los monjes cluniacenses, á guisa de país sin convertir, ¿aparecen de alguna manera justificados? . . . . . .

«El Concilio de Francfort, al condenar á Félix y á Elipando, habia dicho por boca de Cárlo Magno, aludiendo á los santos obispos toledanos, «que no es maravilla que los hijos se parezcan á los padres.» Gregorio VII asentia sin duda á esta opinion, pues llegó á afirmar que entre nosotros, por causa de los priscilianistas, arrianos y sarracenos, *non solum religio est diminuta, verum etiam mundanæ sunt opes labefactæ*; se atreve aun á denigrar con la calificacion de *supersticion toledana* al antiguo rito nacional, en el que tantas generaciones y tan gran número de santos que veneramos en los altares, habian levantado su espíritu á Dios con fervientes plegarias; y á la vez que prodiga lisonjas sin cuento al rey de Aragon, hasta llamarle el nuevo Moisés, por su docilidad en abolir la liturgia española, y por haber hecho su reino tributario de la Santa Sede, trata con desden á los valientes castellanos, quienes luchando bizarramente contra el agareno, habian sacado ilesa de este naufragio la fé de Cristo y de su Iglesia, é intenta hacer tambien feudatario de Roma el reino de Castilla »

«¿Hay exactitud en esas apreciaciones? Se guardaron á las cosas y á las personas los miramientos debidos á lo que hay de sagrado en las unas y de respetable en las otras?»

No en verdad; y sin embargo, de los medios violentos que se usaron en España para llevar á cabo la reforma de Gregorio VII, «el clero español antes de fallarse el proceso contra su disciplina, ha representado, no solo, sino unido con su grey; despues de fallado, no se subleva, no desobedece; calla y acata las órdenes del rey y del Pontífice. Conservará un altar en Toledo, y guardará en su corazon un cariñoso recuerdo al culto de sus padres y de su patria: pero sacrificará en aras de la unidad católica *la libertad de su disciplina*. «E llorando todos é doliéndose por éste trasmudamiento de Igresia, levantóse entonces allí este proverbio que retrahen aun hoy en dia las gentes y dicen: *Do quieren reyes, allá van leyes.*»

VIII.

Despues de la unidad de fé y de disciplina, debia definirse claramente la unidad de vida y de costumbres. Tal es la significacion de ese insigne monumento levantado al catolicismo en el

concilio de Trento, cuya celebracion se debió muy principalmente á la iniciativa de nuestra patria. En esta docta asamblea los prelados españoles, singularmente Guerrero, Ayala y Vozmediano, se señalaron por su ciencia y doctrina, combatiendo con gran libertad de espíritu «los abusos introducidos por las decretales isidorianas á fin de fijar en la Iglesia católica cierta *unidad de vida cristiana.*»

Del mismo modo en la lucha con la hérejía de Lutero, los monarcas austriacos prefieren matar al hombre á convertirlo, pero «los españoles de pura raza, los Luises, las Teresas, los Carranzas y Hernandos de Talavera, los Hurtados de Mendoza, Sigüenzas, Nebrijas, Brocenses, Arias Montanos y Marianas: los santos y los sábios, en suma, prefirieron salvarlo por la caridad y la persuasion.»

Este levantado pensamiento guió tambien á San Ignacio de Loyola cuando al fundar la Compañía de Jesus, intentó «personificar en una institucion religiosa la idea de una vida cristiana más en consonancia con la universal de la humanidad. Esta fórmula consiste en hacer una vida concertada por do quiera, con la doble naturaleza espiritual y corporal del hombre y su condicion individual y social. Cuadraba á tan

noble propósito estender y perfeccionar las excelencias que distinguen al catolicismo del protestantismo. A la independencia de la Iglesia en el Estado, á la belleza del arte armonizada con la severidad de la religion, á un culto espresivo y más conforme á las aspiraciones y dolores del alma humana, convenia añadir una virtud no laxa, no casuística, no esterior ni forzada, sino espontánea, interior, moral y varonil; tampoco fria, desabrida é intransigente, como es la de toda secta, antes bien grave, severa, espansiva, dulce, en una palabra, caritativa: lo cual seria asestar al protestantismo uno de los golpes más certeros que pudieran gravemente herirlo.»

«Para la realizacion de esta idea de vida humana dentro del catolicismo, han trabajado los jesuitas por diferentes caminos; entregándose unos á la vida contemplativa, otros á la científica, los más pacientes y mejor acondicionados á la enseñanza, los más sagaces y de mundo á frecuentar las córtes y los palacios. A diferencia de las órdenes religiosas de la edad media, no se encerraron en el fin inmediato de la penitencia y de la teología, sino que admitieron todos los estudios contemporáneos, bajo la doble y acertada conviccion de que la ignorancia y atraso del clero habian dado ocasion á la here-

jía, y de que solo ilustrándolo podria ser esta victoriosamente refutada. Y para tomar parte en todas las relaciones sociales, y para obrar con toda libertad dónde y cómo quiera que conviniese al fin de su instituto, adoptaron el trage del clero secular, se establecieron en las ciudades más populosas, se acomodaron á las leyes de cada país, se educaron á lo cortesano, se dispensaron de las horas canónicas en comunidad, renunciaron á las dignidades eclesiásticas y observaron una conducta irreprensible....»

. . . . . .

. . . . . .

«Nuestra es á no dudarlo, termina diciendo el Sr. Castro, la iniciativa de una vida cristiana en armonía con las ocupaciones de cada estado, y en virtud de esa ley de desenvolvimiento progresivo á que se presta el catolicismo, y que tan exactamente supo definir Vicente de Lerins en su *Conmonitorio*, el ideal de la virtud para las personas del siglo, no fué ya el monaquismo con sus rigores y austeridades, sino la Iglesia de Dios, como madre, con sus misericordias y consolaciones.»

IX.

La unidad de relaciones entre la Iglesia y el Estado, es el cuarto carácter histórico que el Sr. Castro encuentra en la Iglesia española, y sin analizar esta parte de su discurso, por hallarse fuera del propósito que ahora mueve nuestra pluma, pasaremos á ocuparnos de las consecuencias que ha visto el nuevo académico en las premisas que deja sentadas, y del modo verdaderamente cristiano como ha entendido y espuesto la realizacion histórica de la ley del progreso.

A esta importantísima pregunta ¿qué debe hacer la Iglesia española en los tiempos presentes, de conformidad con lo que ha hecho en los pasados? contesta el Sr. Castro diciendo entre otras cosas:

«¡Ah! si el que se honra con hablaros tuviese alguna dignidad ó representacion en la Iglesia de su país, si valiese algo el interés que siente por el lustre de su estado, si su voz fuese autorizada, él la levantaria tan alto como pudiera para dar la de *alerta*, y decir: ¡Que no se aparte el clero español de su grey, so pretesto de que se hace civil y se secularizal ¡Que deseche

como un pensamiento peligroso el de mantener la unidad católica en España de otra manera que por el atractivo irresistible de la moderacion, de la suavidad y tolerancia cristianas! ¡Qué lejos de juzgar un estravío y sin razon las tendencias de la civilizacion moderna en lo que no contrarien realmente su fé, las considere como una ley histórica ineludible del progreso humano, consecuencia necesaria de una nocion más clara del derecho, el cual va estableciendo con mayor fijeza las atribuciones entre los diferentes poderes sociales, haciendo más imposibles cada dia los conflictos entre los reyes y los Pontífices! «¿Qué significa, decia Balmes, ese homenaje »tributado á la libertad, á las reformas, á la to»lerancia y al progreso? ¿Todos los que lo ha«cen son débiles ó ciegos? Entonces, ¿dónde es»tán los fuertes y los que tienen vista? Es preci»so... no lanzar un ¡ay! de espanto á cada pare»don que se desploma de los antiguos edificios del »mundo político. Todo lo humano envejece, to»do se reduce á polvo: los mismos cielos y la »tierra pasarán; lo que no pasará es la palabra »de Dios.» En este mismo sentido se espresan hoy Ketteler, Darboy, Dupanloup, Gratry, Dollinger, el jesuita Matignon y otros, y del mismo modo pensaron Wiseman y Lacordaire.»

Precisando aun mas la cuestion, maracando el fin esencial que cumple hoy realizar á la Iglesia española con respecto al porvenir del catolicismo, dice el señor Castro que debe pedir respetuosamente al Soberano Pontífice la celebracion de un concilio ecuménico donde se abra á todas las sectas cristianas un certámen solémne igual al que España promovió en el memorable Concilio Tridentino. «Nunca como hoy, añade el Sr. Castro, debe la Iglesia española, siendo leal á su inmaculada historia y continuándola segun el espiritu y necesidades de los presentes tiempos, aspirar y aun procurar por todos los medios pacíficos y caritativos que le sugiera su celo que se reunan el mayor número posible de fuerzas cristianas para hacer frente á los peligros que corre, no solo el catolicismo, sino toda religion revelada.»

«Mas debe prepararse á la lucha inspirándose del espíritu de Dios y del de su siglo; no olvidar durante ella lo muy admirada y aplaudida que ha sido siempre por su dignidad, circunspeccion, discernimiento y carácter concienzudo; y tener presente que, sea por prudencia, por cultura, por caridad ó por conviccion, nuestra sociedad condena igualmente las revoluciones y las persecuciones. Advierta no menos que para triunfar hoy

del siglo el catolicismo, necesita moverse en mucho más anchuroso espacio que el de la actualidad. No cabe sino en el mundo. «Es como el grano de mostaza que siendo, al decir del Evangelio, la menor de las simientes, crece y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen á anidar en sus ramas.» Desde el momento en que por la exageracíon y falta de caridad se le estrecha y achica haciéndolo exclusivo de una raza, menos de una nacion, menos aun de un grupo de personas que pretenden amoldarlo á sus miras, se le mutila y arrincona, reduciéndolo á la mezquina categoría de secta ó de partido. Se le priva de su carácter más honorífico y grandioso: la expansion y la universalidad, lo que precisamente falta á todas las otras religiones, el único lazo que puede unirlo con ella. «Los que así piensan son, como dice el autor de la *Vida de César,* ciegos y culpables. Ciegos porque no vèn la impotencia de sus esfuerzos para suspender el triunfo definitivo del bien; culpables porque no hacen más que retardar el progreso, entorpeciendo su pronta y fecunda aplicacion.» En vez de aprisionar al catolicismo dentro de líneas artificiales trazadas por la
encia, en lugar de contener su mo
pansivo, dejésele volar en alas de

la tolerancia, como vuelan la Europa y el Nuevo Mundo en las del vapor y la electricidad.»

Al señalar el Sr. Castro los *Caractéres históricos de la Iglesia española* ha puesto de manifiesto la ley progresiva de la humanidad, realizándose en la institucion religiosa sin negar jamás la inmutabilidad del dogma; antes bien afirmándole y extendiéndole desde la unidad de fé hasta la unidad de disciplina, y de aquí, á la unidad de vida cristiana.

Pero este progreso no es una ley ciega y fatal que se realiza sin esfuerzo y sin conciencia por parte de la humanidad. No; el Sr. Castro dice terminantemente al hablar de la caida del reino visigodo, «que el progreso de la civilizacion humana, aun cuando necesario é indeclinable, no exime de responsabilidad á los indivíduos ni á las naciones.» El Sr. Castro, conforme con el pensamiento de Ozanam, anteriormente citado, considera todo progreso como el premio de un combate. La fusion de las dos razas que componian el pueblo español, fué el premio del glorioso esfuerzo llevado á cabo en las guerras de la reconquista; la unidad de disciplina fué debida á la abnegacion del clero y del pueblo que cedió en su derecho histórico ante una idea de órden necesario; la más clara conciencia de la vida

segun el cristianismo, al combate que tuvo que librar la Iglesia contra el ascetismo herético de los primeros luteranos.

Así vemos renovada en el discurso del presbítero D. Fernando de Castro, la noble tradicion de la Iglesia española, habilmente concertada con las más levantadas aspiraciones de la filosofía novísima. Espíritus estréchos dicen que para afirmar las creencias tradicionales, es necesario negar toda la ciencia moderna; espíritus malévolos afirman que la religion presente es incompatible con la ciencia del porvenir. ¡Desventurada humanidad, si tales juicios fuesen ciertos! La palabra de un sacerdote católico proclamando la concordia entre la fé y la razon, entre la religion y la ciencia, debe hallar eco en todos los corazones generosos, debe ser atendida por todos los que, sin renegar del espíritu de nuestro siglo, quieran conservar incólumes las creencias de sus mayores.

DEL MOVIMIENTO CIENTÍFICO

EN CUBA.

Estudiar el estado social de las provincias ultramarinas que forman parte de la nacion española; procurar sostener y acrecentar todas las relaciones de buen afecto que las deben unir con la madre pátria; buscar en la atraccion que siempre ejerce un proceder justo y leal la segura garantía contra las probables complicaciones, que acaso se esconden entre los pliegues de un porvenir desconocido; todo esto debiera ser política constante en los gobiernos españoles, si la gestion de los negocios públicos se realizase conforme á las más sencillas reglas de la razon, si en esta tierra de España se distinguiese claramente la diferencia que existe entre mandar y gobernar.

Este deber de los gobiernos españoles alcanza tambien, en grados sucesivos, á todos los que se ocupan de política en nuestra pátria, y así mismo á los que intentan seguir las fases de la cultura nacional. Y sube de punto el valor de las indicaciones expuestas, si fijamos nuestra consideracion en la isla de Cuba, cuyo movimiento científico y literario presenta un carácter de progreso, que tal vez aventaja al que se nota en las principales ciudades de la península española.

Las poesías de Heredia, Plácido y Milanés, han logrado traspasar los mares y son bien conocidas y justamente apreciadas por el público literario de la capital del reino, habiéndose publicado algunos juicios críticos acerca de estos poetas en el *Semanario Pintoresco Español*, en la *Revista Española de Ambos Mundos* y en algunos otros periódicos y revistas científicas y literarias. Pero si la inspiracion artística nacida bajo el ardiente sol americano, ha encontrado admiradores entre los hijos de Castilla, los trabajos científicos publicados en la Habana en los cinco últimos lustros, son casi totalmente desconocidos entre nosotros, más dados á admirar los vuelos del ingénio, que las meditaciones de la razon reflexiva.

No cabe en los estrechos límites de un artículo de revista presentar el cuadro completo del movimiento intelectual que en estos últimos años se ha desenvuelto en la isla de Cuba, y por esta causa reduciremos nuestro propósito á indicar ligeramente los nombres y teorías de los escritores cubanos, que se han ocupado de ciencias naturales, y despues expondremos, con alguna mayor extension, las teorías filosóficas que allí han dominado, siguiendo en esta exposicion las indicaciones que aparecen en un libro publicado en la Habana el año de 1862, cuya portada dice á la letra:

De la filosofía en la Habana: discurso por D. José Manuel Mestre, doctor en filosofía y catedrático de la misma facultad en la Real Universidad Literaria. Seguido de una carta inédita del presbítero D. Félix Varela, y un artículo del doctor D. José Z. Gonzalez del Valle.

I.

El doctor Zambrana, D. Álvaro Reinoso, D. Felipe Poey y su hijo D. Andrés: hé aquí los primeros nombres que se ocurren á la mente cuando se trata de reseñar, siquiera sea muy ligeramente el estado que hoy alcanza en

Cuba los estudios de las ciencias físicas y naturales.

Los trabajos del Sr. Reinoso, dedicados á formar la historia natural, química y agronómica de la caña de azúcar y otros productos naturales de la isla de Cuba, han llamado la atencion de la Academia de Ciencias de París, y segun la opinion de personas muy entendidas, llegarán á ejercer una influencia grandísima en la produccion agrícola de aquel país. Parece que el Sr. Reinoso posee un nuevo método de extraccion y sacarificacion del jugo de la caña; y que por medio de una conveniente preparacion del suelo y de un cultivo racional, llega á conseguir que el jugo de la caña se convierta en una verdadera solucion de azúcar en elevadísimo grado de concentracion. Este procedimiento, de que se ha hablado mucho en Francia y en Cuba, y que tal vez está destinado á ocasionar una especie de revolucion en los métodos fabriles del azúcar, dicen que muy pronto será entregado al público por su autor.

D. Álvaro Reinoso estudió química en París, bajo la direccion de los más doctos profesores, y su obra intitulada: *Ensayos sobre la caña de azúcar*, le ha válido por parte de los más inteligentes planteadores de su pátria, la honra de ser

considerado como el primer iniciador de la época científica de la agricultura cubana.

El Sr. Reinoso se dedica en la actualidad á reunir materiales para formar una extensa obra que abrace en todas sus partes la historia natural de las plantas cultivadas en los paises cálidos. «Sin pretender haber agotado, dice en carta dirigida á Mr. Dumas, y que este ha leido en la Academia de Ciencias de París, todos los particulares que semejante estudio comprende, sin afirmar haberlos profundizado todos de igual modo, creo, no obstante, haber bosquejado con extension los puntos principales; creo principalmente haber determinado el método que en los trabajos de esta índole deberá seguirse en lo sucesivo.

Hasta ahora mis indagaciones se han limitado á las plantas de la isla de Cuba; pero más adelante, en viajes que haré á la América del Sur y á la India, pienso completarlas, yendo á estudiar, no solo las mismas plantas bajo diferentes latitudes, sino tambien los demás vegetales de los trópicos, que no se cultivan, al menos en gran escala, en el territorio cubano.»

Si, como dejamos indicado, el Sr. Reinoso es un distinguido naturalista, no son menores los merecimientos científicos del doctor Zambrana;

que en sus varios y diversos escritos ha recorrido las más importantes esferas de los conocimientos humanos.

El doctor D. Ramon Zambrana nació en la ciudad de la Habana el dia 10 de Julio de 1817; siguió los estudios médicos en la Real Universidad Literaria, obteniendo los grados académicos de bachiller en medicina, y licenciado en cirujía el año de 1839, desde cuya época quedó autorizado para ejercer su profesión. Despues recibió el grado de licenciado en medicina; y por último, en el año de 1846, el de doctor en medicina y cirūjía.

La vida del doctor Zambrana estuvo constantantemente dedicada al cultivo de la ciencia y de la literatura, esquivando siempre las luchas infecundas de los partidos políticos, y así es que cuando há pocos meses pagó á la muerte el natural tributo, pudo decir un articulista: «Millares de almas saludaron su féretro, y quisieron acompañarle hasta su última morada: esta especie de luto expontáneo es mucho más elocuente que cuanto pudiera escribir en su loor nuestra humilde pluma. A nadie temia, puesto que á todos perdonaba; y sabido es, como dice un ilustre historiador, que nunca perdona quien teme: ha espirado, pues, sin dejar tras de sí un

solo enemigo y sí multitud de admiradores y amigos consecuentes (1).»

La actividad intelectual del doctor D. Ramon Zambrana, apenas puede encontrar en la historia de las letras algunos ejemplos que la igualen y ninguno quizá que la supere. En la Real Universidad Literaria desempeñó, entre otras varias, las cátedras de física, química, higiene pública, toxicología, é historia de la medicina: ejerció diversos cargos en la Real Junta de Fomento, en la Sociedad Económica, en el Liceo Artístico y Literario, en la Real Junta Superior de Instruccion Pública y en la Real Casa de Beneficencia: fué inspector durante algunos años del *Instituto de Investigaciones Químicas,* dirigido por D. José Casaseca y luego por D. Álvaro Reinoso: promovió la fundacion de la Academia de Medicina de la Habana, de la cual fué nombrado secretario; fundó tres periódicos científicos: el *Repertorio medico habanero,* el *Repertorio económico de medicina, farmácia y ciencias naturales,* y la *Gaceta médica;* y otros dos literarios: *El Kaleidescopio* y la *Revista del pueblo;* publicó

(1) *Apuntes necrológico-biográficos acerca del doctor D. Ramon Zambrana*; artículo de D. José Mompou, publicado simultáneamente en el *Diario de la Marina* y en *El Siglo*, el dia 31 de Marzo del presente año (1866).

tres obras: los *Soli oquios*, la *Bóveda celeste* y la coleccion de *Trabajos académicos;* fué colaborador de todos los periódicos científicos y literarios publicados en la isla de Cuba desde 1836 hasta el presente año; y por último; esplicó varios cursos de física, química, filosofía, historia universal, literatura, gramática de la lengua castellana, y de la latina, en los principales colegios de la Habana, y singularmente en el Real Seminario de San Cárlos, cuya cátedra de filosofía obtuvo por rigurosa oposicion, y desempeñó durante cinco años.

¡Baldon y vilipendio sobre aquel que emplea la palabra para destruir á los hombres! Esta esclamacion del Dr. Zambrana puede considerarse como la enseña que guiaba su pluma en todos sus escritos, como la luz que esclarecia su inteligencia en todas sus meditaciones. Así vemos que el ilustre médico cubano cree con fervor en la verdad católica, pero comprendiendo el catolicismo como amor universal, en la forma que lo esplican esas lumbreras del moderno episcopado que se llaman Wiseman y Dupanloup, Ketteler y Maret, y esos sábios sacerdotes que se llaman Gratry y Lacordaire, Godard y Matignon. Por esta manera el doctor Zambrana, católico en religion, es en filosofía, espiritualista, y en

política, liberal; negando siempre esa antinomía que espíritus ciegos pretenden establecer entre la fé y la razon, entre las eternas tradiciones de la historia y los progresos de la moderna civilizacion.

Siguiendo el doctor Zambrana la misma tendencia en medicina y en ciencias naturales, que en las esferas de la filosofía, busca la conciliacion entre los opuestos sistemas fisiológicos, y afirma que la escuela representada por Andral y Chomel ha realizado esta conciliacion en los límites racionales, que no niegan en ninguna manera los anteriores progresos de la práctica experimental, ni de la especulacion teórica.

Y como si todo lo dicho no bastase á llenar una vida entera de constante trabajo, el doctor Zambrana escribió gran número de artículos literarios y poesías que le hacen muy digno de ocupar nn puesto distinguido entre los literatos contemporáneos que han florecido en la isla de Cuba.

Tales son sumariamente espuestas las doctrinas científicas y las múltiples manifestaciones de la inteligencia del doctor Zambrana, y así ha podido decirse con justicia cuando acababa de cerrarse la losa de su tumba: «Las repúblicas de las ciencias y de las letras acaban de

perder uno de sus mejores sostenes, la pátria un hijo ilustre y sincero, la humanidad un amigo. ¿Dónde, dónde hallará el pensamiento esa frase correcta y pura, cadenciosa y dulce, grave y sonora con que solia instruir y deleitar á la muchedumbre el ilustre y tierno amigo á quien con nosotros llora la Habana y Cuba entera?... La naturaleza nos arrebató prematuramente á un hombre cuyo mérito solo sabremos aquilatar á medida que vayamos comprendiendo el vacío que ha dejado su pérdida.»

Respecto á los señores Poey, no hemos podido alcanzar noticias tan detalladas como las que dejamos espuestas acerca de las obras del Sr. Reinoso y del doctor Zambrana; solo sabemos que D. Felipe Poey es un zoólogo de primer órden, segun la justificada opinion de autoridades muy respetables, y que su hijo D. Ándrés, se dedica con gran fruto al estudio de la astronomía y de la metereología; ciencias en todas partes importantísimas y muy especialmente en los trópicos donde las condiciones climatológicas influyen tan poderosamente en la economía humana, y aun pudiera decirse que hasta en algunas cuestiones sociales de gran trascendencia y perentoria solucion.

Bien se esplica el movimiento científico de la

Habana recordando las palabras que escribia el ilustre cubano D. José Antonio Saco en su obra titulada: *Papeles sobre la isla de Cuba*. «Si ahora reimprimo, dice el Sr. Saco, los tres papeles que abajo aparecen, es porque los considero como muestras que dirán á la posteridad cubana, cual fué el estado de la enseñanza de las ciencias físicas en la Habana en 1823 y 1824. Es verdad que allí no habia sábios como en otros paises; pero tambien lo es, que la doctrina entonces se enseñaba en el colegio de San Cárlos, *era la misma que en las naciones más adelantadas de Europa*. Y no se crea que tan brillante progreso empezase en la época mencionada, ni que tampoco á mí se debiese. Débese sí á la gran revolucion literaria que desde 1812 hizo el venerable sacerdote, el esclarecido cubano D. Félix Varela, de quien tuve yo primero el honor de ser discípulo y despues el de sucederle en la cátedra.» Y hé aquí como en la Habana el desenvolvimiento de la filosofía precedió al de las ciencias segundas, como realmente debe acontecer y acontece siempre, en la vida intelectual de todos los pueblos, pues aun cuando la filosofía no sea, ni debe ser, la ciencia toda, es y será siempre la ciencia primera: y como tal, lleva en sí los elementos fundamentales de las ciencias

segundas. Pasemos, pues, á ocuparnos del movimiento filosófico en la isla de Cuba y hallaremos la explicacion de los progresos que hoy se advierten allí en las ciencias físicas y naturales.

II.

Forma la primera parte del libro que dejamos mencionado en la introduccion de este artículo, un discurso del doctor D. José Manuel Mestre que fué leido por su autor el dia 22 de Setiembre de 1861 al inaugurarse el curso académico en la Real Universidad Literaria de la Habana. Comienza el Sr. Mestre señalando la alta significacion que los estudios históricos alcanzan en nuestra época, y despues fija su vista en la isla de Cuba y dice: «en un país jóven como el nuestro no tendremos que buscar en una fecha muy remota la iniciacion del movimiento científico. Tampoco pasan de mediados del siglo último las noticias que respecto á ese particular nos han conservado la tradicion por una parte, y por otra algunos documentos cuidadosamente recogidos por los aficionados á este género de investigaciones; pero segun dichas noticias puede afirmarse que por esa época, y durante mucho

tiempo, la filosofía escolástica fué la predominante, y aun pudiera decirse la única en la isla de Cuba.»

Prosigue su discurso el Sr. Mestre y condena severamente la escolástica, diciendo que «esta escuela filosófica nunca proporcionó al pensamiento una esfera á propósito para su evolucion natural y legítima, antes por el contrario encerrándolo en un círculo de hierro redujo á menudo la filosofía á un mero formalismo, y no vaciló en sacrificar mil veces la ciencia al accidente y convirtió por fin en arte mecánico el noble ejercicio de la inteligencia;» juicio en verdad harto severo, si conforme con doctrinas generalmente admitidas, no tanto con el espíritu de razonable estimacion por toda obra humana que hoy comienza á iluminar la crítica de los sistemas filosóficos.

Presenta el catedrático Sr. Mestre como el primer iniciador de las teorías cartesianas en la isla de Cuba al presbítero D. José Agustin Caballero, el cual escribió por los años de 1797 unas lecciones de filosofía ecléctica que no han llegado á imprimirse, pero que segun afirman los que han tenido ocasion de verlas, si bien el autor no se aparta del todo de las tradiciones aristotélicas, al menos procura evitar las sutile-

zas escolásticas, siguiendo el atinado consejo del gran teólogo Melchor Cano.

Sin embargo, parece que las tendencias reformistas del presbítero Caballero no tuvieron gran séquito, pues el Sr. Mestre afirma que «la regeneracion filosófica de los estudios en la isla de Cuba no llegó á realizarse hasta que la tomó á su cargo uno de esos hombres superiores, cuyo paso por la tierra deja un rastro imperecedero, cuyo nombre vive en la memoria de todos y se trasmite de padres á hijos con religioso respeto.»

El presbítero D. Félix Varela, tal es el nombre de este ilustre cubano, publicó en el año de 1812 los dos primeros tomos de una obra de filosofía escrita en latin que llevaba por título: *Institutiones philosophiæ eclecticæ,* y el tercero de la misma obra vió la luz pública en el año siguiente escrito en castellano, cuyo cambio esplicaba el autor diciendo en el prólogo: «aunque los dos primeras partes de estas instituciones filosóficas se imprimieron en latin, escribo la tercera en castellano por esperarse que en el nuevo plan de estudios se mande enseñar en idioma pátrio, segun el juicio de los mejores sábios y no precisamente por el deseo de innovar.»

No seguiremos al doctor Mestre en la esposi-

cion que hace de las doctrinas filosóficas del padre Varela, de quien ya volveremos á ocuparnos más adelante, y pasaremos á reseñar ligeramente la significacion científica de sus dos discípulos más aventajados D. José de la Luz y Caballero y D. Manuel Gonzalez del Valle.

D. José de la Luz nació en la Habana á principio de este siglo; siguió los estudios de teología y de derecho, pero sus aficiones personales siempre le inclinaron á cultivar la filosofía. Conociendo la importancia de la instruccion para la mejora de las costumbres, y para que puedan ser una verdad esas aspiraciones liberales de los pueblos modernos, se dedicó desde muy jóven á la enseñanza fundando el célebre colegio del Salvador, en el cual han recibido la primera iniciacion científica gran número de los hijos de Cuba que hoy son esperanza de nuestra pátria.

La clara inteligencia de D. José de la Luz comprendió bien pronto los grandes vacíos de las teorías ecléctica que por aquellos tiempos dominaba en la Europa latina y comenzó á publicar una impugnacion de la filosofía de Mr. Cousin que fué interrumpida por los contínuos padecimientos que le aquejaron desde poco despues de cumplir los treinta años de su edad hasta su muerte, que se verificó en 1862.

Para juzgar las doctrinas filosóficas de D. José de la Luz hay que recurrir á algunos programas de filosofía que publicó y que estaban destinados para los exámenes del colegio del Salvador y del de San Cristóbal. En estos programas la forma aforística y dogmática en que se hallan escritos no permite penetrar bien la idea filosófica que seguia su autor; sin embargo, algunas máximas tales como las de que cada hombre debe levantar el edificio de su propia ciencia, y que es preciso distinguir en la filosofía hasta qué punto puede ser *varia* y donde es *una*, parece que le acercan á la escuela filosófica de Krause, si bien se encuentran otras máximas que, segun nuestro juicio, no están muy de acuerdo con los principios cardinales del realismo armónico que enseñaba el filósofo aleman.

Si el profesor habanero ocupa un distinguido lugar en la historia científica de su pátria, el recuerdo de sus virtudes privadas vive tambien grabado con caractéres indelebles en los corazones de sus numerosos discípulos; y así es que en la segunda página del libro que ahora nos ocupa se lee la siguiente dedicatoria, que puede considerarse como la espresion general del sentimiento público, no solo en la Habana, sino tambien en toda la isla de Cuba: dice así: *A la*

memoria gratísima del Sr. D. José de la Luz; el más sábio, el más virtuoso, el más bueno entre los cubanos, dedica este pequeño volúmen como ofrenda de su entrañable y filial afecto J. M. M.

El doctor D. Manuel Gonzalez del Valle, del cual vamos ahora á ocuparnos, tampoco ha des envuelto sus teorías filosóficas en ninguna otra especial, pero su discípulo el Sr. Mestre dice que «la base de su lógica es la atinada aplicacion de los métodos, que en su metafísica la conciencia y la razon son los puntos capitales, y que la idea de la justicia y la intencion constituyen los fundamentos de su moral.»

«El doctor Valle, continúa diciendo el Sr. Mestre, ha estudiado detenidamente los dos momentos fundamentales del pensamiento humano: la espontaneidad y la reflexion; aprovechando, y no poco, los avanzados trabajos de Luis Vives, notabilísimo filósofo español que honra indudablemente á su pátria..... Resumiendo, para el Sr. Valle todo acto real de conciencia es triple y uno; triple por cuanto contiene sensacion, pensamiento y accion; uno, porque siempre de estos tres elementos alguno predomina y prevalece sobre los demás.»

Termina su discurso el Sr. Mestre exponiendo la concepcion filosófica que le guia en las ense-

ñanzas de su cátedra. En nuestro sentir, las doctrinas filosóficas del catedrático habanero no cumplen todas las exigencias que hoy requiere un verdadero sistema científico; pero se ve claro en estas doctrinas una muy atinada tendencia á no negar ninguno de los términos reales del conocimiento humano. Por esta causa el Sr. Mestre pide que la filosofía sea práctica, positiva, y en cierto modo, experimental, y al propio tiempo afirma que la razon no es una facultad, es un principio, y que de ella dimana todo lo que se halla de absoluto en la conciencia humana: estos conceptos no son en verdad inconciliables, pero si necesitan ser presentados con un gran enlace científico, para que se muestre la unidad primera que los explica sin destruirlos.

III.

El presbítero D. Félix Varela nació en la Habana el dia 20 de Noviembre de 1788; fueron sus padres el capitan de infantería del regimiento fijo de Cuba D. Francisco Varela, natural de Castilla la Vieja, y su esposa doña Josefa Morales, que era hija del coronel del mismo regimiento, D. Bartolomé Morales.

Habiendo elegido Varela el estado eclesiás-

tico, hizo sus estudios de humanidades, filosofía y teología en el Real y conciliar colegio de San Cárlos y San Ambrosio, obteniendo los grados académicos de licenciado en artes y doctor en teología.

Al estallar en la península el movimiento revolucionario del año 1820 era el P. Varela catedrático de filosofía en el colegio de San Cárlos. Restablecida la Constitucion de 1812, que daba representacion en las Córtes á las provincias de Ultramar, el P. Varela fué elegido diputado y salió de la Habana para trasladarse á Madrid el dia 29 de Abril de 1821. Habiéndose mostrado afecto á las ideas liberales, cuando llegó la reaccion absolutista de 1823 tuvo que buscar refugio en el extranjero, y desde esta época fijó su residencia en los Estados-Unidos, donde llegó á ejercer el cargo de vicario general de Nueva-York, y en esta ciudad murió el dia 25 de Febrero de 1853, siendo enterrado en el cementerio católico de San Agustin de la Florida.

Además de las *Instituciones de filosofía ecléctica,* que en otro lugar hemos citado, el Padre Valera escribió varias obras, entre las cuales se cuentan como las más importantes: *Observaciones sobre la Constitucion política de*

la monarquia española, (Habana, 1821).—*Miscelánea filosófica*, (Nueva-York, tercera edicion, 1823).—*Lecciones de filosofía*, (Nueva-York, segunda edicion, 1824), y la coleccion de *Cartas á Elpidio*, (Nueva-York, 1855), en que se ocupó de la impiedad, la supersticion y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad.

Dadas estas ligeras noticias biográficas del P. Varela, indicaremos ligeramente las doctrinas que desenvuelve en sus obras y nos detendremos algo más en la carta que forma la segunda parte del libro que ahora nos ocupa.

Varela, segun nuestro humilde juicio, es un verdadero ecléctico, tomando esta palabra en su recto sentido. La máxima que constituia su intencion científica la dejó expresada en sus *Instituciones de filosofía* diciendo: *Nullum sequimur magistrum, hoc est, in nullius verba juramus.* Fiel á este principio no acepta la doctrina del pensar cartesiano, ni tampoco la de la sensacion como fundamento del conocer, y pone la reflexion como el término superior entre ambos extremos: en lo cual olvidaba que la reflexion es ya una segunda mirada, que supone una primera vista de la realidad; una, digámoslo así, materia *reflexionable*.

Este mismo camino sigue el P. Varela en to-

das sus teorías filosóficas, en las cuales siempre procura elegir entre los principios materialistas y los idealistas aquellos que le parecen más aceptables, pero sin que esta eleccion sea ordenada segun una primera verdad, que necesariamente debe regir á toda construccion real de la ciencia filosófica. No diremos por esto que las obras del ilustre pensador cubano carezcan de grandes méritos, no en verdad. Sin admitir nosotros la afirmacion del P. Varela, *Omnium optima philosophia est eclectica,* sí diremos, que el eclecticismo germano-francés y hasta el sincretismo alejandrino, son los presentimientos de una filosofía que, si hoy no existe, debe llegar á existir, donde se armonicen sin negarse todas las verdades parciales que ha visto la conciencia humana en las varias edades que forman su vida histórica sobre la tierra.

En la carta del P. Varela escrita en Nueva-York el dia 22 de Octubre de 1840, que se halla á continuacion del discurso del doctor Mestre, se trata de resolver tres puntos que habian sido objeto de discusiones filosóficas entre D. José de la Luz, D. Francisco Ruiz y D. Manuel Gonzalez del Valle. Estos tres puntos son: primero, si la enseñanza de la filosofía debe empezarse por la física ó por la lógica; segundo, si debe

admitirse la utilidad como principio y norma de las acciones; tercero, si debe aceptarse el sistema de Cousin.

Respecto al primer punto decia el P. Varela que no yerran los que enseñan la lógica ántes que la física, ni los que enseñan aquella sirviendo esta de objeto de ensayo: opinion equivocada, segun nuestro sentir, porque el órden debe ser una parte de la misma ciencia, y por lo tanto no cabe variarlo sin caer en el desórden, es decir, en la negacion de la ciencia.

En la segunda cuestion decia muy atinadamente el P. Varela: «Trátase de encontrar la primera norma de la moralidad que mide y arregla, y no es medida ni arreglada, pues en tal caso ya no seria primera; luego la utilidad que es medida y arreglada no puede ser la norma que buscamos, y solo es el resultado de la comparacion de las acciones con dicha norma, siendo la utilidad verdadera ó aparente, segun que se conforma ó se opone á ella,» y de aquí deduce lógicamente que el *bien* debe ser regla y norma eterna de todas las acciones humanas.

Por último, llegando al sistema de Cousin le califica el P. Varela con mucha dureza, diciendo que al ver su celebridad se convence de que hay *nadas sonoras*; niega que sea exacta la nota de

panteismo que algunos escritores lanzan sobre dicho sistema, y despues pasa á ocuparse de la cuestion de las ideas innatas, las cuales combate formulando principios de un sensualismo templado, que, en realidad de verdad, si es apoyo seguro para hacer la crítica de los extravíos idealistas, no lo es ciertamente para establecer una doctrina definitiva acerca del orígen del conocimiento.

Claro se vè en todo lo dicho la atencion que merecen las obras escritas por el presbítero don Félix Varela; obras que marcan un momento importantísimo en la historia intelectual de la isla de Cuba.

IV.

Un artículo de D. José Z. Gonzalez del Valle y el elogio fúnebre de este ilustre cubano, escrito por el doctor Mestre, forman la tercera parte y el apéndice del libro que ahora nos ocupa. Estos dos trabajos y las notas que acompañan el primer discurso del Sr. Mestre, nos servirán para poner término á estas indicaciones acerca del movimiento filosófico de la isla de Cub hasta el año de 1862.

El decano de la facultad de filosofía en la

Real Universidad literaria, D. Antonio Bachiller habia publicado por esta época los dos primeros tomos de unos *Apuntes para la historia de las letras y de la instruccion pública de la isla de Cuba,* en que se hallan reunidos muchos datos de suma utilidad é importancia sobre los dos ramos distintos que se indican en el título de dicha obra.

Anteriormente ya habia dado á la estampa el Sr. Bachiller unos *Elementos de filosofía del derecho* y gran número de artículos en las revistas y periódicos que en estos últimos tiempos han visto la luz pública en la Habana. Entre estos artículos debemos citar los siguientes: *Contra la rehabilitacion de las formas escolásticas. (Diario de la Habana,* 1834).—*Civilizacion y moral, (Diario de la Habana,* 1835).—*Filosofia del P. Balmes, (Faro industrial,* 1848).—*Sobre las doctrinas filosóficas de Campoamor, (Brisas de Cuba,* 1855).—*Ideal del progreso, (Revista Habanera),* y varios artículos en la *Revista de Jurisprudencia* y en las *Brisas de Cuba,* juzgando los libros y doctrinas de Cantú, Gioberti, Rosmini, Leopardi, Thiercelin y Taparelli d'Azeglio.

El doctor Mestre al exponer los merecimientos literarios del catedrático habanero, termina

diciendo: «Siempre recordaré con singular complacencia las lecciones del Sr. Bachiller, lecciones, merced á las cuales, se despertó en los hijos de la Universidad el deseo de penetrar en las regiones de esa filosofía alemana, que el gigantesco génio de Krause parece haber coronado con el sistema de la armonía universal, y que tan digna es de ser detenida y profundamente estudiada.»

Vamos á ocuparnos, por último, del doctor D. José Z. Gonzalez del Valle. Nació este insigne cubano el dia 5 de Noviembre de 1820: siguió la carrera de la abogacía, la cual terminó en 1842. Desde la edad de diez y siete años hasta su muerte, acaecida en 1851, publicó Valle gran número de novelas cortas, poesías, artículos de crítica, historia, filosofía y jurisprudencia, que demuestran su actividad intelectual y las múltiples faces de su clarísimo ingénio.

El artículo de este escritor, reproducido en el libro que tenemos á la vista, se publicó por vez primera en la *Cartera cubana* (Junio, 1839), cuando su autor contaba diez y nueve años de edad, y sin embargo, en todas sus apreciaciones domina un juicio tan reposado, que parece concebido por una inteligencia alejada por completo de los

impetuosos movimientos que produce la fantasía juvenil. Consideraba Gonzalez del Valle que la religion era la madre de la filosofía, veia en la órden de los RR. PP. Predicadores y en los obispos de la Habana, Echevarría, Evelino y Espada, los constantes protectores de la ciencia en la isla de Cuba, exponia con gran esmero la obra de filosofía del presbítero D. José Agustin Caballero, que ya dejamos citada, y terminaba su artículo con estas palabras: «Hemos visto en esta breve reseña aparecer las primeras cátedras de la filosofía en la Habana, bajo el ala protectora de la Iglesia: hemos hallado la escolástica pura y despues reformada con acierto, aunque sin abandonar su lenguaje, ni sus formas, prepreparando el camino á la era más venturosa que con poco intermedio comenzó en lo adelante. Tal vez en otra ocasion mostraremos los pasos que faltan, el trastorno que sobrevino y el estado presente de las cosas.» ¡Lástima grande que el doctor Valle no llegase á realizar el propósito que indican sus últimas palabras!

Reflexionando sobre el discurso del catedrático D. José Manuel Mestre y los curiosos documentos que le acompañan se ve con toda claridad que en la isla de Cuba existe desde principios de este siglo un notable movimiento filosó-

ficoque ha seguido siempre direcciones paralelas á las predominantes en la ciencia de la Europa latina. Primero, la protesta cartesiana contra el escolasticismo; despues el sensualismo de Condillac, mitigado por ciertas condiciones históricas, y el eclecticismo cousiniano considerado por algunos como la suma y compendio de la sabiduría humana; y por último, se presentan las ideas generadoras de las novísimas escuelas alemanas, entre las cuales parece se concede la preferencia al sistema armónico de Krause. Si se publicasen algunos libros semejantes al que ha redactado el doctor Mestre, quizá se realizase en nuestra ciencia nacional el descubrimiento de un continente que hoy está casi de todo punto desconocido: la vida intelectual de las provincias ultramarinas que forman parte de la nacion española.

UN POETA ARTILLERO.

Poesías de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, caballero profeso del hábito de Alcántara, comandante de artillería é individuo preeminente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Graves dudas nos asaltan al comenzar á escribir este artículo sobre las poesías del comandante D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Los lazos de la amistad y los deberes del compañerismo entre los que seguimos la profesion de las armas y vestimos el honroso uniforme del cuerpo de artillería, no son, no pueden ser, condiciones propias para que nuestro pensamiento vea la verdad sin las turbaciones del afecto, ni los temores de la inconveniencia. Y no valdria que nosotros repitiésemos aquí, con intencion de llevarlo á cabo, el conocidísimo proverbio

de los escolásticos: *amicus Plato, sed magis amica veritas;* porque el anhelo de ser imparciales cuando somos amigos, suele conducir á la exagerada severidad, y entonces podria decirse: *ni amigo de Platon, ni amigo de la verdad.*

Fundados en las consideraciones que anteceden debemos renunciar, y renunciamos desde luego, á la tarea de ensayar nuestro juicio crítico en las *Poesías* del Sr. de Gabriel. En su lugar, así como nuestro ingenioso Selgas ha escrito sus *Viajes ligeros alrededor de varios asuntos* y el tierno Xavier de Maistre su *Voyage autour de ma chambre,* nosotros intentamos que este artículo pueda intitularse, *Viaje enderredor de un estudio crítico sobre el libro de un amigo.*

I.

¿Tiene la poesía lírica condiciones de vida dentro de la civilizacion contemporánea?

Veamos lo que responde Hegel en su tratado de estética acerca de esta cuestion.

«La poesía lírica puede florecer en las épocas más diversas y principalmente en los tiempos modernos, donde cada indivíduo se atribuye el derecho de tener su modo de ver y de sentir puramente personal.» Pero tambien ha dicho

Hegel: «Los tiempos más favorables para la poesía lírica son aquellos en que las relaciones sociales han llegado á constituirse en una formá fija y conforme con una completa organizacion.»

En el bien escrito prólogo que precede á las *Poesías* de que ahora nos ocupamos, resume el Sr. Huidobro los dos juicios de Hegel que dejamos citados, diciendo lo siguiente: «la poesía lírica es el principio y el fin de la série continua, que constituye la evolucion literaria de cada civilizacion, y no brilla nunca con tan claros resplandores, como en las épocas de fé viva, de entusiasmo ardiente, en que el génio del poeta concentra y reproduce el sentimiento universal, la idea colectiva de todo un pueblo, y en aquellas otras épocas de anarquía moral, en que disueltos todos los lazos que establecen la armonía entre las inteligencias y entre los corazones, rotas las cuerdas que hizo vibrar unísonas la voz de un Homero, de un Sófocles ó de un Calderon, el poeta solo puede pedir inspiraciones á su propio individualismo, que se desarrolla tanto más poderoso y concentrado, cuanto más imposible le es apoyarse en el mundo que le rodea.»

Y es muy cierto. Contra lo que generalmente se piensa, la lírica es el género de poesía

más propio de nuestro siglo. Por esta causa en la literatura española de nuestra época Quintana es el símbolo del enciclopedismo del pasado siglo; Gallego, de las tradiciones académicas; Zorrilla, del ideal caballeresco; Espronceda, de la negacion presente; Aguiléra, de la esperanza en lo porvenir; y Campoamor del humorismo racionalista, que todo lo afirma y todo lo niega, que en todo cree y de todo duda.

En vano se buscaria en la literatura dramática, ni en la novelesca, otros autores que tan fielmente representasen las distintas aspiraciones que agitan los espíritus en la edad contemporánea.

II.

Indicada ligeramente la *razon de ser* del libro que ahora nos ocupa, fijémos nuestra atencion en lo que deben significar los tres dictados que acompañan al nombre de su autor.

Un caballero profeso del hábito de Alcántara, sin duda alguna, verá en la verde cruz que adorna su pecho el emblema de cien glorias de nuestra historia nacional, y hasta quizá llegue en su entusiasmo á considerar que las órdenes militares puedan librarse de la suerte comun de

todo lo humano, la muerte y el olvido. Recorriendo las páginas del libro veremos confirmada nuestra presuncion en el siguiente soneto:

Cuando rota en pedazos se mostraba
La unidad de la hispana monarquía,
Y rota entre sus reyes la armonía
Segundo Guadalete amenazaba,

De Alcántara, Santiago y Calatrava,
Y de Montesa luego, á luz nacia
La sagrada, marcial caballería,
Y de nuevo la pátria se salvaba.

Cuatro siglos sus lides contemplaron;
De Lasso, Calderon, Quevedo, Ercilla,
Sus insignias despues el pecho ornaron.

Si en armas como en letras maravilla
Su historia, y nuestros tiempos alcanzaron,
¿Quién extinguirlas osará en Castilla?

Si el caballero alcantarino ha visto al través del mágico prisma del pasado la historia de las órdenes militares, el oficial de artillería tambien contempló en las empresas guerreras que precedieron á la campaña de Africa la aurora de nuestra preponderancia política. Véase el soneto en que el Sr. de Gabriel, inspirado en el amor de la pátria, profetiza glorias que más tarde se vieron realizadas:

Allá á las costas de Turana envias
Muestra brillante del valor natío,
Y á Méjico y al Riff con noble brio
Naves y huestes presurosa guías.

¿Será que tornan los antiguos dias
De gloria insigne y alto poderío,
Y el hado antes adverso, hora ya pio,
Tus duelos trueca! oh patria! en alegías?
Sí; que los manes de Guzman el Bueno,
Del gran Cortés, de Córdoba y Pizarro,
Por tí constantes velan, madre España;
Y el mundo todo, de respeto lleno,
Aun ha de verte en el triunfante carro,
Y ha de admirar hazaña tras hazaña.

Poco tiempo despues escribia el señor de Gabriel otro soneto dedicado á la toma de Tetuan en que pudo decir con entera verdad:

No mi afan me engañó! Musa que inspira
Es de amor de la pátria el sacro fuego,
Yo á su influjo vivífico me entrego,
Y nuncio de verdad vibró mi lira.
España aun es España: el Orbe mira
De noble sangre al fecundante riego,
Cual torna á alzarse fuerte la que ciego
Presa juzgaba de funérea pira:
Annam sucumbe, cede el mejicano,
Y en la ciudad al marroquí sagrada
Al aire flota hispánica bandera,
Al par que Europa ensalza entusiasmada
De O'Donnell, Prim, Bustillo y Ros de Olano
Los nombres caros, á la gente ibéra.

Hemos oido los cantos del caballero y del soldado, oigamos ahora al académico en el comienzo de la composicion dedicada: *Al Sr. D. José Fernandez-Espino, catedrático de literatura española en la Universidad de Sevilla,* dice así:

Vanamente se afana
El que surcando el mar la dicha busca,
Envuelta en oro, en la region indiana:
Y vanamente aquel á quien ofusca
De honores y poder el ansía ciega,
Buscándola tambien á ellos se entrega.
En más segura fuente,
De la propia conciencia en el sosiego,
Atento siempre al ruego
Del que, si nó su igual, nació su hermano;
De la familia en el hogar querido,
O en los nobles placeres embebido
Que al jóven y al anciano
El estudio, del sábio apetecido,
Próvido da con bienhechora mano,
Halla el hombre la paz, halla la calma,
Supremo bien y aspiracion del alma.
De tan alta verdad, oh caro amigo,
Tú ejemplo ofrêces, que gozoso vives
En la feliz dorada medianía
Que el lírico del Lacio cantó un dia,
Y de viles pasiones al abrigo
Aplausos mil y admiracion recibes;
Ora cuando la cítara pulsando,
En plácido concento
Al aire das el melodioso acento,
Timbre y honor de la inmortal escuela
Que Rioja y Herrera fecundaron,
Y que Lista y Reinoso
De nuevo de su tumba suscitaron;
Ora cuando doctísimas lecciones
De tu labio elocuente
Brotan, y al punto fíjanse en la mente,
Y grávanse en los tiernos corazones
De la estudiosa juventud que acude

Al gran gimnasio en cuyas aulas dura
Eterna la memoria
Del sábio, del insigne Arias Montano,
Blason de Estremadura,
Que en ellas fundamento
Dió á la pasmosa erudicion, qne en Trento,
En Lóndres y Lovaina, Antuerpia y Roma,
Brilló con desusados resplandores,
Y del monarca egregio
Cuyo dominio el sol no abandonaba,
La amistad le alcanzó, no los favores,
Que siempre su modestia rehusaba.

III.

Todo poeta, y aun pudiera decirse todo hombre, siente los males del presente y ve ante sus ojos un ideal de perfeccion, divina en cuanto jamás será realizada, y humana en cuanto por nosotros es conocida. Las tradiciones de la edad de oro fué el ideal de los antiguos poetas; el progreso de la humanidad es el ideal de los modernos pensadores. Y sin embargo, hoy es la hora de los grandes desfallecimientos. Vénse vacilar instituciones seculares que han sido las precursoras de la civilizacion contemporánea; núblanse los horizontes de la verdad con dudas pavorosas y negaciones impías; y los soberbios, levantan altares á su propia personalidad; y los débiles, buscan en los goces materiales el olvido

del dolor presente, la negacion de los temores futuros.

Tales son los angustiosos momentos en que escribe sus poesías el Sr. de Gabriel, y esto esplica el que sus ojos se vuelvan con frecuencia hácia nuestra pesada historia, y vea en las ideas caballerescas la forma superior de la perfección moral.

¿Qué distingue al caballero de los demás séres humanos? El ferviente culto que debe prestar á la idea del honor. Así vemos que los héroes de las leyendas caballerescas desdeñan y abominan la astucia y el engaño que tan frecuentemente usaban los semi-dioses de las epopeyas de Homero y de Virgilio. Así podria decirse que la fuerza es el ideal del mundo greco-romano y el honor el de la edad media. La fuerza es la vida de la materia, y el honor tan solo es la manifestacion histórica de la honra. Así lo comprendió el poeta más caballeresco del siglo XVII, el gran dramático Calderon, cuando dijo:

¡Honor! fiero basilisco
Que si á tí mismo te miras
Te das la muerte á tí mismo.

Créanos el Sr. de Gabriel, sobre el ideal caballeresco de una época histórica, está el ideal eterno del bien, que no es patrimonio esclusivo

de ninguna persona, ni clase, ni época determinada.

IV.

La religion, la pátria, la familia: hé aquí una trilogia á que rinde ferviente culto el señor de Gabriel. La primera página de su coleccion de *Poesías* dice así:

A la memoria de mi venerado padre el señor D. Francisco Javier de Gabriel y Estenoz, caballero del Hábito de Alcántara, con cruz y placa de la Real y militar órden de San Hermenegildo, condecorado con varias cruces de distincion por acciones de guerra, gobernador militar y político que fué de la plaza de Badajoz, etc.

La última contiene un soneto dedicado á su esposa, que parece destinado á negar la exactitud de aquella máxima de un célebre escéptico: *el matrimonio es la tumba del amor*

El amor de la pátria inspira al Sr. de Gabriel viriles acentos que revelan la enérgica y necesaria protesta, contra el inconsiderado desden hácia nuestras glorias pasadas que domina en algunos, y no pocos, de nuestros escritores contemporáneos. Dice así el Sr. de Gabriel en la composicion dedicada al catedrático D. José

Fernandez-Espino, que ya en otro lugar dejámos citada:

¡La Inquisicion! ¡Felipe! ¡El fanatismo!
¡Del Nuevo mundo la feroz conquista!
¡Del degradado pueblo la ignorancia!
Estas las frases son que á un tiempo mismo
En Inglaterra y Francia,
En Alemania y Flandes á porfía
Sirven de tema eterno al rudo embate
Con que á España combate
El ódio nacional y la heregía.
.....
.....
¡Tú España degradada! ¡Tú ignorante!
¡Tirano tú, y fanático ¡oh Felipe!
Respondan, pátria amada,
Tu altivez proverbial y tu hidalguía
De nadie superada;
Respondan de Paris, y el Orbe todo
Las aulas que regía
De tus hijos la ciencia,
Y el anheloso afan con que del modo
Que raudo el ciervo al manantial se lanza,
Inmensa muchedumbre á ellas corria,
De recibir sedienta su enseñanza.
.....
.....
¡España, pátria mia! ¡Rey excelso!
Vuestra inmortal grandeza, el haber sido
De la verdad impenetrable escudo,
Mision providencial así llenando,
Vuestro delito constituye infando.

¿Está plenamente justificado el entusiasmo que produce en el Sr. de Gabriel el recuerdo de

la España de los siglos XV y XVI? Segun nuetro juicio, la fantasía del poeta no es el más claro espejo para contemplar la verdad histórica, pero tampoco el criterio extranjero es juez abonado para fallar en las cuestiones dudosas de nuestra historia nacional. Así, pues, dice muy atinadamente el prologuista Sr. Huidobro que «ni la gloria militar en que ahogó la monarquía austriaca el recuerdo de las libertades nacionales sofocadas y los triunfos literarios y artísticos que la acompañaron, son una compensacion suficiente del estravío que la civilizacion española sufrió de su natural, legítima y genuina direccion, desde que le imprimió su impulso personal, lanzándola en las aventuras de la política europea, el César de Gante; pero no por eso es menos cierto qne los juicios históricos del poeta que comento, se aproximan harto más á la imparcialidad del criterio histórico, que las amargas censuras, apoyadas por lo comun en falsas generalidades, que en coro entonan contra la dinastía austro-española los franceses, á quienes humilló, y los protestantes, á quienes combatió, y de que se hace eco cierto liberalismo intolerante, que no comprende que el espíritu y la opinion pública de la España del siglo XVI son solidariamente responsables de todos

los hechos de aquella monarquía, y que Felipe III al expulsar á los moriscos, y aun Felipe II, al sofocar con ruda mano la heregía, hubieran podido decir, parodiando anticipadamente una frase célebre: «*cúmplase la voluntad nacional.*»

V.

Para señalar la tendencia religiosa de las poesías del Sr. de Gabriel, no citaremos sus sonetos «*A la Eucaristía,*» «*Dios y el hombre,*» y «*A la Purísima Concepcion,*» ni tampoco el himno «*A la expectacion de la Santísima Virgen,*» iremos á buscar el bello romance titulado: «*A mi hijo Gonzalo, de edad veinte y dos meses,*» y allí encontraremos estos atinadísimos pensamientos acerca del espíritu que anima á las enseñanzas católicas:

Que una religion tan solo
Es sagrada y verdadera:
La que á todos los humanos
Hermanos hizo en la tierra,
Borrando con su palabra
De la esclavitud la afrenta,
Y á la mujer transformando
De sierva en esposa tierna.
La que al rico, al poderoso
Santa Caridad ordena,
Y al pobre, al enfermo, al triste
Otro mundo mejor muestra.

La que en los cláustros salvára
El tesoro de las letras,
Y del godo á la barbárie
Fué insuperable barrera.
La que á reyes y á naciones
Siempre habló con entereza,
Y condenó la anarquía,
Y tambien condenó al déspota.
La que ciñe la tiára
Al que último fué en su aldea,
Si en él la llama fulgura
De santidad y de ciencia.
La que, en fin, guiando al hombre
Por hacerlo bueno empieza,
Y espera así confiada
Que la sociedad lo sea.

Quien esto escribe ve la religion católica tal como realmente es, no como pretenden que sea algunos de sus modernos defensores y muchos de sus más célebres adversarios.

VI.

El Sr. de Gabriel fué diputado á Córtes en la legislatura de 1864 á 1865. La injuria grosera y la calumnia infame usurpando sus fueros á la discusion luminosa; el total olvido de las eternas leyes de la moral, constituyendo la única ciencia conocida de ciertos políticos muy celebrados; la generosa idea del derecho progresivo

sustituida por la inconsciente adoracion de la fuerza trastornadora; la ley económica de la oferta y el pedido aplicada á la conciencia humana, ora para volver la perdida disciplina á las parcialidades políticas, ora para reunir adeptos en torno de la bandera revolucionaria; la religion y la ciencia menospreciadas generalmente en nombre de un menguado empirismo, que confunde por completo dos términos harto diferentes, *mandar* y *gobernar;* partidos sin fé, caractéres sin energía, ambiciones sin límites, miseria y vanidad por todas partes, tal fué el cuadro social que representó ante los ojos del Sr. de Gabriel al dejar las poéticas márgenes del Guadalquivir para tomar asiento entre los representantes populares de la nacion española. Al contemplar tan degradante espectáculo, sus sentimientos caballerescos se agitaron dolorosamente, y entonces el poeta exhaló sus amargas quejas en el romance «*A Fernan Caballero,*» que forma una de las más bellas páginas del libro que nos ocupa.

Despues de rendir al Sr. de Gabriel un justo tributo á las virtudes públicas y privadas del insigne autor, ó autora, de *La Gaviota,* le pide que levante su voz aconsejando á nuestros partidos políticos la tolerancia y los mútuos respetos que

se deben entre sí todos los hombres, y dice á este propósito:

¡¿Quién cual tú de tolerancia
Alzar la bandera debe?
¿Quién cual tú de paz ser iris
En la tormenta que acrece?
¡Tú que grande entre los hombres,
Más grande entre las mujeres,
De aquellos el alto ingénio,
De estas la ternura tienes!
Álzala, pues; de tus lábios
Broten acentos que lleven
A los ánimos concordia,
Hijos á la pátria fieles.
¿Cuándo de lid fueron armas,
A no sostenerla aleves,
La impostura y la calumnia,
Y los dicterios soeces?
En esta tierra de hidalgos,
¿No existe ya quien recuerde
La sentencia de: *No quita*
Lo cortés á lo valiente?
¿Es posible que á los daños
Que á la nacion sobrevienen
De que discordes opinen
Los que unidos fueran fuertes
Para lidiar como buenos
Bajo los gloriosos pliegues
Del pendon que tremolaron
Los Alfonsos é Isabeles,
Ha de añadirse lo mengua
De no conceder que puede
Ser digno y noble el contrario,
Y que claro ingénio tiene?

. . . . . .

. . . . . .

¿En qué atmófera de ódio
Sumir a España se quiere?
¿Qué bárbaro antagonismo
Aquí crear se pretende?

¡Aquí do nunca existiera.
Entre clases diferentes,
Y el camino á los honores
Franco estuvo á todos siempre!

. . . . . .

. . . . . .

Volved en vos, respetad
Si pretendeis que os respeten,
No entrada deis á pasiones
Que degradan y envilecen:

De tiempos que ya pasaron
Conservad lo que enaltece,
Mas nunca su intolerancia
Que mal cuadra á los presentes.

. . . . . .

. . . . . .

Fiad más en las doctrinas:
Sin revueltas ni vaivenes
Llegó á ornar la cruz de Cristo
Las banderas de los Césares.

Haced por que aun en el mundo
Español é hidalgo suenen
Como palabras gemelas
Que una misma idea expresen

¿Mas adónde de mi pecho
Dejo que las ansias vuelen?
Guardar silencio me toca,
Cese ya mi lábio, cese,

Solo á tí, Fernan insigne,
Es dado que tal intentes;
Tus populares acentos
Solo escucharse merecen.

Habla, y así dos coronas
Al par ornarán tu frente
Más preciada la de oliva
Que la egregia de laureles.

Es verdad: tolerancia para las personas, intransigencia en las doctrinas, tal es la máxima moral que jamás debiera olvidarse en las lides políticas; precisamente lo contrario es lo que con harta frecuencia se practica por la mayoría de nuestros hombres políticos, cuando convierten la gestion de los negocios públicos en cómodo escabel de sus personales ambiciones. Al combatir el Sr. de Gabriel esta desenfrenada inmoralidad ha cumplido la regla, tan recomendada por el preceptista latino, de unir lo útil á lo agradable; y así debe acontecer en la más elevada concepcion del arte, porque sobre lo bello, lo bueno y lo verdadero, existe una realidad suprema, la perfeccion absoluta.

VII.

En *El Correo de Sevilla* correspondiente al dia 23 de Julio de 1806 se publicó un artículo cuyo

título decia así: *Plan para una historia filosófica de la poesía española.* Hallábase firmado este artículo con las iniciales M. M. de A. que corresponden exactamente al nombre de un distinguido literato de aquella época, el canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba D. Manuel María de Arjona.

Decia el articulista esponiendo la idea fundamental de su plan histórico-literario: «La comparacion de la pintura y de la poesía, hace ya mucho tiempo descubierta por los profesores de una y otra arte, y extendida sábiamente á los últimos me parece que jamás será tan práctica como en el plan de la historia de nuestra poesía que voy á proponer. Sé que nos ha tocado en suerte una época en que los pensamientos brillantes, por falsos que sean adquieren á sus autores el renombre de ingeniosos. Mas aunque el mio tenga la apariencia de esta novedad afectada, me parece que en el fondo es muy sólido, y de consiguiente muy sencillo.... Todo mi proyecto se reduce á esta breve sentencia: que la historia de la poesía española debe escribirse por escuelas, así como se escribe la de la pintura. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Mas para entrar á proponer nuestro plan, es preciso suponer que en él no entran los poetas anteriores á Garcilaso. Aunque en aquellos escritores no falten pensamientos ingeniosos, é imágenes ya halagüeñas y ya grandiosas, su lenguaje no es mas que un frasario mixto de un mal español y de un peor latin, y por más que se pondere su mérito, sus obras al fin serán como las naves con que se descubrió la América, cuya forma sirve para admirar el valor y pericia de los que se embarcaron en ellas, pero nadie las admitiria por modelos para fabricar otra igual y fiarse en ella al ímpetu del mar y viento.»

Siguiendo el plan indicado dividia el articulista del *Correo de Sevilla* los poetas españoles en siete escuelas principales, señalando sus fundadores en esta forma:

1.ª Escuela italo-hispana I, (Boscan, Garcilaso.)

2.ª Escuela italo-hispana II ó sevillana, (Fernando de Herrera.)

3.ª Escuela latino-hispana, (Fray Luis de Leon.)

4.ª Escuela greco-hispana, (El bachiller La-Torre y Villegas.)

5.ª Escuela propiamente española, (Balbue-

na, Lope de Vega, Góngora en sus buenos tiempos.)

6.ª Escuela aragonesa, (los Argensolas.)

7.° Escuela corrompida española, (Góngora en su segundo estilo.)

Aparte de la exagerada severidad que usa el autor de este plan con los poetas anteriores al siglo XVI, entre los cuales se cuenta el filosófico Jorge Manrique y el tierno marqués de Santillana, justo es decir que su pensamiento fundamental ha sido aceptado plenamente en las modernas doctrinas críticas, y así es que cuando ahora aparece una coleccion de poesía todos preguntan de seguida ¿funda este libro una nueva escuela ó sigue las tradiciones literarias de alguna de las que anteriormente han florecido en nuestra pátria?

Aun cuando nosotros ya digimos al comenzar este artículo que no ibamos á escribir un juicio crítico de las *Poesías* del señor de Gabriel, sin embargo nos parece inescusable la contestacion á la pregunta que antecede, pues de otro modo todas las consideraciones que dejamos espuestas lo mismo pueden aplicarse á un libro de poesía que á una coleccion de artículos en prosa sobre las materias á que aquellas se refieren.

Las poesías del señor de Gabriel, en nuestro

séntir, pertenecen á la escuela sevillana (1) y tienen en su línea todas las dotes que avaloran y gran parte de los defectos que deslustran las obras poéticas que ha producido esta escuela en los tiempos presentes. Buen gusto en la eleccion de los asuntos, elevado espiritualismo en la concepcion filosófica, grandiosidad en la frase, aspiracion hácia un ideal no contrario á la realidad de la vida, tales son las excelencias de la escuela sevillana. Pero sus modernos representantes, leyendo y meditando de contínuo en las

(1) El movimiento intelectual de Sevilla en estos últimos tiempos es más importante de lo que generalmente presumen los que solo fijan su atencion en la capital de la monarquía, considerándola como el único centro de la cultura nacional. Su antigua escuela poética se halla ahora dignamente representada por la Sra. D.ª Antonia Diaz de Lamarque, los Sres. Bueno, Campillo, Fernandez-Espino, De-Gabriel y Lamarque de Novoa, el ilustrado sacerdote Sr. Zapata, el coronel de artillería D. Tomás de Reina y otros varios ingenios cuyos nombres pasamos en silencio para evitar ser prolijos, si bien con peligro inminente de cometer alguna injusticia. La novela de costumbres ha sido cultivada por el célebre Fernan Caballero, y la marítima por el Sr. Benisia. Se han publicado varios y notables escritos religiosos, filosóficos, históricos y políticos, á cuyo frente se leen los nombres de los Sres. Carbonero y Sol, Castro, Rubio, Velazquez y Sanchez y Tubino. Muy cerca de las márgenes del Guadalquivir, se han redactado no pequeño número de esas ingeniosas correspondencias sobre España que publica la *Revue Britanique*, á cuyo pié se lee el nombre de un alto empleado en el palacio de SS. AA. RR. los infantes duques de Montpensier, el distinguido literato francés Mr. Antonio de Latour. Por último, en Sevilla reside desde hace ya algun tiempo la inspirada autora de *Baltasar y Alfonso Munio*, D.ª Gertrudis Gomez de Avellaneda, cuyo mérito aquilataba al Sr. Ferrer del Rio diciendo: «al frente de las poetisas españolas se encuentra la Corolina Coronado; no es la Avellaneda poetisa, es un poeta.»

obras de Fernando de Herrera y de Francisco de Rioja, ven el presente por el prisma del pasado, y tributan á los poéticos recuerdos de otras edades la ofrenda que solo debe rendirse en el sagrado altar de las esperanzas inmortales. De aquí el esmero que ponen la mayor parte de los modernos poetas sevillanos en la correccion académica de la frase: por esta causa el asunto de sus poesías no sale casi nunca de ciertas esferas de la vida, que se consideran desde hace siglos como el asiento peculiar de la inspiracion artistica; y siguiendo tambien la constante tradicion de nuestros grandes poetas líricos de los siglos XVI y XVII, tal vez dejan que la música de la palabra ocupe el lugar que debiera estar reservado al pensamiento poético, segun ha observado Mr. Latour en el prólogo que precede á la coleccion de poesías líricas leidas en la tertulia literaria del Sr. D. Juan José Bueno.

Si esplicásemos menudamente hasta donde incurre en estos defectos el Sr. de Gabriel y cuales son tambien los que ha sabido evitar, faltaríamos al propósito que ahora guia nuestra pluma; y por esto hacemos aquí punto final, creyendo que las indicaciones que dejamos espuestas ya pueden titularse: *Viage en derredor de un estudio critico sobre el libro de un amigo.*

OBRAS DE DON LUIS VIDART.

LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA,

UN VOLÚMEN, 12 REALES EN MADRID; 14 EN PROVINCIAS.

EL PANTEISMO GERMANO-FRANCÉS,

UN FOLLETO, 6 REALES EN MADRID, Y 7 EN PROVINCIAS.

Se venden en las principales librerías de Madrid; y en provincias, dirigiéndose á nombre del autor, Montera, 40, 2.° Madrid.

LIBRERÍAS DE LOS SEÑORES BAILLY-BAILLIERE Y DURÁN.

EL CORSARIO NEGRO,

NOVELA MARÍTIMA

por

DON ALEJANDRO BENISIA.

DOS TOMOS EN 4.° CON LÁMINAS, 50 REALES.

OBRAS DE DON FRANCISCO M. TUBINO.

MURILLO,

SU ÉPOCA, SU VIDA Y SUS CUADROS.

UN TOMO EN 4.° 20 REALES.

ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS,

LOS INTERESES MORALES Y MATERIALES.—EL INDIVIDUO Y EL ESTADO.—DE LA JUSTICIA Y LA LIBERTAD EN LAS ELECCIONES.

UN TOMO EN 4.° DE 500 PÁGINAS 22 REALES.

1 Errori

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

Canceled

Northwestern

6/6/41

DUE MAR '68 H

1602-745

CANCELLED

DUE MAR '70 H